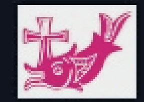
COMENTARIOS A LA NUEVA
Biblia de Jerusalén



Génesis 12-50

José Loza



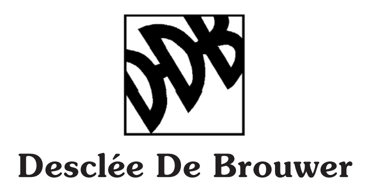
GÉNESIS 12-50

JOSÉ LOZA, O.P.

GÉNESIS 12-50

Comentarios a la

Nueva Biblia de Jerusalén



Desclée De Brouwer

Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-2184-7
Depósito Legal: BI-2886/07
Impresión: RGM, S.A. - Bilbao
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

HISTORIA DE ABRAHÁN (12,1 – 25,18)[1]

VOCACIÓN DE ABRAHÁN (12,1-9)

12 [1] Yahvé dijo a Abrán: "Vete de tu tierra, de tu patria y de la
casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. [2] De ti haré
una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú
una bendición.

[3] Bendeciré a quienes te bendigan
y maldeciré *al que te maldiga**.
Por ti se bendecirán
todos los linajes de la tierra".

[4] Marchó, pues, Abrán, como lo había dicho Yahvé, y con él marchó Lot. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán.
[5] Tomó Abrán a Saray, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, con toda la hacienda que habían logrado y el personal que habían adquirido en Jarán, y salieron para dirigirse a Canaán.

Llegaron a Canaán, [6] y Abrán atravesó el país hasta el lugar sagrado de Siquén, hasta la encina de Moré. Por entonces estaban los cananeos en el país. [7] Yahvé se apareció a Abrán y le dijo: "A tu descendencia he de dar esta tierra". Entonces él edificó allí un altar a Yahvé, que se le había aparecido. [8] De allí pasó a la montaña, al oriente de Betel, y desplegó su tienda, entre Betel al occidente y Ay

1. Este libro es continuación del titulado *Génesis 1-11*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, obra a la que remitimos al lector que quiera consultar la Introducción al Pentateuco.

al oriente. Allí edificó un altar a Yahvé e invocó su nombre. [9] Luego Abrán fue desplazándose por acampadas hacia el Negueb.

V. 3 En NBJ «y maldeciré a quienes te maldigan», pero la diferente expresión de la bendición y la maldición en el original subraya la mayor importancia de la bendición.

El título, como más adelante los de "Historia de Isaac y Jacob" e "Historia de José", debe entenderse en forma neutra: no se toma partido por (o contra) la historicidad de los relatos bíblicos. Lo que esos títulos indican es que se trata del conjunto de tradiciones bíblicas en las que Abrahán, primero, Isaac y Jacob o José y sus hermanos, luego, son los personajes centrales.

Los relatos sobre Abrahán se extienden de 12,1 a 25,18, si prescindimos de los datos genealógicos de 11,27-32: transición de la historia primitiva a la historia de los antepasados. Las narraciones sobre Abrahán (Abrán hasta 17,5) constituyen una "teología de la promesa". La doble promesa, de descendencia y de (futura) posesión del país de Canaán por parte de esa descendencia, forma el eje en torno al cual giran casi todos los relatos. En la promesa de descendencia existe dualidad: hay una gran distancia entre lo que es una descendencia inmediata y la certeza de que será numerosa. Para Abrahán y Sara, el problema radica en el paso del tiempo y la ausencia de un hijo; el deseado hijo vendrá cuando humanamente parecía imposible. Así, el hijo que tendrán será verdaderamente el "hijo de la promesa". Se comprende que la tradición subrayara tardíamente las consecuencias de la promesa; entonces se añadieron importantes discursos divinos de promesa (como 13,14-17) a los relatos tradicionales.

Lo esencial del relato de los capítulos 12-13 pertenecería a las tradiciones yahvistas, pero no todo parece situarse al mismo nivel de tradición o de formulación escrita. El núcleo tradicional parece estar constituido por la orden divina de partir y su ejecución por parte de Abrahán (12,1.4a), y una especie de itinerario, con un primer asentamiento cerca de Betel (12,8; 13,3-4). La continuación del itinerario es la separación de Abrahán y Lot (13,7-13.18), antecedente inmediato de caps. 18-19. Las promesas de bendición y descendencia (12,2-3), y de futura posesión del país por obra de esa descendencia (v. 7), pueden ser un desarrollo más reciente de la tradición, como también parece serlo el relato sobre la ida a Egipto (12,10-20), que no men-

ciona la presencia de Lot y que obligará a hacer coincidir los datos de 13,3-4 con los de 12,8. El discurso divino de promesa en 13,14-17 puede ser una adición reciente: se da gran relieve a la promesa de la tierra cuando humanamente parece imposible contar con la continuada posesión del país, pues se ha perdido. Los datos añadidos por las escuela sacerdotal (12,4b-5; 13,2.5-6) señalan la edad del patriarca en el momento de su migración a Canaán, y se complacen en subrayar su riqueza, igual que la de Lot.

Si una primera migración, de Ur a Harán (11,31) fue iniciativa humana (de Téraj, padre de Abrahán), el hecho de que Abrahán decida ir de Harán a Canaán se atribuye a una orden directa de Yahvé. El título "Vocación de Abrahán" es usual, pero hace pensar en un envío por parte de Dios para una misión al servicio del pueblo de Dios, como en el caso de Moisés o de los profetas. Aquí hay algo más que la afirmación general de la presencia de Dios en la vida del individuo: es una iniciativa de consecuencias insospechadas. El patriarca no teme dejar patria y parentela; rompe todo vínculo humano y parte hacia lo desconocido por orden de Yahvé. Su pronta obediencia se puede relacionar con la fe manifestada en 15,6.

El pasaje bíblico relaciona la orden divina con la promesa de descendencia y de bendición. Si hubiera que comprender la "bendición" en el sentido de 1,28, entre ambas habría una equivalencia práctica: tener una descendencia numerosa, que llegará a ser una "gran nación", es el resultado de la bendición. Pero, como mínimo, hay que añadir que la "bendición" incluye también ser efectivamente y aparecer ante los demás como objeto del favor de Yahvé: si no aquí, Abrahán llegará a ser el "amigo de Dios" (Is 41,8) por excelencia. La mejor bendición deseable será el "nombre" de Abrahán; los demás se desearán una "bendición" comparable a la suya. Y no será mera casualidad: Yahvé acompaña al patriarca; él bendice a todo el que lo bendiga; por el contrario, quien se atreva a maldecirle se hace a sí mismo objeto de la maldición divina. ¿A quiénes alcanzará la bendición? La fórmula, repetida en 18,18; 22,18; 26,4; 28,14, dice que en Abrahán alcanzarán bendición todos los "linajes" o todas las "naciones" de la tierra. Hablando con propiedad, el sentido es que esas gentes (linajes o naciones) se dirán: "Bendito seas como Abrahán" (48,20 y Jr 29,22), sentido implicado en la expresión del v. 2. Pero la tradición de finales del AT (Si 44,21 y versión de los LXX), así como el NT,

claramente entienden “En ti se bendecirán todas las naciones” en el sentido de que, por Abrahán y a causa de él, todas las naciones alcanzarán el favor divino. Lo que el pasaje bíblico parece limitar a la descendencia de Abrahán según la carne, limitación que Pablo declara abolida en Rm 4 y Ga 3,7, era una promesa destinada a alcanzar una realización insospechada cuando se precise que todos los hombres podemos participar, mediante la fe, en la promesa a Abrahán (Hb 11,8-19), cuando se afirme que la descendencia de Abrahán somos todos los creyentes.

Abrahán no va solo: además de Sara (Saray hasta 17,15), le acompaña su sobrino Lot (12,4-5). A propósito de él sabremos más adelante que es un hombre casado, pero aquí no se precisa. El patriarca atraviesa Canaán; del país se mencionan dos lugares de la serranía central: Siquén y Betel (vv. 6-8). Respecto al primero, se precisa su carácter de “lugar sagrado”. La razón de ello es posiblemente lo que se dice sobre la “encina de Moré”. Es allí donde Abrahán recibe la promesa de posesión del país por parte de su descendencia. La promesa es para el futuro; es lo que subraya la constatación de que por entonces el país, como haciendo honor a su nombre, estaba habitado por los cananeos, v. 6b (ver 13,7b). Construir un altar es la manera de corresponder a la santidad del lugar y, sobre todo, a la manifestación de Yahvé, que le hace la promesa. La importancia de Betel como lugar sagrado será particularmente importante en las tradiciones sobre Jacob, pero antes Abrahán había edificado allí un altar e invocado el nombre de Yahvé. El dato del v. 9, por si fuera necesario, subraya el carácter trashumante de Abrahán y Lot, en espera de que los datos se precisen en el cap. 13.

Abrahán en Egipto (12,10-20)

**10 Hubo hambre en el país, y Abrán bajó a Egipto a pasar allí una
temporada, pues el hambre abrumaba al país. 11 Estando ya próxi-
mo a entrar en Egipto, dijo a su mujer Saray: “Mira, yo sé que eres
mujer hermosa. 12 En cuanto te vean los egipcios, dirán: ‘Es su
mujer’, y me matarán a mí, y a ti te dejarán viva. 13 Di, por favor, que
eres mi hermana, a fin de que me vaya bien por causa tuya, y viva
yo gracias a ti”. 14 Efectivamente, cuando Abrán entró en Egipto, vie-**

ron los egipcios que la mujer era muy hermosa. [15] La vieron los oficiales del faraón, que se la ponderaron, y la mujer fue llevada al palacio del faraón. [16] Éste trató bien por causa de ella a Abrán, que tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos. [17] Pero Yahvé hirió al faraón y a su casa con grandes plagas por lo de Saray, la mujer de Abrán. [18] Entonces el faraón llamó a Abrán y le dijo: "¿Qué has hecho conmigo? ¿Por qué no me avisaste de que era tu mujer? [19] ¿Por qué dijiste: 'Es mi hermana', de manera que yo la tomé por mujer? Ahora, pues, aquí tienes a tu mujer: tómala y vete". [20] Y el faraón ordenó a unos cuantos hombres que le despidieran con su mujer y todo lo suyo.

Lo que cuenta el breve pasaje de Abrahán y Sara tiene gran semejanza con un relato posterior (cap. 20), donde el acontecimiento sucede en Guerar ante el rey Abimélec, y hasta con un tercero en que los protagonistas son Isaac y Rebeca: la acción también se sitúa en Guerar y el rey es Abimélec (26,1-14). Se ha hablado del tema de la "esposa hermana". El fondo del relato en los tres casos se puede resumir en breves palabras: al llegar a un país extranjero a causa del hambre que azota a Canaán o por lo que fuera, el patriarca considera su situación allí en términos bastante egoístas; teme por su seguridad personal, a causa de la belleza de su esposa, y la hace pasar por "hermana". Así él, en vez de ser el esposo indeseable, que puede ser eliminado para apoderarse de la esposa, es el "hermano" a quien se hacen regalos por causa de la "hermana". Eso supone una edad que no se adecua a los datos sacerdotales, donde Sara, que sería diez años menor que Abrahán (ver 17,17), ya tendría 65 años en el momento de la migración. De hecho, la razón de Abrahán para proceder como lo hace es la belleza de su esposa: "Yo sé que eres mujer hermosa" (v. 11). El rey del lugar toma para sí a la "hermana", pero su verdadera condición se llega a saber de un modo o de otro, y el patriarca recupera a su esposa.

Si tal es el fondo común de los relatos, otra cosa es su posible origen. Se ha pensado que Abrahán pudo basarse en una costumbre de la aristocracia hurrita de la Alta Mesopotamia. Según ella, un marido, mediante una ficción jurídica, podía adoptar a su esposa como "hermana" y, en tal caso, ésta gozaba de una consideración o de un estatus social superior, que le otorgaba privilegios. Pero no estamos

seguros que la pretensión de Abrahán se fundara en tal costumbre, y que entonces estuviéramos ante un caso en que se equivoca el faraón sobre las relaciones exactas, como se equivocarían también los autores de los relatos bíblicos por desconocer el origen y las implicaciones de la costumbre.

Fuera de los personajes, la mayor diferencia está tal vez en la forma de desarrollar una perspectiva moral o de desentenderse de ella. De los tres relatos mencionados, es en este primero donde más se desentiende el narrador de la perspectiva moral: el patriarca no parece preocuparse más que de sí mismo; no piensa en el honor de la esposa y se sirve de la situación en provecho propio, pues se enriquece con los "regalos" del faraón. Sara, ponderada por sus oficiales, termina por supuesto en el harén del faraón. Sólo la intervención de Yahvé, que hiere al faraón y a su casa con grandes plagas, permite que se sepa la verdadera relación existente entre Abrahán y Sara. Entonces el faráon llama al patriarca, le reprocha el egoísmo de su actuación y lo expulsa de su país.

Así, el relato dista mucho de presentarnos a un Abrahán que cree en Yahvé y actúa en consecuencia. Si la doble promesa, descendencia y don del país, es el eje de las narraciones, en este relato el patriarca pone un doble obstáculo a su cumplimiento: abandona el país donde Yahvé le ha ordenado ir (prometido a su descendencia); y además, si el hijo que dará inicio a su descendencia ha de nacer de Sara, de momento Abrahán la ha perdido. Sólo la intervención de Yahvé corrige la conducta del patriarca: le permite recuperar a su esposa y, expulsado de Egipto, tiene que volver a Canaán.

Separación de Abrahán y Lot (13,1-18)

**13 [1] De Egipto subió Abrán al Negueb, junto con su mujer y todo
lo suyo, y compañado de Lot. [2] Abrán era muy rico en ganado, plata y oro. [3] Caminando de acampada en acampada, se dirigió desde el Negueb hasta Betel, hasta el lugar donde estuvo su tienda entre Betel y Ay, [4] el lugar donde había invocado Abrán el nombre de Yahvé.**

[5] También Lot, que iba con Abrán, tenía ovejas, vacadas y tiendas. [6] Ya la tierra no les permitía vivir juntos, porque su hacienda

se había multiplicado, de modo que no podían vivir juntos. [7] Solía
haber riñas entre los pastores de Abrán y los de Lot. (Además los
cananeos y los perizitas habitaban por entonces en el país.) [8] Dijo,
pues, Abrán a Lot: "No haya disputas entre nosotros ni entre mis
pastores y tus pastores, pues somos hermanos. [9] ¿No tienes todo el
país por delante? Pues bien, apártate de mi lado. Si tomas por la
izquierda, yo iré por la derecha; y si tú por la derecha, yo por la
izquierda".

[10] Lot levantó los ojos y vio toda la vega* del Jordán, toda ella de
regadío –era antes de destruir Yahvé Sodoma y Gomorra–, como el
jardín de Yahvé, como Egipto, hasta llegar a Soar. [11] Eligió, pues,
Lot para sí toda la vega del Jordán y se trasladó al oriente; así se
apartaron el uno del otro. [12] Abrán se estableció en Canaán y Lot
en las ciudades de la vega, donde plantó sus tiendas hasta Sodoma.
[13] Los habitantes de Sodoma eran muy malos y pecadores contra
Yahvé.

[14] Dijo Yahvé a Abrán, después que Lot se separó de él: "Alza tus
ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el mediodía,
el oriente y el poniente. [15] Pues bien, toda la tierra que ves te la daré
a ti y a tu descendencia por siempre. [16] Haré tu descendencia como
el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la
tierra, también podrá contar tu descendencia. [17] Levántate, recorre
el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo he de dar". [18] Y Abrán
vino a establecerse con sus tiendas junto a la encina* de Mambré,
que está en Hebrón, y edificó allí un altar a Yahvé.

V. 10 Lit. «círculo». Sería el nombre geográfico que designa el valle bajo del Jordán hasta el sur del Mar Muerto, que se considera como inexistente todavía (ver 19,24s).

V. 18 «encina» en griego y siriaco; pl. en hebreo, por lo que se podría traducir por «encinar» (ver también 14,13;18,1.4).

Abrahán y Lot recorren inicialmente (vv. 1-4) el camino hecho antes en sentido inverso (12,8-9). Llega un momento en que el patriarca cree que es mejor separarse de su sobrino, pero las razones que ofrece el texto difieren. La ampliación sacerdotal (v. 6) motiva la separación por la enorme riqueza de ambos: era materialmente imposible que permanecieran juntos por sus grandes rebaños. El relato tradicional da una razón más prosaica: las desavenencias, o verdaderas riñas, entre los pastores de los rebaños de uno y otro (v. 7).

Abrahán, para cortar por lo sano, propone a Lot que se separen; incluso le deja escoger a dónde dirigirse. Ni tardo ni perezoso, Lot examina todo con la vista desde la alta atalaya de la montaña central. Al no haber sido destruidas todavía Sodoma y Gomorra, a Lot le seduce la amplia zona de regadío que por entonces sería, según esta tradición, la parte baja del valle del Jordán (recordemos el oasis de Jericó) y lo que ahora es el Mar Muerto hasta llegar a Soar, en el sur, la población tan insignificante a propósito de la cual Lot pedirá pronto que sea salvada de la catástrofe para refugiarse en ella (19,20).

La doble comparación subraya lo envidiable de la región, pues sería nada menos que como "el jardín de Yahvé" o como Egipto irrigado por el Nilo. La segunda comparación parece natural, si Abrahán anduvo recientemente por allá (12,10-20); la otra es problemática. Por supuesto, en el libro del Génesis ya se ha hablado de un "jardín" (2,8s.15) situado en Edén, o simplemente de un "jardín de Edén", aquel del que fueron expulsados el hombre y la mujer por su desobediencia (3,23s); Yahvé, según las representaciones antropomórficas del relato, se paseaba en ese jardín al fresco de la tarde (3,8). Pero el relato nunca afirmó que fuera el "jardín de Yahvé" (o "de Dios"), y sólo algunos textos proféticos (Is 51,3; Ez 28,13; 31,9) se manifiestan en esos términos; sus expresiones hasta tienen sabor mitológico.

Lot se dirige al oriente y luego hacia el sur. Al no saber cómo son los habitantes de la región, su elección no resultó forzosamente la mejor; el contenido del v. 13 es una anticipación, ofrecida por el narrador, de lo que ocurrirá más adelante. Abrahán se queda donde está, en la zona montañosa de Canaán, aunque luego irá hacia el sur (v. 18) y se establecerá en Mambré, junto a Hebrón. Allí construirá un altar en honor de Yahvé, lo que pudiera relacionarse con una manifestación divina ulterior.

Tras la separación de ambos personajes, Yahvé dirige unas palabras a Abrahán (vv. 14-17), que constituyen uno de los grandes discursos de promesa. Igual que en otro momento se le manda contemplar las numerosas estrellas visibles en la noche clara para calcular lo numerosa que será su descendencia (ver 15,5), ahora se le ordena que, desde su atalaya en la montaña central, contemple el paisaje en dirección de los cuatro puntos cardinales, para transmitirle la certeza de que todo lo que alcanza a ver será un día posesión de su descendencia. Lógicamente, de ahí deriva la invitación a recorrer el país

en todas las direcciones. Lo numeroso de la descendencia se subraya aquí mediante otra comparación: será incontable, como lo es el polvo de la tierra. Abrahán no se dedica a recorrer incansablemente el país, pero sí va hacia el sur y se establece junto a la encina, o encinar, de Mambré, al lado de Hebrón. Que levantara un altar a Yahvé es un dato comparable al de 12,6.8; el primer texto es especialmente interesante: como aquí, los lugares de culto de los antepasados son aquellos en los que hay determinados árboles.

La campaña de los cuatro grandes reyes (14,1-16)

14 1 Aconteció en los días de Anrafel, rey de Senaar, de Arioc, rey
de Elasar, de Quedorlaomer, rey de Elam, y de Tidal, rey de
Goín, 2 que éstos hicieron la guerra a Berá, rey de Sodoma, a Birsá,
rey de Gomorra, a Sinab, rey de Admá, a Semeber, rey de Seboín, y
al rey de Belá (o sea Soar).
3 Estos últimos se coaligaron en el valle de Sidín (esto es, el
mar de la Sal). 4 Doce años habían servido a Quedorloamer, pero
el año trece* se rebelaron. 5 Vinieron, pues, en el año catorce
Quedorlaomer y los reyes que estaban por él, y derrotaron a los
refaítas en Asterot Carnáin, a los zuzíes en Ham, a los emitas en la
llanura de Quiriatáin, 6 y a los joritas en las montañas de Seír hasta
El Parán, que está frente al desierto. 7 De vuelta, llegaron a En
Mispat (o sea, Cadés), y batieron todo el territorio de los amaleci-
tas, y también a los amorreos que habitaban en Jasasón Tamar.
8 Salieron entonces el rey de Sodoma, el rey de Gomorra, el rey de
Admá, el rey de Seboín y el rey de Belá (esto es, de Soar) y en el
valle de Sidín les presentaron batalla: 9 a Quedorlaomer, rey de
Elam, a Tidal, rey de Goín, a Anrafel, rey de Senaar, y a Arioc, rey
de Elasar: cuatro reyes contra cinco. 10 El valle de Sidín estaba lleno
de pozos de betún y, cuando huían los reyes de Sodoma y de
Gomorra, cayeron allí. Los demás huyeron a la montaña. 11 Los ven-
cedores tomaron toda la hacienda de Sodoma y de Gomorra con
todos sus víveres y se fueron. 12 Apresaron también a Lot, el sobrino
de Abrán, y su hacienda, pues él habitaba en Sodoma, y se fueron.
13 Un evadido vino a avisar a Abrán el hebreo, que habitaba junto
a la encina de Mambré el amorreo, hermano de Escol y de Aner,

aliados a su vez de Abrán. [14] Al oír Abrán que su hermano había sido hecho cautivo, movilizó la tropa de gente nacida en su casa, en número de trescientos dieciocho, y persiguió a aquellos hasta Dan.
[15] Y cayendo él y sus siervos sobre ellos por la noche, los derrotó, y los persiguió hasta Jobá, que está al norte de Damasco; [16] recuperó toda la hacienda, y también a su hermano Lot con su hacienda, así como a las mujeres y a la gente.

V. 4 «el año trece» según versiones; «trece años» en el original hebreo.

El relato no pertenece a ninguna de las grandes fuentes del Génesis y ha sido diversamente valorado; pero parece ser un texto reciente que remeda el estilo tradicional. Los nombres de los cuatro reyes de Oriente, aunque tienen formas antiguas, no pueden ser relacionados con ningún personaje conocido por la historia, aparte de que hay otros datos que tampoco se prestan a ser leídos en una perspectiva histórica. Así, por ejemplo, parece imposible que el antiguo Elam hubiese tenido jamás un dominio por el que le estuvieran avasalladas ciudades de la región al sur del Mar Muerto. Tampoco parece posible que haya podido encabezar una coalición que reuniera a un rey amorreo, Anrafel (Amrafel), un rey hurrita, Arioc, y un rey hitita, Tidal, aunque se conocen varios Tidaliya/Tudaliya entre los reyes hititas de Asia Menor (antes de la destrucción del imperio hitita hacia 1.200 a.C.). El relato parece querer sacar a Abrahán de su aislamiento tradicional para relacionarlo con la historia general. Por supuesto, también confiere al patriarca una aureola de guerrero, no confirmada por ningún otro texto, aparte de que lo que se cuenta resulta poco verosímil: ¿es creíble que Abrahán, con un puñado de hombres, derrotara al ejército de cuatro grandes reyes y los persiguiera a su antojo desde Dan hasta más allá de Damasco, hacia el norte?

Los nombres de los reyes de Sodoma y Gomorra –no olvidemos que son las ciudades malditas, luego destruidas por Yahvé a causa de su maldad (13,13; 19), hecho muy anclado en la tradición bíblica– delatan el artificio de la invención: son nada menos que el rey "con maldad" (Berá) y el rey "con malicia" (Birsá). Los reyes de las cinco ciudades tendrían que ver con el sur del actual Mar Muerto, que el relato supone todavía inexistente; el "Mar de la sal" aparecerá sólo después. Sodoma y Gomorra son el par de ciudades con las que está

relacionado Lot, que, al separarse de Abrahán (13,12), fue a residir en Sodoma; Gomorra es inseparable de ella en el relato de la destrucción. Admá y Seboín pertenecen a una tradición paralela sobre las ciudades aniquiladas (Os 11,8), que luego reúnen algunos pasajes del Pentateuco (Gn 10,19; Dt 29,22, además de nuestro relato). El quinto rey es el de Soar, la ciudad que, por ser tan pequeña, Lot pedirá que sea salvada de la destrucción para poder refugiarse en ella (19,20).

El inicio de la intriga del relato está en que las cinco ciudades del sur del actual Mar Muerto se habrían rebelado contra Quedorlaomer y los otros reyes de Oriente, después de haber permanecido subyugadas a ellos durante 12 años. Los insurrectos coaligados se habrían reunido en el valle de Sidín, que el texto da como equivalente de lo que será el "Mar de la sal", el Mar Muerto. Los reyes de Oriente, por su parte, emprenden el año catorce una campaña que los lleva a vencer primero a varios enemigos en Transjordania (Seír/Edom) y el sur de Palestina (vv. 4-7). Los vencidos transjordanos, refaítas, zuzíes/zamzumíes, emíes y joritas pertenecen a los pueblos legendarios de la antigüedad (ver Dt 2,10-12 a propósito de algunos de ellos). Menos legendarios resultan los amalecitas y amorreos del sur de Palestina. Que se trate del sur del país bíblico parece claro por la mención de Cadés y porque las ciudades nombradas estarían en Transjordania, en la ruta que va de Edom hacia el Mar Rojo.

A la vuelta de esa campaña preliminar se enfrentan a los cinco reyes en el valle de Sidín. Apenas se habla de las condiciones de este valle, pero se mencionan sus pozos de betún, que juegan en contra de los coaligados locales. En efecto, dan cuenta de los reyes de Sodoma y Gomorra, a pesar de que eran quienes mejor debían conocer aquellos terrenos. Los demás coaligados huyen a la montaña, y los vencedores toman como botín toda la riqueza de Sodoma y Gomorra, así como sus víveres. Lot, que habitaba Sodoma, es llevado preso con todos los suyos; por supuesto, sus bienes forman parte del botín (vv. 8-12).

Abrahán se entera de lo ocurrido por uno que escapó. El patriarca recibe el raro calificativo de "hebreo": uno se pregunta si se debe al antepasado Héber (11,15-17) o si es porque sus eventuales descendientes en Egipto pasarán por "hebreos" (43,32; Ex 1,15; 2,11.13; 5,3; etc.). El patriarca reúne a su gente, supuestamente una tropa de 318 personas, y a algunos aliados, Aner, Escol y Mamré, legendarios habitantes de Hebrón, pues él habitaba entonces en la encina de Mamré

(v. 13 y 13,18), y sale en persecución de los reyes de Oriente. Les da alcance en Dan, en el extremo norte del país bíblico, y cae sobre ellos de noche; los derrota en forma contundente y persigue a los que huyen hasta Jobá, al norte de Damasco. Por supuesto, rescata a Lot y a los suyos y recupera todo el botín que llevaban los cuatro reyes de Oriente (vv. 14-16).

MELQUISEDEC (14,17-24)

**[17] A su regreso después de batir a Quedorlaomer y a los reyes que
con él estaban, le salió al encuentro el rey de Sodoma en el valle de
Savé (o sea, el valle del Rey). [18] Entonces Melquisedec, rey de Salem,
presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, [19] y le ben-
dijo diciendo:**

“¡Bendito sea Abrán del Dios Altísimo,
creador del cielo y de la tierra,
[20] y bendito sea el Dios Altísimo,
que entregó a tus enemigos en tus manos!”
Y Abrán le dio el diezmo de todo.

**[21] Dijo luego el rey de Sodoma a Abrán: “Dame las personas, y
quédate con la hacienda”. [22] Pero Abrán dijo al rey de Sodoma:
“Alzo mi mano ante* el Dios Altísimo, creador de cielos y tierra:
[23] ni un hilo, ni una correa de un zapato, ni nada de lo tuyo tomaré,
y así no dirás: ‘Yo he enriquecido a Abrán’. [24] Nada en absoluto,
salvo lo que han comido los mozos y la parte de los hombres que
fueron conmigo: Abner, Escol y Mambré. Ellos que tomen su parte.**

V. 22 Con las versiones griega y siríaca, se omite el “Yahvé” del texto hebreo.

El pasaje es enigmático: si el encuentro con el rey de Sodoma se antoja normal –aunque eso querría decir que la caída del v. 10 no fue fatal–, no se puede decir lo mismo del rey de Salem. Pero vamos por partes. El rey de Sodoma sale supuestamente al encuentro de Abrahán en un lugar llamado Savé, que por otro nombre sería el “Valle del rey” (ver 2 S 18,18), del que Flavio Josefo asegura que estaba a menos de 400 metros de Jerusalén, tal vez ya en función del supuesto “monumento de Absalón”. Uno se pregunta como podía

saber el rey de Sodoma que Abrahán pasaría por allí a su regreso. Pero importa más el encuentro con Melquisedec, rey-sacerdote de Salem. Que Salem fuera precisamente Jerusalén es la explicación común en la tradición judía antigua sobre la base de Sal 76,3, que usa Salem en paralelismo sinonímico con Sión (el monte del templo). Muchos padres de la Iglesia también siguieron esa tradición.

El nombre del rey-sacerdote es cananeo –comparable, por ejemplo, a Adoni Sédec en Jos 19,1–; de él se dice que era sacerdote del "Dios Altísimo", *'El-'Elyon* en hebreo. Las dos partes de este nombre representarían dos divinidades distintas del panteón fenicio tal como lo conocemos por los textos de la antigua Ugarit. En el AT, sobre todo en Salmos (21 veces) y en Daniel (14 veces), "Altísimo" (*'Elyon*) es sólo un título divino, un calificativo de Yahvé (Nm 24,16 y Dt 32,8 en el Pentateuco). Puesto que Abrahán jura por ese "Dios Altísimo" (v. 22), resultaría evidente que es el verdadero Dios, no el dios de un rey-sacerdote pagano.

Si Melquisedec es rey de Salem, dos cosas parecen entrar en línea de cuentas. En primer lugar, es significativo que ejerza el sacerdocio donde luego, especialmente en la tradiciones deuteronómica y sálmica, tendremos el lugar escogido por Yahvé para morada de su nombre (ver Dt 12; Sal 132,13-14); misteriosamente está ocupando el lugar del futuro sacerdocio levítico y anticipándolo de alguna manera; más aún, Melquisedec es descrito a imagen del sumo sacerdote de la época posterior al exilio babilónico. Además, Sal 110,4 hace de él la figura del rey David que, a su vez, es la anticipación del Mesías, el rey-sacerdote esperado. No es de extrañar que hubiera una aplicación al sacerdocio de Cristo, tal como se desarrolla en Hb 7. La exégesis patrística amplía esa interpretación alegórica y, dado que se habla de una ofrenda de pan y de vino, ve en el encuentro entre Abrahán y Melquisedec una misteriosa anticipación de la Eucaristía. Un eco de ella es el tradicional canon romano de la misa, pues habla del sacrificio "que te ofreció tu sumo sacerdote Melquisedec".

Además de presentar su ofrenda al Dios Altísimo, Melquisedec pronuncia una doble bendición (vv. 19s). En efecto, desea a Abrahán la bendición del Dios Altísimo y a él mismo lo bendice por haber entregado en manos de Abrahán a sus enemigos. Una bendición, incluso pronunciada por un hombre –como dramáticamente se pone de relieve en el cap. 27, con la declaración de Isaac en el v. 33: "le he bende-

cido, y bendito está”–, y con mayor razón si es Dios quien bendice, es palabra eficaz e irrevocable, como lo es también, en sentido contrario, la maldición (Gn 9,25-27): comunica lo que expresa, no queda en vago deseo incumplido (Gn 1,27-28; 12,2-3; 28,3-4; Sal 67,2; 85,2; etc.). Si bien eso es más evidente cuando Dios bendice, también la bendición humana tiene algo de esa eficacia. Por otra parte, hay una forma de bendición humana consistente en tratar de corresponder a las bendiciones de Dios; en efecto, el hombre bendice a Dios cuando lo reconoce por lo que él es, por su grandeza, y por su actitud de benevolencia respecto a los hombres, por su bondad (Gn 24,48; Ex 18,10; Dt 8,10; 1 S 25,32.39; etc.). En el culto de la antigua alianza se reunían ambas formas de bendición: el pueblo recibe la bendición divina y bendice a su Dios (Nm 6,22-27; Sal 103,1-2; 144,1; Dn 2,19-23). El NT prosigue esta tradición y la precisa cuando ve en Cristo la suprema bendición de Dios para el hombre (Lc 1,68; 2 Co 1,3; Ef 1,3; 1 P 1,3).

Las promesas divinas y la alianza (15,1-21)

15 1 Después de estos sucesos, fue dirigida la palabra de Yahvé a
Abrán en visión, en estos términos:
“No temas, Abrán, yo soy para ti un escudo. Tu premio será muy
grande”.
2 Dijo Abrán: “Mi Señor, Yahvé, ¿qué me vas a dar, si me voy
sin hijos…*?” 3 Dijo Abrán: “No me has dado descendencia, y un
criado de mi casa me va a heredar”. 4 Pero Yahvé le dijo: “No te
heredará ése, sino que te heredará uno que saldrá de tus entrañas”.
5 Y sacándole afuera, le dijo: “Mira el cielo, y cuenta las estrellas, si
puedes contarlas”. Y le dijo: “Así será tu descedencia”. 6 Y creyó él
en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia.
7 Y le dijo: “Yo soy Yahvé, que te saqué de Ur de los caldeos para
darte esta tierra en propiedad”. 8 Él dijo: “Mi Señor, Yahvé, ¿en qué
conoceré que ha de ser mía?” 9 Le contestó: “Tráeme una novilla de
tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tór-
tola y un pichón”. 10 Tomó él todas estas cosas y, partiéndolas por el
medio, puso cada mitad enfrente de la otra. Los pájaros no los par-
tió. 11 Las aves rapaces bajaron sobre los cadáveres, pero Abrán las
espantó.

**[12] Y cuando estaba ya el sol para ponerse, cayó sobre Abrán un
sopor y de pronto le invadió un gran sobresalto*. [13] Yahvé dijo a
Abrán: "Has de saber que tus descendientes serán forasteros en tie-
rra extraña. Los esclavizarán y oprimirán durante cuatrocientos
años. [14] Pero yo a mi vez juzgaré a la nación a quien sirvan; y luego
saldrán con gran hacienda. [15] Tú, en tanto, irás en paz con tus
padres, serás sepultado en buena ancianidad. [16] Y a la cuarta gene-
ración volverán ellos acá; porque hasta entonces no se habrá col-
mado la maldad de los amorreos".**

**[17] Y, puesto ya el sol, surgió en medio de densas tinieblas un
horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre aque-
llos animales partidos. [18] Aquel día hizo Yahvé una alianza con
Abrán en estos términos:**

**"Voy a dar a tu descendencia esta tierra, desde el río de Egipto
hasta el Río Grande, el río Eufrates: [19] los quenitas, quenizitas, cad-
monitas, [20] hititas, perizitas, refaítas, [21]amorreos, cananeos, guirga-
seos y jebuseos".**

V. 2 Texto corrompido: «y el hijo de… (una palabra ininteligible) de mi casa es Damasco Eliezer». El v. 3 sería una adición que repite el sentido general, por cuanto quedaba oscuro en el v. 2.

V. 12 El texto añade «una gran oscuridad», que tal vez sea una glosa anticipada para explicar el término raro «tinieblas» del v. 17.

Si estamos ante un relato antiguo, pertenecería a la fuente yahvista –el nombre de Yahvé es una constante–. Es verdad que se pensó que la fuente elohista intervendría aquí por primera vez, sobre todo por la manifestación divina en sueños (v. 1, pero es Yahvé quien habla a Abrahán), por las repeticiones en los vv. 2 y 3 y por la oposición, respecto a la salida de Egipto, entre "cuatrocientos años" (v. 13) y cuatro generaciones (v. 16). Probablemente lo mejor es considerar que el relato original fue ampliado. Es más problemático decidir si procede de una fuente antigua o se puede contar entre los textos de promesa mediante los que se dio gran actualidad a la posesión de la tierra en torno al exilio babilónico o después. Los indicios para optar por una u otra posibilidad no permiten dirimir la cuestión.

El relato, como tantos del Génesis, se desarrolla principalmente a través del diálogo; mirando más a la forma que al contenido, el título podría ser «Diálogo en dos escenas». En efecto, dos veces habla

Yahvé a Abrahán, primero para transmitirle una seguridad de orden general (v. 1) y luego otra relacionada con la promesa de la tierra (v. 7). En ambos casos, el patriarca encuentra algo que objetar a lo que Yahvé le dice, porque su benevolencia no se ha traducido en un solo descendiente (vv. 2-3), o porque quiere una garantía que le asegure que la tierra será efectivamente suya (v. 8). Una y otra respuesta dan lugar a que Yahvé se exprese con mayor detalle sobre la doble promesa: de descendencia y de don del país. Para la primera le da un signo al que él responde con la fe (vv. 4-6); en el segundo caso (vv. 9-21), la seguridad pedida se le ofrece de forma tal que ni hace falta insistir en su reacción.

Decir que es un «Diálogo en dos escenas» es una aproximación imperfecta, pues no hay entre ambas la necesaria secuencia temporal para afirmar que son "cuadros" del mismo retablo. La primera intervención ocurre en visión nocturna (v. 1), aunque para salir luego a contemplar el cielo estrellado (v. 5), Abrahán parece estar bien despierto; la segunda parte, en cambio, supone un desarrollo temporal: si algo sucede cuando el sol va a ponerse (v. 12) o cuando ya se ha puesto y ha llegado la oscuridad (v. 17), el diálogo y los preparativos (vv. 7-11) deben ser anteriores. Así, la segunda intervención de Yahvé no es la continuación de la primera, a pesar de que son los dos grandes aspectos de la promesa.

Ha pasado tiempo –aunque la expresión inicial es vaga– desde que Abrahán emigró a Canaán, pero su vida no ha cambiado. Yahvé le dirige la palabra en visión nocturna; la expresión «fue dirigida la palabra de Yahvé a Abrahán» hace pensar en la comunicación a los profetas. Que Dios comunicara su palabra por la noche es lo que les ocurre a Samuel (1 S 3,1-14), Natán (2 S 7,6), etc. El término "visión" nos hace pensar en los "videntes", como Samuel (ver 1 S 9,9), por medio de quienes se podía "consultar a Yahvé", aunque la "visión" también será contemplada como el medio propio de revelación a través de los profetas (Nm 12,6). La invitación a no temer es característica de comunicaciones divinas, aunque pueda escucharse cuando ya hubo alguna reacción, como la de María en Lc 1,30. Aquí tiene su razón de ser por lo que significa Yahvé para quien se apoya en él; que él sea un "escudo" protector es imagen frecuente en la oración y expresa la confianza: a quien confía en Yahvé, «como un escudo lo rodea tu favor» (Sal 5,13; ver Dt 33,29; Sal 3,4; 7,11; 18,3.31; 33,20;

etc.). El "premio" de Abrahán, que ha de ser grande, es la paga o salario por un trabajo, como el de Jacob en 31,8.

La palabra escuchada suscita la queja por no tener un solo hijo. (Ya notamos que el v. 2 está mal conservado y que el v. 3 sería la substitución posterior para dar el sentido general.) Por no tener un hijo (o hijos), lo más triste será que un criado de su casa pudiera heredarlo. Si eso ocurriera, ¿dónde quedan las maravillosas promesas? La respuesta no se hace esperar (v. 4). Ante todo, debe desechar el temor de que un criado, aunque sea alguien en quien puede depositar toda su confianza (24,1), llegue a heredarlo; lo heredará un descendiente suyo. En otras palabras, se niega la consecuencia temida y se afirma que ocurrirá lo mejor, lo que Abrahán no parece esperar ya. El hacerle salir y contemplar el cielo estrellado es la forma de reforzar la esperanza (v. 5). La orden («Cuenta las estrellas, si puedes») y la seguridad («Tal será tu descendencia») suponen –aunque no se expresa– que Abrahán está contemplando las estrellas y se persuade que son incontables. Si una descendencia es incontable, como la del hijo futuro de Agar (16,10), la de Abrahán– sin pasar por el hijo de la esclava– es comparada a las estrellas del cielo (22,17).

Abrahán cree (v. 6). Como respuesta a la promesa de Yahvé, la fe de Abrahán traduce su confianza en la realización de la promesa, a pesar de parecer humanamente irrealizable. Si creer no era lo espontáneo o previsible, Yahvé reconoce el mérito de esa acción humana (ver Dt, 24,14; Sal 106,31), considera como justo a Abrahán por la forma en que le ha respondido, no en palabras, sino con hechos; justo es, en efecto, el hombre que se hace grato a Dios por su rectitud, por la sumisión a su voluntad. San Pablo utilizará este texto, que cita en Rm 4,3 y Ga 3,6, para probar que el hombre alcanza la justificación por la fe, no por las obras en conformidad con la ley (Rm 4; Ga 3,6-18). Eso no quiere decir que las acciones derivadas de la fe no tengan importancia. La verdadera fe es principio de un modo de vida. Por eso Santiago (2,14-26, cita en v. 23) apela al mismo texto para condenar la fe "muerta", la que no sería el dinamismo de la acción, de las buenas obras.

Resuelto el asunto de la descendencia, Yahvé habla a Abrahán una segunda vez, aunque esta palabra no sea forzosamente la continuación de la primera. El inicio del diálogo (v. 7) aúna el pasado, la migración de Ur de los caldeos, y el presente-futuro, el don del país.

Pasamos, pues, a la promesa de la tierra. Si a la promesa corresponde un cumplimiento, de momento no es sólo una promesa que recibe Abrahán para su descendencia, pues se habla de la propiedad (efectiva), aunque haya de verificarse en el futuro y hasta se precise luego (v. 18) que la promesa se hará realidad efectiva con la descedencia de Abrahán. A la propiedad personal, y para exigir una garantía de lo bien fundado de la promesa, se refiere el patriarca mediante la pregunta que formula en v. 8. Podríamos resumir hasta aquí el diálogo: "Esta tierra es tuya: te la regalo" – "Muy bien, ¿dónde está el título de propiedad?"

Yahvé no responde directamente a la pregunta de Abrahán. Le da una orden consistente en traerle un cierto número de animales, con especificaciones precisas sobre la novilla, la cabra y el carnero: deben ser de tres años (v. 9). Él ejecuta la orden, suponemos que a la letra, pues trae los animales pedidos, pero va más allá de lo que se le dijo, porque sacrifica los animales y parte la novilla, la cabra y el carnero en dos mitades, que coloca una frente a otra (v. 10). (Más adelante sabremos la razón de este modo de proceder.) Si los animales fueron sacrificados, Abrahán debe esperar a que algo suceda y, como de pronto no sucede nada, tiene que espantar a las aves rapaces, que tratan de aprovecharse de aquellos animales sacrificados y partidos (v. 11).

¿Cuánto tuvo que esperar? No lo sabemos. El texto indica que debió esperar hasta que el sol estaba por ponerse; no señala el momento inicial. Entonces lo invaden («cayó» y «lo invadió» traducen expresiones en que interviene el mismo verbo hebreo) sopor y sobresalto (v. 12). El "sopor" no es algo natural; el término se utiliza, por ejemplo, para expresar el "profundo sueño" del primer hombre, gracias al que Yahvé pudo quitarle la costilla de la que formó a la mujer (2,21). Las palabras de Yahvé a Abrahán en los vv. 13-16 se han podido considerar como adición al relato primitivo. Adición o no, lo observable es que no es una unidad perfecta: si Yahvé anuncia la venidera servidumbre en Egipto, una cosa es que el éxodo ocurra –por intervención suya– sólo después de cuatrocientos años de opresión, según el v. 13 (cuatrocientos treinta en Ex 12,40), y otra que suceda a la cuarta generación (v. 16).

Sopor y sobresalto fueron el indicio precursor del paso simbólico de un horno humeante y de una antorcha encendida por entre medio

de los animales partidos (v. 17), aunque también ahora debe transcurrir algún tiempo, si es que la expresión «densas tinieblas» hace referencia al momento del día. Entendamos lo del "paso simbólico": esos elementos representan misteriosamente a Yahvé. Ahora bien, por Jr 34,18 sabemos que se trata de un rito de alianza: las partes comprometidas pasaban entre las mitades de los animales sacrificados y atraían sobre sí la suerte de aquellos animales, en caso de no cumplir lo estipulado, de transgredir el propio compromiso. No es de extrañar que se hable de la conclusión de una alianza (v. 18). Es significativa la expresión usada: «concluir una alianza», literalmente «cortar una alianza».

Yahvé pasa simbólicamente como horno humeante y como antorcha encendida. La asociación con el fuego y/o con una llama no es caso único. No nos referimos a la forma de hablar simbólicamente del "ardor" de la ira que castiga. Yahvé se manifestará a Moisés en una zarza que arde sin consumirse (Ex 3,2), y señalará su presencia en una columna de fuego durante la noche (Ex 13,21; 40,38; Sal 105,39) o en el Sinaí que humea como horno encendido (Ex 19,20). Que Yahvé pase y no lo haga también Abrahán quiere decir que la alianza es un compromiso unilateral; como en 9,8-17, Dios se compromete, pero no impone a Abrahán (y a su descendencia) ninguna exigencia que sea condición de la alianza, como sucederá en el cap. 17 con la circuncisión o con la observancia de la ley en la alianza con Israel en el Sinaí-Horeb durante el éxodo y en el Deuteronomio, por más que existan diferentes tradiciones al respecto.

El objeto de la alianza solemne es el don de la tierra a la descendencia de Abrahán. Lo que Yahvé concede a la descendencia de Abrahán sería todo el territorio comprendido entre el Nilo ("el río de Egipto") y el Éufrates o "Río Grande", es decir, el país cuyos habitantes se enumeran. El doble dato exige una doble precisión. Por un lado, el territorio entre el Nilo y el Éufrates es una descripción ideal, poco realista, del país bíblico, ya que la descripción factual, si señala sus extremos norte y sur (en ese orden), es «desde Dan hasta Berseba» (Jc 20,1; 1 S 3,20; etc.). Las listas de los antiguos habitantes de Canaán son numerosas, por ejemplo Ex 3,8.17 o Dt 7,1; si una parte de los moradores es una constante, casi nunca se enumeran los diez pueblos que contiene nuestro pasaje. Estas listas serían de origen deuteronómico o deuteronomista.

Nacimiento de Ismael (16,1-16)

16 [1] Saray, mujer de Abrán, no le había dado hijos. Pero tenía una esclava egipcia, que se llamaba Agar, [2] y dijo Saray a Abrán: “Mira, Yahvé me ha hecho estéril. Llégate, pues, te ruego. a mi esclava. Quizá podré tener hijos de ella”. Abrán escuchó el consejo de Saray.

[3] Así, al cabo de diez años de habitar Abrán en Canaán, tomó Saray, la mujer de Abrán, a su esclava Agar la egipcia, y se la dio por mujer a su marido Abrán. [4] Se llegó, pues, él a Agar, que concibió. Pero luego, al verse ella encinta, miraba a su señora con desprecio. [5] Dijo entonces Saray a Abrán: “ Mi agravio recaiga sobre tí. Yo puse a mi esclava en tu seno, pero, al verse ella encinta, me mira con desprecio. Juzgue Yahvé entre nosotros dos. [6] Respondió Abrán a Saray: “Ahí tienes a tu esclava en tus manos. Haz con ella como mejor te parezca”. Saray dio en maltratarla y ella huyó de su presencia.

[7] La encontró el Ángel de Yahvé junto a una fuente que manaba en el desierto –la fuente que hay en el camino de Sur– [8] y dijo: “Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?” Contestó ella: “Voy huyendo de mi señora Saray”. [9] “Vuelve a tu señora, le dijo el Ángel de Yahvé, y sométete a ella”. [10] Y dijo el Ángel de Yahvé: “Multiplicaré de tal modo tu descendencia, que por su gran multitud no podrá contarse”. [11] Añadió el Ángel de Yahvé:

“Sábete que has concebido y que darás a luz un hijo,
al que llamarás Ismael,
porque Yahvé ha oído tu aflicción.
[12] Será un onagro humano,
su mano contra todos, y la mano de todos contra él;
y enfrente de todos sus hermanos
plantará su tienda”.

[13] Dio Agar a Yahvé, que le había hablado, el nombre de “Tú eres El Roí”, pues dijo: “¿Si será que he llegado a ver aquí las espaldas de aquel que me ve?” [14] Por eso se llamó aquel pozo “Pozo de Lajay Roí”* . Está entre Cades y Béred.

[15] Agar dio a luz un hijo a Abrán, y éste llamó al hijo que Agar le había dado Ismael. [16] Tenía Abrán ochenta y seis años cuando Agar le dio su hijo Ismael.

Vv. 13s Doble dificultad en el texto: a) Uno esperaría que el nombre divino inicial fuera *'Elohîm*, si está relacionado con *'El Ro'i*; b) en el nombre del pozo, aplicación del hecho a algo concreto, interviene *lajay*, no explicado en el contexto. Por eso, a veces se recurre a la conjetura y se ha podido traducir: «Agar dio a Dios que había hablado con ella el nombre: "Tú eres el Dios que me ve". Pues dijo: "Realmente, he visto a Dios después que él me vio". Por ello el pozo se ha llamado "Pozo de Lajay Roí"…»

Relato de tradición yahvista con complementos sacerdotales (vv. 1a.3.15-16). El interés cronológico de dicha escuela es evidente; los datos cronológicos están coordinados con 12,4b. Un relato posterior, el de la expulsión de Sara cuando Ismael es ya un muchacho crecido (21,8-21) es un paralelo parcial de este capítulo.

La promesa de descendencia, o específicamente de un hijo, no ha dado hasta ahora ningún resultado; por ello Sara toma la iniciativa (vv. 1-3) de hacer algo al respecto; sucede a la queja de Abrahán (15,2s). Por parte de Sara, eso implica la constatación de su esterilidad –que tal fuera el caso, ya quedó anticipado en la genealogía previa a los relatos sobre Abrahán (11,30)–. Al proponerle que se una a su esclava Agar, Sara dice a Abrahán: «Quizá podré tener hijos de ella». ¿Por qué tal manera de expresarse? Podríamos pensar que un hijo de la esclava egipcia nunca podría ser considerado hijo de Sara. Pero un dato del derecho mesopotámico, por ejemplo del *Código de Hammurabi* (§ 144-146), permite comprender por qué Sara se expresa como lo hace: si una esposa principal era estéril, podía (o debía) dar por mujer a su marido una esclava y reconocer sus hijos como propios. Aquella esclava tenía rango de esposa secundaria y no le estaba permitido igualarse con la esposa legítima. Más adelante Raquel (30,1-6) y Lía (30,9-13) proceden del mismo modo: dan sus criadas respectivas, Bilhá y Zilpá, a Jacob.

Abrahán se une a Agar, como se lo proponía Sara. La unión tiene por resultado la concepción de un hijo, pero la esclava, una vez encinta, se siente autorizada a tratar con desprecio, o burla, a su señora; quiere igualarse con ella, algo que no admite el derecho mesopotámico. Si Sara le reclama a su marido, él se desentiende del asunto: Agar es esclava suya; puede hacerle lo que le venga en gana. Comienzan entonces los malos tratos de Sara; Agar no los soporta y decide huir (vv. 3-6).

Cómo o por qué huye al desierto no queda claro en el relato –tal vez intenta ir a Egipto, su país de origen, a través del Negueb–, pero

allí la encuentra el "Ángel de Yahvé". Que en textos antiguos, o relativamente tales, el Ángel de Yahvé (Ex 3,2; Jc 2,1; etc.) o Ángel de Dios (Gn 21,17; 31,11; Ex 14,19; etc.) no sea un ángel tal como lo entendemos, es decir, un ser espiritual creado distinto de Dios, a la manera de aquel que, enviado por Yahvé, irá delante de Moisés y de los israelitas (Ex 23,20; 32,34; 33,2; etc.), compañía que Moisés pudo juzgar insuficiente (Ex 33,12), es cosa hoy sabida. Por lo que sigue (v. 13), parece no haber diferencia entre el Ángel de Yahvé y Yahvé mismo. Se dirá entonces que el "Ángel" es Yahvé (o Dios) en cuanto se manifiesta. Pero también se pueden considerar las cosas en términos de representación y afirmar que el ser del Ángel consiste en representar a Yahvé/Dios; por eso, habla en nombre de Yahvé (Dios), exactamente como si fuera él, como un enviado humano habla en nombre de quien le envía (32,4-6). –La mención de una fuente bien localizada y con nombre parece aquí intrascendente; en cambio, tendría razón de ser en el relato de 21,8-21–.

El Ángel de Yahvé le pregunta qué hace por aquellos derroteros. Cuando Agar le explica la razón, el enviado divino le exige que regrese con Sara, se someta a ella y, lo que es más importante, le vaticina cuál será el futuro del niño que lleva en su vientre (vv. 10-12). En cuanto a la forma de expresión, podemos advertir que el Ángel de Yahvé toma la palabra tres veces seguidas (vv. 9, 10 y 11). En las relaciones humanas puede ocurrir lo mismo: así en Gn 24,24s hay dos intervenciones de Rebeca, una por cada una de las preguntas que le fueran hechas por el servidor de Abrahán; pero es más evidente tratándose de Dios. Un ejemplo es el de la revelación del nombre de Yahvé a Moisés en Ex 3,14s, por más que las distintas intervenciones seguidas pudieran delatar el proceso por el que se añaden aclaraciones a un texto previo cuando no parece muy explícito o preciso.

Más importante es el contenido. Inicialmente el Ángel de Yahvé promete a Agar una descendencia numerosa, incontable. El anuncio inicial (v. 10) se precisa mediante la expresión más solemne que le sigue (vv. 11s). La expresión es característica de los anuncios anticipados de nacimiento, aunque aquí, a diferencia de otros textos, no se trate del anuncio de un nacimiento del que nada se sabe: Agar ya está encinta. Lo cierto es que el anuncio presenta el suceso mediante tres pasos, concepción –aquí sabida de antemano, por lo que propiamente no es objeto del anuncio–, nacimiento y nombre dado al

hijo. Con el nombre se relacionan, como aquí, la explicación del nombre y los datos que anuncian el porvenir del niño.

El nombre dado, Ismael (*'ishma''el*), que significa «que Dios escuche/escuche Dios», o «Dios ha escuchado», está en función de lo que se dice a Agar: tal ha de ser su nombre, porque pone en claro que Dios se hace presente y pone fin a su aflicción. Abrahán le pondrá ese nombre cuando nazca (v. 15). –Hay una diferencia sensible respecto a otros anuncios de nacimiento, donde el nombre está indisolublemente unido a la vocación del que lo recibe. Pensemos en «Dios-con-nosotros» (Is 7,14) o «le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20)–. El futuro de Ismael, del que no podemos olvidar que pasa por ser el antepasado de los árabes del desierto, se describe, a la vez, mediante una imagen y en términos directos. La imagen es la del onagro o asno salvaje (ver Job 39,5-8), un animal que, a diferencia de su congénere domesticado, no quiere saber nada del yugo del hombre. Como el asno salvaje, la descendencia de Ismael no soportará ningún yugo humano. Lo expresado en términos directos sirve de ampliación: no se trate sólo de independencia, de impedir que lo sometan como quiera que sea; guerrear contra todos será su modo de vida.

Agar reacciona ante la palabra escuchada; su reacción se expresa en el nombre dado a Yahvé que le habló. Que lo llame *'El Ro'i* entraña un doble problema: 1) ¿Por qué *'El*, Dios, si está dando ese nombre a Yahvé? Lo más probable es que se trate de un nombre tradicional. La nota de la Nueva Biblia de Jerusalén da a entender que se habrían alterado las palabras de Agar, pero no explica cómo. 2) ¿Qué relación hay entre ese nombre y el "Pozo de *Lajay Roí*"? El nombre, que parece significar «Pozo del Viviente que me ve», está relacionado con la pregunta que Agar se hace: «¿Será que he llegado a ver las espaldas de aquel que me ve?». Posiblemente lo que le pasa a Moisés nos aclara las cosas. Él pide a Yahvé el favor de ver su gloria (Ex 33,18), y Yahvé le responde que le concede todo («haré pasar ante ti toda mi bondad», v. 19), con una excepción: «Pero mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y seguir en vida» (v. 20). Uno pensaría que la respuesta no corresponde a la petición, pero debe haber alguna equivalencia entre "gloria" y "rostro". Por lo demás, el texto es importante por lo que sigue: Dios ocultará a Moisés en una hendidura de la roca hasta haber pasado, pero podrá ver exactamen-

te después, porque Yahvé apartará su mano «para que veas mis espaldas, pero mi rostro no lo podrás ver» (v. 22). En otras palabras, Agar y Moisés reciben el favor máximo: pueden ver las espaldas de Yahvé, el Viviente, aunque no su rostro, por más que esto se afirmó de Moisés poco antes, v. 11 (ver Nm 12,7s; Dt 34,10).

Si el nombre recibido es importante porque implica o señala la vocación del que lo lleva, el de Ismael expresa el deseo de que Dios escuche o la seguridad de que Dios escucha (v. 15). Nada extraño que llegue a verificarse en un momento posterior (21,17). La edad del patriarca, único dato cronológico (v. 16), permite relacionar hacia atrás (12,4) y hacia adelante (17,24; 21,5).

La alianza y la circuncisión (17,1-27)

17 1 Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció
Yahvé y le dijo:
"Yo soy El Sadday, anda en mi presencia y sé perfecto. 2 Yo esta-
blezco mi alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremane-
ra".
3 Cayó Abrán rostro en tierra, y Dios le habló así: 4 "Por mi parte,
ésta es mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pue-
blos. 5 No te llamarás más Abrán, sino que tu nombre será Abrahán,
pues te he constituido padre de muchedumbre de pueblos. 6 Te haré
fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de
tí. 7 Y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descen-
dencia después de ti, de generación en generación: una alianza
eterna, de ser yo tu Dios y el de tu posteridad. 8 Te daré a ti y a tu
posteridad la tierra en que andas como peregrino, todo el país de
Canaán, en posesión perpetua, y yo seré el Dios de los tuyos".
9 Dijo Dios a Abrahán: "Guarda, pues, mi alianza, tú y tu posteri-
dad, de generación en generación. 10 Ésta es mi alianza que habéis de
guardar entre yo y vosotros –también tu posteridad–: Todos vuestros
varones serán circuncidados. 11 Os circuncidaréis la carne del prepu-
cio, y eso será la señal de la alianza entre yo y vosotros. 12 A los ocho
días será circuncidado entre vosotros todo varón, de generación en
generación, tanto el nacido en casa como el comprado con dinero a
cualquier extraño que no sea de tu raza. 13 Deben ser circuncidados

**el nacido en tu casa y el comprado con tu dinero, de modo que mi
alianza esté en vuestra carne como alianza eterna. [14] El incircunciso,
el varón a quien no se le circuncide la carne de su prepucio, será
borrado de entre los suyos por haber violado mi alianza".**

**[15] Dijo Dios a Abrahán: "A Saray, tu mujer, no la llamarás más
Saray, sino que su nombre será Sara. [16] Yo la bendeciré y de ella tam-
bién te daré un hijo. La bendeciré y se convertirá en naciones; reyes
de pueblos procederán de ella". [17] Abrahán cayó rostro en tierra y se
echó a reír, diciendo en su interior: "¿A un hombre de cien años va
a nacerle un hijo?, ¿y Sara, a sus noventa años, va a dar a luz?" [18] Y
dijo Abrahán a Dios: "¡Si al menos Ismael viviera en tu presencia!"
[19] Respondió Dios: "Sí, pero Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y le
pondrás por nombre Isaac. Yo estableceré mi alianza con él, una
alianza eterna, de ser el Dios suyo y el de* su posteridad. [20] En cuan-
to a Ismael, también te he escuchado: Voy a bendecirlo, lo haré
fecundo y lo haré crecer sobremanera. Doce príncipes engendrará,
y haré de él un gran pueblo. [21] Pero mi alianza la estableceré con
Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo".
[22] Y después de hablar con él, subió Dios dejando a Abrahán.**

**[23] Tomó entonces Abrahán a su hijo Ismael, a todos los nacidos
en su casa y a todos los comprados con su dinero –a todos los varo-
nes de la casa de Abrahán– y aquel mismo día les circuncidó la
carne del prepucio, como Dios le había mandado. [24] Tenía Abrahán
noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio. [25]
Ismael, su hijo, *tenía** trece años cuando se le circuncidó la carne
de su prepucio. [26] El mismo día fueron circuncidados Abrahán y su
hijo Ismael. [27] Y todos los varones de su casa, los nacidos en su casa
y los comprados a extraños por dinero, fueron circuncidados jun-
tamente con él.**

V. 19 El texto se completa en función de parte de la tradición griega y del v. 7, añadiendo «de ser el Dios suyo y el de».

V. 25 «Tenía», como en el v. anterior, para homogeneizar la traducción.

Relato de la fuente sacerdotal. Por las ideas que expresa, todo indica que retoma el cap. 15 y la promesa puntual de 18,9-15 –en cuanto indica de antemano una fecha conocida para el nacimiento del hijo de Abrahán y Sara–. La narración se reduce a lo mínimo, pero es raro que se llegue al diálogo, aunque Dios interviene varias veces y no es

una larga instrucción ininterrumpida. Lo esencial, salvo en la parte final, está en las palabras de Dios a Abrahán.

En la perspectiva sacerdotal, estamos 20 años después de la migración a Canaán (ver 12,4b). Si hay una aparición divina (v. 1), extraña que la escuela sacerdotal utilice aquí el nombre divino "Yahvé" para introducir a quien habla, dada la gran importancia que atribuye a la revelación de ese nombre a Moisés (Ex 6,2s). Yahvé habla para presentarse como *'El Sadday*. Si el nombre puede ser antiguo (28,3; 35,11; 48,3; 49,25), apenas se encuentra fuera del Pentateuco (salvo en el libro de Job), y es la escuela sacerdotal la que hace de éste el nombre con el que se habría dado a conocer a los patriarcas (Ex 6,3), aunque utilizará comúnmente el nombre *'Elohîm*. La explicación del nombre *'El Sadday* es problemática. La equivalencia usual (si no tradicional) "Dios omnipotente" no se puede mantener. Se ha propuesto entenderlo como "Dios de la montaña", si *Sadday* fuera el equivalente del acádico *shadû*, pero otros consideran preferible explicarlo mediante el hebreo, por lo que sería el "Dios de la estepa", si *Sadday* estuviera relacionado con *sadeh*, "campo, estepa". El probable origen nómada (o semi-nómada) de los antepasados de Israel hace pensar que el nombre corresponde bien a su género de vida.

El Sadday, mediante sus palabras, quiere establecer una alianza bilateral que, para Abrahán, equivale a reforzar mediante contrato estable la promesa de descendencia (v. 2). La idea se repite varias veces, y la formulación no es uniforme; los vv. iniciales parecen una serie de variaciones sobre el tema; se afirma repetidamente la idea, sin gran diferencia en la formulación o sin explicitación diferente del contenido. Sólo se introduce algo nuevo cuando se incluye el don del país como parte del contenido de la alianza bilateral (v. 8). En algún otro momento lo que se hace es precisar la naturaleza de dicha alianza, como en el v. 7: es bilateral, sí, pero no se restringe a Abrahán; tendrá exactamente la misma validez para su descendencia: seguirá igual una generación tras otra; hasta será una "alianza eterna", si bien el calificativo implica la sucesión temporal ininterrumpida y no la eternidad en sentido estricto.

La numerosa descendencia es inicialmente lo que importa. La expresa el «te multiplicaré» inicial, pero el contenido no varía si se dice «serás padre de una muchedumbre de pueblos» o algo semejante (vv. 4-6).

Con el tema está relacionado el aparente cambio de nombre: *Abrán* por *Abrahán* (*Abram/Abraham*). ¿Por qué "aparente"? Son formas dialectales del nombre y tienen idéntica significación: «Es grande en cuanto al padre, es de noble linaje». La explicación del v. 5, que explica el nombre de *Abrahán* como «padre de una multitud» (de pueblos), *'ab hamôn*, es una etimología popular, aunque tiene sus implicaciones para la promesa de descendencia. Recordemos la importancia del nombre: en la mentalidad antigua no es una etiqueta cómoda, que pudiéramos cambiar a nuestro antojo con tal de entendernos sobre lo nombrado. El nombre determina o expresa la naturaleza de lo nombrado. El cambio de nombre, como el de Sara en el v. 15 (ver 35,10), implica un cambio de destino.

La descendencia numerosa de Abrahán, por otra parte, recibirá como posesión perpetua el país de Canaán. Tal como expresa las cosas el v. 8, Abrahán mismo es beneficiario del don, no sólo de la promesa de algo que se realizaría más adelante; con todo, él sólo es "peregrino" (residente) en la tierra de la promesa. El Sadday se compromete a dar a Abrahán una descendencia y, además, a regalarles a él y a su descendencia el país de Canaán.

Si el pacto no se refiere sólo a la promesa de la tierra, tampoco, a diferencia de 15,18, es un compromiso unilateral. Se trata de un pacto bilateral. ¿Qué exigencias tendrá para Abrahán y los suyos ese compromiso? Además de que es válida para todos la recomendación a Abrahán «anda en mi presencia y sé perfecto» (v. 1), ellos aceptan primeramente que El Sadday será su Dios (vv. 7s). Otra exigencia precisa es la de la circuncisión (vv. 9-14). Tanta importancia tiene, que es la «alianza de la circuncisión», o –en forma equivalente– que la circuncisión es el signo y la condición indispensable de la aceptación de la alianza con Dios (vv. 11.13): rechazar la circuncisión es violar la alianza de Dios (v. 14). Y no sólo han de ser circuncidados todos los descendientes de Abrahán; la exigencia se extiene a todos los varones de la servidumbre, tanto los nacidos en casa como los comprados por dinero (vv. 12s).

Un comentario marginal sería que las tradiciones parecen imaginar su comienzo entre los antepasados o en los orígenes del pueblo en forma diversa. En el cap. 34 la circuncisión, para ser imposición de los hijos de Jacob a los siquemitas, el presupuesto es que ellos están circuncidados y que consideran una abominación no estarlo.

Pero también se habla de ella en relación con Moisés (Ex 4,24-26) o con la entrada en Canaán bajo Josué (Jos 5,2-9), sin que forzosamente eso quiera decir que estamos en el comienzo absoluto de la costumbre. Práctica tradicional, la circuncisión sería introducción a la vida matrimonial según las costumbres del clan o grupo humano (como en Gn 34). En cierto modo, lo que extraña es que la legislación bíblica antigua no hable de ella, ya que los textos que la exigen, directamente o en razón de otra cosa, son contados (Ex 12,44; Lv 12,3) y tardíos (sacerdotales), igual que los que dan por asentada la práctica, como Lv 19,23. Sin duda, adquirió mayor importancia a partir de la época persa, especialmente por el contacto con los pueblos paganos (ver 1 M 1,60s; 2 M 6,10). Una relativización de su importancia había tenido lugar en torno a Jeremías –que tal cosa ocurriera puede verse como signo de su carácter tradicional–: el "signo" exterior no responde a nada si no obedece a una actitud interior; por eso importa la «circuncisión del corazón» (Jr 4,4; 6,10; 9,24s; Dt 10,16). El NT relativiza o, en realidad, anula la importancia efectiva de la curcuncisión (Hch 15; Ga 2; etc.). San Pablo, que tanto contribuirá para que no se imponga a los convertidos del paganismo, pudo, no obstante, ver en la circuncisión de Abrahán «el sello de la justicia de la fe» (Rm 4,11).

Como ocurre con Abrahán, Dios hace cambiar el nombre de Saray en Sara (v. 15). Igual que en el caso de Abrahán, también son variantes dialectales de un mismo nombre. El significado del nombre no se explica, pero vale tanto como "Princesa"; le va bien a quien será madre de "reyes de pueblos". Es volver al tema de la promesa de descendencia, pero dándole un perfil concreto: es el anuncio del nacimiento de un hijo y hasta en el término de un año (vv. 16-21). Sí, se describe el proceso: Dios bendice a Sara; su bendición la volverá fecunda (1,28). El hijo inicialmente engendrado se convertirá en naciones; es el comienzo de la cadena de una multiplicación efectiva.

La reacción de Abrahán es extraña. Bien estaría que, ante Dios que le habla, se incline rostro en tierra (v. 3), pero ¿por qué aquí decir que "cayó" a tierra? Peor todavía, el patriarca se ríe. Si la risa –por no decir nada de los juegos equívocos de Ismael en 21,9–, como luego la de Sara en 18,13-15, traduce la falta de fe de quienes sólo toman en cuenta las posibilidades humanas, como evidencian las palabras atribuídas a Abrahán, eso no es todo; también hay una anticipación del nombre del niño: anunciado por Dios, se lo da Abrahán (21,3) y lo

comenta Sara (21,6). Aquí el patriarca no se queda en la duda o la falta de fe interiores; hace a Dios una petición: le bastaría saber que Ismael cuenta ante él. Dios le responde y le dice: "de acuerdo; pero no te des por satisfecho con un don menor, si te ofrezco otro más grande". La "alianza eterna" del v. 7 pasará por Isaac. En cuanto a Ismael, él lo escucha; será grande y de él procederán doce príncipes (Gn 25,13-16). Pero el "don más grande" es que, en el término de un año («el año que viene por este tiempo») Sara, a pesar de su edad, le dará un hijo varón.

Dios ha dicho lo que tenía que decir, y sólo queda que Abrahán actúe. ¿Cómo lo hará? Se circuncida él, circuncida a Ismael y a todos los varones de su casa (vv. 22-27). Es someterse a la exigencia que Dios le señalaba; si él se somete fielmente a la exigencia que la "alianza eterna" le señala, Dios no será menos fiel que él.

La teofanía de Mambré (18,1-15)

**18 1 Se le apareció Yahvé en la encina de Mambré estando él
sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día.
2 Levantó los ojos y vio que había tres individuos parados a su vera.
Inmediatamente acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, se
postró en tierra 3 y dijo: "Señor mío, si te he caído en gracia, no
pases de largo cerca de tu servidor. 4 Que traigan un poco de agua,
os laváis los pies y os recostáis bajo este árbol, 5 que yo iré a traer
un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante,
que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro". Dijeron ellos: "Hazlo como has dicho".**

**6 Abrahán se dirigió presuroso a la tienda, adonde Sara, y le dijo:
"Apresta tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas". 7 Abrahán, por su parte, acudió a la vacada, apartó un becerro
tierno y hermoso y se lo entregó al mozo, que se apresuró a aderezarlo. 8 Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había
aderezado, y se lo presentó, manteniéndose en pie delante de ellos
bajo el árbol *mientras comieron*.**

9 *Dijeron: ¿Dónde está tu mujer Sara?" – "Ahí, en la tienda",
contestó. 10 Dijo entonces aquél: "Volveré sin falta a ti pasado el
tiempo de un embarazo, y para entonces Sara tu mujer tendrá un**

hijo". Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda, a sus espaldas. [11] Abrahán y Sara eran viejos, entrados en años, y a Sara se le había retirado la regla de las mujeres. [12] Así que Sara rió para sus adentros y pensó: "Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?"

[13] Dijo Yahvé a Abrahán: "¿Por qué se ha reído Sara, pensando: '¡Seguro que voy a parir ahora de vieja!'? [14] ¿Hay algo difícil para Yahvé? En el plazo fijado volveré, al término de un embarazo, y Sara tendrá un hijo. [15] Sara negó: "No me he reído", y es que tuvo miedo. Pero aquél dijo: "No digas eso, que sí te has reído".

Vv. 8-9 En NBJ se coordina el final del v. 8 y el inicio del 9 de modo diferente y con una puntuación diversa a la aquí propuesta.

El relato pertenece a las tradiciones yahvistas, pero algunos elementos son recientes. En su forma final narra una aparición de Yahvé: el dato inicial del v. 1 concuerda con la mención de Yahvé en los vv. 13.17.20.22; está acompañado por dos "hombres" (individuos), que según 19,1.15 son dos "ángeles". Pero la narración primitiva pudo hablar de "tres hombres" (individuos), incluso calificándolos de "ángeles"; enviados por Yahvé (19,14), los tres lo representan y hacen sus veces para hablar y actuar en su nombre. Por eso, en los momentos importantes, cuando resuena la voz de quien los envia, aparece de pronto el «dijo Yahvé» como introducción al discurso directo. Así, pese a la pluralidad, la concepción es similar a la de textos en que interviene el "Ángel de Yahvé/Dios", como en 16,7-15. Eso explicaría la curiosa oscilación entre el plural y el singular, no limitada al cap. 18, pues aparece también en la intercesión por Lot (19,17-22). Que intervinieran "tres hombres" ("tres ángeles/enviados") puede deberse a un fondo politeísta del relato: el yahvista recogería, transformándola, una antigua leyenda sobre la destrucción de Sodoma, en la que intervenían tres personajes divinos. Dicho relato formaba el núcleo de un pequeño ciclo de Lot, que fue unido a los relatos sobre Abrahán.

En la forma final del relato, principalmente con la adición de un monólogo (18,17-19) y de la intercesión de Abrahán (vv. 22b-33a), pero también con la aclaración de que son sólo "dos" los "ángeles" que llegan a Sodoma con Lot (19,1), Yahvé está presente en vez de ser representado (ver 19,27b); si se queda con Abrahán, los que prosiguen

tienen que ser sólo dos; respecto a él son "ángeles", enviados que lo representan–. Muchos Padres de la Iglesia vieron en esos "tres", a quienes Abrahán llega a dirigirse en singular (18,3), el misterioso anuncio de la Trinidad, aunque su revelación estuviera reservada al NT. La antigua antífona litúrgica parecía un compendio: *Tres vidit et unum adoravit*, «vio a tres (personas) y adoró a uno (al Dios único)».

La afirmación explícita de una manifestación (aparición) de Yahvé al comienzo es una clave de lectura. Como en Ex 3,2, se afirma que lo relatado es una manifestación del "Ángel de Yahvé", pero si allá el elemento visible se reduce a una zarza que ardía sin consumirse, aquí Abrahán ve de pronto a "tres hombres" de pie frente a él. Los otros datos iniciales se encaminan a situarnos en el tiempo, en el espacio y frente a los personajes. En el tiempo y en el espacio: es la hora de mayor calor del día, probablemente de un día caluroso; nada de extraño entonces que Abrahán, si lo puede, esté refugiado bajo una sombra, la del árbol de que luego habla, fuera de su tienda. Con relación a los personajes: Abrahán es el pastor trashumante que vive en la tienda; en ella, allá dentro, está su mujer. Por supuesto que es un beduino acomodado: tiene todo a mano, incluso a las personas que pueden preparar lo necesario, si se presenta el caso.

El encuentro (v. 2) tiene lugar cuando, de forma inopinada, al levantar la vista hacia el horizonte, ve parados frente a él, aunque a cierta distancia (si tiene que correr para llegar junto a ellos), a tres hombres. Verlos y correr a su encuentro es todo uno. La acción de postrarse ante ellos es una zalema habitual, no un acto de adoración explícita: para él, en ese momento, aquellos hombres son personas que van de paso; la hora del día le sugiere lo que ofrecerá como muestra de hospitalidad. Que los "hombres", como mínimo, representen a Yahvé y hablen en su nombre lo descubrirá gradualmente, sobre todo en el diálogo posterior a la comida (vv. 9-10.13-15).

Abrahán les habla, pero su discurso (vv. 3-5a) parece carecer de lógica: si se dirige a tres, ¿por qué inicialmente (v. 3) parece hablar a uno y sólo a continuación utiliza el plural? Lo mejor es ver allí una llamada de atención para el lector: aunque Abrahán no lo sepa de antemano, esos individuos son especiales si, como mínimo, representan a Yahvé. Lo que el patriarca expresa con sus palabras es el ofrecimiento de su hospitalidad, precedido de una fórmula para congraciarse a aquellos hombres. La fórmula inicial, literalmente «si he

hallado gracia a tus ojos», no es exclusiva de las relaciones con Dios, aunque tenga allí su aplicación (ver Ex 33,12.16). La "captación de la benevolencia" relaciona el encontrar favor con el no pasar de largo. Y el ofrecimiento de la hospitalidad incluye lo que conviene a la hora del día: agua para lavar los pies cansados de caminar, la sombra de un árbol para resguardarse del sol y descansar un poco, un bocado de pan para reponer las fuerzas. Por supuesto, habrá magnificencia en la forma de ejercer esa hospitalidad, a pesar de unas palabras que, tomadas a la letra, prometen poco, en particular al hablar de un "bocado de pan".

Una vez que acceden (v. 5b), asistimos a una carrera de preparativos (vv. 6s): Abrahán corre a la tienda o donde el ganado, manda apresurarse a Sara para hacer el pan y también el servidor se apresura a preparar el becerro. ¿Por qué la prisa? Porque no hay que ser gravoso retrasando indebidamente a esos huéspedes de paso, que por lo visto han emprendido un largo camino. Tal vez les quede mucho por recorrer; es lo que Abrahán había expresado ya en su ofrecimiento (v. 5). –Una anotación de detalle: tanto aquí como en la siguiente escena el lugar de Sara es el interior de la tienda, aunque es poco probable que allí se preparase y cociese el pan–. Por supuesto, los preparativos no corresponden "al bocado de pan" de que Abrahán habló: hay cantidad, sin olvidar la calidad, en lo que se prepara. Se habia de tres arrobas de harina de sémola para pan y de un becerro tierno y bueno, escogido ("hermoso" en NBJ), por no decir nada de la leche y la cuajada (requesón). Todo eso es lo que Abrahán pone ante ellos (v. 8), una vez cocinado. Él no se sienta a comer con sus invitados: permanece de pie para servirlos y buscar la menor cosa que haga falta.

El diálogo de sobremesa sucede al encuentro y la hospitalidad. Los hombres preguntan por Sara. Al saber lo que querían por la respuesta de Abrahán (ella está en el interior de la tienda), se le hace la promesa de que en el lapso de un año tendrá un hijo (vv. 9-10). Si lo anterior resume el diálogo inicial, algunas anotaciones deben aclarar el resumen. Primero, hay transición de "dijeron" a "dijo"; ya sabemos que se pasa del plural al singular, que hay esa transición en apariencia inmotivada, cuando lo dicho es una palabra en que Yahvé se compromete, cuando se habla en su nombre. Antes de llegar al singular, ya hubo un indicio de que los recibidos por Abrahán no son simples humanos: para ser unos extraños, están bien enterados sobre el

patriarca y los suyos, si, sin haberla visto, saben que tiene una esposa llamada Sara. La formulación es problemática: a la expresión idiomática del hebreo (en NBJ «pasado el tiempo de un embarazo») se le da un sentido en razón del contexto, pues su utilización en el AT es escasa (ver v. 14 y 2 R 4,16s; comparar con 17,21: «el año que viene por este tiempo»).

La promesa encuentra una reacción, no de Abrahán, sino de Sara; ella escuchaba, sin ser vista, pues estaba a espaldas del que hablaba y en el interior de la tienda (vv. 10b-12). Sara ríe, pero, explica el narrador, lo hace para sus adentros, "en su interior"; no fue la risa que un hombre normal necesitara escuchar para enterarse de lo que hacía. Ya sabemos por 17,17 que en la reacción de la risa hay un "double entendre": por una parte, traduce la falta de fe, que le será reprochada; pero, al mismo tiempo, constituye una anticipación del nombre del niño. Y el narrador explica cuán justificada, humanamente, era su reacción: los esposos eran viejos entrados en años y ya le habían cesado a Sara las reglas. Lo que le pasa a Sara por la cabeza es expresable en palabras: se pregunta si conocerá el placer, y más cuando su marido es viejo.

Fina ironía: al hablar (en nombre de) Yahvé a Abrahán para hacerle notar lo que tiene de inadecuada la reacción de Sara, se le atribuye haber dicho que ella es vieja (v. 13s). Sí, Yahvé habla, o el que habla lo hace en nombre de Yahvé; no parece dignarse a hacerlo directamente con la incriminada, pues lo hace con Abrahán, pero ella ha intervenido tras bambalinas, no en el primer plano de la acción relatada. Lo que se dice respecto a su comportamiento equivale a reprocharle su falta de fe. Que se reitere sin más la promesa es signo de que es un hecho decidido: cierto e indudable; lo que Yahvé anuncia, él mismo lo cumplirá puntualmente cuando llegue el momento. Él es quien todo lo puede. Si para el hombre hay asuntos difíciles o imposibles, como juzgar un caso difícil (ver Dt 17,8), entre Dios y el hombre no hay común medida (Za 8,6). Para Yahvé no hay asunto que sea extraordinario o imposible; nada está más allá de lo que él puede hacer (Jr 32,17.27); «no hay nada imposible para Dios» (Lc 1,37). Sara interviene, directamente ahora; que niegue haberse reído (v. 15), aunque sea por temor, pudiera entenderse como una excusa, pero es cierto que no se ha reído de un modo humanamente audible. Pero se ha reído, y frente a hechos no hay argumentos que valgan.

Intercesión de Abrahán (18,16-33)

[16] Partieron de allí aquellos hombres en dirección a Sodoma, y
Abrahán los acompañó de despedida. [17] Dijo entonces Yahvé:
"¿Cómo voy a ocultar a Abrahán lo que voy a hacer, [18] siendo así que
Abrahán ha de ser un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán
por él los pueblos todos de la tierra? [19] Porque yo le conozco y sé
que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el cami-
no de Yahvé, practicando la justicia y el derecho, de modo que
pueda concederle Yahvé a Abrahán lo que le tiene apalabrado".
[20]Dijo, pues, Yahvé: "El clamor de Sodoma y de Gomorra es gran-
de; y su pecado gravísimo. [21] Así que voy a bajar personalmente, a
ver si lo que han hecho responde en todo* al clamor que ha llega-
do hasta mí, y si no, he de saberlo".
[22] Partieron de allí aquellos individuos camino de Sodoma, en
tanto que Abrahán permanecía parado delante de Yahvé*.
[23] Abrahán le abordó y le dijo: "¿Así que vas a borrar al justo con
el malvado? [24] Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a
borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que
hubiere dentro? [25] Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo
con el malvado, y que *sea idéntica la suerte del uno y la del otro**.
Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia?"
[26] Dijo Yahvé: "Si encuentro en Sodoma a cincuenta justos en la ciu-
dad perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos". [27] Replicó
Abrahán: "¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que
soy polvo y ceniza! [28] Supón que los cincuenta justos fallen por
cinco. ¿Destruirías por los cinco a toda la ciudad?" Dijo: "No la des-
truiré, si encuentro allí a cuarenta y cinco". [29] Insistió todavía:
"Supón que se encuentran allí cuarenta". Respondió: "Tampoco lo
haría, en atención de esos cuarenta". [30] Insistió: "No se enfade mi
Señor si le digo: Tal vez se encuentren allí treinta". Respondió: "No
lo haré si encuentro allí a esos treinta". [31]Volvió a decirle: "¡Cuidado
que soy atrevido de interpelar a mi Señor! ¿Y si se hallaren allí
veinte?" Respondió: "Tampoco los destruiría en atención a los vein-
te". [32] Insistió: "Vaya, que no se enfade mi Señor, que ya sólo habla-
ré esta vez: ¿Y si se encuentran allí diez?" Dijo: "Tampoco los des-
truiría, en atención a los diez.
[33] Partió Yahvé así que hubo acabado de conversar con Abrahán,
y éste se volvió a su lugar.

V. 21 «todo» (*kullah*) conjetura; en hebreo «aniquilamiento» (*kalah*).

V. 22 Una de las correcciones de los sabios (*tiqqun sopherîm* supone que el texto habría sido primitivamente «en tanto que Yahvé permanecía parado delante de Abrahán», y que se cambió el texto por considerarlo irreverente. Pero no nos consta que hubiera tal cambio.

V. 25 En NBJ «y que corran parejas el uno con el otro».

La escena de la partida podría ser breve, pero las adiciones –monólogo de Yahvé en vv. 17-19 e intercesión de Abrahán en vv. 22b-33a– la amplían, y posiblemente haya habido desdoblamiento en los datos de la partida (vv. 16, 22a y 33b).

Sobre la partida de los "hombres" sabemos el hecho: se van de Mambré, y la dirección que toman: hacia Sodoma; Abrahán los acompaña por un momento para despedirlos. ¿Por qué van a Sodoma? La continuación del relato responde a la pregunta. Incluso sin la intercesión de Abrahán (y el monólogo de Yahvé en vv. 17-19 que la prepara), es indudable la relación entre las intervenciones sucesivas en Mambré y en Sodoma: los "hombres", después de estar con Abrahán y hacerle la promesa del nacimiento de un hijo en el término de un año, van a Sodoma.

En vv. 20s se dice cuál es la finalidad de su visita a Sodoma, aunque hubo un anticipo en 13,13. Pero antes tenemos un monólogo solemne (vv. 17-19). Tal caracterización se justifica por la expresión hebrea de la introducción. Yahvé se pregunta si va a ocultar a Abrahán lo que está por hacer. El inicio de lo expresado es una pregunta, aunque puede haber duda en saber si abarca el v. 18 (así en NBJ) o si la pregunta está en v. 17a y lo que sigue es la respuesta, y la justificación de una alternativa específica. El fondo del problema está en saber si Yahvé debe ocultar a Abrahán algo que está por hacer. ¿De qué se trata? De algo sobreentendido y no expresado. Pero, por lo que añade Yahvé en el monólogo, es evidente que está en juego la importancia de Abrahán, destinado por él, por su promesa, a ser un día un pueblo grande y poderoso, en el que alcanzarán bendiciones todos los pueblos de la tierra (v. 18). Si la expresión hace pensar en 12,2, allá Yahvé prometió a Abrahán que sería «una nación grande», no «un pueblo grande y poderoso»; de un «gran pueblo» o de un «pueblo poderoso» hablan textos posteriores y tardíos (Ex 32,10; Nm 14,12). Sobre la bendición que alcanzarán los demás por Abrahán hay también cierta diferencia, al menos si 12,3 nos sirve de criterio: allí se

dice que en él alcanzarán bendición «todos los linajes» (familias) de la tierra, no «todos los pueblos». Pero de bendición de las naciones de la tierra se habla, por ejemplo, en 22,18.

El v. 19 dice cuál es el papel al que Yahvé destina a Abrahán. ¿Significa «yo le conozco» que Yahvé toma en cuenta lo que el patriarca llegará a ser por sí mismo? Pero, ¿podemos, en la perspectiva bíblica, hablar de algo que el hombre alcanzaría sin que Dios intervenga? No; «le conozco» equivale a «le he destinado»; cuanto Abrahán llegue a ser responde al plan que Yahvé tiene sobre él. Y ese plan hace de él el padre que enseña a sus hijos, a su descendencia, a seguir un camino, el de Yahvé, algo que sólo es posible por la práctica de la justicia y del derecho.

Las expresiones tienen un sabor y unas resonancias familiares. Podemos pensar en las exhortaciones a la fidelidad en el Deuteronomio, aunque allí se habla de seguir los «caminos» de Yahvé. Precisar la expresión sería reconocer que esos caminos son los de la fidelidad a los mandamientos, normas y preceptos –hay varios términos y no siempre se usan los mismos–; olvidarlos sería olvidar a Yahvé (Dt 8,11). Amar a Yahvé es la exigencia fundamental; el amor se manifiesta siguiendo sus caminos y practicando sus mandamientos, preceptos y normas (Dt 30,16). Pensamos también en la piedad del israelita de la época tardía, tal como se expresa en Sal 119. Si Dios «ama la justicia y el derecho» (Sal 33,5), quien quiera seguir su camino tiene que practicar ambas virtudes (ver Dt 33,21), pues su práctica agrada al Señor más que un sacrificio (Pr 21,3)–. Hay, por tanto, una razón poderosa para que Yahvé no esconda a Abrahán lo que está por hacer; la prueba de que le fue manifestado el asunto que Yahvé traía entre manos es su oración por Sodoma.

Otras palabras de Yahvé, pronunciadas mientras Abrahán acompaña a los hombres, son las de vv. 20s. Es difícil decidir si también se trata de un monólogo o si el patriarca es interlocutor de lo que se dice. A decir verdad, hay una diferencia importante: las cosas no están exactamente como en vv. 17-19. Allá el presupuesto era la pregunta inicial que Yahvé se hacía, y todo consistía en saber si iba a ocultar, o no, a Abrahán lo que estaba por hacer. Por supuesto, la acción próxima en cuestión es la destrucción de Sodoma (o de las ciudades pecadoras); y hay que añadir a propósito de ello que es una decisión ya tomada. Lo que aquí leemos nos hace volver atrás: un

"clamor" (rumor) a propósito de Sodoma y Gomorra ha llegado ante Yahvé; y tiene su peso, ya que afirma que el pecado de esas ciudades es grave. Pues, bien, Yahvé dice estar dispuesto a bajar allá para verificar personalmente cómo y hasta dónde responde a la realidad concreta el rumor que le ha llegado. Quiere saber si son culpables según el rumor que le ha llegado, o no. La destrucción, por consiguiente, no es una decisión ya tomada; estamos en el estadio previo en que hay que verificar los datos sobre ese "clamor" o rumor. En esa perspectiva, ir a Sodoma (vv. 22a y 19,1s) es la consecuencia lógica.

A continuación, y en virtud de la intercesión de Abrahán, el relato constata una separación (v. 22): "los hombres" siguen su camino hacia Sodoma; Yahvé se queda con Abrahán. Que sean "dos" los que parten y que en relación con Yahvé se trate de "enviados" (ángeles), se afirmará más tarde (19,1). Una vez que Abrahán y Yahvé han quedado solos, el patriarca decide exponer el problema que el monólogo le ha permitido percibir. Yahvé se refería, sin detallar, a lo que está por hacer (ver v. 17), pero Abrahán comprende de qué se trata: Dios está decidido a castigar; su castigo será ejemplar, una verdadera aniquilación que no respetaría la distinción elemental entre el justo y el malvado (vv. 23-26).

La intervención punitiva plantea el problema de la justicia divina. Es un problema humano fundamental, común a todos los tiempos y lugares: en el pasado, de un modo o de otro se preguntaron, como nosotros nos preguntamos hoy, si han de sufrir los buenos con los malvados, si han de sufrir a causa de ellos. Pero la mentalidad dominante ha cambiado de modo significativo entre el antiguo Israel y nosotros, y eso confiere al problema dimensiones características. En Israel, hasta la época de Jeremías y Ezequiel, predomina una mentalidad de responsabilidad colectiva. Si se juzga que una ciudad, como Sodoma, o como Jerusalén al final de la época monárquica, es masivamente pecadora, no se cuestiona que Dios pueda intervenir para castigar en forma ejemplar. Pero, si castiga a una colectividad, puede plantearse la hipótesis de la existencia de algunos justos. ¿Cómo salvarlos, si no se prevé una intervención especial para rescatar uno por uno a los justos que hubiera en esa colectividad? Ciertamente, en el caso concreto que nos ocupa hubo una intervención especial que salvó a los justos (a Lot y a los suyos, 19,15s), pero, en el plano narrativo, Abrahán no lo sabía de antemano.

De la antigua mentalidad en que prevalecía la responsabilidad colectiva derivaba el fatalismo de los contemporáneos de Jeremías y Ezequiel; con los que fueron llevados cautivos a Babilonia pasaba lo del proverbio: «los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera» (Jr 31,29; Ez 18,2). Ambos profetas insisten en el principio de la responsabilidad individual (Jr 31,29-30; Ez 14,12-23; 18; 33,10-20; Dt 7,10; ver Dt 24,16 para el ámbito legal): cada uno es responsable de los propios actos. Aquí Abrahán no toma como punto de partida que cada uno debe ser juzgado por sí mismo, que la sentencia respectiva ha de ser proporcionada a las faltas. Si Yahvé es el justo juez (Abrahán lo declara «juez de toda la tierra», v. 25) y de él se puede esperar que no fallará ninguna injusticia, la única posibilidad que entrevé para que la totalidad no sucumba a la terrible suerte que le espera sería que hubiese un determinado número de justos que alcanzasen el perdón de la colectividad. Por eso propone el número hipotético de justos que pudiera haber en la ciudad: comenzando por cincuenta, desciende poco a poco hasta llegar a diez.

Las respuestas de Yahvé admiten el principio de base y confirman el papel salvador de los justos respecto a los demás habitantes, a la colectividad pecadora. Pero, ¿por qué Abrahán no va más allá de diez justos? Pudiera ser por apego a la tradición: si ella relataba luego que se salvaron cuatro personas, no era posible bajar de ese número. El midrás rabínico encuentra una razón de conveniencia en datos posteriores: si diez es el número necesario para que pueda haber oración colectiva en la sinagoga, diez es el número menor de personas que, juntas, pueden interceder por la colectividad.

Sólo en otro ámbito del AT, el del pensamiento profético, se llegó más lejos. Por lo que a la salvación de una catástrofe, de un castigo decretado por Yahvé, se refiere, Jeremías (5,1) y Ezequiel (22,30) afirman que un sólo justo que hubiera en Jerusalén bastaría para alcanzar el perdón de Yahvé para todos los habitantes de la ciudad. En otro orden de ideas, es también a un profeta a quien debemos el misterioso cuarto poema sobre el "Siervo de Yahvé" (Is 52,13-53,12), cuyo sufrimiento basta para expiar las faltas de todo el pueblo y salvarlo. El misterioso anuncio no se comprende plenamente hasta que Cristo lo realiza. Según Juan, el sumo sacerdote Caifás, al decir «Os conviene que muera uno solo por el pueblo, y no que perezca toda la nación», profetizó que «Jesús iba a morir por la nación –y no sólo por

la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos–» (Jn 11,50-52).

Si Abrahán, por lo que fuera, no baja de diez, sólo queda una cosa por constatar: que Yahvé parte y Abrahán regresa a su lugar (v. 33b), dato que primitivamente debió seguir al de la partida de los hombres en v. 22a.

Destrucción de Sodoma y Gomorra (19,1-29)

**19 1 Los dos ángeles llegaron a Sodoma por la tarde. Lot estaba
sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a su
encuentro y, postrándose rostro en tierra, 2 dijo: "Os ruego, señores,
que vengáis a la casa de este servidor vuestro. Hacéis noche, os
laváis lo pies, y de madrugada seguiréis vuestro camino". Ellos
dijeron: "No; haremos noche en la plaza". 3 Pero tanto porfió con
ellos, que al fin se hospedaron en su casa. Él les preparó una comi-
da cociendo unos panes cenceños, y comieron.**

4 *Aún no se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad,
los sodomitas, rodearon la casa desde el mozo hasta el viejo, todo
el pueblo sin excepción. 5 Llamaron a voces a Lot y le dijeron:
"¿Dónde están los hombres que han venido adonde ti esta noche?
Sácalos, para que *los conozcamos**".**

**6 Lot salió donde ellos a la entrada, cerró la puerta detrás de sí,
7 y dijo: "Por favor, hermanos, no hagáis esta maldad. 8 Mirad, aquí
tengo dos hijas que aún no han conocido varón. Os las sacaré y
haréis con ellas como bien os parezca; pero a estos hombres no
les hagáis nada, que para eso han venido al amparo de mi techo".
9 Pero ellos respondieron: *"¡Quita allá!" Y dijeron*:* "Uno que ha
venido a avecindarse, ¿va a meterse a juez? Ahora te trataremos a
ti peor que a ellos. Y forcejearon con él, con Lot, de tal modo que
estaban a punto de romper la puerta. 10 Pero los hombres alargaron
las manos, tiraron de Lot hacía sí, adentro de la casa, cerraron la
puerta, 11 y a los hombres que estaban a la entrada de la casa los
dejaron deslumbrados desde el chico hasta el grande, y mal se vie-
ron para encontrar la puerta.**

**12 Los hombres dijeron a Lot: "¿A quién más tienes aquí? Saca de
este lugar a tus hijos e hijas y a quienquiera que tengas en la ciu-
dad, 13 porque vamos a destruir este lugar, que es grave la queja que**

contra ellos ha llegado a Yahvé, y Yahvé nos ha enviado a destruirlos”. [14] Salió Lot y habló con sus yernos, los prometidos de sus hijas: “Levantaos, dijo; salid de este lugar, porque Yahvé va a destruir la ciudad”. Pero sus yernos le tomaron a broma.

[15] Al rayar el alba, los ángeles apremiaban a Lot diciendo: “Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que se encuentran aquí, no vayas a ser barrido por culpa de la ciudad”. [16] Y como él remoloneaba, los hombres le asieron de la mano lo mismo que a su mujer y a sus dos hijas por compasión de Yahvé hacia él, y, sacándolo, lo dejaron fuera de la ciudad.

[17] Mientras los sacaban afuera, dijo uno: “¡Escápate, por vida tuya! No mires atrás ni te pares en toda la redonda. Escapa al monte, no vayas a ser barrido”. [18] Lot les dijo: “No, por favor, Señor mío. [19] Ya que este servidor tuyo te ha caído en gracia, y me has hecho el gran favor de dejarme con vida, mira que no puedo escaparme al monte sin riesgo de que me alcance el daño y la muerte. [20] Ahí cerca está esa ciudad a donde huir. Es una pequeñez. ¡Mira, voy a escaparme allá –¿verdad que es una pequeñez?– y quedaré con vida!” [21] Díjole: “Bien, te concedo también eso de no arrasar la ciudad que has dicho. [22] Listo, escápate allá, porque no puedo hacer nada hasta que no entres allí”. Por eso se llamó aquella ciudad Soar.

[23] El sol asomaba sobre el horizonte cuando Lot entraba en Soar. [24] Entonces Yahvé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Yahvé. [25] Y arrasó aquellas ciudades y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo. [26] Su mujer miró hacia atrás y se convirtió en poste de sal.

[27] Abrahán se levantó de madrugada y fue al lugar donde había estado en presencia de Yahvé. [28] Dirigió la vista en dirección de Sodoma y Gomorra y de toda la región de la redonda, y, al mirar, vio que subía de la tierra una humareda como la de una fogata.

[29] Así pues, cuando Dios destruyó las ciudades de la redonda, se acordó de Abrahán y puso a Lot a salvo de la catástrofe, cuando arrasó las ciudades en que Lot habitaba.

V. 4 En NBJ «No bien se habían acostado».

V. 5 En NBJ «para que abusemos de ellos»: en cuanto al fondo, no existe diferencia, pero la corrección propuesta es la traducción literal.

V. 9 NBJ elimina el segundo «y dijeron»; si no se encuentra en el griego, pudo ser por considerarlo superfluo.

Los que partieron de Mambré, llegan a Sodoma (vv. 1-3). En el estadio final de evolución del relato son "dos" los que llegan, no "tres hombres", que representan colectivamente a Yahvé. Si, en el estadio final, Yahvé estaba entre los tres, se quedó con Abrahán; los otros dos son acompañantes y su relación con él se precisa: son "ángeles" (mensajeros, enviados, también v. 15), título de función que explica lo que dicen a Lot: «Yahvé nos ha enviado». El relato los llamará con mayor frecuencia "hombres", sin especificar su número, salvo al incio (18,2).

Llegan a Sodoma por la tarde, cuando el día ha avanzado y hay que ir pensando en pasar la noche. Lot, por algo que no se explica, se encontraba aún en la puerta de la ciudad. Verlos llegar, salir a su encuentro, postrarse ante ellos y ofrecerles la hospitalidad de su casa es todo uno. La escena, en formato más breve, se parece bastante a la de Abrahán a la puerta de su tienda, salvas las diferencias explicables por la hora del día. El momento diferente explica lo que Lot ofrece, sobre todo el poder pasar la noche bajo el techo de su casa. Ellos rechazan su ofrecimiento: se dicen dispuestos a hacer noche en la plaza pública. Lot porfía invitándoles a ir a su casa, hasta que aceptan. Tal insistencia parece lo más adecuado teniendo en cuenta la escena siguiente, muy parecida a la del levita de Jc 19,15s en Guibeá. En el ofrecimiento de Lot se sobreentiende la cena; el relato la despacha en dos pinceladas, pero tienen su importancia: los panes cenceños, o ácimos, se explican porque falta el tiempo necesario para que la masa preparada esté en su punto. La "comida" es literalmente un "convite", y el término hebreo incluye el vino, aunque no haya datos comparables a los de Jc 19,21-25, donde la expresión «bebieron» se precisa mediante la anotación de que «estaban pasándolo bien», cuando llegan los habitantes de la aldea.

La escena de los vv. 4-11 es como la verificación propuesta en 18,20s: lo que ocurre manifiesta que la maldad de los habitantes era más que un simple "rumor". Como quiera que sea, los habitantes de la ciudad, exactamente los hombres, llegan junto a la casa de Lot, la rodean, y a voces le exigen que saque fuera de su casa a los hombres que ha hospedado en su casa por aquella noche. La finalidad de la petición, como la de los benjaminitas de Guibeá (Jc 19,22), consiste en "conocerlos". Por supuesto, se da al verbo el frecuente sentido sexual. No es de extrañar que la ciudad de Lot dé el nombre a la relación indebida de un hombre con otro.

Lot sale fuera, pero teniendo cuidado de cerrar la puerta tras de sí; exhorta a quienes llama "hermanos" por vivir entre ellos, a renunciar a sus pretensiones. Lo que pretenden hacer a sus huéspedes sería, en términos morales, una maldad. –El viejo efraimita habla de "infamia" (Jc 19,23)–. Para que renuncien a eso les propone sacarles a sus dos hijas; podrán hacerles lo que bien les parezca, pero con tal de que renuncien a hacer lo que pretenden a los hombres que se han acogido a la hospitalidad de su techo. La legislación tardía (sacerdotal) considera ese pecado como una abominación (Lv 18,22); en consecuencia, lo castiga con la pena de muerte (Lv 20,13). Se pudiera pensar que es uno de esos pecados relacionados con los pueblos vecinos en general o con los cananeos, los anteriores habitantes del país, en particular; pero el relato sobre lo ocurrido en Guibeá muestra que no fue sólo un pecado de los "otros". Que el honor de la mujer (como el de Sara en 12,13) contara menos aquí que el sacrosanto deber de la hospitalidad, es evidente, pero la propuesta –a diferencia de Jc 19,24-25– no tendrá ninguna consecuencia.

Los hombres de Sodoma rechazan la propuesta; les parece mal que un extranjero avecindado se las dé de juez –y de juez en materia de moral–. ¿Hay en el asunto algún mal? Más grande será el que le harán a Lot. De las palabras pasan a los hechos: forcejean con él y tratan de derribar la puerta. Cuando así están las cosas, los "hombres" hospedados por Lot hacen entrar a éste en la casa y cierran la puerta. A los hombres que estaban fuera los deslumbran y no podrán persistir en su empeño. Lot mismo podrá salir sin peligro alguno (v. 14).

Si la maldad de los habitantes de Sodoma se ha comprobado, los hombres ponen en guardia a Lot: debe advertir a toda persona próxima a él que hubiere allí que, como él, salgan cuanto antes de la ciudad. ¿Qué va a pasar? Los hombres dicen estar a punto de destruir la ciudad, por estar comprobado que su pecado contra Yahvé es grande. Por lo que sigue (14.24s), podría esperarse que atribuyeran la acción de castigar a Yahvé, pero finalmente no hay diferencia entre que Yahvé castigue o que lo hagan los que lo representan y actúan en su nombre. Lot sale a hablar con quienes habían de tomar a sus dos hijas por esposas, pero toman a broma sus palabras.

Al rayar el alba, Lot, ya de regreso, recibe una orden perentoria: es el momento de tomar a su mujer y a sus dos hijas y de poner tierra de por medio, para no perecer con los habitantes de la ciudad a causa de

sus culpas. Cuando él se hace el remolón, como si el asunto no urgiera, los "ángeles" toman la iniciativa: los toman de la mano a él, a su mujer y a sus dos hijas y los ponen fuera de la ciudad. Lo que aquellos hacen, observa el narrador, es una muestra de la compasión de Yahvé hacia él. Una vez que lo han hecho o, más bien, mientras lo hacen, le transmiten instrucciones precisas: escapar es cosa de vida o muerte. Por ello no debe quedarse en ningún lugar de aquella "redonda" o valle; si no quiere perecer con su mujer y sus hijas, debe irse rápido al monte; al dirigirse allá no debe volverse para mirar hacia atrás. –En el discurso escatológico de Mt 24,16-18 y par., "no volver atrás" forma parte de otras indicaciones sobre lo grave de aquella hora–.

Lot tiene algo que objetar a las instrucciones recibidas e intercede por Soar (vv. 17-22). Si de formulación se trata, es el último pasaje donde interviene el cambio inmotivado entre singular y plural: supuestamente habla a una pluralidad ("les dijo"), pero sus palabras se dirigen a uno (vv. 18-20), como uno es el que le responde hablando en singular (vv. 21s). Se trata de dar a entender que sólo se debe pedir la salvación a Yahvé, pues es el único que la puede conceder. Estamos en la lógica de la narración primitiva: Yahvé es representado por los "hombres"; no es uno de ellos, pues se había quedado con Abrahán.

Lot se opone a la instrucción recibida, aunque reconoce el gran favor alcanzado, beneficio que consiste nada menos que en salvar su vida de la catástrofe. ¿Por qué no ir al monte, como se le ha dicho? Teme que allá lo alcance algún daño grave, si no la muerte. De no ir al monte, su petición sería que aquella "pequeñez" (insignificancia) que es la ciudad cercana no sufra la suerte común que espera a todas las del entorno; así podría encontrar refugio en ella. Ese beneficio le es concedido; la catástrofe sólo ocurrirá cuando haya entrado en la ciudad. El narrador aclara que el nombre de la ciudad deriva del acontecimiento. ¿En qué forma? En hebreo hay un juego de palabras, una etimología popular, entre Soar y "pequeñez" (*mis'ar*). No hay duda que el pasaje bíblico está tomando en cuenta que había una ciudad llamada Soar al sur del Mar Muerto. Se encontraba al extremo del valle irrigado en que Lot había escogido habitar (13,10), y se menciona en otros textos del AT (Dt 34,3; Is 15,5; Jr 38,34). Ya en la época romana un seísmo hizo llegar las aguas del Mar Muerto hasta la ciudad, razón por la que se reconstruyó algo más arriba. Se sabe que fue habitada hasta la Edad Media.

El tiempo sigue su marcha. Lot llega a Soar cuando el sol hace su aparición en el horizonte (v. 23). (Por ello algo de lo que ocurre será visible a los lejos para Abrahán, v. 28). En aquel momento Yahvé envía sobre las ciudades su castigo en forma de lluvia de fuego y azufre (vv. 24-26). Por lo que a la expresión se refiere, se ha considerado a veces redundante que se diga que "Yahvé hizo llover… desde Yahvé" y se ha propuesto considerar el "desde Yahvé, desde los cielos" como una adición. Pero nuestra lógica narrativa no coincide necesariamente con la de los narradores bíblicos; la supuesta redundancia pretende insistir: se trata de un castigo divino. Así, "el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo que los hizo perecer a todos" (Lc 17,29).

¿Quiénes son esos "todos"? Hasta ahora dos cosas parecían claras: en primer lugar, los "hombres", dejando la compañía de Abrahán, se dirigen a Sodoma (18,16.22a); las palabras de vv. 20s explican el sentido de esa visita: ha llegado a Yahvé el rumor de su maldad y es necesario verificar la exactitud del rumor. Por otra parte, la intercesión de Abrahán (18,22b-33a) parece centrada en una sola ciudad, Sodoma, donde reside Lot. Tan evidente es que se trata de Sodoma, que ni siquiera es necesario nombrarla; sólo la primera respuesta de Yahvé («si encuentro en Sodoma», 19,26) precisa que se trata de dicha ciudad.

Aquí los datos sobre la catástrofe se precisan poco a poco: al inicio se mencionan dos ciudades: Sodoma y Gomorra (v. 24). Pero el versículo siguiente amplía el panorama, pues no se trata ya sólo de esas ciudades con sus habitantes, sino del conjunto del *kîkâr* ("redonda, valle") y hasta de la misma vegetación del campo. Es todo eso lo que contempla Abrahán, aunque a distancia sólo perciba que sube el humo hacia el cielo, cual si fuera el humo de un horno (como el del fuego en el que Yahvé baja al Sinaí, Ex 19,18). La intervención de Abrahán aquí (vv. 27s) es comprensible: ya le constaba que los "hombres", que representan a Yahvé y que le han hecho en su nombre una promesa, se proponían verificar el "clamor" de Sodoma y Gomorra; que se precise que va «al lugar en que había estado ante Yahvé» es cosa que se comprende en función del estado último del texto (con su intercesión ante Yahvé).

Que la mujer de Lot, olvidando las consignas recibidas, mirara hacia atrás y quedara convertida en estatua de sal, parece una expli-

cación popular de algún relieve del terreno (alguna roca o tal vez alguna formación salina algo caprichosa) en torno a Soar. Pero eso es un detalle dentro del conjunto: la explicación del origen del Mar Muerto como resultado de la destrucción de Sodoma y Gomorra o del conjunto del *kîkâr*. La terminología árabe constituye una supervivencia: el Mar Muerto es el "Mar de Lot", y la montaña del extremo sur es la "montaña de Sodoma". En la tradición bíblica son frecuentes las alusiones a la aniquilación de las ciudades pecadoras (ver Dt 29,22; Is 1,9; 13,19; Jr 49,18; 50,40; Am 4,11; Sb 10,6-7; Mt 10,15; 11,23-24; Lc 17,28-29; 2 P 2,6; Judas 7). Una tradición paralela pudo hablar de Admá y Seboín (Os 11,8); pero en el Génesis (10,19; 14,2.8; ver Dt 29,23) todo parece indicar que esas ciudades se han integrado en el conjunto.

La tradición sacerdotal, sea la fuente P o una redacción, interviene sólo en el breve resumen del v. 29. Lo único nuevo es la afirmación de que Lot habría sido salvado de la catástrofe gracias a Abrahán. La expresión es característica: "Dios se acuerda", como se acuerda de Noé y de los vivientes que estaban en el arca (8,1), como se acuerda de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob al darse cuenta de la opresión de que son objeto sus descendientes en Egipto (Ex 2,24). Ese "acordarse" es indicio de la próxima intervención favorable.

Origen de los moabitas y amonitas (19,30-38)

[30] Subió Lot desde Soar y se quedó a vivir en el monte con sus dos hijas, temeroso de vivir en Soar. Él y sus dos hijas se instalaron en una cueva.

[31] La mayor dijo a la *menor: "Nuestro padre es viejo y no hay ningún hombre en el país que se una a nosotras, como se hace en**
todo el mundo. [32] Ven, vamos a darle vino a nuestro padre, nos acos-
taremos con él y así engendraremos descendencia". [33] En efecto,
aquella misma noche dieron vino a su padre; entró la mayor y se acostó con su padre, sin que él se enterase de cuándo se acosto ni
cuándo se levantó. [34] Al día siguiente dijo la mayor a la *menor*:
"Mira, yo me he acostado anoche con mi padre. Vamos a darle vino también esta noche, y entras tú a acostarte con él, y así engendraremos de nuestro padre descendencia". [35] Dieron, pues, también

aquella noche vino a su padre, y la *menor* se acostó con él, sin que él se enterase de cuándo se acostó ni cuándo se levantó. [36] Las dos hijas de Lot quedaron encintas de su padre. [37] La mayor dio a luz un hijo, y lo llamó Moab: es el padre de los actuales moabitas. [38] La *menor* también dio a luz un hijo, y lo llamó Ben Amí: es el padre de los actuales amonitas.

Vv. 31, 34-35 y 38 NBJ opone sistemáticamente «la mayor» y la «pequeña»; los términos hebreos expresan a la "primogénita" y a una una hermana suya de menor edad.

Lot es el inconstante de la historia: no quiso ir a la montaña por temor (v. 19), pero luego abandona Soar, la pequeña ciudad que había conseguido que fuera salvada para esconderse allí, para huir a la montaña (v. 30). Pero aquí tenemos el presupuesto de otra historia, la de su descendencia. Para que sucediera lo que cuenta el relato, es presupuesto indispensable que Lot estuviera solo con sus hijas en una gruta de la montaña.

La hija primogénita es la que toma la iniciativa; sus palabras a su hermana menor expresan los datos del problema y la solución que aconseja que tomen (vv. 31-36). Los datos del problema se reducen a poca cosa: su padre ya es viejo y no hay allá quien, fuera de él, pudiera unirse con ellas para tener una descendencia. Si lo primero ha de tomarse como simple hecho, el otro aspecto nos hace preguntarnos si era difícil o imposible encontrar alguien que pudiera unirse a ellas. La expresión de la mayor se explica mejor en la segunda hipótesis. Eso hace suponer que tal vez se trata de una tradición transjordana sobre una catástrofe comparable a la del diluvio. En este caso, los presupuestos no serían los de la catástrofe descrita anteriormente, pues Lot pidió y obtuvo que la pequeña ciudad de Soar no sufriera la suerte común de la destrucción, por lo que es de suponer que quedarían sus habitantes. Por otra parte, la destrucción de la catástrofe es limitada: no alcanza a toda la superficie imaginable, sino a la parte inferior del valle del Jordán, al actual Mar Muerto. Que la hija mayor de Lot hable de imposibilidad es la razón por la que las hijas de Lot no son juzgadas con dureza como impúdicas, como no lo será Tamar por buscar una descendencia de su propio suegro, ya que no le da a su hijo como debería (ver Gn 38). En ambas casos se pretende una cosa buena: asegurar una descendencia.

¿Cómo hacerlo? La primogénita de Lot propone embriagar a su padre. Por supuesto, no explica cómo pudieron llevar vino al huir a la gruta de la montaña o cómo podrían procurárselo donde están y en aquellas circunstancias. Lo importante no es la verosimilitud: la embriaguez del padre es presupuesto para que en noches sucesivas las hijas de Lot durmieran con él y lo hicieran según las coordenadas del narrador: que él no se enteró absolutamente de nada. La expresión, como tantes veces en la Biblia para hablar de un lapso de tiempo, señala los extremos, el comienzo y el fin: «sin que él se enterase de cuándo se acostó ni cuándo se levantó», pero lo importante es lo que se supone que ocurrió entre ambos extremos.

Lo que ocurrió fue que las dos hijas de Lot quedaron encintas de su propio padre (vv. 36-38). A su debido tiempo cada una dará a luz un hijo varón. El nombre que da cada una al propio hijo explica algo de las circunstancias de su concepción, pero se trata de etimologías populares. La mayor da a su hijo el nombre de Moab, y el nombre diría tanto como "de mi padre" (*me'ab*); Moab es el antepasado de los moabitas. La menor lo nombra *ben-'amî*, "primo hermano", nombre que explicaría el de *benê 'ammôn* (los amonitas de la Biblia). Podemos suponer que, a pesar de no juzgarse con severidad a las hijas de Lot, se cuente así el origen de dos pueblos vecinos –y enemigos– para burlarse de ellos. En Dt 2,9.19 el territorio de moabitas y amonitas no fue concedido a los israelitas que pasaban por ese territorio, y no podían considerarlo como parte de lo que debían conquistar en Transjordania.

Abrahán en Guerar (20,1-18)

20 1 Abrahán se trasladó de allí al país del Negueb, y se estable-
ció entre Cades y Sur. Una vez avecindado en Guerar, 2 solía
decir Abrahán de su mujer Sara: "Es mi hermana". Entonces el rey
de Guerar, Abimélec, envió por Sara y la tomó. 3 Pero vino Dios a
Abimélec en un sueño nocturno y le dijo: "Date por muerto por esa
mujer que has tomado, pues está casada". 4 Abimélec, que no se
había acercado a ella, dijo: "Señor, ¿es que asesinas a la gente aun-
que sea honrada? 5 ¿No me dijo él a mí: 'Es mi hermana', y ella
misma dijo: 'Es mi hermano'? Con corazón íntegro y con manos

limpias he procedido”. 6 Le dijo Dios en el sueño: “También yo
sé que has procedido con corazón íntegro, como que yo mismo te
he estorbado de faltar contra mí. Por eso no te he dejado tocarla.
7 Pero ahora devuelve la mujer a ese hombre, porque es un profeta;
él rogará por ti para que vivas. Pero si no la devuelves, sábete que
morirás sin remedio, tú y todos los tuyos*”.

8 Abimélec se levantó de mañana, llamó a todos sus siervos y les
refirió todas estas cosas; los hombres se asustaron mucho. 9 Luego
llamó Abimélec a Abrahán y le dijo: ¿Qué has hecho con nosotros,
o en qué te hemos faltado, para que trajeras sobre mí y mi reino
una falta tan grande? Lo que has hecho conmigo no se hace”. 10 Y
añadió Abimélec a Abrahán: ¿Qué te ha movido a hacer esto?” 11 Con-
testó Abrahán: Es que me dije: ‘Seguramente no hay temor de Dios
en este lugar, y van a asesinarme por mi mujer’. 12 Pero es que, ade-
más, es cierto que es hermana mía, hija de mi padre, aunque no de
mi madre, y vino a ser mi mujer. 13 Y desde que Dios me hizo vagar
lejos de mi familia, le dije a ella: Vas a hacerme este favor: allá
donde lleguemos dirás que soy tu hermano”.

14 Tomó Abimélec ovejas y vacas, siervos y esclavas, se los dio a
Abrahán, y le devolvió a su mujer Sara. 15 Después dijo Abimélec:
“Ahí tienes mi país por delante: quédate donde se te antoje”. 16 A
Sara le dijo: “Mira, he dado a tu hermano mil monedas de plata,
que serán para ti y para los que están contigo como venda en los
ojos, y de todo esto serás justificada”. 17 Abrahán rogó a Dios, que
curó a Abimélec, a su mujer y a sus concubinas, que tuvieron hijos;
18 pues Yahvé había cerrado absolutamente toda matriz de casa de
Abimélec, por lo de Sara, mujer de Abrahán.

V. 7 Lit. «tú, con todo lo que te pertenece».

Relato en que por primera vez intervendría la fuente elohista. La trama es similar a la de 12,10-20 (y 26,1-11), pero –por comparar con el otro pasaje en que intervienen Abrahán y Sara– fácil es percibir que aquí la preocupación moral está en el primer plano. A grandes rasgos, es el “caso de la culpabilidad a medias”. Abrahán es culpable, pero no tanto. Primero, porque cometió un error al suponer que no había allí temor de Dios, y su suposición era infundada. Además, si mintió al

presentar a Sara como su hermana, su mentira es una mentira a medias, pues Sara era su media hermana («hija de mi padre, pero no de mi madre»). Con Abimélec pasa algo semejante: es culpable de tomar para sí a la mujer ajena, pero sólo culpable a medias. En efecto, fue engañado por lo que Abrahán y Sara le dijeron. Además, nunca se unió a Sara, o Dios se lo impidió. –El relato no ofrece indicios para conocer la tradición según la cual Sara está encinta (17,16.21; 18,10.14): el relato que sigue es el del nacimiento de Isaac (21,1-7)–.

Con relación a Mambré, Abrahán se dirige al sur, al Negueb, y se establece en torno a Guerar (vv. 1-2); no se dice que su migración se debiera a una carestía (ver 12,10). Avecindado en Guerar, Abrahán presenta a Sara como su hermana. El rey del lugar se prenda de Sara y la toma para sí. Apenas ocurrida tal acción, Dios se manifiesta al rey en un sueño, y sus palabras son una sentencia de muerte, por haber tomado a una mujer casada (vv. 3-5). Abimélec se justifica: afirma no haber hecho nada malo; él no podía saber que fuera mujer casada, si el esposo y ella se pusieron de acuerdo para decirle que eran hermanos. Ha procedido, dice en resumen, «con íntegro corazón y con manos limpias». Nótese la doble expresión para señalar el doble aspecto de la acción humana: el mundo interior de los resortes del actuar ("corazón") y la realización práctica de la acción ("manos").

Dios reconoce (vv. 6-7) que Abimélec habla sinceramente, pues él intervino para que no pecara contra él. Pero es su obligación, sabiendo qué relación media entre ambos, devolver la esposa al esposo. Dios da una razón: el hombre es "profeta" y suplicará por Abimélec para que alcance la vida. Si se le llama "profeta", no es porque en este caso haya sido elegido por Dios para hablar a los demás en su nombre, para transmitirles su palabra. Cabe más bien un sentido más general, como en Sal 105,15, donde los "ungidos" y "profetas" son los antepasados del pueblo cuando vivían como extraños en el país de Canaán. Por lo que se refiere a una intercesión que Dios escucha, podemos pensar en Sal 99,6, donde se menciona a Moisés, Aarón y Samuel, aunque los datos más tradicionales se refieren al primero (Nm 11,2; 12,13-15; 21,7), pues se pondera su cercanía con Dios (Ex 33,11; Nm 12,7s; Dt 34,10). Aquí la intercesión de Abrahán proporcionará a Abimélec la vida, pues, de no hacer lo que se le ordena,

moriría sin remedio con todos los suyos. Si muerte y vida son los extremos, casi se diría que estamos ante una ilustración de los "dos caminos" de Dt 30,15-20.

Como respuesta, Abimélec llama por la mañana a sus siervos para contarles lo que se le ha dicho durante el sueño; la reacción es de gran temor (v. 8). Luego pide cuentas a Abrahán (vv. 9-13); lo acusa de actuar indebidamente. Su falta, además, tiene consecuencias para su reino. «»¿Qué te hice…?», pregunta Abimélec, dando por sentado que Abrahán no sabría justificar su modo de actuar. El patriarca admite que actuó por miedo. ¿Miedo a qué? A que lo asesinaran para quitarle a su esposa. Actuó, además, suponiendo que no había "temor de Dios" en aquel lugar. El temor de Dios no es exactamente tener miedo a Dios, como cuando los israelitas estaban en el Sinaí. El genuino temor de Dios es la actitud de sumisión, la disposición a cumplir su voluntad (ver Ex 20,20). –Por aparecer de aquí en adelante en varios textos elohistas, se ha podido considerar como concepto teológico fundamental de dicha fuente. Abrahán (ver 22,12) y José (42,18) serán exponentes del temor de Dios–. Por otra parte, añade Abrahán, no es una vulgar mentira afirmar que Sara es su hermana, pues lo es por parte de padre, aunque no de madre. Es su media hermana, que llegó a convertirse en su esposa. Por tal motivo, desde el momento en que Dios lo hizo emigrar y vivir lejos de su familia, Abrahán le pidió como favor que adondequiera que fuesen dijera que era su hermana.

Una vez que Abrahán ha dicho lo que tenía que decir, Abimélec procede a llevar a cabo una serie de acciones concretas (vv. 14-16). En primer lugar, devuelve a Sara a Abrahán, y acompaña la devolución con un regalo consistente en ganado (vacas y ovejas) y servidumbre. También en 12,16 Abrahán recibe del faraón algo semejante, pero allá el regalo es previo y tenía como finalidad congraciarse con el "hermano" antes de tomar a la hermana. Le dice a Abrahán, además, que tiene todo su país ante sí y que puede establecerse donde bien le parezca (de las relaciones ulteriores se hablará en 21,22s). Si entre este último texto y 12,10-20 se da una semejanza general, aquí hay una diferencia radical: en Gn 12,20 Abrahán es expulsado de Egipto a consecuencia de lo ocurrido. A Sara, por último, Abimélec le dice haber dado a su "hermano" "mil monedas de plata". ¿Por qué o para qué? El texto es difícil, pero la expresión «como venda en los ojos»

puede explicarse como una reparación, si se entiende el final del v. 16 como en la NBJ, ya que el texto parece corrompido.

Abrahán, por su parte, intercede ante Dios, que, en respuesta, cura a Abimélec, a su esposa y a sus concubinas (vv. 17s). ¿De qué las cura a ellas? De la esterilidad: para que pudieran tener hijos. Es que, explica el narrador, Yahvé había cerrado toda matriz en la familia de Abimélec a consecuencia del asunto de Sara –aunque este último versículo del relato, único que usa el nombre de Yahvé, se ha podido considerar como una adición; una "glosa" según NBJ–. Esto daría a entender que pasó algún tiempo entre la ocasión en que Sara fue tomada por Abimélec y el momento en el que éste la devuelve a Abrahán, pero no se precisa nada al respecto.

Nacimiento de Isaac (21,1-7)

21 1 Yahvé visitó a Sara como había dicho, e hizo por ella lo que
había prometido. 2 Concibió Sara y dio a Abrahán un hijo en
su vejez, en el plazo predicho por Dios. 3 Abrahán puso al hijo que
le había nacido y que le trajo Sara el nombre de Isaac. 4 Abrahán
circuncidó a su hijo Isaac a los ocho días, como se lo había man-
dado Dios. 5 Abrahán tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac.
6 Dijo Sara: "Dios me ha dado de qué reír; todo el que lo oiga reirá
conmigo". 7 Y añadió:

"¿Quién le habría dicho a Abrahán
que Sara amamantaría hijos?;
pues bien, yo le he dado un hijo en su vejez".

Pasaje complejo, a pesar de su brevedad. La identificación de lo más reciente en su composición (la parte sacerdotal del relato) es el elemento más seguro. Esa parte comprende los vv. 3-5, pero hay que agregar como mínimo v. 2b: además de la presencia del nombre *'elohîm*, la expresión «en el plazo» constituye una clara la alusión a 17,21 (aunque allá, en razón del contexto, se haya traducido de otra manera). Decimos "como mínimo" porque no es imposible que todo el v. 2 sea sacerdotal, pues en P resulta más comprensible hablar de la vejez de Sara (por 18,11 sólo nos consta que le había cesado la regla). La dificultad está en lo que queda (vv. 1, 2a[?].6-7). Que inter-

vengan las dos fuentes narrativas antiguas, yahvista y elohista, se debe a dos hechos concomitantes: los diferentes nombres divinos –Yahvé en el v. 1, *'elohîm* en el v. 6–; la repetición casi exacta entre las dos partes del v. 1, la repetición genérica entre vv. 6 y 7. Pero la atribución de vv. 1a, 2a y 7 al yahvista, y vv. 1b y 6 al elohista (así en NBJ) no resuelve todos los problemas, sobre todo porque las dos partes del v. 1 utilizan el nombre de Yahvé (en NBJ se elimina la repetición del nombre divino).

El camino para la realización de la promesa de descendencia, para que Abrahán y Sara tuvieran un hijo, ha sido largo, pero llega un momento en que Yahvé realiza su promesa. La expresión del v. 1 es doble, pero hay equivalencia práctica. Si hay una "visita", por supuesto tiene una significación positiva –sin mucho buscar, viene a la mente el cántico de Zacarías (Lc 1,78)–, no aquella en que "visitar" dice tanto como "castigar" (ver Ex 20,5; 32,34; 34,7; Dt 5,9). Que esa "visita" de Yahvé esté relacionada con una promesa previa alude a 18,10.14. Si Yahvé cumple su promesa, el v. 2 precisa de qué promesa se está tratando: aquella por la que Sara, a pesar de su vejez (ver 17,17) ha podido concebir y ahora da a luz un hijo; y se lo da a Abrahán, pues él es el padre.

Los versículos sacerdotales (3-5) están relacionados con el cap. 17 o con otros textos sacerdotales. El nombre de Isaac (v. 3), dado por Abrahán a su hijo, fue indicado en 17,21: si hubo otras alusiones al nombre (la "risa" de Abrahán [17,17], o de Sara [18,12-13.15]), ese pasaje es el único que lo anticipa: Dios lo llama así y señala la exigencia de ponerle ese nombre. La circuncisión a los ocho días (v. 4) se atiene a la regla señalada en 17,12, y la expresión establece la relación con ese pasaje. El dato sobre la edad de Abrahán (v. 5) también se relaciona con la edad señalada en 17,24; es la prueba de que Dios ha cumplido su promesa en el plazo señalado de un año (17,21).

El comentario de Sara (vv. 6s), proceda de dos fuentes o no, prosigue el juego de palabras entre Isaac y "risa": «Dios me ha dado de qué reír». Pero ahora la risa de Sara es la alegría de la madre, no la incredulidad de quien sólo contaba con lo humanamente posible y pensaba que concebir en su caso era un imposible. Sí, es ella, la mujer cuya vejez no es un misterio para nadie, la que por fin da a su marido un heredero; es ella la que, por improbable que pareciera a su edad, amamanta a un recién nacido.

Expulsión de Agar e Ismael (21,8-21)

**[8] Creció el niño y fue destetado, y Abrahán hizo un gran ban-
quete el día que destetaron a Isaac. [9] Cuando vio Sara al hijo que
Agar la egipcia había dado a Abrahán jugando con su hijo Isaac*,
[10] dijo a Abrahán: "Despide a esa criada y a su hijo, pues no va a
heredar el hijo de esa criada juntamente con mi hijo, con Isaac".
[11] Abrahán lo sintió muchísimo, por tratarse de su hijo, [12] pero Dios
dijo a Abrahán: "No lo sientas ni por el chico ni por tu criada. Haz
caso a Sara en todo lo que te dice, pues, aunque en virtud de Isaac
llevará tu nombre una descendencia, [13] también del hijo de la cria-
da haré una gran nación, por ser descendiente tuyo". [14] Abrahán se
levantó de mañana, tomó pan y un odre de agua y se lo dio a Agar;
le puso al hombro el niño y la despidió.**

**Ella se fue y anduvo por el desierto de Berseba. [15] Como llegase
a faltar el agua del odre, echó el niño bajo una mata [16] y ella misma
fue a sentarse enfrente, a distancia como de un tiro de arco, pues
pensaba: "No quiero ver morir al niño". Sentada, pues, enfrente, se
puso a llorar a gritos.**

**[17] Oyó Dios la voz del chico; el Ángel de Dios llamó a Agar desde
los cielos y le dijo: "¿Qué te pasa, Agar? No temas, porque Dios ha
oído la voz del chico en donde está. [18] ¡Arriba!, levanta al chico y
tenle de la mano, porque he de convertirle en una gran nación".
[19] Entonces abrió Dios los ojos de Agar y vio un pozo de agua. Fue,
llenó el odre de agua y dio de beber al chico.**

**[20] Dios asistió al chico, que se hizo mayor y vivía en el desierto, y
llegó a ser un gran arquero. [21] Vivía en el desierto de Parán, y su
madre tomó para él una mujer del país de Egipto.**

V. 9 «con su hijo Isaac», especificación tomada del griego, pero ausente del texto hebreo.

El relato es un paralelo del cap. 16, pero ahora Agar, en vez de estar encinta, sale del círculo familiar de Abrahán cargando con Ismael. Que no haya coordinación entre un relato y otro nos lo dice el siguiente dato: 16,16 y 21,5 permitirían concluir que Ismael tendría ya unos 15 años (si era 14 años mayor que Isaac), por lo que resulta extraño que sea el niño del que habla el relato, pues tiene que ser cargado sobre el hombro (v. 14). En tal caso, no sería mucho mayor que

Isaac, apenas destetado. La narración sería un paralelo elohista: el nombre común 'Dios' es el que aparece en los vv. 12 y 17. El elemento común entre el relato del cap. 16 y el presente es el pozo en el desierto (16,14 y 21,19).

El recién nacido, Isaac, va creciendo. Abrahán ofrece un gran banquete el día en que lo destetan (vv. 8s); parece que no importa dar a conocer quiénes pudieron ser los invitados del patriarca. Lo que sí importa es lo que ocurre entonces: Ismael "juega" con Isaac. ¿Qué tiene de raro? Parece algo natural, dado que uno y otro son chicos de edad similar. Pero el "jugar" de ahora es el "reír" de otros pasajes, y hasta pudiera tener connotaciones sexuales, que explicarían la reacción de Sara. Pero podríamos preguntarnos qué podría hacer de inconveniente un chico que todavía necesita ser llevado al hombro.

Como quiera que sea, la reacción de Sara es perentoria (v. 10): exige a Abrahán que expulse a la criada con su hijo; se opone a que éste pueda heredar junto con su hijo los bienes del patriarca. Que Abrahán lo sintiera, y mucho, es el comentario del narrador; que hubiera una poderosa razón para ello, la de que era su hijo, hasta lo podía silenciar, pues lo comprenderíamos sin que lo mencionara (v. 11). Abrahán se decide a hacer lo que le exige Sara porque Dios interviene (vv. 12-13): debe hacer caso a Sara, le dice, en vez de afligirse por la criada y por su niño. Para no preocuparse, debe tener en cuenta que será en Isaac en quien se cumplirán las promesas recibidas, literalmente: «en virtud de Isaac llevará tu nombre una descendencia» (se puede recordar Rm 9,7s, donde Pablo cita la frase anterior y declara que «los hijos de la promesa» son los que «se cuentan como descendencia» de Abrahán), pero por tratarse de un descendiente suyo, también de Ismael Dios hará una nación grande. No se dice que Dios le hablara durante la noche, pero se supone por lo que sigue; la consecuencia, en efecto, será lo que hace Abrahán por la mañana al levantarse (v. 14a): toma pan y un odre de agua, los da a Agar y le carga al hombro a su hijo Ismael; luego la despide.

Aunque el narrador no ha dicho dónde se encontraba Abrahán, es lógico suponer que no ha habido cambio de lugar respecto al cap. 20: estamos en el Negueb y en torno a Guerar. Por eso, no tiene nada de raro que se diga que Agar anda por el desierto de Berseba (vv. 14b-16). El odre de agua recibido de Abrahán no podía ser muy grande, si la mujer tenía que llevar también al hombro a Ismael. Lo cierto es

que el agua del odre se termina. Ella piensa que ha llegado para ambos el último momento; coloca al niño a la sombra de algún arbusto de los que crecen por allí para protegerlo del sol y se coloca cerca («a la distancia de un tiro de arco»). Lo hace porque no le gustaría verlo morir. En su desesperación, se pone a llorar.

Pero "el hombre propone y Dios dispone": Dios, dice el narrador, escuchó la voz del chico –el relato no nos ha dicho que hiciera algo en particular, pero nada más natural pensar que llorara de sed: el llanto de la madre responde al del hijo– y decide intervenir para salvarlo (vv. 17-19), como cuando, al oír el "clamor" de los israelitas en Egipto (Ex 2,23; 3,7.9), decide a intervenir en su favor. La intervención parece mediata, pues quien habla a Agar es el "Ángel de Dios" (en el cap. 16 intervenía el "Ángel de Yahvé"); y lo hace desde el cielo, no de modo directo. Es una de las formas, similar a la de la manifestación en sueños, mediante la que la tradición elohista expresa la trascendencia de Dios. El "Ángel" le pregunta qué le pasa, a la vez que la invita a no temer (ver 15,1). Si temer en ese caso es esperar la muerte como desenlace lógico, saber que Dios ha escuchado la voz del niño invita a no temer. Si el nombre señala un destino particular, eso se verifica en Ismael, pues su nombre expresa el deseo de ser escuchado por Dios (ver 16,15). El "Ángel" instruye a Agar: debe levantar al niño y tomarlo de la mano. Es la actitud de quien ha de conducirlo a un lugar cercano, aunque lo que añade la instrucción recibida, que el niño se convertirá en una gran nación, repite la promesa sobre su futuro y no se relaciona con la solución del problema inmediato. Si no se le dice a qué lugar debe dirigirse con el niño, se le concede poder de percepción (literalmente «Dios le abrió los ojos»: inmediatamente ve un pozo que antes no había visto. Ni tarda ni perezosa, llena allí su odre, da de beber al niño y bebe ella misma.

Salvado del primer peligro, se da por supuesto que, incluso en el desierto, el niño creció y alcanzó la edad adulta (vv. 20s). De un hombre que vive en el desierto era de esperarse que desarrollase la habilidad para vivir en ese medio. Ismael habría sido un gran arquero; si el arco puede servir para la guerra, también es un medio de subsistencia para vivir de la caza, como se dirá de Esaú (25,27; 27,3). En el caso de Ismael, todo se resume en que vivió en el desierto, aunque se precisa: el desierto de Parán; mencionado en la campaña de los reyes del cap. 14, intervendrá varias veces en los relatos sobre la marcha de

los israelitas por el desierto (Nm 10,12; 12,16; 13,2.26; Dt 1,1; 33,2). Si Agar era egipcia, no es de extrañar que buscase a su hijo una esposa en su país de origen.

Abrahán y Abimélec en Berseba (21,22-33)

22 Sucedió por aquel tiempo que Abimélec, junto con Picol, capi-
tán de su tropa, dijo a Abrahán: “Dios está contigo en todo lo que
haces. 23 Ahora, pues, júrame por Dios aquí mismo sin mentir, y
tanto a mí como a mis hijos y a mis nietos, que la misma benevo-
lencia que he mostrado contigo, la tendrás tú conmigo y con el país
donde te hemos recibido como huésped. 24 Abrahán dijo: “Lo juro”.
25 Entonces Abrahán se quejó a Abimélec con motivo de un pozo
que habían usurpado los súbditos de Abimélec. 26 Dijo éste: “No sé
quién ha hecho eso. Ni tú me lo habías notificado, ni yo había oído
nada hasta hoy”. 27 Abrahán tomó unas ovejas y vacas, se las dio a
Abimélec e hicieron los dos un pacto. 28 Abrahán puso siete corde-
ras aparte. 29 Dijo Abimélec a Abrahán: “¿Para qué son esas siete
corderas que has apartado?” 30 Contestó: “Esas siete corderas las
vas a aceptar de mi mano, para que me sirvan de testimonio de que
yo he excavado ese pozo”. 31 Por eso se llamó aquel lugar Berseba,
porque allí juraron ambos.
32 Hicieron, pues, el pacto en Berseba; luego, levantándose
Abimélec y Picol, capitán de su tropa, se volvieron al país de los
filisteos. 33 Abrahán plantó un tamarisco en Berseba e invocó allí el
nombre de Yahvé, Dios eterno. Abrahán estuvo residiendo en el
país de los filisteos muchos años.

El relato pertenece a las tradiciones elohistas (notar que el nombre divino es *’elohîm* [Dios] al comienzo, v. 22), aunque algún problema se plantea sobre la doble explicación del nombre de Berseba en los vv. 27-31. La mención del país de los filisteos (vv. 32s) se remonta a una época en que tal cosa era cierta, aunque se puede dudar que Guerar estuviera en el (posterior) país de los filisteos. Si estos versículos fueran de tradición elohista, extrañaría que se hable de Yahvé en el v. 33.

Abrahán reside en el Negueb (20,1), y ya sabemos que Abimélec, rey de Guerar, intervino en aquel relato, el segundo de la “esposa-hermana” en las tradiciones de Abrahán. Abimélec, junto con el jefe de su ejército, llamado Picol, habla a Abrahán (vv. 22-24). Reconoce que Dios lo acompaña en todas sus empresas, sin que el narrador nos diga cómo llega a esa constatación: que él interviniera para que Sara fuera devuelta al patriarca es cosa que ya sabemos, pero de ahí a una afirmación tan genérica va un buen trecho. Dado ese privilegio del patriarca, Abimélec le pide bajo juramento –y que éste sea sincero– que siempre les mostrará a él y a sus descendientes una benevolencia comparable a la que él mismo le ha mostrado siempre. Lo que dice, por supuesto, tiene como prueba específica los regalos de 20,14.16, así como el permiso de instalarse donde mejor le pareciera (20,15), aunque aclarando su condición de residente. Abrahán accede al juramento solicitado.

Pero, hecho el juramento, el patriarca saca a relucir algo que pone las relaciones bajo una nueva luz: ¿le han mostrado siempre benevolencia? Él no llamaría así al hecho de que servidores de Abimélec se apoderaran de un pozo (vv. 25s), usurpándoselo a Abrahán. El rey dice ignorar todo al respecto: ni Abrahán le ha hablado del asunto ni él ha sabido nada por otro medio.

Dado que por ahí no se llega a ninguna parte, Abrahán hace al rey un regalo de ovejas y vacas (vv. 26-31). ¿Cuál es el sentido del regalo? No se explica directamente, y caben varias suposiciones: lo normal es suponer que el regalo va destinado a conquistar la voluntad del rey, pero también puede pensarse que es la materia del sacrificio y del banquete con que se sellará el pacto mutuo. Pero el pasaje, si afirma que los dos hombres concluyeron una alianza, que hicieron un pacto bilateral, no menciona ningún rito (citamos la comida por intervenir como rito importante en el pacto entre Labán y Jacob en 31,46s.54).

Abrahán, por otra parte, separa siete corderas; es evidente que las siete son algo aparte del regalo genérico de ovejas y vacas. Por eso llama la atención de Abimélec, que le pregunta por qué o para qué las ha separado. Abrahán le dice que debe aceptarlas en testimonio de que el pozo –aquél de que se quejó– fue excavado por él. Pero aquí, cuando todo parecía simple, se bifurca la etimología popular: Berseba no es “Pozo de las siete” (corderas), sino “Pozo del juramento” (el nombre del lugar, *be’er sheba‘*, se explica por *shabû‘â*, ju-

ramento, no por *sheba‘*, siete). El juramento, por supuesto, es el que prestan mutuamente Abrahán y Abimélec, pues “allí juraron ambos”. Abimélec y Picol regresan a su ciudad, supuestamente al país de los filisteos; Abrahán, por su parte, planta un tamarisco en Berseba, e invoca a Yahvé, “Dios eterno”. Este breve dato forma serie con otros: Berseba, en el extremo sur del país bíblico (cf. “desde Dan hasta Berseba”), es uno de los lugares de culto de los patriarcas, 26,24s; 46,1-4 (ver Am 5,5; 8,14). “Dios eterno”, *’el ‘ôlâm*, es uno de los nombres divinos más peculiares, pues sólo se encuentra aquí (pero la eternidad de Dios se podrá afirmar de otra manera). Lo que no queda claro en el pasaje es la relación entre Berseba y el país de los filisteos: ¿querrá decir que Berseba está en el país de los filisteos, si Abrahán hace de ese lugar su residencia (ver 23,19)?

Sacrificio de Abrahán (22,1-19)

22 1 Después de estas cosas, Dios tentó a Abrahán. Le dijo:
“¡Abrahán, Abrahán!” Él respondió: “Aquí estoy”. 2 Después
añadió: “Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, y vete al
país de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes, el
que yo te diga”.
3 Abrahán se levantó de madrugada, aparejó su asno y tomó con-
sigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y
se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios. 4 Al ter-
cer día levantó Abrahán los ojos y vio el lugar desde lejos. 5
Entonces dijo Abrahán a sus mozos: “Quedaos aquí con el asno. Yo
y el muchacho iremos hasta allí, haremos adoración y volveremos
donde vosotros”.
6 Tomó Abrahán la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo
Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos
juntos. 7 Dijo Isaac a su padre Abrahán: “¡Padre!” Respondió: “¿Qué
hay, hijo?” – “Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cor-
dero para el holocausto?” 8 Dijo Abrahán: “Dios proveerá el cordero
para el holocausto, hijo mío”. Y siguieron andando los dos juntos.
9 Llegados al lugar que le había dicho Dios, construyó allí
Abrahán el altar y dispuso la leña; luego ató a Isaac, su hijo, y lo

**puso sobre el ara, encima de la leña. 10 Alargó Abrahán la mano y
tomó el cuchillo para inmolar a su hijo.**

**11 Entonces le llamó el Ángel de Yahvé desde el cielo diciendo:
“¡Abrahán, Abrahán!” El dijo: “Aquí estoy”. 12 Continuó el Ángel:
“No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora
ya sé que eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo,
tu único”.**

**13 Alzó Abrahán la vista y vio un carnero trabado en un zarzal por
los cuernos. Fue Abrahán, tomó el carnero y lo sacrificó en holo-
causto en lugar de su hijo. 14 Abrahán llamó a aquel lugar “Yahvé
provee”, de donde se dice hoy en día: “En el monte ‘Yahvé se apa-
rece’”.**

**15 El Ángel de Yahvé llamó a Abrahán por segunda vez desde el
cielo 16 y le dijo: “Por mi mismo juro, oráculo de Yahvé, que por
haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, 17 yo te
colmaré de bendiciones y acrecentaré mucho tu descendencia
como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adue-
ñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. 18 Por tu des-
cendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de
haber obedecido tú mi voz”.**

**19 Volvió Abrahán al lado de sus mozos y emprendieron la mar-
cha juntos hacia Berseba. Y Abrahán se quedó en Berseba.**

Este relato es “probablemente de tradición elohista”, leemos en la nota de la NBJ. El nombre divino es *’elohîm* en los vv. 1, 4 y 8-9, pero no en 11 y 14, aunque sería por fidelidad a la tradición que, contrariamente a lo esperado (y a Ex 3,13-15), se use el nombre de Yahvé. En el v. 11 es el “Ángel de Yahvé” quien interviene, pero habla desde el cielo como el “Ángel de Dios” en 21,17. El relato tradicional (vv. 1-14 y 19) fue ampliado por el discurso de promesa de los vv. 15-18. El origen del relato pudo ser la leyenda fundacional de un santuario israelita: allí, a diferencia de los santuarios cananeos, no se ofrecían víctimas humanas, ni siquiera la de los primogénitos. La narración justificaría el rescate de los primogénitos. Éstos, como todas las primicias, pertenecen a Dios, pero en la legislación israelita no se exige ofrecerlos en sacrificio, sino rescatarlos (Ex 13,11). Por eso, la narración, al menos por implicación, condena los sacrificios de niños, el

“hacerlos pasar ante Mólec” (Lv 18,21). Si tal cosa pudo ocurrir en Judá y hasta fueron los reyes los primeros responsables de un santuario destinado a esos sacrificios junto a Jerusalén (2 R 16,3; 21,6; 23,10), los profetas condenan tal práctica (Is 30,33; Jr 7,31; 19,5-6; 32,35; Ez 16,20-21), rechazo que reitera la legislación tardía (Lv 20,2-5; Dt 12,31; 18,10).

El inicio del relato habla de una tentación que Dios pone a Abrahán (v. 1). Estamos lejos de St 1,13-14, para quien no puede haber tentación que venga de Dios. En el Pentateuco no es el único caso en que se habla de una prueba que Dios pone al hombre: en Ex 20,20 Moisés dice al pueblo que «Dios ha venido [sobre el monte, pues estamos en el momento de la teofanía] para poneros a prueba». ¿Qué pretende con ella? Dios quiere ver si toman ante él la actitud que deberían, descrita allí la descrita por dos expresiones: una negativa (no pecar) y otra positiva (estar animado por su “temor”). La correlación entre tentación de Dios y respuesta humana, que evidencia el “temor de Dios”, también está presente aquí: el “Ángel de Yahvé” reconocerá luego que Abrahán es “temeroso de Dios” (v. 14; ver Dt 8,2). Dios le habla y él manifiesta su disposición a escuchar con su “Aquí estoy”. Repetir el nombre es frecuente en ese tipo de manifestaciones (v. 11; Ex 3,4; 1 S 3,10), como lo es también que el interpelado responda como lo hace Abrahán (1 S 3,4.6.8.10). El más famoso “Aquí estoy” es el “He aquí la esclava del Señor” de María (Lc 1,38).

Apenas Abrahán ha manifestado su disposición a escuchar lo que se le quiera decir, recibe la orden de tomar a su hijo y de ir al país de Moria y presentarlo allí como sacrificio sobre un monte que le será indicado (v. 2). Llama la atención la forma de expresarse por parte de Dios; ya es mucho que se le exija sacrificar al propio hijo, pero se le dice «toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac». Parecería que se hace todo para que se dé perfecta cuenta de lo tremendo del “sacrificio” pedido: es remover la espada en la llaga.

En cuanto a la localización, sólo tardíamente (2 Cr 3,1) se identifica el monte Moria con el monte del templo de Jerusalén, aunque el cronista no menciona el sacrificio de Abrahán y sólo habla de un lugar en que Dios se habría manifestado a David. Tal lugar estaría relacionado con los preparativos para la construcción del templo de Jerusalén.

La comunicación de Dios fue nocturna, y la respuesta empieza cuando Abrahán se levanta por la mañana (vv. 3-5). Apareja su asno y lleva consigo a dos servidores y a su hijo Isaac. En otro orden de ideas, parte la leña destinada al holocausto (sería un sacrificio en el que la víctima habría de consumirse entera como ofrenda); es sin duda la carga del asno. Aunque no haya dato alguno sobre el particular, pues no se precisa el punto de partida, Abrahán sabe a dónde tiene que ir. De hecho, al tercer día ve a lo lejos el lugar del que le hablaron. Ordena a los servidores que le esperen con el asno; él y el muchacho irán al monte para adorar y luego volverán.

Para proseguir el camino que los separa de la cima del monte, Abrahán reparte cuanto hay que llevar: carga a su hijo con la leña y él lleva el fuego ya encendido y el cuchillo (vv. 6-8). Mientras caminan juntos, a Isaac le llama la atención que, si han de hacer un sacrificio (holocausto), lleven todo menos la víctima, el cordero para el holocausto que van a ofrecer. Para no quedarse con la duda, le pregunta al respecto al patriarca, quien, aunque seguramente con un nudo en la garganta, le explica que Dios proveerá el cordero para el holocausto. Eso ocurrirá de hecho (v. 13), aunque su respuesta tratase sólo de no revelarle antes de tiempo la triste realidad: él mismo es la víctima del holocausto.

Llegados al monte que Dios le había señalado, Abrahán construye el altar (vv. 9-10). Tiene que haber sido sencillo; lo podemos imaginar por comparación con Ex 20,25: unas cuantas piedras bien dispuestas y sin fundamentación de ninguna especie. No es la primera vez que se habla de un altar levantado por Abrahán (ver 12,7-8; 13,18). Una vez construido el altar, el patriarca dispone encima la leña; sobre ella pone luego a su hijo Isaac y lo "ata" sobre la leña del altar. Por eso, la tradición judía habla de la "atadura" de Isaac. Hecho todo aquello, sólo falta tomar el cuchillo, sacrificar a su hijo y prender fuego a la leña.

Como se ve, Abrahán no se queda sólo en buenas intenciones. Al estar dispuesto a sacrificar a su hijo, pone en acción su fe, una fe viva por las obras que realiza (ver St 2,23). En otro orden de ideas, recordemos que las tradiciones sobre Abrahán están centradas en una doble promesa: descendencia y don del país; y aunque la primera tiene una importancia decisiva, no sólo mirando a su máximo cumplimiento, sino también como anuncio de un descendiente que tarda

en venir, qué duda cabe de que nos encontramos en un momento crucial. Hb 11,17-19 encuentra la clave: «Por la fe Abrahán, sometido a la prueba, ofreció a Isaac como ofrenda…», incluso a sabiendas de que «Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios para resucitarlo de entre los muertos. Por eso lo recobró como símbolo». Por supuesto, en Isaac, que sube al monte llevando la leña para el propio sacrificio, los Padres de la Iglesia vieron una figura de lo que ocurrirá con Jesús, el Hijo Único del Padre, que se encamina al monte Calvario cargando el madero de su crucifixión.

En el último momento interviene el Ángel de Yahvé, que habla a Abrahán desde el cielo (vv. 11-12). Tan perentoria como la orden del sacrificio, es ahora la de no sacrificar a su hijo único. La orden contraria tiene su razón de ser: Abrahán ha manifestado ser temeroso de Dios por haber estado dispuesto a sacrificar a su hijo único. La substitución tiene lugar; el patriarca no se quedará sin ofrecer a Dios un holocausto (v. 13). Pero, en lugar de Isaac, ofrecerá un carnero –así es el rescate del primogénito según la legislación: se ofrece a Dios un carnero o cordero en vez del hijo primogénito que, como todo primer nacido, pertenece a Dios (Ex 13,13)–, que está trabado en un zarzal por los cuernos.

El nombre del lugar constituye un problema; se esperaría una exacta correspondencia, pero hay diferencia entre "Yahvé provee" y "Yahvé se aparece" (v. 14). ¿Con cuál quedarnos? Si el nombre fue preparado por la respuesta de Abrahán en el v. 8, uno esperaría "Yahvé provee" en el segundo caso, igual que en el primero. Si el nombre corresponde a un hecho preciso que mostró la santidad del lugar, la manifestación divina en el monte, por importante que parezca, es una idea general frente al carácter propio del lugar santo.

El Ángel de Yahvé interviene por segunda vez (vv. 15-18). Yahvé jura por sí mismo: si Abrahán, con su acción, ha manifestado su obediente sumisión, estando dispuesto a ofrecer como holocausto a su propio hijo, aunque con ello parecía quedar imposibilitada la realización de la promesa, si realmente escuchó la voz del Señor, ¿qué pago merece su acción? Que Dios jure por sí mismo, o prometa con juramento, está en relación con una promesa solemne (o con la alianza). En Sal 105,9 están en paralelo el "juramento a Isaac" y lo pactado con Abrahán; el juramento es la alianza con Abrahán (ver Lc 1,73). En el Deuteronomio (7,8; 8,1; 29,12) el juramento hecho a los padres

(Abrahán, Isaac y Jacob) tiene que ver con el don del país, aunque también se menciona un juramento hecho a los israelitas de la época de Moisés (Dt 29,11).

Lo que Yahvé le promete se resume en dos cosas: multiplicará las bendiciones prometidas y acrecentará la descendencia del patriarca. Se subraya especialmente la promesa de descendencia numerosa. Cabe señalar una doble comparación. Que la descendencia de Abrahán haya de ser más numerosa que las estrellas del cielo deriva de Gn 15,5 (lo que hace Yahvé para que el patriarca durante la noche comprendiera lo numerosa que sería su descendencia). La otra comparación es menos estable; en 13,16 se hablaba de una descendencia más numerosa que el polvo del suelo. Si la descendencia ha de ser numerosa, decirle que se adueñará de la puerta de sus enemigos es prometerle un poder por el que los someterá y se apoderará de sus ciudades (así en los Setenta). Es el deseo que su parentela expresará a Rebeca en Gn 24,60.

El regreso se describe en dos tiempos (v. 19): el patriarca regresa con Isaac a donde habían quedado los mozos; una vez que se han juntado con ellos, regresan al lugar de donde habían partido. Si no se precisaba al comienzo el punto de partida, ahora el regreso es a Berseba, localidad mencionada en 21,32.

DESCENDENCIA DE NAJOR (22,20-24)

20 Después de estas cosas, se anunció a Abrahán: "También Milcá ha dado hijos a tu hermano Najor: 21 Us, su primogénito; Buz, hermano del anterior, y Quemel, padre de Aram, 22 Quésed, Jazó, Pildás, Yidlaf y Betuel". 23 (Betuel engendró a Rebeca.) Estos ocho le dio Milcá a Najor, hermano de Abrahán. 24 Su concubina, llamada Reumá, también dio a luz a Tébaj, Gaján, Tajas y Maacá.

Si Najor es el único hermano de Abrahán (igual que en 11,27), no es en principio lo más evidente que esta lista de sus hijos se pueda atribuir al yahvista, aunque se debe reconocer que hay acuerdo con los datos posiblemente yahvistas de 11,28-30. Que Najor haya tenido 12 hijos no es caso único: pronto se hablará de los 12 hijos de Ismael (25,12-16) y –sobre todo– doce serán también los hijos de

Jacob (29-32-30,34; 35,17s). De uno de los hijos de Najor, Quemel, se dice que es el “padre de Aram”, y hasta pudiera ser que todos ellos pasaran como antepasados de las arameos, aunque en la “tabla de las naciones” Aram es hijo de Sem y se le atribuye la paternidad de cuatro hijos (9,22s), entre los cuales Us es el único nombre común a aquella lista y a la de los descendientes de Najor en nuestro pasaje.

La tumba de los patriarcas (23,1-20)

23 1 Sara vivió ciento veintisiete años. 2 Murió Sara en Quiriat
Arbá –que es Hebrón– en el país de Canaán, y Abrahán hizo
duelo por Sara y la lloró.
3 Dejó después Abrahán a la difunta y fue a hablar con los hijos
de Het en estos términos: 4 “Yo soy un simple forastero que reside
entre vosotros. Dadme una propiedad sepulcral entre vosotros,
para retirar y sepultar a mi difunta”. 5 Respondieron los hijos de
Het a Abrahán: 6 “A ver si nos entendemos, señor; tú eres un presti-
gioso jeque entre nosotros. Sepulta a tu difunta en el mejor de
nuestros sepulcros. Ninguno de nosotros te negará su sepulcro,
para que entierres a tu difunta”.
7 Abrahán se levantó e hizo una reverencia a los paisanos, los
hijos de Het, 8 y les habló en estos términos: “Si estáis de acuerdo
con que yo retire y sepulte a mi difunta, escuchadme e interceded
por mí ante Efrón, hijo de Sójar, 9 para que me dé la cueva de
Macpelá, que es suya y que está al borde de su *campo. Que me la**
dé por lo que valga en propiedad sepulcral entre vosotros”. 10 Efrón
estaba sentado entre los hijos de Het. Respondió, pues, Efrón el
hitita a Abrahán, teniendo como testigos a los hijos de Het y a todos
los que entraban por la puerta de la ciudad: 11 “No, señor, escúcha-
me: te doy *el campo* y te doy también la cueva que hay *en él*. Te *lo*
doy en presencia de los hijos de mi pueblo; sepulta a tu difunta”.
12 Abrahán hizo una reverencia a los paisanos 13 y se dirigió a
Efrón, en presencia de los paisanos, diciendo: “A ver si nos enten-
demos. Te doy el precio *del campo*; acéptamelo y enterraré allí a mi
difunta”. 14 Respondió Efrón a Abrahán: 15 “Señor mío, escúchame:
Cuatrocientos siclos de plata por un terreno, ¿que nos suponen a
mí y a ti? Sepulta a tu difunta”. 16 Abrahán accedió y pesó a Efrón

la plata que éste había pedido, teniendo como testigos a los hijos
de Het: cuatrocientos siclos de plata corriente de mercader.
[17] **Así fue como *el campo* de Efrón que está en Macpelá, frente a**
Mambré, *el campo* y la cueva que hay en él y todos los árboles que
están en el campo por todo su entorno, todo ello vino a ser [18] **pro-**
piedad de Abrahán, teniendo como testigos a los hijos de Het y a
todos los que entraban por la puerta de la ciudad. [19] **Después Abrahán**
sepultó a su mujer Sara en la cueva del campo de Macpelá, frente
a Mambré (es Hebrón), en Canaán. [20] **Así fue como aquel campo y**
la cueva que hay en él llegaron a ser de Abrahán como propiedad
sepulcral, recibida de los hijos de Het.

V. 9 En NBJ se traduce por «finca»; preferimos el sentido propio e inmediato del término hebreo, aquí y en los vv. siguientes (11.13-14.17), así como en 25,9.

Junto con el cap. 17, el presente relato es sacerdotal. Abrahán, "simple forastero" (v. 4), o extranjero residente (*gēr*), obtiene un primer título de propiedad, por limitado que fuera, en Canaán. De este modo comienza a realizarse la promesa de la tierra (17,6; Ex 6,4) –pero los textos sacerdotales suponen el tema tradicional de la promesa (12,7; 13,15; 15,7ss)–. El relato cuenta, primero, el regateo entre Abrahán y los hijos de Het; luego entre él y Efrón, en orden a la adquisición de un lugar de entierro para Sara, que acaba de morir. Cuando le permiten al patriarca que escoja el que le parezca, él se decide por la gruta de Macpelá.

Los interlocutores de Abrahán en el relato son los "hijos de Het", y uno se pregunta qué relación tendrían con los hititas de Asia Menor, cuyo gran imperio, que había durado varios siglos, desaparece en torno a 1200 a.C., aunque más tarde, a comienzos del primer milenio, hay varios reinos neo-hititas en Siria del Norte. No es tan extraño que intervengan aquí los hijos de Het, como parecería a primera vista: los hititas aparecen en las listas de los antiguos pobladores de Canaán, aquellos a quienes Dios desposee para dar su tierra a la descendencia de Abrahán, y hasta ocupan el primer lugar en algunas de ellas (15,19-21; Ex 3,8.17; 23,23.28; 33,2; 34,11; Nm 13,29; Dt 7,1; 20,17; Jos 3,10; 11,3; 24,11; etc.). Otra cosa es el origen de esas listas: aparentemente no se remontan más allá del Deuteronomio y de la escuela deuteronomista. El lugar de la acción no se precisa al principio; si

debe ser un lugar de reunión pública, sólo después del comienzo se precisa que es la puerta de la ciudad (v. 10).

De Sara se dice que murió a la edad de 127 años, 37 después del nacimiento de Isaac (vv. 1-2). El hecho ocurrió en Quiriat Arbá –única mención en el Pentateuco, pero el nombre aparece varias veces en el libro de Josué–, identificada con Hebrón: la escuela sacerdotal parece hacer caso omiso de los capítulos precedentes, que situaban a Abrahán al sur (mención del desierto del Negueb, del país de los filisteos y de las ciudades de Guerar y Berseba). Abrahán, muerta su esposa, hace duelo por ella y la llora.

Si la muerta ha de ser enterrada y Abrahán no dispone de ningún pedazo de tierra, tiene que hablar con la gente del país (vv. 3-6). Pero surge la pregunta: ¿los hijos de Het se identifican sin más con los habitantes de Quiriat Arbá/Hebrón o son sólo una parte de los habitantes? Los textos no permiten responder. Si antes se ha hablado de Mambré/Hebrón (13,18; 18,1), no se dice nada de sus habitantes. El único pasaje que dice algo al respecto, el tardío cap. 14 (vv. 13.24), menciona a un amorreo y a sus dos hermanos como aliados de Abrahán. Aquí el patriarca, al hablar, subraya su situación de forastero y pide una propiedad sepulcral en el lugar para enterrar a su esposa difunta. Para no quedar atrás en cortesía, si Abrahán se humilla al presentarse como "simple forastero" (literalmente "extranjero y residente"), se le responde que no es así, que es entre ellos un "prestigioso jeque" (literalmente un "jefe de Dios", pero sería uno de los casos en que el nombre divino equivale a un superlativo; ver 1,2). Puede enterrar a su difunta esposa en el mejor de los sepulcros de los hijos de Het; se le da la seguridad de que nadie se lo va a negar.

Abrahán repite –aunque nada se diga de la primera intervención– su zalema a los paisanos (literalmente al "pueblo de la tierra") y les habla una segunda vez (vv. 7-11): si están de acuerdo en que pueda retirar y enterrar a su difunta, tienen que interceder por él ante Efrón, hijo de Sójar: deben pedirle que le dé la gruta de Macpelá, gruta que le pertenece y está en el límite de su campo. Que se la "dé" no quiere decir que Abrahán pida un regalo; está dispuesto a pagar por ella el precio que su dueño quiera ponerle. Efrón está presente, sentado entre los hijos de Het. No necesita que nadie le ruegue: le responde directamente. Lo que dice tiene por testigos a los hijos de Het y a todos los que entraban por la puerta de la ciudad, por lo que tiene

carácter oficial. Efrón afirma que da aquel campo a Abrahán, por supuesto con la gruta de Macpelá, que es el monumento funerario que pide; si hace la donación a la vista de todo el pueblo, la cesión del derecho de propiedad es efectiva y válida.

Efrón dice una cosa y Abrahán entiende otra: un negocio no puede convertirse en un regalo (vv. 12-16). ¿Que está de acuerdo en ceder a Abrahán el campo y la gruta? Perfecto, pero seamos concretos. «Yo te daré el precio», dice Abrahán, «pero señálalo, dime cuál va a ser y acéptalo de mi mano. Sólo entonces podré enterrar a mi difunta». Efrón, como si estuviera por encima de la cuestión material y declarando que tanto para él como para Abrahán la cantidad sería una nada, señala el precio de cuatrocientos siclos en plata corriente de mercader. Abrahán acepta y pesa la cantidad a la vista de todos. (Un siclo equivale a 11.4 gramos de metal.)

El resultado fue que todo el campo, con los árboles que lo rodean y, por supuesto, la gruta situada en él, pasó a ser propiedad de Abrahán (y de su descendencia), vv. 17-20. Esa propiedad fue avalada por la presencia de los hijos de Het y por los que entraban por la puerta de la ciudad. Allí sepulta Abrahán a Sara; allí lo sepultarán a él sus hijos Isaac e Ismael (25,9s); allí pide ser enterrado Jacob, y lo lleva efectivamente a enterrar José después de su muerte (49,29-32 –el v. 31 menciona otros entierros de que hablan los textos–; 50,12s).

Casamiento de Isaac (24,1-67)

**24 1 Abrahán era ya viejo, entrado en años, y Yahvé había bendecido a Abrahán en todo. 2 Abrahán dijo al siervo más viejo
de su casa y mayordomo de todas su cosas: "Ven, pon tu mano
debajo de mi muslo, 3 que voy a juramentarte por Yahvé, Dios de los
cielos y Dios de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de
entre las hijas de los cananeos con los que vivo, 4 sino que irás a mi
tierra y a mi patria a tomar mujer para mi hijo Isaac". 5 El siervo
respondió: "Tal vez no quiera la mujer seguirme a este país. ¿Debo
en tal caso volver y llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?" 6
Contestó Abrahán: "Guárdate de llevar allá a mi hijo. 7 Yahvé, Dios
de los cielos y Dios de la tierra*, que me tomó de mi casa paterna**

y de mi patria, y que me habló y me juró, diciendo: 'A tu descen-
dencia daré esta tierra', el enviará su Ángel delante de ti, y tomarás
de allí mujer para mi hijo. [8] Si la mujer no quiere seguirte, no res-
ponderás de este juramento que te tomo. En todo caso, no lleves
allá a mi hijo". [9] El siervo puso su mano debajo del muslo de su
señor Abrahán y le prestó juramento según lo hablado.

[10] Tomó el siervo diez camellos de los de su señor y de las cosas
mejores de su señor y se puso en marcha hacia Aram Naharáin,
hacia la ciudad de Najor. [11] Hizo arrodillar a los camellos fuera de
la ciudad junto al pozo, al atardecer, a la hora de salir las aguado-
ras, [12] y dijo: "Yahvé, Dios de mi señor Abrahán: dame suerte hoy y
muéstrate fiel con mi señor Abrahán. [13] Voy a quedarme parado
junto a la fuente mientras las hijas de los ciudadanos salen a sacar
agua. [14] Ahora bien, la muchacha a quien yo diga: 'Inclina, por
favor, tu cántaro para que yo beba', y ella responda: 'Bebe, y tam-
bién voy a abrevar tus camellos', ésa sea la que tienes designada
para tu siervo Isaac, y por ello conoceré que te muestras fiel con
mi señor".

[15] Apenas había acabado de hablar, cuando apareció Rebeca, hija
de Betuel, hijo de Milcá, la mujer de Najor, hermano de Abrahán,
con su cántaro al hombro. [16] La joven era de muy buen ver, virgen,
que no había conocido varón. Bajó a la fuente, llenó su cántaro y
subió. [17] El siervo corrió a su encuentro y le dijo: "Dame un poco de
agua de tu cántaro". [18] "Bebe, señor", dijo ella; y, bajando en segui-
da el cántaro sobre su brazo, le dio de beber. [19] Cuando acabó de
darle, añadió: "También para tus camellos voy a sacar, hasta que se
hayan saciado". [20] Vació rápidamente su cántaro en el abrevadero y,
corriendo otra vez al pozo, sacó agua para todos los camellos. [21] El
hombre la contemplaba callado, para saber si Yahvé había dado
éxito o no a su misión.

[22] En cuanto los camellos acabaron de beber, tomó el hombre un
anillo de oro de medio siclo de peso y lo colocó en la nariz* de la
joven, y luego puso en sus brazos un par de brazaletes de diez siclos
de oro. [23] Después le dijo: "¿De quién eres hija? Dime: ¿hay en casa
de tu padre sitio para hacer noche?" [24] Ella le dijo: "Soy hija de
Betuel, el hijo que Milcá dio a Najor". [25] Y agregó: "Tenemos paja
y forraje en abundancia, y también sitio para pasar la noche".
[26] Entonces se postró el hombre y adoró a Yahvé [27] diciendo: "Bendi-

to sea Yahvé, el Dios de mi señor Abrahán, que no ha retirado su
favor y su lealtad para con mi señor. Yahvé me ha traído a parar a
casa del hermano de mi señor".

[28] La joven corrió a anunciar a casa de su madre todas estas
cosas. [29] Tenía Rebeca un hermano llamado Labán. Éste corrió
donde el hombre, afuera, a la fuente. [30] En efecto, en cuanto vio el
anillo y los brazaletes en los brazos de su hermana y oyó decir a su
hermana Rebeca: "Así me ha hablado aquel hombre", se llegó
donde él. Lo encontró todavía junto a los camellos, cerca de la
fuente, [31] y le dijo: "Ven, bendito de Yahvé. ¿Por qué te quedas para-
do fuera, si yo he desocupado la casa y he hecho sitio para los
camellos?" [32] El hombre entró en la casa; Labán desaparejó los
camellos y les dio paja y forraje. Y ofreció al hombre y a sus acom-
pañantes agua para lavarse los pies.

[33] Después les sirvió de comer, pero el otro dijo: "No comeré
hasta haber dicho lo que tengo que decir". A lo que respondió
Labán: "Habla". [34] "Yo soy, dijo, siervo de Abrahán. [35] Yahvé ha ben-
decido con largueza a mi señor, que se ha hecho rico, pues le ha
dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y esclavas, camellos y
asnos. [36] Y Sara, la mujer de mi señor, envejecida ya, dio a luz un
hijo a mi señor, que le ha cedido todo cuanto posee. [37] En cuanto a
mí, mi señor me ha tomado juramento, diciendo: 'No tomarás
mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos en cuyo país
resido. [38] ¡Como no vayas a casa de mi padre y a mi parentela a
tomar mujer para mi hijo…!' [39] Yo dije a mi señor: '¿Y si no me sigue
la mujer?' [40] A lo que él respondió: 'Yahvé, en cuya presencia he
andado, enviará su Ángel contigo y dará éxito a tu viaje, y así to-
marás mujer para mi hijo de mi parentela y de la casa de mi padre.
[41] Entonces quedarás libre de mi maldición, cuando llegues a mi
parentela; y, si no te la dieren, también quedarás libre de mi mal-
dición'. [42] Pues bien: llego hoy a la fuente y me digo: 'Yahvé, Dios de
mi señor Abrahán, si en efecto das éxito a este mi viaje, [43] aquí me
quedo parado junto a la fuente. La doncella que salga a sacar agua,
y yo le diga: Dame de beber un poco de agua de tu cántaro, [44] y ella
responda: Bebe tú, y voy a sacar también para tus camellos, ésa
será la mujer que Yahvé tiene destinada para el hijo de mi señor'.
[45] Apenas había acabado de hablar conmigo mismo, cuando apare-
ce Rebeca con su cántaro al hombro; bajó a la fuente y sacó agua.

Yo le dije: 'Dame de beber', 46 y en seguida bajó su cántaro del hom-
bro y dijo: 'Bebe, y también voy a abrevar tus camellos'. 47 Yo le pre-
gunté: '¿De quién eres hija?' Me respondió: 'Soy hija de Betuel, el
hijo que Milcá dio a Najor'. Entonces puse el anillo en su nariz y los
brazaletes en sus brazos, 48 y postrándome adoré a Yahvé y bendije
a Yahvé, el Dios de mi señor Abrahán, que me había puesto en el
buen camino para tomar a la hija del hermano de mi señor para su
hijo. 49 Ahora, pues, decidme si estáis dispuestos a usar de favor y
lealtad para con mi señor, y si no, decídmelo también, para que yo
tome una u otra decisión".

50 Respondieron Labán y Betuel: "De Yahvé ha salido este asun-
to. Nosotros no podemos decirte que está mal o que está bien. 51 Ahí
tienes a Rebeca: tómala y vete, y sea ella la mujer del hijo de tu
señor, como ha dicho Yahvé". 52 Cuando el siervo de Abrahán oyó lo
que decían, adoró a Yahvé rostro en tierra. 53 Acto seguido sacó el
siervo objetos de plata y oro y vestidos, y se los dio a Rebeca.
También hizo regalos a su hermano y a su madre.

54 Luego comieron y bebieron, él y los hombres que lo acompa-
ñaban, y pasaron la noche. Por la mañana se levantaron, y él dijo:
"Permitidme que marche donde mi señor". 55 El hermano y la
madre de Rebeca respondieron: "Que se quede la chica con noso-
tros unos días, por ejemplo diez. Luego ser irá". 56 Mas él les dijo:
"No me demoréis. Puesto que Yahvé ha dado éxito a mi viaje, dejad-
me salir para que vaya donde mi señor". 57 Ellos contestaron: "Lla-
memos a la joven y preguntémosle su opinión". 58 Llamaron, pues,
a Rebeca y le preguntaron: "¿Qué?, ¿te vas con ese hombre?" "Me
voy", contestó ella. 59 Entonces despidieron a su hermana Rebeca
con su nodriza, y al siervo de Abrahán y a sus hombres. 60 Y bendi-
jeron a Rebeca con estas palabras:

"¡Oh hermana nuestra, que llegues a convertirte
en millares de miriadas,
y conquiste tu descendencia
la puerta de tus enemigos!"

61 Rebeca se levantó con sus doncellas y, montadas en los came-
llos, siguieron al hombre. El siervo tomó a Rebeca y se fue.

62 Entretanto, Isaac había venido del pozo de Lajay Roí, pues
habitaba en el país del Negueb. 63 Una tarde había salido Isaac de
paseo* por el campo, cuando, al alzar la vista, vio que venían unos

camellos. [64] Rebeca a su vez alzó sus ojos y viendo a Isaac, se apeó del camello. [65] Luego dijo al siervo: "¿Quién es aquel hombre que camina por el campo a nuestro encuentro?" Dijo el siervo: "Es mi señor". Entonces ella tomó el velo y se cubrió.

[66] El siervo contó a Isaac todo lo que había hecho, [67] e Isaac introdujo a Rebeca en la tienda, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó. Así se consoló Isaac por la pérdida de su madre.

V. 7 La traducción de la NBJ supone que, con el griego, se añade al texto hebreo «y Dios de la tierra», como en el v. 3.

V. 22 «lo colocó en la nariz», añadido con el texto samaritano; ver v. 47.

V. 63 Significación dudosa; el término aparece sólo aquí.

Última gran narración del ciclo de Abrahán. De hecho se trata de un relato de transición de una generación a otra: el servidor parte en busca de una esposa para Isaac por orden de Abrahán (v. 9), pero a su vuelta su amo es Isaac (v. 65). El relato se atribuye a la fuente yahvista, pero en algunos elementos no hay coherencia; sería indicio de que el texto fue ampliado y no se conservaría en su estado original. Los vv. 1-9 pudieran interpretarse como la última voluntad de un anciano que se encuentra en su lecho de muerte, por más que el v. 1 sólo afirma que Abrahán era un viejo ya entrado en años, lo que, incluso sin los datos precisos del sacerdotal sobre la edad, ya se había afirmado (ver 18,11).

Un problema es la diferencia entre el punto de partida y el punto de llegada. Pero es necesaria una aclaración: el relato no precisa el punto de partida y sí el de llegada, pues cuando regresa el servidor con Rebeca, encuentra a Isaac en el Negueb, cerca de Lajay Roí. La impresión de que el servidor salió de Hebrón se basa en el capítulo anterior, que es un texto sacerdotal; pero los capítulos anteriores, con elementos de tradición antigua (20-22), situaban a Abrahán en el sur, pues se mencionan el Negueb, el país de los filisteos y lugares como Guerar y Berseba.

También es problemático en las tradiciones el parentesco de Rebeca. El v. 48 (ver 29,5) afirma que es hija de Najor, pero en otros textos se dice que era hija de Betuel (25,20; 28,2.5); Betuel, por su parte, es hijo de Najor (22,22-23). La doble tradición sobre el padre de Rebeca pudiera explicar que se haya introducido a Betuel en el relato (vv. 15, 24, 47 y 50). De cualquier modo, quien actúa como

cabeza de familia es Labán, hermano de Rebeca (v. 29), que según 29,5 es hijo de Najor. Estamos lejos de poder explicar los datos sobre el parentesco de Raquel de modo coherente.

Por vía de síntesis o afirmación global, el narrador dice dos cosas sobre Abrahán: ha llegado a una respetable ancianidad y ha sido patente la intervención del poder (la mano) de Yahvé: él lo ha bendecido en todo (vv. 1-2). El patriarca –como para expresar su última voluntad– hace venir a un servidor, no a cualquiera, sino a aquel en quien tenía depositada su confianza: era administrador de sus bienes.

Comienza entonces el diálogo (vv. 2b-9). Inicialmente Abrahán pide al mayordomo que coloque su mano debajo de su muslo, como hará Jacob con José (Gn 47,29). Era un modo de prestar juramento solemne. Si tal es el gesto, el juramento se presta en el nombre de Yahvé, "Dios de los cielos y Dios de la tierra". La doble expresión es rara en el AT; se repite en el v. 7, sin "Dios de la tierra" en hebreo. Sólo en la época persa aparece "Dios de los cielos/del cielo" como un epíteto de Yahvé (Esd 1,2; 5,12) –también puede encontrarse "Dios del cielo" solo, no calificando a Yahvé, en Esd 6,9-10–. El juramento del servidor se refiere a tomar esposa para Isaac. Pues bien, no debe tomarla de entre los habitantes de Canaán; debe buscarla en el país de origen de Abrahán. El siervo presenta una objeción posible: que la muchacha que él escoja no quiera seguirlo a Canaán. ¿Deberá entonces hacer volver allá a Isaac? No; eso hay que evitarlo. Yahvé, en efecto, le prometió dar a su descendencia el país que ha venido a habitar. Por eso se puede esperar que sea él quien envíe su "Ángel" para acompañar al servidor y hacer prosperar su empresa. Un Ángel que acompaña cuando se tiene que emprender un largo camino y que da éxito en la empresa que lo motiva: lo que aquí (y en el v. 40) afirma el relato, se parece mucho a lo que presentan textos tardíos: podemos pensar en el libro de Tobías, pero no es caso único (ver Ex 23,20.23; 32,34; 33,2; Is 63,9; Ml 3,1). (Éste podría ser uno de los indicios de que el relato tradicional sufrió una adaptación en la época persa.) Si él hace lo posible por encontrar la esposa adecuada para Isaac y la mujer escogida no quiere seguirlo a Canaán, quedará libre de su juramento, pero no debe sacar de Canaán a su hijo Isaac. El servidor, cuando todo queda aclarado, jura como le pedía el patriarca.

Si no importa saber si el servidor (como es probable) salió después de la muerte de Abrahán, tampoco es esencial detallar el viaje. Basta

afirmar que toma diez camellos –un número así exige servidores; los camellos son necesarios para llevar los regalos y no sólo como montura– y cuanto juzga oportuno de lo mejor de los bienes de su amo (v. 10): muchas cosas se irán precisando en el momento en que el relato lo exija. Tampoco es necesario decir nada sobre el camino: se encamina y llega a la ciudad de Najor, situada en Aram Naharáin (Aram Entre-Ríos), en la Alta Mesopotamia, a donde emigrara la familia de Abrahán (11,31).

Terminado el camino, detiene los camellos junto al pozo en las afueras de la ciudad (vv. 11-14). El momento del día tiene su importancia: es el atardecer, cuando las mujeres suelen ir por agua a los pozos. El servidor hace una súplica en la que pide a Yahvé que venga en su ayuda, que manifieste la fidelidad con que siempre ha tratado a su amo Abrahán. El título que le da es el de "Dios de mi señor Abrahán" (ver vv. 27.42.48). El cómo no lo deja a su iniciativa, pues entonces él tendría que interpretar sin error los signos recibidos; propone un modo de verificación para saber que Yahvé mantiene su fidelidad a Abrahán: es la hora en que las muchachas de la ciudad vendrán por agua a la fuente. Él se apostará junto a la fuente, estará al acecho y observará a las muchachas que vengan por agua. Si alguna le parece bien para Isaac, le pedirá que le dé de beber. Si ella accede a hacerlo, y hasta se ofrece a abrevar sus camellos, ésa será la señal de que es la escogida por Yahvé para ser la esposa de Isaac.

La intervención es tan patente, afirma el narrador, que dos cosas suceden simultáneamente: cuando él acababa de hablar, Rebeca salía de la ciudad para ir al pozo con su cántaro al hombro (vv. 15-21). Como era de esperar, se precisa quién es Rebeca, aunque los datos, enumerados uno tras otro, no parezcan tan evidentes, al menos por comparación con afirmaciones de otros pasajes. Otra parte de los datos se refiere a las características de la muchacha: que fuera de buena apariencia, bella, es una descripción tópica (ver 12,11.14s). Por supuesto, importa saber que es una muchacha virgen, que no ha pertenecido a ningún varón. Una vez que ella ha bajado a la fuente y sube tras llenar su cántaro, el servidor le sale al encuentro para pedirle que lo deje beber de su cántaro. Hay una especie de minimalización en la expresión "un poco de agua"; es lo que Abrahán dijo que se ofreciera a los "tres hombres" para lavarse los pies (18,4). Ella no se hace de rogar; lo que dice –«Bebe, señor»– y lo que hace –bajar y

acomodar su cántaro para que beba cómodamente– van a la par. No sólo hace eso, también se ofrece a abrevar los camellos; vacía su cántaro y desciende al pozo cuantas veces es necesario hasta que terminan de beber. –El lector puede preguntarse si no ofrecería agua primero a los servidores, pero todavía no ha llegado el momento en que los mencione el relato y, además, es más gravoso abrevar diez camellos que dar de beber a unos cuantos hombres–. Para el siervo de Abrahán todo va viento en popa. No es de extrañar que el narrador afirme que se queda observándola, mientras se pregunta si Yahvé ha dado éxito a su empresa. Lo habría dado si aquella fuera la muchacha que Yahvé tenía destinada para Isaac.

Las acciones que observa en la muchacha llevan al servidor a responder afirmativamente a la pregunta planteada –¿es ésta la muchacha en cuya busca he venido?–; prueba de ello es que toma un anillo de medio siclo y unos brazaletes de diez siclos, uno y otros de oro, y se los pone él mismo a la muchacha (vv. 22-25). Respecto al anillo, la expresión del texto resulta incompleta, por lo que NBJ precisa su naturaleza en función de lo que dirá el servidor en el v. 47: sería un anillo para la nariz. En el caso de los brazaletes, el propio nombre dice dónde se colocan.

Persuadido de que ha encontrado a la que buscaba, el servidor de Abrahán le hace, no obstante, una doble pregunta: ¿de quién es hija?, ¿habrá en casa de su padre lugar para pasar la noche? Su respuesta indica al servidor su parentela, más o menos lo que nos anticipó el narrador en el v. 15. Para la segunda parte de la pregunta, su respuesta ofrece más información que la pedida por el servidor, pues le hace saber que hay un lugar donde para pasar la noche y que tienen en abundancia paja y forraje para los camellos. Un pequeño comentario marginal sería que la muchacha no hace ninguna pregunta para saber con quién está tratando: lo valioso del regalo manifiesta que ese "señor" (ver v. 18) no procede a tientas.

Todo ha salido a pedir de boca o, mejor, Yahvé ha conducido el asunto favoreciendo a Abrahán. Por eso el servidor hace lo que hace (vv. 26s); por eso su acción de gracias corresponde a la oración que había hecho. En ese caso no importaba subrayar las actitudes corporales, y expresaba su súplica mediante unas palabras (vv. 12-14). Aquí, para la acción de gracias, los gestos corporales son importan-

tes: el servidor se postra en adoración, pero al gesto corporal corresponden las palabras pronunciadas. En cuanto a la expresión, es una fórmula de bendición: el participio pasivo "Bendito" acompaña al nombre divino ("Yahvé, Dios de mi señor Abrahán"); lo que se agrega es la razón por la que merece la acción de gracias. La razón se expresa negativamente al principio: Yahvé, por lo que ha hecho, manifiesta que no retira su favor y su lealtad a Abrahán; tan es así que lo ha conducido a casa del hermano de su señor. El servidor cumple con el requisito que le señalaban (v. 4). Para el caso da lo mismo que estemos en casa de Betuel, hijo de Najor, que en casa de éste, del hermano de Abrahán.

En ese momento se produce una serie de movimientos rápidos en sentido contrario (vv. 28-32). La muchacha corre del pozo a su casa para anunciar lo que ha sucedido de forma inesperada. Hablar de la "casa de su madre" cuando parecería más normal no detallar nada al respecto, puede ser debido al hecho de que es una muchacha, y además está el dato de que quien interviene como jefe de familia, a pesar de la mención de Betuel, es su hermano Labán. La carrera de Rebeca provoca otra, la de Labán, que va al pozo para llevar a casa al servidor de Abrahán. Pero el exceso de prisa no nos permite aventajar: después de afirmar que corre hacia la fuente, el redactor tiene que parar el movimiento para explicar que Labán tuvo tiempo de ver el anillo y los brazaletes que llevaba su hermana y escuchar lo que contaba –por más que el narrador se contente con una indicación global–. Cuando Labán habla al servidor, su forma de hacerlo parece indicar que no tenía que haberse quedado esperando junto a la fuente. No todo en sus palabras resulta evidente: si corrió inmediatamente al encuentro del servidor de Abrahán, ¿cómo puede ser verdad que ha desocupado la casa –entiéndase, en la medida en que pudiera hacer falta para hospedar al servidor de Abrahán y a sus acompañantes, o para guardar los camellos en el establo–?. Como quiera que sea, ahora van a casa, y Labán, por sí mismo o mediante otros, se ocupa de los camellos: hay que descargarlos y quitarles los aparejos, ponerlos en algún lugar y darles forraje. Por otra parte –y no forzosamente después– hay que ocuparse del servidor de Abrahán y de los que lo acompañan. Por cierto,los acompañantes son mencionados ahora por primera vez, aunque el v. 10 exigía su presencia. Por

supuesto, muestra elemental de la hospitalidad es ofrecer agua para que se laven los pies, si llegan de un largo viaje (ver 18,4; 19,2).

El movimiento cesa cuando llega la hora de cenar, pero el servidor de Abrahán afirma que no comerá hasta haber dicho lo que tiene que decir (v. 33). Recibida la venia para hablar, comienza su largo discurso (vv. 34-49). Si el diálogo es usual en los relatos bíblicos, si casi no hay relato en que buena parte de la acción no se desarrolle en el diálogo de los personajes, llama la atención la amplitud de este discurso –en el Génesis apenas se le puede comparar el discurso que Judá dirige a José después de que Benjamín ha sido encontrado culpable (44,18-34)–. ¿Por qué tal amplitud? Porque el servidor cuenta con sus propias palabras el desarrollo de la acción desde el principio, aunque ya lo sabemos por el narrador.

Antes del desarrollo, el servidor se presenta (vv. 34-36) –y de paso explica por qué actuó como lo hizo, por ejemplo en el caso de los regalos a Rebeca junto a la fuente–. Es servidor de Abrahán, y aclara que su amo ha sido bendecido con largueza por Yahvé (ver v. 1). Tal bendición se manifiesta en haberle dado todo lo deseable en cuanto a bienes de fortuna, ya se trate de los rebaños que constituyen su riqueza de pastor nómada, del personal que puede servirlo y ocuparse de esa riqueza o, por último, de cuanto se puede acumular en metales preciosos, oro y plata. Otro dato es que, después de no tener un sólo hijo, finalmente Sara ha dado a Abrahán un hijo en su vejez. Como heredero único, está destinado a recibir en herencia toda la riqueza de Abrahán, si no la ha recibido ya. Éste podría ser el dato más preciso sobre la muerte del patriarca: implicaría que la misión del servidor se lleva a cabo cuando ha muerto Abrahán.

Después de las explicaciones preliminares, el servidor habla de la misión que Abrahán le había confiado (vv. 37-41). Le hizo prestar juramento solemne de no casar a su hijo Isaac con ninguna mujer del país que habita, de Canaán, sino de ir a buscarla a la casa de paterna, entre su parentela. De nada le valió la objeción de que a lo mejor no querría seguirlo la mujer que pudiera escoger para Isaac, pues él le aseguró que Yahvé, el Dios en cuya presencia se ha desarrollado toda su vida, enviaría su Ángel delante de él. Su compañía implicaba la garantía del éxito de la empresa: podría encontrar a Isaac la esposa deseada en su propia familia. Sólo quedaría libre del

juramento prestado, de la maldición que entraña –la traducción de la NBJ es perfectamente clara: el que se ha sometido a él atrae sobre sí la maldición de no se atenerse a lo prometido–, si cumplía el juramento prestado o si la mujer escogida para esposa de Isaac no quisiera seguirlo a Canaán.

En el relato del siervo, como ocurre en el relato del narrador, el camino se reduce a la llegada al término. Por el contrario, se describe con detalle la escena junto a la fuente (vv. 42-46). El servidor, por expresarnos así, establece las reglas del juego mediante su recurso a Yahvé, el Dios de su amo. Para saber que Yahvé le da éxito en su empresa, va a quedarse junto a la fuente. Cuando llegue una doncella a sacar agua –no cualquiera, sino la que él escoja– y le pida un poco de agua de su cántaro para beber, si ella accede, si le da de beber y se ofrece a abrevar los camellos, ése será el signo por el que reconocerá a la muchacha que Yahvé tiene destinada para ser la esposa de Isaac. Si eso lo expresó en sí mismo, si su oración fue un acto interior, el servidor ha podido constatar la cuasi simultaneidad: cuando termina de orar en su interior, ve a Rebeca que va al pozo con su cántaro al hombro. Llegada a la fuente, baja y llena su cántaro; cuando sube, él le pide de beber. Ella lo hace y se ofrece a abrevar los camellos: todo ha ocurrido conforme a lo que había propuesto.

El servidor resume lo que pasa después: se limita a la pregunta por el parentesco y omite lo relativo a la posibilidad de pasar la noche (vv. 47s). La respuesta de Rebeca lo convence de que encontró a quien buscaba. Convencido de ello, hace dos cosas: pone a Rebeca el anillo y los brazaletes, y expresa a Yahvé su agradecimiento. Aquí también se abrevia: si el servidor se postra en adoración y bendice a Yahvé, no se repite la "bendición", aunque se subraya el motivo, que nos sitúa en el ámbito de la acción de gracias, pues expresa la razón por la que el servidor está agradecido a Yahvé: él lo llevó a encontrar como esposa de Isaac a la hija del hermano de Abrahán. –Así se expresan las cosas, aunque, sin dejar de ser verdad, no se evita el planteamiento de un problema: Rebeca es hija de Betuel, no de Najor–.

Todo se ha desarrollado como mejor se podía esperar, pero ¿qué respuesta recibirá? La conclusión del discurso (v. 49) plantea con toda lógica una cuestión que no puede quedar sin respuesta: ¿están dispuestos a darle a Rebeca para que sea la esposa de Isaac y a mos-

trar así su favor y lealtad a Abrahán su pariente, o se oponen a ese matrimonio? El servidor quiere saber a qué atenerse, pues de su respuesta depende lo que él tendrá que hacer luego; el "sí" o el "no" que reciba le obligarán a tomar una u otra decisión (literalmente, según el hebreo, a irse por la derecha o por la izquierda).

La respuesta no se hace esperar (vv. 50s), pero es problemático que la den Betuel, el padre de Rebeca, y Labán: casi siempre en el relato, el jefe de familia (por la muerte de su padre) es Labán. En todo caso, la respuesta es que no hace falta responder: si es patente que el asunto procede de Yahvé, si él ha manifestado su designio, no hay necesidad de hablar al respecto, ni en bien, dando el esperado sí, ni en mal, si hubiera que oponer un no a la pretensión del servidor de Abrahán. Sí, puede tomar a Rebeca y regresar con ella por donde ha venido; ella se convertirá en la esposa del hijo de Abrahán. Tal posición manifiesta el deseo de atenerse a lo dicho por Yahvé. Él ha hablado: no mediante sonidos discernibles, sino respondiendo a la petición del servidor de Abrahán. El nuevo acto de adoración del servidor (vv. 53s), del que se describen los gestos visibles, no las palabras (la causa o motivo es patente), es la continuación de lo hecho antes (ver 26s y 48). Por lo demás, procede también a presentar a Rebeca los regalos de boda, aunque sea necesario volver con ellos. También hace regalos a la madre de la muchacha y a su hermano Labán como jefe de familia.

Lo que sigue se puede contar brevemente (v. 54); así, se suceden rápidamente los verbos (sujetos de ellos son el servidor y sus acompañantes) que describen la comida, en realidad la cena («comieron y bebieron»), el necesario sueño de la noche («pasaron la noche») y el levantarse matutino.

Entonces el servidor de Abrahán pide permiso para volverse donde su señor. Labán y la madre de Rebeca no tienen prisa y le ruegan que permita a la chica quedarse con ellos algún tiempo antes de partir (vv. 55-58). La expresión indeterminada («algún tiempo») responde a un problema textual: mientras el hebreo parece decir «que se quede la muchacha unos días o una decena», la versión siríaca habla de unos días o un mes. El servidor no acepta y pide que no retrasen su regreso donde su amo; así se manifestará plenamente que Yahvé condujo sus pasos y dio éxito a su empresa. Labán y la madre de Rebeca recurren al expediente de preguntar a la muchacha su pare-

cer al respecto. Pero, por lo que a la forma de hacerlo se refiere, le preguntan si está dispuesta a irse con el servidor de Abrahán, por tanto a casarse con Isaac. Todo se resuelve con su "sí", en realidad "(sí) me voy".

Sólo queda entonces despedir a Rebeca, que parte con su nodriza, y al servidor de Abrahán con los hombres que lo acompañan (vv. 59s). A Rebeca le desean que tenga una descendencia numerosa, que llegue incluso a ser «millares de miríadas». Pero no basta la multiplicación; a esa descendencia numerosa le desean prosperidad, aunque la expresan en términos guerreros: que su descendencia se apodere de la puerta de sus enemigos, es decir, que llegue a conquistar su ciudad. Tal deseo corresponde a la promesa que hacía el Ángel de Yahvé a Abrahán (22,17). La partida (v. 61) es descrita sumariamente: Rebeca y sus doncellas –por tanto no la acompaña sólo su nodriza, única hasta ahora mencionada– montan en los camellos y siguen al servidor de Abrahán. Él por su parte se pone en camino con Rebeca.

El encuentro de Rebeca con Isaac (vv. 62-67) es inesperado, al menos por el lugar donde ocurre. Para ello se nos habla de Isaac: él había venido del Pozo de Lajay Roí y habitaba, por tanto, en el Negueb. El lugar preciso ya se mencionó, pero en relación con Agar (16,13s). El servidor de Abrahán va allá porque sabe adónde debe ir. Una tarde Isaac se pasea por el campo; cuando levanta la vista, ve venir unos camellos. Por supuesto, no se trata de una recua sola, pero no hace falta señalarlo. Rebeca, por su parte, viendo a quien para ella era un extranjero, se apea del camello y pregunta al servidor por la identidad del hombre que va a su encuentro por el campo. A la respuesta del servidor, que lo señala como su amo, ella se cubre el rostro con su velo. Que el siervo diera cuenta a Isaac de cuanto había hecho implica más de lo que expresa: por supuesto que, si tiene que referirle cómo se las arregló, más importante es que diga a Isaac quién es la muchacha que le ha conseguido como esposa. Isaac, por su parte, introduce a Rebeca en su tienda como esposa legítima; que la amase, o llegase a amarla, es lo que afirma el narrador. Es comprensible que Isaac se consolase así de la muerte de su madre, aunque fuera más reciente la muerte de su padre Abrahán, y aunque a veces los críticos propongan leer «y se consoló por la muerte de su padre».

La descendencia de Queturá (25,1-6)

**25 1 Abrahán volvió a tomar otra mujer, llamada Queturá. 2 Ésta
le dio a Zimrán, Yocsán, Medán, Madián, Yisbac y Súaj.
– 3 Yocsán engendró a Seba y a Dedán. Hijos de Dedán fueron los
asuritas, los letusíes y los leumíes–. 4 Hijos de Madián: Efá, Éfer,
Henoc, Abidá y Eldaá. Todos estos, hijos de Queturá.**

**5 Abrahán dio todo cuanto tenía a Isaac. 6 A los hijos de las con-
cubinas que tenía Abrahán les hizo donaciones y, viviendo aún él,
los separó de Isaac, enviándolos hacia levante, al país de Oriente.**

Sólo nos quedan unos apéndices al ciclo de Abrahán, apéndices que proceden en lo fundamental de la fuente sacerdotal. En el primero de éstos (vv. 1-6), se afirma que Abrahán, a través de los hijos de Queturá, sería el antepasado de grupos de pobladores de Arabia, si con esa descendencia están relacionados los madianitas y, posiblemente, los sabeos. En cuanto a las relaciones posteriores, recordemos que Moisés, al huir de Egipto, irá a Madián y se casará con Seforá, la hija de un sacerdote (Ex 2,15-22), aunque otros textos dirán que el suegro de Moisés era quenita. Las relaciones con los sabeos tienen relieve por el relato de la visita de la reina de Sabá a Salomón (1 R 10,1-13). Los dedanitas se mencionan en Is 21,13, en un oráculo que parece referirse a la invasión de parte de Arabia por Sargón II en los años que siguieron a la conquista de Samaría. Para los autores de este pasaje, una cosa es clara: el patriarca hace regalos a los hijos de las concubinas, pero tienen que separarse de Isaac e ir hacia el Oriente. Isaac es el heredero único y recibe todos los bienes de Abrahán, lo que concuerda con 24,36.

Muerte de Abrahán (25,7-11)

**7 Éstos fueron los días de la vida de Abrahán: ciento setenta y
cinco años. 8 Expiró, pues, Abrahán y murió en buena ancianidad,
viejo y lleno de días, y fue a juntarse con su pueblo. 9 Sus hijos Isaac
e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpelá, al borde *del campo**
de Efrón, hijo de Sójar, el hitita, enfrente de Mambré. 10 Era el
campo que Abrahán había comprado a los hijos de Het; allí fue**

sepultado Abrahán con su mujer Sara. [11] Después de la muerte de Abrahán, bendijo Dios a su hijo Isaac. Isaac se estableció en las inmediaciones del pozo de Lajay Roí.

V. 9 Ver nota a 23,9.

Que este breve relato sea sacerdotal es más que evidente. Lo indica, primero, la cronología, ya que culminan los datos ascendentes que nos llevaban de 12,4 a 21,5. También apunta en la misma dirección la relación con el cap. 23 a propósito de la gruta de Macpelá. Lo cierto es que, en el momento de su muerte, Abrahán habría sido acompañado por sus hijos Isaac e Ismael. La expresión "juntarse con su pueblo" equivale a la de "reunirse con sus padres" (antepasados; ver 49,23.29). Sus hijos lo entierran en la gruta de Macpelá. Si tanto Ismael como Isaac están presentes en el momento de la muerte de su padre, el pasaje no deja en duda quién es el heredero de Abrahán en cuanto a las bendiciones divinas: el "bendito" de Dios es Isaac. Si se dice dónde se establece, el dato coincide con 24,62.

Descendencia de Ismael (25,12-18)

[12] Éstos son los descendientes de Ismael, hijo de Abrahán, el
que tuvo Abrahán de Agar la egipcia, esclava de Sara; [13] y éstos
son los nombres de los hijos de Ismael, por orden de nacimiento:
El primogénito de Ismael, Nebayot; después, Quedar, Adbeel,
Mibsán, [14] Mismá, Dumá, Masá, [15] Jasdad, Temá, Yetur, Nafís y
Quedmá. [16] Éstos son los hijos de Ismael, y éstos son sus nombres
según sus poblados y sus aduares: doce caudillos de otros tantos
pueblos.
[17] Y éstos fueron los años de vida de Ismael: ciento treinta y siete
años. Luego expiró y murió, y fue a juntarse con su pueblo. [18] Ocupó
desde Javilá hasta Sur, que cae enfrente de Egipto, según se va a
Asur. Se estableció enfrente de todos sus hermanos.

Puesto que nada más se dirá de Ismael, además de señalar a qué edad murió, se ofrece una breve genealogía de sus descendientes. En la fuente sacerdotal ya se había dicho que, aunque no fuera el heredero de la gran promesa de descendencia hecha a Abrahán, Dios le

promete que lo multiplicará por ser descendencia de Abrahán; hasta habrá doce príncipes que surgirán de él (17,20). La lista (vv. 13-16) incluye doce caudillos o jefes de otros tantos pueblos, relacionados a grandes rasgos con la población de Arabia. Tal relación, amén de la tradición post-bíblica, nos lo sugiere lo poco que añade el pasaje sobre Ismael, si, además de establecerse frente a sus hermanos (ver 16,12), ocupa desde Javilá hasta Sur, aunque sea un tanto enredado el dato de que ocupó el territorio hacia el este según se va de Egipto a Asiria. De Javilá sabemos que es una región de Arabia, si no el nombre común de la península arábiga (2,11-12; 10,29).

CAPÍTULO 2

HISTORIA DE ISAAC Y DE JACOB (25,19 – 37,1)

NACIMIENTO DE ESAÚ Y DE JACOB (25,19-28)

19 Ésta es la historia de Isaac, hijo de Abrahán:
Abrahán engendró a Isaac. 20 Tenía Isaac cuarenta años cuando
tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, el arameo de Padán
Aram, y hermana de Labán el arameo. 21 Isaac suplicó a Yahvé en
favor de su mujer, pues era estéril. Yahvé le fue propicio y concibió
su mujer Rebeca. 22 Pero los hijos se entrechocaban en su seno. Ella
se dijo: "Siendo así, ¿para que vivir*?" Y fue a consultar a Yahvé.
23 Yahvé le dijo:
"Dos pueblos hay en tu vientre,
dos naciones que, al salir de tus entrañas, se dividirán.
La una oprimirá a la otra;
el mayor servirá al pequeño".
24 Se le cumplieron los días de dar a luz, y resultó que había dos
mellizos en su vientre. 25 Salió el primero, rubicundo todo él, como
una pelliza de zalea, y le llamaron Esaú. 26 Después salió su herma-
no, cuya mano agarraba el talón de Esaú, y se llamó Jacob. Isaac
tenía sesenta años cuando los engendró.
27 Crecieron los muchachos. Esaú llegó a ser un cazador experto,
un hombre montaraz, y Jacob un hombre muy casero. 28 Isaac que-
ría a Esaú, porque le gustaba la caza, y Rebeca quería a Jacob.

V. 22 Texto mal conservado; se suple «vivir» con la versión siríaca.

Relato de tradición yahvista, como la anécdota que sigue, aunque el indicio del nombre de Yahvé falte en los vv. 29-34. Los datos genealógicos y cronológicos (vv. 19-20.26b), como de costumbre, pertenecen a la redacción sacerdotal.

Han terminado los relatos sobre Abrahán e inicia la “historia” de Isaac –aunque sea tan poco lo que de él recuerda la tradición–; se resumen datos ya conocidos o se brindan los necesarios para entender cuanto sigue (vv. 19s). «Esta es la historia» suena literalmente «estas son las generaciones» (ver 5,1…). Para la escuela sacerdotal es importante fijar la edad, como en 12,4; otras fechas son relativas: suponen la presente. El matrimonio con Rebeca ya se relató con detalle en el cap. 24. De Rebeca se afirma que es hija de Betuel, no de Najor el hermano de Abrahán.

Pero Rebeca era estéril (v. 21), como Sara (en la genealogía previa de 11,30; en 16,1 sólo se afirma el hecho de no tener hijos). Isaac ora a Yahvé; él escucha su súplica y le concede tener hijos. Que ha pasado algún tiempo es evidente: Isaac se casa a los cuarenta años y sus hijos gemelos nacen cuando tiene sesenta (ver v. 26b).

Rebeca concibe, pero no todo es alegría para la futura madre: los mellizos, deseosos de nacer, se aplastan u oprimen violentamente en su seno (vv. 22-23). El signo precursor de futuras peleas la hace pensar que su vida no tiene sentido; si la expresión no es muy clara, con el texto siríaco (ver nota textual) tendríamos una expresión similar a la de 27,46 (Rebeca preferiría morir a causa de las esposas hititas de Esaú.) Por ello consulta a Yahvé (ver Ex 37,7; 1 S 14,41). El lector puede preguntarse por el modo en que hizo tal consulta: suponer que se trata de “una visita a un lugar sagrado en que Yahvé se manifiesta” (NBJ) es una suposición cómoda, pero no se puede afirmar que hubiera un culto oficial de Yahvé en la supuesta “época patriarcal”. Yahvé le “responde” que lleva en su vientre a dos pueblos o naciones; estarán divididos y en guerra declarada uno con otro, y el mayor servirá al menor. Como en 4,5, se subraya la libre elección de Dios, si el menor es preferido o llega a ser más. Los dos hijos son el presagio de la historia posterior de los dos pueblos, Israel y Edom, hermanos y antagonistas. Los edomitas fueron sometidos por David (2 S 8,14), y pasará más de un siglo para que logren liberarse del yugo de Judá en tiempo de Jorán (2 R 8,20-22).

Dar a luz y poner un nombre son datos que suelen ir juntos, pero aquí, por tratarse de mellizos en pugna y por las características propias, se complica el asunto, aunque los datos pertenecen a la etimología popular (vv. 24-26). Del primero se dice que era "rubicundo", y el color se sugiere mediante una comparación: «como una pelliza de zalea». Es que Esaú es Edom (v. 30); al color alude *'admônî* (rubicundo), como la "pelliza", *se'ar*, alude a *Se'ir*, Edom (ver Nm 20,23). El segundo, Jacob, se describe como venido al mundo agarrado al talón de su hermano Esaú. Hay relación entre el nombre *ya'aqob* y *'aqeb* (talón), pero el término de comparación puede ser otro: Jacob "ha suplantado" o "desplazado" (*'âqab*) a su hermano (27,36; Os 12,4). De hecho, el nombre del patriarca sería abreviación de *ya'aqob-'el*, que posiblemente significa "Dios proteja" (sea favorable).

Una vez nacidos, poco se dice de los dos hermanos antagonistas (vv. 27s). La forma de ocupar su tiempo es el primer dato. Uno piensa en Gn 4,2b, aunque allí se describen dos ocupaciones paralelas, lo que no es el caso aquí, pues se describen los "gustos" respectivos, no la actividad estable de que se vive. Por otra parte, con lo que uno y otro hacen, dan gusto respectivamente a su padre (Esaú) o a su madre (Jacob).

Esaú vende la primogenitura (25,29-34)

**[29] Una vez, Jacob había preparado un guiso cuando llegó Esaú
del campo, agotado. [30] Dijo Esaú a Jacob: "Oye, dame a probar de lo
rojo, de eso rojo, porque estoy agotado". –Por eso se le llamó
Edom–. [31] Dijo Jacob: "Véndeme ahora mismo tu primogenitura".
[32] Dijo Esaú: "Estoy que me muero. ¿Qué me importa la primogeni-
tura?" [33] Dijo Jacob: "Júramelo ahora mismo". Y él se lo juró, ven-
diendo su primogenitura a Jacob. [34] Jacob dio a Esaú pan y el guiso
de lentejas, y éste comió y bebió, se levantó y se fue. Así desdeñó
Esaú la primogenitura.**

Breve relatato, casi simple anécdota. Jacob es, entre los dos hermanos, el que tiene gustos caseros: se le atribuye la preparación de un guiso. Esaú, por su parte, llega fatigado y con hambre de sus vagabundeos por el campo. Lo que pide a su hermano es un guiso de

color rojo (hebreo *'âdom*), y eso sugiere (hasta sería la razón precisa, según el narrador) el nombre de Edom. Para que pueda participar de su guiso, Jacob exige a Esaú que le venda su primogenitura: no es claro que se trate de un intercambio, de dar una cosa por otra, pero la conclusión permite suponerlo. La respuesta de Esaú a la exigencia de su hermano en cierto modo explica su poco aprecio por la primogenitura, aunque la manera de expresarlo equivale a establecer una escala de valores. Ahora bien, ¿quién podrá decir que no estaba en lo correcto, si el derecho de primogenitura era una ventaja en conflicto con el seguir con vida? El que dispone de todo puede pensar que vendió su primogenitura por un vulgar plato de lentejas; pero él creyó haber dado lo que le pidieron para poder seguir viviendo.

Isaac en Guerar (26,1-14)

**26 1 Hubo hambre en el país –aparte de la primera que tuvo
lugar en tiempo de Abrahán– y fue Isaac a Guerar, adonde
Abimélec, rey de los filisteos. 2 Yahvé se le apareció y le dijo: "No
bajes a Egipto. Quédate en la tierra que yo te indique. 3 Reside en
esta tierra, y yo te asistiré y bendeciré, porque a ti y a tu descendencia he de dar todas estas tierras, y mantendré el juramento que
hice a tu padre Abrahán. 4 Multiplicaré tu descendencia como las
estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras. Y
por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, 5
en pago de que Abrahán me obedeció y guardó mis observancias,
mis mandamientos, mis preceptos y mis instrucciones". 6 Se estableció, pues, Isaac en Guerar.**

**7 Los del lugar le preguntaban por su mujer, y él decía: "Es mi
hermana". En efecto, le daba reparo decir: "Es mi mujer", no fuesen a matarle los del lugar por causa de Rebeca, ya que ella era de
buen ver. 8 Ya llevaba largo tiempo allí, cuando aconteció que
Abimélec, rey de los filisteos, atisbando por una ventana, observó
que Isaac estaba solazándose con su mujer Rebeca. 9 Llama
Abimélec a Isaac y le dice: "¡Conque es tu mujer! ¿Pues cómo habías venido diciendo: Es mi hermana?" Dícele Isaac: "Es que me dije:
A ver si voy a morir por causa de ella". 10 Replicó Abimélec: ¿Qué es
lo que nos has hecho? Si por acaso llega a acostarse cualquiera del**

pueblo con tu mujer, tú nos habrías echado la culpa”. [11] Entonces Abimélec ordenó a todo el pueblo: “Quien tocare a este hombre o a su mujer, morirá sin remedio”.

[12] Isaac sembró en aquella tierra y cosechó aquel año el ciento por uno. Yahvé le bendecía [13] y el hombre se enriquecía; se iba enriqueciendo más y más hasta que se hizo riquísimo. [14] Tenía rebaños de ovejas y vacadas y copiosa servidumbre. Los filisteos le tenían envidia.

Los diversos episodios de este capítulo, único en que Isaac es el personaje central, pertenecerían a la tradición yahvista, aunque la noticia de los vv. 34-35 es sacerdotal y el discurso de promesa de vv. 2b-5 parece un desarrollo reciente: más de un dato obliga a compararlo con el Deuteronomio y los deuteronomistas. Los episodios tienen paralelos en las tradiciones sobre Abrahán; en todos interviene Abimélec.

El relato de los vv. 1-14 es comparable, en términos narrativos, con 12,10-20 y 20,1-18, aunque este tercer relato de la “esposa-hermana” es el más discreto respecto a los detalles y a las implicaciones. A causa de una hambruna que azota el país (vv. 1-6), Isaac se desplaza hacia Guerar y entra en relación con Abimélec, llamado aquí rey de los filisteos. Si el lugar de residencia de Isaac fuera el de 24,62, el desplazamiento no sería enorme. El punto de comparación con 12,10-20 es redaccional. La necesidad del momento es la causa de la migración, pero Yahvé interviene para decir a Isaac que no baje a Egipto; debe seguir residiendo en Canaán, donde él lo asistirá.

La asistencia y bendición divinas se concretan en la doble promesa, inicialmente con una parte explícita, el don del país, y otra implícita, la descendencia: se le promete el país a él y a su descendencia. Es el juramento que fue hecho a Abrahán. Si hay referencia a lo expresado anteriormente, lo más lógico es suponer que se alude a la “alianza” de 15,18 (de “juramento a los padres” habla Dt 7,8; 8,1). La idea se repite precisándose, pues la promesa de descendencia se vuelve diáfana y se repite la comparación de 22,17, basada en 15,5; la promesa de descendencia se reitera. La doble promesa tendrá consecuencias para los demás: en la descendencia de Isaac alcanzarán bendición las naciones, como en 18,18 y 22,18 (12,3 hablaba de una bendición de todos las linajes, o familias, en Abrahán). Ahora bien, todo

eso vendría en pago de la obediencia de Abrahán, y su obediencia es la de quien practica los mandamientos del Señor; la serie de términos sinónimos es comparable a las del Deuteronomio. –El pasaje más cercano sobre Abrahán a este propósito es 18,19, pero allí se trata de la fidelidad de Dios en respuesta a la fidelidad de Abrahán–.

Instalado en Guerar, Isaac responde que es su hermana a quienes le preguntan por su esposa. La razón para hacerlo era el miedo a que fueran a matarle por causa de ella, porque era bella o de buen ver, como Sara en 12,12-14 (vv. 7-11). Pasado algún tiempo, Abimélec observa desde una ventana ciertas intimidades entre Isaac y Rebeca, que no serían de esperar entre hermano y hermana. ¿Qué pasa exactamente? Abimélec ve que Isaac se da gusto con Rebeca, o que la acaricia, algo que alude de nuevo a su nombre, como lo han sido la "risa" (17,17; 18,12s; 21,6) y el "juego" (21,9). A diferencia de Sara, Rebeca no ha pasado al harén del faraón o de Abimélec. Pero él llama a cuentas a Isaac y lo acusa de engaño; sólo se puede defender alegando haber obrado así por miedo a que algo le sucediera. Abimélec rechaza su excusa: si algo indebido hubiese pasado con su mujer, les habría culpado. Por ello da a conocer la verdadera relación de Rebeca con Isaac y ordena so pena de muerte que nadie toque a la mujer o a su marido.

Los vv. 12-14 son una noticia sin relación con lo anterior. Se afirma que Isaac sembró allá; no importa decir qué sembró, pero sí que logró una cosecha del ciento por uno. Así, con sus siembras o con sus ganados, el hombre se enriquece, lo que es resultado de la bendición de Yahvé. Que tuviera numerosos rebaños de ganado mayor y menor, y también numerosa servidumbre, le atrae la envidia de los filisteos. El dato sirve de transición al conflicto de los pozos.

Los pozos entre Guerar y Berseba (26,15-25)

15 Todos los pozos que habían cavado los siervos de su padre –en tiempos de su padre Abrahán– los habían cegado los filisteos, llenándolos de tierra. 16 Entonces Abimélec dijo a Isaac: "Apártate de nuestro lado, porque te has hecho mucho más poderoso que nosotros". 17 Isaac se fue de allí y acampó en la vaguada de Guerar, estableciéndose allí. 18 Isaac volvió a cavar los pozos de agua que habían cavado los siervos de* su padre Abrahán, y que los filisteos

habían cegado después de la muerte de Abrahán, y les puso los
mismos nombres que les había puesto su padre.
[19] Cavaron los siervos de Isaac en la vaguada y encontraron allí
un pozo de aguas vivas. [20] Pero riñeron los pastores de Guerar con
los pastores de Isaac, diciendo: “El agua es nuestra”. Él llamó al
pozo Ésec, ya que se habían querellado con él. [21] Excavaron otro
pozo, y también riñeron por él: lo llamó Sitná. [22] Partió de allí y cavó
otro pozo, y ya no riñeron por él; lo llamó Rejobot, y dijo: “Ahora
Yahvé nos ha dado desahogo y prosperaremos en esta tierra”.
[23] De allí subió a Berseba. [24] Yahvé se le apareció aquella noche y
dijo:

“Yo soy el Dios de tu padre Abrahán.
No temas, porque yo estoy contigo.
Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia
por amor de Abrahán, mi siervo.

[25] Construyó allí un altar e invocó el nombre de Yahvé. Allí des-
plegó su tienda, y los siervos de Jacob perforaron allí un pozo.

V. 18 «Que habían cavado los siervos de», según versiones; el texto hebreo dice «que habían sido cavados en los días de».

Como ocurre en 21,22-33 a propósito de Abrahán, tenemos aquí un relato sobre pozos, objeto de litigio entre el antepasado y los habitantes de Guerar. La narración comienza con una referencia al pasaje sobre Abrahán: se atribuye a los filisteos haber cegado con tierra los pozos que él había hecho excavar (vv. 15-18). Aunque en apariencia no venga a cuento, Abimélec ordena a Isaac apartarse de los filisteos; la razón de que es “más poderoso” no recibe justificación; podría aludir a la riqueza mencionada en el v. 14. Isaac se va al valle de Guerar; entonces hace abrir los pozos antes cavados por Abrahán, los que los filisteos habían cegado.

Los versículos siguientes (19-22) se pueden resumir en un dato común: pozo que cavan los servidores de Isaac, pozo que reclaman los pastores de Guerar a los pastores de Isaac. En efecto, los servidores de Isaac cavan uno en el valle y encuentran “aguas vivas”, es decir, un manantial permanente. –Uno recuerda que junto a uno de esos pozos, el de Siquén, aunque sea uno del que no hablan las tradiciones del Génesis, Jesús manifestará a una mujer de Samaría que él es quien da el “agua viva” (Jn 4)–. Apenas lo han excavado cuando los

pastores de Guerar les buscan querella y reclaman como suya el agua de la fuente. No tiene nada de extraño que se le llame Ésec (en hebreo, “riña”). Excavan un segundo pozo con el mismo resultado; por eso lo llaman Sitná (“denuncia”). El patriarca tiene que desplazarse una vez más y hacer una tercera experiencia excavando un nuevo pozo. El resultado ahora es favorable; lo expresan el nombre dado, Rejobot (“anchuras”), y las palabras que dice: Yahvé le (les) ha concedido anchura, desahogo; es indicio de que podrán prosperar en aquel país, en el país de la promesa (vv. 3-5).

Berseba (vv. 23-25) tiene un relieve particular. También es el lugar de un pozo, pero el dato viene sólo al final. Lo importante aquí es la correlación entre la manifestación divina y la respuesta del hombre, que construye un altar. La manifestación de Yahvé ocurre durante la noche, posiblemente en visión, aunque no tengamos los datos de 15,1a. Al manifestarse a él, Yahvé le dice quién es. Si su manifestación podía crear una reacción de temor, él se encarga de invitar a desechar todo miedo, como en 15,1. ¿Por qué? Está dispuesto a acompañar con su presencia la vida de Isaac. Gracias a su compañía protectora, Isaac obtendrá bendición y su descendencia se multiplicará. Pero Dios lo hace «por amor a Abrahán mi siervo». No es todavía el “amigo” de Dios, pero hacia allá se encamina la expresión.

Eso nos lleva de la mano a la identificación: «yo soy el Dios de tu padre», dice Yahvé. La expresión “Dios del padre” o “Dios de los padres” se vuelve habitual. La primera, en singular, se repite varias veces (28,13; 31,5; 32,10); pero más adelante se podrá decir de Yahvé que es «el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» (Ex 3,6), o «el Dios de tus padres», siempre con la mención de los tres patriarcas (Ex 3,15.17). Se ha descrito la religión de los antepasados de Israel como una religión de nómadas; en ella Dios aparece como el guardián tutelar del grupo humano: es el Dios del jefe del grupo. No está vinculado a un territorio o lugar: es el Dios de un grupo nómada o transhumante; no el Dios de tal lugar, sino el de un grupo. Con todo, determinados lugares, debido a las manifestaciones en ellas ocurridas, tienen particular relieve. Tan es así que el oferente levanta un altar. Lo que ahora se dice de Berseba se ha observado previamente en Siquén y Betel (12,7s) –aunque de Betel pronto oiremos hablar de nuevo–, y en Mambré/Hebrón (13,18; aquí el altar puede anticipar la aparición del cap. 18).

Alianza con Abimélec (26,26-33)

**26 Entonces Abimélec fue donde él desde Guerar, con Ajuzat, uno
de sus familiares, y Picol, capitán de su tropa. 27 Les dice Isaac:
"¿Cómo venís a mí, si me habéis sido hostiles y me habéis echado
de vuestra compañía?" 28 Contestaron ellos: "Hemos visto clara-
mente que Yahvé se ha puesto de tu parte, y nos hemos dicho:
Mejor es que haya un juramento entre nosotros, entre tú y noso-
tros, y que hagamos un pacto contigo, 29 de que no nos harás mal,
como tampoco nosotros te hemos tocado a ti; no te hemos hecho
sino bien, y te hemos dejado ir en paz, ¡oh bendito de Yahvé!" 30 Él
les dio un banquete, y comieron y bebieron.**

**31 Se levantaron de madrugada y se hicieron mutuo juramento;
luego Isaac los despidió, y se fueron en paz de su lado. 32 Aquel mismo
día llegaron unos siervos de Isaac y le dieron la noticia del pozo que
habían cavado, diciéndole: "Hemos hallado agua". 33 Él lo llamó
Seba, de donde el nombre de la ciudad de Berseba, hasta la fecha.**

Las relaciones con Abimélec no andaban bien, pues había exigido a Isaac que se apartara de él, que se alejara del territorio filisteo. Por eso extraña la iniciativa de venir a encontrarlo en Guerar (vv. 26-30) –no en Berseba, a donde lo conducía el relato anterior–. Abimélec está acompañado por un familiar, Ajuzat, y por el capitán de su tropa, Picol. El relato tiene rasgos comunes con 21,22-33, aunque allá la compañía de Abimélec se reduce a Picol. Isaac manifiesta la extrañeza de que vengan a verlo, cuando antes le manifestaron hostilidad y hasta lo expulsaron de su compañía. La expresión en plural puede ser un toque de delicadeza: no acusa sólo al rey de la medida en su contra. Para seguir en el supuesto inicial, le responden que han comprendido ("visto") que Yahvé está con él. La promesa divina (vv. 3 y 23) se cumple, y hasta sus enemigos se percatan de ello. La propuesta entonces consiste en que haya entre las partes un juramento, un pacto con todas las de la ley. Es razonable que Abimélec y los que vienen con él tengan la iniciativa; también está claro que buscan tener la seguridad de que Isaac no los inquietará para nada: aunque se había retirado porque ellos se lo habían exigido, se le pide un pacto de no agresión. No es bilateral: de sí mismos dicen no haberle hecho mal en el pasado y haberlo tratado bien, pues le han dado libertad para ir a donde ha querido. Él les ofrece un banquete.

Al día siguiente, después de haber dormido allí –puede notarse el paralelo con 31,43-32,3–, se comprometen bajo juramento (vv. 31-33). Después del acto, Abimélec y los que habían venido con él son despedidos en paz por Isaac. Entonces llegan servidores con la noticia de haber encontrado agua en un pozo que excavaban. El nombre dado por Isaac está relacionado con el pacto concluido con Abimélec, aunque el nombre tenga su parte problemática: supuestamente lo llama *shib'a* ("siete"), cuando por el juramento prestado uno esperaría *sheba'* (o *shebu'a*), "juramento". –"Siete" se entendería en relación con las siete ovejas que Abrahán había separado (21,28-31), pero no aquí–.

Esaú se casa con mujeres hititas (26,34-35)

34 Cuando Esaú tenía cuarenta años, tomó por mujeres a Judit,
hija de Beerí el hitita, y a Basmat, hija de Elón el hitita, 35 que fue-
ron causa de amargura para Isaac y Rebeca.

Noticia de la tradición sacerdotal (nótese el interés cronológico). Este breve pasaje afirma que Esaú se casa con dos mujeres hititas, que constituyen un quebradero de cabeza para Isaac y Rebeca. A pesar de los datos sobre el grupo, los nombres de las dos mujeres y del respectivo padre son para nosotros sólo unos nombres, aunque haya alguna coincidencia: Beerí es el nombre del padre del profeta Oseas (Os 1,1). Una constante en relación con Esaú es el nombre de Basmat, pero aquí es hija del hitita Elón, si bien en otro lugar es hija de Ismael (36,3s; ver vv. 10.13.17).

Jacob suplanta a Esaú en la bendición paterna (27,1-45)

27 1 Como hubiese envejecido Isaac y ya no viese por tener debi-
litados sus ojos, llamó a Esaú, su hijo mayor, y le dijo: "¡Hijo
mío!" El respondió: "Aquí estoy". 2 "Mira, dijo, me he hecho viejo e
ignoro el día de mi muerte. 3 Así pues, toma tus saetas, tu aljaba y
tu arco, sal al campo y me cazas alguna pieza. 4 Luego me haces un
guiso suculento, como a mí me gusta, y me lo traes para que lo

**coma, a fin de bendecirte antes de morir”. –5 Ahora bien, Rebeca
estaba escuchando la conversación de Isaac con su hijo Esaú–.
Esaú se fue al campo a cazar alguna pieza para el padre, 6 y enton-
ces Rebeca dijo a su hijo Jacob: “Acabo de oír a tu padre que habla-
ba con tu hermano Esaú y le decía: 7 Tráeme caza y hazme un guiso
suculento para que yo lo coma y te bendiga delante de Yahvé antes
de morir. 8 Pues bien, hijo mío, hazme caso en lo que voy a reco-
mendarte. 9 Ve al rebaño y tráeme de allí dos cabritos hermosos. Yo
haré con ellos un guiso suculento para tu padre, como a él le gusta,
10 y tú se lo presentas a tu padre, que lo comerá, para que te bendi-
ga antes de morir.**

**11 Jacob dijo a su madre Rebeca: “¡Pero si mi hermano Esaú es
velludo, y yo soy lampiño! 12 ¡A ver si me palpa mi padre y le pare-
ce que estoy mofándome de él! ¡Entonces me habría buscado una
maldición en vez de una bendición!” 13 Dícele su madre: ¡Sobre mí
tu maldición, hijo mío! Tú obedéceme y basta; ve y me los traes”.
14 Él fue a buscarlos y los llevó a su madre, que hizo un guiso sucu-
lento, como le gustaba a su padre. 15 Después tomó Rebeca las ropas
de Esaú, su hijo mayor, las más preciosas que tenía en casa, y vis-
tió a Jacob, su hijo pequeño. 16 Luego, con las pieles de los cabritos
le cubrió las manos y la parte lampiña del cuello, 17 y puso el guiso
y el pan que había hecho en las manos de su hijo Jacob.**

**18 Éste entró adonde su padre y dijo: “¡Padre!” Él respondió:
“Aquí estoy; ¿quién eres, hijo?” 19 Jacob dijo a su padre: “Soy tu pri-
mogénito Esaú. He hecho como dijiste. Anda, levántate, siéntate y
come de mi caza, para que me bendigas”. 20 Dice Isaac a su hijo:
“¡Qué listo has andado en hallarla, hijo!” Respondió: “Sí; es que
Yahvé, tu Dios, me la puso delante”. 21 Dice Isaac a Jacob: “Acércate,
que te palpe, hijo, a ver si realmente eres o no mi hijo Esaú”. 22 Jacob
se acercó a su padre Isaac, que lo palpó y dijo: “La voz es la de
Jacob, pero las manos son las de Esaú”. 23 Y no lo reconoció, porque
sus manos estaban velludas, como las de su hermano Esaú. Luego
se dispuso a bendecirlo. 24 Dijo, pues: “¿Eres tú realmente mi hijo
Esaú?” Respondió: “El mismo”. 25 Dijo entonces: “Acércamelo, que
coma de la caza, hijo, para que pueda bendecirte”. Le acercó la caza
y comió; le trajo también vino, y bebió. 26 Luego le dice su padre
Isaac: “Acércate y bésame, hijo”. 27 Él se acercó y le besó, y al aspi-
rar Isaac el aroma de sus ropas, lo bendijo diciendo:**

"Es el aroma de mi hijo
como el aroma de un campo
que ha bendecido Yahvé.
28 ¡Pues que Dios te dé el rocío del cielo
y la grosura de la tierra,
cantidad de trigo y mosto!
29 Sírvante pueblos,
adórente naciones,
sé señor de tus hermanos
y adórente los hijos de tu madre.
¡Quien te maldijere, maldito sea,
y quien te bendijere, sea bendito!"

30 Así que hubo concluido Isaac de bendecir a Jacob, y justo
cuando acababa de salir Jacob de la presencia de su padre Isaac,
llegó su hermano Esaú de su cacería. 31 Hizo también él un guiso
suculento y, llevándoselo a su padre, le dijo: "Levántese mi padre y
coma de la casa de su hijo, para que puedas bendecirme". 32 Le dice
su padre Isaac: "¿Quién eres tú?" Contestó: "Soy tu hijo primogé-
nito, Esaú". 33 A Isaac le entró un temblor fuerte, y le dijo: "Pues
entonces, ¿quién es uno que ha cazado una pieza y me la ha traí-
do? Porque de hecho yo he comido antes que tú vinieses, y le he ben-
decido, y bendito está". 34 Al oír Esaú las palabras de su padre, lanzó
un grito fuerte y por extremo amargo, y dijo a su padre: "¡Bendíce-
me también a mí, padre mío!" 35 Le respondió: "Ha venido astuta-
mente tu hermano y se ha llevado tu bendición". 36 Dijo Esaú: "Con
razón se llama Jacob, pues me ha suplantado dos veces: se llevó mi
primogenitura y ahora se ha llevado mi bendición". Y añadió: "¿No
has reservado alguna bendición para mí?" 37 Respondió Isaac y dijo
a Esaú: "Mira, le he puesto por señor tuyo, le he dado por siervos a
todos sus hermanos y le he abastecido de trigo y vino. Según eso,
¿qué voy a hacer por ti, hijo mío?" 38 Dijo Esaú a su padre: "¿Es que
tu bendición es única, padre mío? ¡Bendíceme también a mí, padre
mío!" Isaac guardó silencio* y Esaú alzó la voz y rompió a llorar. 39
Su padre Isaac le dijo por respuesta:

"Lejos de la grosura de la tierra
será tu morada,
y lejos del rocío que baja del cielo.

[40] De tu espada vivirás
y a tu hermano servirás.
Mas luego, cuando te hagas libre*,
partirás su yugo de sobre tu cerviz".

**[41] Esaú se enemistó con Jacob a causa de la bendición con que le
había bendecido su padre; y se dijo Esaú: "Se acercan ya los días de
luto por mi padre. Entonces mataré a mi hermano Jacob". [42] Se dio
aviso a Rebeca de las palabras de Esaú, su hijo mayor; y ella envió
a llamar a su hijo Jacob, su hijo pequeño, y le dijo: "Mira, tu her-
mano Esaú va a vengarse de tí matándote. [43] Ahora, pues, hijo mío,
hazme caso: avíate y huye a Jarán, a donde mi hermano Labán, [44] y
te quedas con él una temporada, hasta que se calme la cólera de tu
hermano; [45] hasta que se calme la ira de tu hermano contra ti, y olvi-
de lo que has hecho. Entonces enviaré yo a que te traigan de allí.
¿Por qué he de perderos a los dos en un mismo día?"**

V. 38 «Isaac guardó silencio», según la versión griega; en el hebreo se siguen las palabras y el llanto de Esaú.

V. 40 «Mas cuando te hagas libre»: traducción conjetural de un pasaje difícil.

El relato yahvista celebra la astucia de Jacob: había "comprado" a Esaú el derecho de primogenitura y ahora arrebata la bendición que correspondía al primogénito. Pero la responsable de lo que ocurre es Rebeca: ella se entera de lo que Isaac dice a Esaú y hace que Jacob la obedezca sin chistar en las sucesivas etapas del proceso para suplantar a Esaú y a recibir su bendición, justo antes de que él regrese de la caza. Entonces el intento de Esaú por alcanzar también la bendición paterna es patético. La discreta reprobación de lo hecho por Rebeca y Jacob y cierta compasión por el que sufre despojo pueden deberse a una revisión del relato.

Isaac, envejecido y con la vista debilitada, toma la iniciativa de llamar a Esaú, su hijo mayor (vv. 1-4). Le pide que salga de cacería con su arco y sus flechas. Cuando haya cobrado una pieza, le preparará un guiso como a él le gusta; así, después de comer el guiso, le bendecirá.

Pero Rebeca escuchaba lo que Isaac decía a Esaú (vv. 4-13). Apenas sale éste al campo, cuenta a Jacob lo que Isaac ha dicho a su hermano. Debe correr al rebaño y traer a Rebeca dos buenos cabritos. Ella preparará con ellos un guiso como le gusta a Isaac; Jacob lo

presentará a su padre y obtendrá su bendición. Si el plan es bueno, Jacob ve una objeción: su madre no toma en cuenta que, amén de la diferencia de voz (de momento nada se dice al respecto, pero Isaac reconocerá la voz de Jacob), su hermano es velludo y él es lampiño. Si su padre lo palpa, ¿qué podrá pensar?: que se burla de él. Se habrá ganado la maldición en vez de la bendición que buscaba. Rebeca no acepta la objeción: si maldición hubiere, que recaiga sobre mí, le dice; tú, obedéceme y ve por los cabritos.

Los preparativos se despachan rápidamente (vv. 14-17). Jacob busca los cabritos pedidos; su madre prepara el guiso que le gustaba a Jacob. Luego viste a Jacob con las mejores ropas de Esaú, que ella guardaba en casa. Al vestirlo cubre con las pieles de los cabritos las partes del cuerpo susceptibles de verificación por parte de Isaac: las manos y el cuello. –El narrador no se detiene a pensar si es o no verosímil que una piel de cabrito se confunda con partes del cuerpo humano, por velluda que sea la persona–. Así vestido, entrega a su hijo el guiso y el pan preparado para la comida de su padre.

Una vez en presencia de su padre, se entabla el diálogo entre Jacob e Isaac (vv. 18-25). Tras hacer saber a su padre que estaba allí, se ve obligado a mentir cuando le pregunta quién era: «Soy tu primogénito Esaú; he hecho como me dijiste…; come de mi caza para que me bendigas». Si algo llama la atención del anciano es que ha pasado menos tiempo del necesario para que su hijo cazara algo. Es que, explica Jacob, Yahvé me ha asistido: él me puso delante la pieza; por eso la pude cobrar sin tardanza. Nótese que se apela a Yahvé para algo en que interviene la mentira humana. Nosotros veríamos en eso una blasfemia. Es evidente que la mentalidad de quienes se expresan en los textos, de quienes se consideraban descendientes de los patriarcas, era diferente de la nuestra. No se veía nada malo en atribuir a Dios una intervención de ese tipo: todo en el obrar humano se refiere directamente a él; tanto depende de él que se eliminan las "causas segundas".

Si había sospecha por el poco tiempo dedicado a cobrar la pieza, también la hay en la voz que resuena a oídos de Isaac. Por eso pide a su hijo que se acerque para palparlo; quiere estar seguro que es quien pretende ser. Conociendo a sus hijos, aunque le falle la vista, constata una disociación, que señala en sus palabras. ¡Curioso caso: «La voz es la de Jacob, pero las manos son las de Esaú»! En suma, añade el

narrador, Isaac no reconoció que era Jacob quien estaba ante él; no supo que era él por palpar unas manos velludas como las de Esaú; no se dio cuenta de la treta. Una última pregunta no aclara la situación: Jacob le asegura de nuevo que es Esaú. Resultado: Isaac come lo que le presenta Jacob. Luego pide vino; se lo trae Jacob y bebe.

Terminada su comida, Esaú pide a su hijo que se acerque y lo bese (vv. 26-29). Él lo hace y su padre aspira el aroma de sus ropas, las de Esaú, con las que Rebeca le había vestido, y entonces su padre lo bendice. Su bendición tiene un contenido, pero antes surge espontánea la comparación: el aroma de su hijo es comparable al de un campo bendecido por Yahvé. Ahora bien, la mejor bendición de un campo es la lluvia; la tierra no tiene aroma, como no sea la "tierra mojada" (de la canción mexicana) o como no intervengan las plantas que la lluvia le permite producir. Para la bendición de su hijo, Isaac formula el deseo de que sea como un campo que, fecundado por el rocío del cielo, dé los frutos esperados, sintetizados en trigo y vino, pan y mosto. Eso no es todo; aunque la expresión difiera de 22,17 y 24,60, un tema recurrente es la victoria sobre los enemigos. Entre aquellos sobre quienes ejercerá un dominio, por ser la bendición del primogénito, se encontrarían los propios hermanos, lo que ya había expresado la "consulta" de Yahvé en 25,23. La última expresión es el equivalente de lo dicho por Yahvé en la bendición de Abrahán en 12,3a. Si tomamos en cuenta que es un pastor quien pronuncia esa bendición, palabra eficaz –por su parte, no se podrá desdecir o retirar lo dicho–, la felicidad prometida es más la del campesino que la del pastor. Pero Isaac es el primer patriarca que cultiva la tierra (26,12), y los herederos de aquella bendición son principalmente campesinos que viven del cultivo de la tierra.

Según el narrador, hay casi simultaneidad entre dos hechos: la retirada de Jacob después de ser bendecido por su padre y la llegada de Esaú de su cacería (vv. 30-37). Prepara éste el guiso que su padre le había pedido, se presenta ante él después de haberlo cocinado y le pide que coma antes de bendecirle. En este momento comienza un diálogo con bastantes intervenciones de un lado y de otro. En efecto, lo menos que Isaac esperaba ahora es que alguien le trajera un guiso y pidiera su bendición; de ahí la pregunta por la identidad. La respuesta, si es cierto que tiene delante a Esaú, su primogénito –se lo dice la voz–, equivale a preguntarse quién ha sido el que le trajo un

guiso y obtuvo su bendición; ése –su nombre lo sabemos y no hace falta decirlo– ha recibido la bendición y ya no es tiempo de cambiarla: «lo he bendecido y bendito está». También Esaú se persuade de que así son las cosas; aunque lanza un grito amargo, no insiste en recibir la bendición del primogénito, pero pide una bendición. Isaac le hace ver que su hermano ha usado de la astucia para quitarle la que le pertenecía.

Las siguientes palabras de Esaú son difíciles de entender: no se ve la relación entre el nombre de Jacob y el hecho de suplantar a su hermano, pero pueden advertirse dos cosas: en primer lugar, el nombre 'Jacob' se explica por el verbo hebreo *'āqab*, "ha suplantado" (ver 25,25); en segundo lugar, no ofrece ningún misterio lo de las dos ocasiones en que ha suplantado a su hermano: cuando le pidió su derecho de primogenitura –pero Esaú olvida que lo cedió por un plato de lentejas (si se quiere por necesidad, pero parecía no importarle)– y ahora que obtiene en su lugar la bendición del primogénito. Por cierto, hay aquí un sutil juego de palabras en hebreo: Jacob ha quitado a Esaú la "primogenitura" (*bekorâ*) y la "bendición" (*berakâ*). Esaú insiste: ¿no habrá reservado su padre alguna bendición para él? ¿Qué puedo haber reservado, le responde Isaac, si lo he hecho señor de sus hermanos y le he dado el trigo y el vino, los productos de la tierra? Esaú insiste: tu bendición, padre, no puede ser única, limitarse a uno sólo; bendíceme también a mí.

Conmovido a la vez por los gritos y el llanto de su hijo, Isaac da a Esaú una bendición en la que se le promete que su morada estará lejos de la tierra que recibe el rocío (la lluvia) del cielo y colma con sus productos al hombre (vv. 38-40). Equivale a decirle que tendrá que vivir lejos de ese Canaán donde la fecundidad del suelo procede de la lluvia. Viviendo lejos, en un suelo desértico, el medio de vida será la espada, lo que pudiera significar tener que vivir de rapiña y bandolerismo. Con todo, le espera una vida de sujeción a su hermano, aunque un día conquistará su libertad, se librará de su yugo. (Ya indicamos a propósito de 25,23 que en estos textos se reflejan situaciones posteriores sobre las relaciones entre el pueblo de la Biblia y Edom.) La liberación anunciada pudiera aludir a 2 R 8,20-22.

Jacob, al suplantar a Esaú y obtener la bendición de Isaac, se gana la enemistad de su hermano (vv. 41-45). Esaú se consuela al pensar que no falta mucho tiempo para que muera su padre; cuando eso

ocurra, se dará el gusto de vengarse matando a su hermano. Sus planes no son secretos y llegan a conocimiento de Rebeca. Ella hace venir a Jacob y le dice lo que trama su hermano. Por ello, añade, sólo le queda un medio para salir del atolladero: irse a Jarán y encontrar refugio junto a su tío Labán. Con él tiene que pasar una temporada, el tiempo suficiente para que Esaú se olvide de la venganza que planea. Ella verá el momento de hacerlo venir, cuando haya pasado todo peligro. De otro modo, su temor de madre sería el perderlos a los dos en un mismo día: uno al ser asesinado y otro al quedar sujeto a la venganza de la sangre por parte del pariente más próximo del asesinado (ver Nm 35,19).

La pregunta por el sentido global del relato bíblico no puede pasar por alto el papel que juega la mentira. Cierto, está enmarcada en los principios de una moral aún bastante imperfecta, pero misteriosamente sirve al plan de Dios. En efecto, es su libre elección la que ha preferido a Jacob y no a Esaú: «el mayor servirá al pequeño» (25,23; ver Ml 1,2s; Rm 9,13). No se trata de establecer que todos los medios para conseguir un fin sean válidos y buenos, pero sí de constatar que en aquel caso, como tantas veces ocurrió en la historia humana, se realiza aquello de que "Dios escribe derecho con renglones torcidos".

Isaac manda a Jacob a casa de Labán (27,46 – 28,5)

**46 Rebeca dijo a Isaac: "Me da asco vivir al lado de las hijas de
Het. Si Jacob toma mujer de las hijas de Het como las que hay por
aquí, ¿para qué seguir viviendo?"**

**28 1 Llamó, pues, Isaac a Jacob, lo bendijo y le dio esta orden:
"No tomes mujer de las hijas de Canaán. 2 Levántate y ve a
Padán Aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer
de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre. 3 Que El Sadday
te bendiga, te haga fecundo y te acreciente, y que te conviertas en
multitud de pueblos. 4 Que te dé la bendición de Abrahán a ti y a tu
descendencia, para que te hagas dueño de la tierra donde has vivido y que Dios ha dado a Abrahán". 5 Y despidió Isaac a Jacob, que
se fue a Padán Aram, a casa de Labán, hijo de Betuel el arameo,
hermano de Rebeca, la madre de Jacob y de Esaú.**

El pasaje es el equivalente sacerdotal de la sección final del relato anterior (vv. 41-45). La razón para que Jacob vaya temporalmente a Mesopotamia no es que pudiera matarlo su hermano Esaú en venganza por suplantarlo y quitarle la bendición paterna, sino los matrimonios de Esaú con mujeres hititas (alusión a 26,34s). Tomar tales mujeres por esposas es aceptar el modo de vida y las costumbres de la gente del país, de los cananeos. Si a Rebeca eso le produce asco, Isaac, para evitar que Jacob caiga en lo mismo, lo envía a Padán Aram, a casa de Betuel, padre de Rebeca. La orden es estricta: debe tomar esposa de entre las hijas de Labán, hermano de su madre Rebeca. Isaac le desea la bendición de El Sadday (17,1), bendición con la que será fecundo, tendrá una numerosa descendencia y se convertirá en una multitud de pueblos. En otras palabras, le desea la bendición que Dios hiciera a Abrahán, especialmente que llegue a ser dueño del país en que hasta ahora ha vivido. Jacob, constata la noticia, se atiene a lo que su padre le dice.

OTRO CASAMIENTO DE ESAÚ (28,6-9)

**6 Vio Esaú que Isaac había bendecido a Jacob, que le enviaba a
Padán Aram a tomar mujer allí y que, al bendecirle, le había dado
esta orden: "No tomes mujer de las hijas de Canaán", 7 y que Jacob,
obedeciendo a su padre y a su madre, había marchado a Padán
Aram. 8 Vio, pues, Esaú que las hijas de Canaán eran mal vistas de
su padre Isaac, 9 y acudiendo Esaú a Ismael, tomó por mujer, ade-
más de las que tenía, a Majlat, hija de Ismael, el hijo de Abrahán, y
hermana de Nebayot.**

Otra noticia aislada, coordinada con la anterior y, por consiguiente, de tradición sacedotal. Es la reacción de Esaú a lo que su padre ha dicho a Jacob al enviarle a Padán Aram. Si sus padres no aprueban su matrimonio con mujeres cananeas, habrá que buscar otra cosa. Por eso acude a Ismael y toma por mujer –además de las que ya tenía– a Majlat, hija de Ismael. ¿Por qué a ella? Si sus padres exigen de Jacob que se case con una mujer de su propia familia, es lo que él hace ahora: toma por esposa a una descendiente de Abrahán. Se subraya que era hermana de Nebayot, el primogénito de Ismael (25,13).

SUEÑO DE JACOB (28,10-22)

**[10] Jacob salió de Berseba y fue a Jarán. [11] Llegado a cierto lugar,
se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol.
Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal y se acos-
tó en aquel lugar. [12] Y tuvo un sueño. Soñó con una escalera apoya-
da en tierra, cuya cima tocaba los cielos, y vio que los ángeles de
Dios subían y bajaban por ella. [13] Vio también que Yahvé estaba
sobre ella y que le decía: "Yo soy Yahvé, el Dios de tu padre Abrahán
y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti
y tu descendencia. [14] Tu descendencia será como el polvo de la tie-
rra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía;
y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra, y por tu descen-
dencia. [15] Yo estoy contigo; te guardaré por donde vayas y te devol-
veré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que
te he dicho". [16] Despertó Jacob de su sueño y se dijo: "¡Así pues, está
Yahvé en este lugar y yo no lo sabía!" [17] Y, asustado, pensó: "¡Qué
temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la
puerta del cielo!" [18] Jacob se levantó de madrugada y, tomando la
piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y
derramó aceite sobre ella. [19] Y llamó a aquel lugar Betel, aunque el
nombre primitivo de la ciudad era Luz.**

**[20] Jacob hizo un voto, diciendo: "Si Dios me asiste y me guarda
en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que
vestirme, [21] y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahvé
será mi Dios; [22] y esta piedra que he erigido como estela será Casa
de Dios; y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo".**

Relato complejo desde el punto de vista de su origen literario: si parecen intervenir las fuentes yahvista y elohista, no es fácil determinar lo que pertenece a cada una. A grandes rasgos, si se omiten las indicaciones iniciales (vv. 10s), se atribuye a la fuente elohista el sueño de la escalera que llega hasta el cielo –probablemente responde a la idea mesopotámica de las torres de pisos, los zigurats (ver 11,1-9)–, el voto de Jacob y la fundación del santuario de Betel (vv. 12.17-18.20.21a.22). Según la versión yahvista, lo importante es la aparición de Yahvé, que renueva a Jacob las promesas hechas antes a Abrahán e Isaac, aunque también aquí hay algo que sigue al discurso divino (vv. 13-16.19.21b).

Jacob se encamina a Mesopotamia, concretamente a Jarán, vv. 10s (según 27,43-45 había seguido el consejo de su madre Rebeca). En un lugar, por ahora indeterminado –se precisará luego–, se dispone a pasar la noche, pues ya se había puesto el sol. Para dormir, toma una piedra cualquiera de las que había por allí y la dipone de modo que puede reclinar sobre ella su cabeza.

Según la versión elohista, durante la noche Jacob tiene un sueño: ve una gran escalera (v. 12); aunque se apoya en tierra, su parte superior alcanza hasta el cielo; los ángeles de Dios suben y bajan por ella (ver Jn 1,51). Aquel lugar es un "puente" de comunicación entre cielo y tierra. La reacción del patriarca es de temor (v. 17), un temor reverencial por la santidad del lugar. Jacob confiesa la razón de su temor mediante una doble expresión. No cuesta mucho adivinar que la primera parte de tal expresión explica el nombre: si ese lugar, para que en él se tengan sueños como el que ha tenido, tiene que ser "casa de Dios y puerta del cielo", se tiene que llamar "Casa-de-Dios", Betel. –En la versión yahvista se constata el cambio de nombre a falta de la expresión del antepasado (v. 19)–.

Al levantarse por la mañana, Jacob hace algo que, a pesar de su aparente sencillez, equivale a la erección de un santuario (v. 18). Toma la piedra que le había servido de cabezal durante la noche y la dispone, levantada hacia arriba, como una estela. Además, la unge con aceite, lo que equivale a un acto de culto; hasta se puede ver allí, como en la ofrenda del diezmo de todo (v. 22b), un elemento importante del ritual del santuario. También, efecto o no del culto del santuario, Jacob pronuncia un importante voto, vv. 20-22 (pero v. 21b sería yahvista): si Dios lo asiste y le da lo necesario, si puede volver sano y salvo al país que por ahora abandona, la piedra erigida como estela será "Casa-de-Dios", será el lugar donde rendirá culto a Dios, que ha tenido a bien manifestársele. El relato elohista es, en lo fundamental, la justificación de un lugar de culto, el de Betel, con su estela y sus ritos propios.

El centro del relato yahvista (vv. 13-14) es la comunicación divina –que la palabra venga de Yahvé situado en lo alto de la escalera se debe a la armonización redaccional con la parte elohista (v. 12)–. Yahvé le habla, pero primero se presenta: quien habla a Jacob es el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac; él es el "Dios de los padres". Su palabra es un discurso de promesa y, aunque comienza por la pro-

mesa de la tierra, no es menos importante la de la descendencia, ya implicada en la frase inicial. Para sugerir lo numeroso de la descendencia se utiliza la conocida comparación con el polvo de la tierra (13,16); pero tampoco es nueva la idea de sugerir la posesión del país por relación a los cuatro puntos cardinales (ver 13,14), aunque una cosa sea mirar desde un lugar en todas las direcciones y otra extenderse desde allí hacia los puntos cardinales. La bendición divina se transmite incluso a otros, pero se notará que alcanza a todos los linajes de la tierra a causa del patriarca y de su descendencia, por tanto no a causa del solo antepasado, como en 12,3, ni a causa de su descendencia, como en 26,4, que, por cierto, hablaba de naciones, no de linajes.

La doble promesa no es todo: el discurso divino termina (v. 15) con una garantía de la asistencia divina, además de la continuada presencia de Dios en su caminar hasta que un día vuelva al suelo de la promesa. Lo que la tradición sacerdotal expresaba como deseo humano (vv. 4s), aquí es don de Yahvé. El comentario de Jacob (v. 16) es también el reconocimiento de la santidad del lugar o, mejor, de la especial presencia de Yahvé en aquel lugar; Jacob confiesa que tal hecho le era desconocido de antemano. Que diera al lugar el nombre de Betel es comprensible (v. 19). Lo inmediatamente añadido es una nota erudita en el sentido de que el nombre anterior del lugar era Luz, localidad ya mencionada en los relatos sobre Abrahán. En éstos consta su carácter de santuario, y hasta aparece con el nombre de Betel, aunque no se da la razón del nombre (12,8; 13,3s). Por lo que al futuro se refiere, la tradición yahvista, aunque no contiene la oración y el voto de Jacob (elohista), supone algo similar cuando el patriarca condiciona la protección efectiva de Yahvé al hecho de considerarlo como su Dios.

Las dos tradiciones presentes reconocen y exaltan, cada una a su manera, el prestigio del santuario de Betel. De su importancia posterior es indicio lo que hace Jeroboán I, el primer rey de Israel, a la muerte de Salomón (1 R 12,26-33; ver Am 7,13), aunque el pasaje de Reyes nos revela también el problema de los santuarios cananeizantes. Se comprende entonces el no de Oseas y Amós a esos santuarios (Os 4,15; Am 4,4; 5,5): Casa-de-Dios ha quedado en Casa-de-Vanidad (Os 4,15; 5,8; 10,5; notar la alusión precisa al “becerro de oro”). Si en el NT Jn 1,51 es una alusión a la “escala” de Jacob, algunos Padres de

la Iglesia, siguiendo un dato alegórico de Filón de Alejandría, vieron en ella la imagen de la Provindencia de Dios sobre este bajo mundo nuestro; esa providencia la ejerce Dios por medio de sus ángeles. Pero otros vieron allí sobre todo la prefiguración del misterio de la encarnación del Verbo, puente tendido entre cielo y tierra, entre el Dios y el hombre. Algún elemento se ha utilizado en la liturgia para el oficio y misa de la dedicación de una iglesia, particularmente el v. 17.

LLEGA JACOB A CASA DE LABÁN (29,1-14)

29 [1] Jacob se puso en marcha hacia el país de los orientales.
[2] De pronto divisó un pozo en el campo, y allí mismo tres
rebaños de ovejas sesteando junto a él, pues de aquel pozo se abre-
vaban los rebaños. Sobre la boca del pozo había una gran piedra.
[3] Allí se reunían todos los rebaños; se revolvía la piedra de encima
de la boca del pozo, abrevaban las ovejas y después colocaban la
piedra en su sitio, sobre la boca del pozo. [4] Jacob les dijo (a los pas-
tores): "Hermanos, ¿de dónde sois?" Dijeron ellos: "Somos de
Jarán". [5] –"¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?" –"Lo conocemos".
[6] – "¿Se encuentra bien?" – "Muy bien; precisamente ahí llega Raquel,
su hija, con las ovejas". [7] Dijo él: "Todavía es muy de día, no es hora
de recoger el ganado; abrevad las ovejas e id a apacentarlas". [8] Con-
testaron: "No podemos hasta que se reúnan todos los rebaños y
se retire la piedra de la boca del pozo. Entonces abrevaremos las
ovejas".

[9] Aún estaba él hablando con ellos, cuando llegó Raquel con las
ovejas de su padre, pues era pastora. [10] En cuanto vio Jacob a Raquel,
hija de Labán, el hermano de su madre, y las ovejas de Labán, el
hermano de su madre, se acercó Jacob, retiró la piedra de la boca
y abrevó las ovejas de Labán, el hermano de su madre. [11] Jacob besó
a Raquel y luego estalló en sollozos. [12] Jacob anunció a Raquel que
era pariente de su padre e hijo de Rebeca. Ella echó a correr y se lo
contó a su padre. [13] En cuanto oyó Labán hablar de Jacob, el hijo de
su hermana, corrió a su encuentro, lo abrazó, lo besó y lo llevó a su
casa. Entonces él contó a Labán toda esta historia, [14] y Labán le
dijo: "En suma, que tú eres hueso mío y carne mía". Y Jacob se
quedó con él un mes cumplido.

Relato de tradición yahvista, continuación del anterior, que empalma con el final del cap. 27 (vv. 41-45), pues el presupuesto de la partida es la enemistad de Esaú por suplantarlo al obtener la bendición paterna como primogénito.

Jacob se encamina al «país de los orientales» (vv. 1-3); con mayor exactitud uno diría que se ha encaminado hacia el nor-noreste. Pudo encontrar más de un pozo en el camino, pero éste importa porque, como lo revelan las respuestas a sus preguntas, ya se encuentra al término, aunque no sería la fuente junto a la ciudad de que hablaba el cap. 24. Ya había allí rebaños esperando y sesteando porque, explica el narrador, la costumbre era esperar que se reunieran todos; entonces se destapaba el pozo, se abrevaban los rebaños y se volvía a tapar el pozo. Jacob no está al tanto de la costumbre; la conocerá por su diálogo con los pastores.

El díalogo (vv. 4-8) cerciora a Jacob: está al término de su viaje, pues de Jarán son todos ellos y conocen a Labán, que se encuentra bien. En aquel momento llega Raquel con el rebaño de su padre, del que es pastora. Ante la noticia, Jacob parece querer quedarse solo con Raquel: si es tan temprano, ¿por qué no abrevan sus ganados? Si lo hacen, todavía podrán apacentarlos un rato. Ellos le explican la costumbre que nos adelantó el narrador: sólo cuando todos los rebaños han llegado, se procede a abrevarlos.

Llega Raquel con las ovejas de su padre (vv. 9-14). Rápidamente Jacob hace lo que ya sabe que no hay que hacer: quita la piedra de la boca del pozo y abreva las ovejas de Labán, hermano de su madre. Su acción era inesperada –bien se delata que no estaba al tanto de lo acostumbrado, aunque no tiene excusa, pues ya se le había informado–, pero es significativo ver qué rebaño abreva. Más lo es que bese a Raquel, su prima, y se ponga a llorar a continuación, sin duda de emoción, aunque a la emoción se añada un sentimiento del que pronto tendremos noticia y que corresponde a la razón por la que su madre le mandó ir con su hermano. A pesar de la emoción, Jacob se presenta y justifica lo que ha hecho: es pariente de su padre, exactamente hijo de Rebeca, la hermana de su padre. Ante la noticia, Raquel corre a casa para anunciar a su padre lo que pasa. Labán entonces corre –como lo hiciera bastantes años atrás, cuando la llegada del servidor de Abrahán (24,29)– al encuentro de Jacob, lo abraza, lo besa y lo lleva a su casa. Jacob le contó “todas estas

cosas", su parentesco y la propia historia, tal vez lo que le opone a su hermano y ha sido causa de su partida. Que hablara de su parentesco es evidente: lo declara el comentario de Labán, que utiliza la llamada "fórmula de parentesco" («tú eres hueso mío y carne mía»): si se puede utilizar la segunda parte, como lo harán los hermanos de José (37,27), no es raro usar las dos expresiones (2 S 5,1; 19,13), como aquí.

Doble casamiento de Jacob (29,15-30)

15 Labán dijo a Jacob: "¿Acaso porque seas pariente mío vas a ser-
virme de balde? Indícame cuál será tu salario". 16 Ahora bien, Labán
tenía dos hijas: la mayor llamada Lía, y la pequeña, Raquel. 17 Los
ojos de Lía eran tiernos. Raquel, en cambio, era de buena presencia
y de buen ver. 18 Jacob estaba enamorado de Raquel. Así pues, dijo:
"Te serviré siete años por Raquel, tu hija pequeña". 19 Dijo Labán:
"Mejor es dártela a ti que dársela a otro. Quédate conmigo".

20 Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, que se le antojaron
como unos cuantos días, de tanto que la amaba. 21 Jacob dijo a
Labán: "Dame mi mujer, que se ha cumplido el plazo y quiero casar-
me con ella". 22 Labán juntó a todos los del lugar y dio un banquete.
23 Luego a la tarde tomó a su hija Lía y la llevó a Jacob, y éste se unió
a ella. 24 Labán dio su esclava Zilpá como esclava de su hija Lía. 25 Se
hizo de mañana, ¡y resultó que era Lía! Jacob dijo a Labán: "¿Qué
has hecho conmigo? ¿No te he servido por Raquel? ¿Pues por qué
me has hecho trampa?" 26 Labán dijo: "No se usa en nuestro lugar
dar la menor antes que la mayor. 27 Cumple esta semana y te daré
también a la otra por el servicio que me prestarás todavía otros siete
años". 28 Así lo hizo Jacob. Y, habiendo cumplido aquella semana, le
dio por mujer a su hija Raquel. 29 Labán dio su esclava Bilhá como
esclava de su hija Raquel. 30 Él se unió también a Raquel, y la amó
más que a Lía, y sirvió en casa de su tío otros siete años más.

Relato yahvista, continuación del anterior. El "mes cumplido" (v. 14) no comprende sólo el tiempo pasado inicialmente con Labán. Lo que él dice a Jacob permite suponer que abrevar el rebaño al llegar no es lo único que ha hecho por él; que el trabajo se refiera al rebaño

lo indica el desarrollo al que asistiremos. Si, además, es probable una estancia prolongada (27,44), se comprenden las palabras de Labán: puede escoger libremente el salario de su trabajo (v. 15).

Para comprender lo que sigue, el narrador nos ofrece los datos necesarios (vv. 16-19), aunque los conozcamos parcialmente. Nuestro conocimiento es parcial porque hemos sabido las cosas por Raquel, pero ella es sólo la menor de dos hijas. Ahora se nos dice cómo eran una y otra, y los sentimientos que despiertan en Jacob. La mayor, Lía, tenía los ojos "tiernos": si la traducción es literal, probablemente se quiere decir que era de vista corta o débil. Raquel, en cambio, era bella: una de las dos expresiones se dijo de Sara y Rebeca (12,11; 26,7). Los sentimientos de Jacob van hacia Raquel: si en la escena del pozo no se habló de amor (a primera vista), ahora ya no cabe duda. Jacob estaba enamorado de Raquel. Uno puede imaginar que, siendo la pastora, la acompañara a apacentar el rebaño. Si así fuera, Jacob ha sido discreto; ni siquiera parece estar enterada de ello Raquel. Responde a Labán que lo servirá siete años por Raquel, su hija menor. Él dice no oponerse a ello; es mejor que ella se case con uno de su familia en vez de con un extraño. Lo invita, pues, a quedarse.

Por estar tan enamorado de Raquel, a Jacob los siete años le parecieron poco (vv. 20-24). Cuando se cumple el plazo, pide la paga prometida; quiere recibir como esposa a la mujer por la que ha trabajado. Labán no tiene nada que objetar; reúne a los lugareños para un banquete. Al llegar la noche, Labán entrega la novia a Jacob. El novio no ha podido saber la trampa que se le hace: la novia ha estado cubierta con un velo, según lo exige la tradición. Cuando la llevan a su presencia y llega el momento de estar a solas, no se le ocurre hacer ninguna verificación. Sólo a la mañana siguiente se entera del engaño. El narrador nota que la flamante esposa viene acompañada de la esclava Zilpá; el dato tendrá luego su importancia, como la tendrá la otra esclava, Bilhá, la que acompaña a Raquel.

Engañado, Jacob no deja ahí las cosas: si estaba enamorado de Raquel, le reclama a Labán haberle hecho trampa, pues él lo servió por Raquel, no por la que le ha dado (vv. 25-29). Labán aduce que no es costumbre casar antes a una hija menor que a otra mayor. También le dará a Raquel, pero después de una semana. El plazo responde a la costumbre de hacer durar una semana la fiesta de bodas (ver Jc 14,12.17), aunque Ragüel multiplica por dos (Tb 8,20; 10,8).

Jacob estará casado con dos hermanas, lo que reprueba en Israel la legislación tardía (Lv 18,18). Pasada la semana, Jacob recibe también a Raquel con su esclava Bilhá, aunque por ella tendrá que trabajar otros siete años, si el precio de ambas hermanas es igual.

La última afirmación de la sección (v. 30) es importante para lo que va a seguir. Que Jacob se uniera también a Raquel no nos extraña, pero así tendremos a Jacob y a las dos hermanas viviendo una situación de bigamia, y difícilmente se podrá evitar que una de las esposas sea preferida a la otra; y, si Jacob desde el principio amó a Raquel, será lógico suponer que ésta será la preferida. El hecho tendrá consecuencias.

Hijos de Jacob (29,31 – 30,24)

**31 Vio Yahvé que Lía no era amada* y la hizo fecunda, mientras
que Raquel era estéril. 32 Lía quedó encinta y dio a luz un hijo al que
llamó Rubén, pues dijo: "Yahvé ha reparado en mi cuita; ahora sí
que me querrá mi marido". 33 Concibió otra vez y dio a luz un hijo,
y dijo: "Yahvé ha oído que yo era aborrecida y me ha dado también
a éste". Y le llamó Simeón. 34 Concibió otra vez y dio a luz un hijo,
y dijo: "Ahora, esta vez, mi marido se aficionará a mí, ya que le he
dado tres hijos". Por eso le llamó Leví. 35 Concibió otra vez y dio a
luz un hijo, y dijo: "Esta vez alabo a Yahvé". Por eso le llamó Judá,
y dejó de dar a luz.**

**30 1 Vio Raquel que no había dado hijos a Jacob y, celosa de su
hermana, dijo a Jacob: "Dame hijos o me muero". 2 Jacob se
enfadó con Raquel, y dijo: "¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios, que
te ha negado el fruto del vientre?" 3 Ella dijo: "Ahí tienes a mi cria-
da Bilhá; únete a ella y que dé a luz sobre mis rodillas; así también
yo ahijaré de ella". 4 Le dio, pues, a su esclava Bilhá por mujer; y
Jacob se unió a ella. 5 Concibió Bilhá y dio a Jacob un hijo. 6 Y dijo
Raquel: "Dios me ha hecho justicia, pues ha oído mi voz y me ha
dado un hijo". Por eso le llamó Dan. 7 Otra vez concibió Bilhá, la
esclava de Raquel, y dio a Jacob un segundo hijo. 8 Y dijo Raquel:
"Me he trabado con mi hermana a brazo partido y la he podido"; y
le llamó Neftalí.**

**9 Viendo Lía que había dejado de dar a luz, tomó a su esclava
Zilpá, y se la dio a Jacob por mujer. 10 Y Zilpá, la esclava de Lía, dio
a Jacob un hijo. 11 Lía dijo: "¡Enhorabuena!" Y le llamó Gad. 12 Zilpá,
la esclava de Lía, dio a Jacob un segundo hijo, 13 y dijo Lía: "¡Feliz
de mí!, pues me felicitarán las demás". Y le llamó Aser.**

**14 Una vez fue Rubén, al tiempo de la siega del trigo, y encontró
en el campo unas mandrágoras*, que trajo a su madre Lía. Dijo
Raquel a Lía: "¿Quieres darme las mandrágoras de tu hijo?" 15 Le
respondió: "¿Es poco haberte llevado mi marido, que encima vas a
llevarte las mandrágoras de mi hijo?" Dijo Raquel: "Sea: que se
acueste Jacob contigo esta noche a cambio de las mandrágoras de
tu hijo". 16 A la tarde, cuando Jacob volvió del campo, sale Lía a su
encuentro y le dice: "Tienes que venir conmigo porque he pagado
por ti unas mandrágoras de mi hijo". Y él se acostó con ella aque-
lla noche. 17 Dios oyó a Lía, que concibió y dio un quinto hijo a
Jacob. 18 Y dijo Lía: "Dios me ha dado mi recompensa, a mí, que
tuve que dar mi esclava a mi marido". Y le llamó Isacar. 19 Lía con-
cibió otra vez y dio el sexto hijo a Jacob. 20 Y dijo Lía: "Me ha hecho
Dios un buen regalo. Ahora sí que me apreciará mi marido, pues le
he dado seis hijos". Y le llamó Zabulón. 21 Después dio a luz una
hija, a la que llamó Dina.**

**22 Entonces se acordó Dios de Raquel. Dios la oyó y abrió su
seno, 23 y ella concibió y dio a luz un hijo. Y dijo: "Ha quitado Dios
mi afrenta". 24 Y le llamó José, como diciendo: "Añádame Yahvé
otro hijo".**

V. 29,31 «no era amada», lit. «era aborrecida». Lo que pasa es que Lía no es la predilecta (v. 33).

V. 30,14 Lit. «unos frutos de mandrágora».

El relato del nacimiento de los hijos de Jacob y, luego, de su prosperidad es continuación del anterior, y pertenecería en lo fundamental a las tradiciones yahvistas, aunque con importantes elementos elohistas: *'elohîm* es el nombre divino en 30,1-24. A propósito de los hijos de Jacob se plantea un problema histórico, pues lo que se busca es relacionar a las doce tribus del Israel posterior con los patriarcas mediante los doce hijos de Jacob. Es una de las manifestaciones literarias del "sistema de las doce tribus"; pero decir que es la más anti-

gua (todavía así en NBJ) es tal vez ir demasiado aprisa. Lo observable es que el relato menciona el nacimiento de once hijos y una hija, Dina; el duodécimo hijo nacerá más tarde (35,16-18). La oscilación entre hijos de Jacob-tribus de Israel es indudable, aunque algún texto posiblemente antiguo, como el cántico de Débora (Jc 5,14-18), refleja la separación entre los grupos tribales del centro y norte (con Transjordania), y los del sur. El sur se reduce a Judá, con Simeón, las dos tribus no mencionadas en el cántico. Si muchos de los hijos de Jacob no serán nombrados separadamente después de su nacimiento, lo importante aquí es que son los antepasados de las tribus. Por supuesto, la única hija, Dina, no hace número con sus hermanos.

Por ser Lía la "aborrecida", la esposa que no tiene el favor del esposo, Yahvé la hace fecunda y vuelve estéril a la bienamada Raquel (v. 31) –así se encuentra en sintonía con Sara (11,30) y Rebeca (25,21)–. Con este presupuesto, los hijos vendrán como en series; el nombre de cada hijo, salvo el de la hija única, Dina, está relacionado con alguna observación hecha por la madre (biológica o adoptiva) sobre el neonato. –Los nombres y la etimología se ofrecen al final del comentario–.

Inicialmente tenemos cuatros hijos de Lía (vv. 32-35). Rubén, el primogénito, inspira a Lía una reflexión de reconocimiento a Yahvé, que la ha escuchado, y el deseo de que a partir de ese momento su marido le muestre su cariño por haberle dado un hijo. Si su situación no cambia, cuando nace el segundo, Simeón, ella dice que Yahvé, sabiendo que era aborrecida, la ha escuchado; por eso le ha dado ese segundo hijo. El tercero de sus hijos, Leví, la lleva a una convicción: las relaciones con su marido no seguirán como hasta ahora; por el contrario, se volverá a ella y se le aficionará, pues ya le ha dado tres hijos, mientras su hermana no le da ninguno. Un hijo más es casi el colmo; por eso cuando da a luz a Judá no encuentra mejor comentario que alabar a Yahvé.

A todo esto, Raquel no daba a su esposo ningún hijo, lo que la vuelve celosa de su hermana; hasta le exige a su marido: «Dame hijos o me muero» (30,1-8). Jacob, por una vez, se enfada con ella y le hace ver la insensatez de su exigencia: él no está en lugar de Dios; que ella tenga hijos no depende de la voluntad humana. Sólo Dios da el fruto del vientre, y a ella se lo ha negado hasta ahora. Entonces ella, como lo hiciera Sara con Agar (16,2), le entrega a su esclava Bilhá. Jacob se

une a la esclava, pero Bilhá dará a luz sobre las rodillas de Raquel; así, por medio de ella, Raquel dará hijos a Jacob. El patriarca acepta lo que le propone: se une a Bilhá, que da a luz un primer hijo. Raquel entonces proclama que Dios le ha hecho justicia: ha oído su voz y le ha dado un hijo; por eso lleva el nombre de Dan. Bilhá concibe una segunda vez, y el comentario de Raquel es que se ha trabado con su hermana en una lucha sin cuartel y hasta ha podido vencerla –claro, una cosa es que lo diga y otra que tenga razón–; por ello lo llama Neftalí.

Lía, por su parte, viendo que había cesado de concebir, también da a Jacob a su esclava Zilpá (vv. 9-13). Cuando ésta da a luz un primer hijo, Lía afirma estar de plácemes; por eso el hijo llevará el nombre de Gad. Cuando concibe una segunda vez, el comentario de Lía es similar: ella es feliz y los demás reconocerán que lo es; por eso le da el nombre de Aser.

Un intermedio habla de Rubén, el hijo mayor. Pero lo que se dice de él está relacionado con la sorda lucha entre Lía y Raquel, y tiene consecuencias inesperadas para la forma en que se alarga la lista de los hijos de Jacob en lo inmediato (vv. 14-21). ¿Cómo interviene Rubén? Había salido al campo al tiempo de la siega del trigo y encontró unas mandrágoras. No nos importa saber cómo un muchacho podía conocer las propiedades afrodisiacas atribuidas a tales frutos; al narrador le basta afirmar que Rubén se las trae a su madre. Pero Raquel lo advierte y se las pide a Lía. Bien merecida es la respuesta de Lía: se necesita ser cara dura si, después de robarle al esposo, quiere quitarle también las mandrágoras de su hijo. "Sea", responde Raquel, "si no ha de ser por las buenas, hablemos de negocios. ¿Que te he quitado el esposo? Pues bien, que sea tuyo esta noche; te lo cedo por las mandrágoras de tu hijo". Lía se lo hace saber a Jacob cuando regresa de su trabajo. Eso fue para Lía como una oración que Dios escuchó. Por eso volvió a concebir y dio a Jacob un quinto hijo. El comentario de Lía es que Dios le da su recompensa por haber cedido su esclava a su marido; el nombre del niño será Isacar. Lía concibe una vez más. Lo que dice es que el hijo es un regalo de Dios. Su marido la apreciará al fin –de allí el nombre de Zabulón–, pues ya le ha dado seis hijos, sin contar los dos que concibiera Zilpá. Después de él también tuvo una hija, a la que llamó Dina.

Dios se acordó finalmente de Raquel (vv. 22-24). Asociamos ese

“acordarse”, inicio de una intervención favorable, con la tradición sacerdotal (8,1; 19,29; Ex 2,24), pero no es una exclusiva; en lo que va del capítulo, si el nombre divino es *’elohîm*, nada señala la presencia de la escuela sacerdotal, y el pasaje sería más bien elohista. Pero Dios oye, escucha una oración que le es dirigida, aunque no se señalen los términos, y hasta se pueda decir que la queja de Rebeca a Jacob (30,1s) parece prescindir de Dios (luego confiará en los recursos humanos [vv. 14-16], cuya eficacia no comprueba). Como quiera que sea, Dios le concede ser madre. Si concibe y da a luz un hijo, hace un doble comentario: declara, primero, su satisfacción de que Dios haya quitado su afrenta. Que así se juzgara el no tener un solo hijo nos lo dice, por ejemplo, el que la hija de Jefté tenga que llorar su virginidad por morir antes de ser madre (Jc 11,37). También expresa el deseo de que Dios se digne darle otro hijo. El segundo comentario explica el nombre del hijo, José. Que Dios la escuchase, que tendrá un segundo hijo, lo sabremos luego.

	Esposa*	**Hijo**	**Etimología** (popular) **del nombre** (en expresión de la madre legal)
H		**Rubén**	*Ra’a be‘onyi*: “ha visto en mi cuita” (D)
I		**Simeón**	*Shama‘*: “ha escuchado” (D)
J		**Leví**	*Yil-lâveh*: “se aficionará” (m)
O	**Lía**	**Judá**	*’Ode*: “Alabo”
S		**Isacar**	*Sâkar* y *Sâkâr*: “Pagar por” y “Recompensa” (D)
		Zabulón	*Yizbelenî*: “Me apreciará” (m)
DE		(**Dina**	ninguna referencia etimológica)
	Raquel	**José**	*Yosef*: “Añada” (D)
J		**Benjamín**	(35,18) *Ben ’onî*: “Hijo de mi dolor” (Rebeca); *Binyamîn*: “hijo de la derecha” (= de buen augurio; Jacob)
A	**Bilhá**	**Dan**	*Dânnani*: “Me ha hecho justicia” (D)
C		**Neftalí**	*Niftaltî*: “Me he trabado”
O	**Zilpá**	**Gad**	*Gad*: “Enhorabuena”
B		**Aser**	*’Oshrî* y *’Ishsherunî*: “Feliz de mí” y “Me felicitarán”

* concubina, en el caso de Bilhá y Zilpá.
Nótese que en las expresiones de donde deriva el nombre, el sujeto implicado es con frecuencia Dios (D), pero puede serlo la que habla o Jacob (m, por marido).

Prosperidad de Jacob (30,25-43)

25 Cuando Raquel hubo dado a luz a José, dijo Jacob a Labán: "Déjame que me vaya a mi lugar y a mi tierra. 26 Dame a mis mujeres y a mis hijos por quienes te he servido, para que me vaya; pues bien sabes bajo qué condiciones te he servido". 27 Díjole Labán: "¡Si en algo me estimas!...* Yo estaba bajo un maleficio, pero Yahvé me ha bendecido gracias a ti". 28 Y agregó: "Fíjame tu paga y te la daré". 29 Le respondió: "Tú sabes cómo te he servido, y cómo le fue a tu ganado conmigo: 30 bien poca cosa tenías antes de venir yo, pero ya se ha multiplicado muchísimo, y Yahvé te ha bendecido a mi llegada. Pues bien: ¿cuándo voy a hacer yo también algo por mi casa?" 31 Dijo Labán: "¿Qué he de darte?" Respondió Jacob: "No me des nada. Si haces por mí esto, volveré a apacentar tu rebaño. Fíjate bien:

32 Voy a desfilar hoy con todo tu rebaño. Aparta toda oveja negra* y las cabras pintas y manchadas, y eso será mi paga, 33 y la garantía de mi honradez el día de mañana. Cuando te presentes a controlar mi paga, todo lo que no fuere pinto y manchado entre las cabras y negro entre los corderos, será lo que he robado". 34 Dijo Labán: "Bien, sea como dices". 35 Y aquel mismo día apartó los machos cabríos listados y manchados y todas las cabras pintas y manchadas, todo lo que tenía en sí algo de blanco, así como todo lo negro entre las ovejas, y lo confió a sus hijos, 36 interponiendo tres jornadas de camino entre él y Jacob. Este último apacentaba el resto del rebaño de Labán.

37 Entonces Jacob se procuró unas varas verdes de álamo, de almendro y de plátano, y labró en ellas unas muescas blancas, dejando al descubierto lo blanco de las varas, 38 e hincó las varas así labradas en las pilas o abrevaderos a donde venían las reses a beber, justo delante de las reses, con lo que éstas se calentaban al acercarse a beber. 39 O sea, que se calentaban a la vista de las varas, y así parían crías listadas, pintas o manchadas. 40 Luego separó Jacob los machos, echándolos a lo listado y negro que ahora había en el rebaño de Labán, y así se fue formando unos hatajos propios, que no mezclaba con el rebaño de Labán. 41 Además, siempre que se calentaban las reses vigorosas, les ponía Jacob las varas antes los ojos en las pilas, para que se calentaran bajo el influjo de las varas;

[42] **mas, cuando el ganado estaba débil, no las ponía, de modo que las crías débiles eran para Labán, y las vigorosas para Jacob.** [43] **Así que éste medró muchísimo, y llegó a tener rebaños numerosos, y siervas y siervos y camellos y asnos.**

V. 27 La frase queda en suspenso, por lo que se debe sobreentender algo, por ejemplo "escúchame".

V. 32 Texto sobrecargado; en la traducción ofrecida se omite, como lo hizo la versión griega, "pinta y moteada y todo animal".

La probable atribución literaria de este segmento ya se ha mencionado a propósito de la sección anterior; el único nombre divino es Yahvé (vv. 27 y 30). El relato se centra en la forma en que Jacob se enriqueció. Pero antes de nada se nos dice que el patriarca, después que Raquel dio a luz a José, pidió permiso a Labán para dejar su servicio y regresar a su lugar de origen (vv. 25-31). Para ello, Labán tendría que entregarle sus mujeres, por quienes le había servido los catorce años, y sus hijos; él ha cumplido las condiciones de su trabajo con los rebaños de Labán. Aunque la expresión inicial no es clara (ver nota textual), Labán reconoce que cambió su suerte con el trabajo de Jacob: la bendición divina lo acompaña; antes parecía estar bajo un maleficio. Por eso le pide que siga a su servicio. No trabajará gratis; puede fijar su paga. Jacob subraya cómo le ha servido y el cambio observado en sus rebaños: sí, Yahvé lo ha bendecido desde que se ocupó de ellos. Y bien, ¿cuándo podrá hacer algo por su casa, un trabajo que redunde en su provecho? Labán insiste que puede fijar la paga de su trabajo.

Jacob acepta si su suegro quiere que todo se haga a su manera. No pide un salario fijo; apacentará el rebaño, si Labán aprueba su propuesta. ¿De qué se trata? Jacob hará pasar el rebaño ante él (vv. 32-36). Mientras pase, se separarán los animales con ciertas características. Convengamos, como nota NBJ, que en esta sección y en lo que sigue hay problemas de interpretación. Estamos en un medio donde las ovejas son generalmente blancas y las cabras negras. Lo que Jacob pide como paga son los animales raros: las ovejas negras y las cabras moteadas o manchadas. Labán podía pensar que hacía un buen negocio, aunque se han eliminado elementos de la descripción inicial cuyo sentido se nos escapa. Si esos animales son la paga de su traba-

jo, también serán la prueba de su honradez: si se le encuentra algo que no corresponda a esas características, será por apropiarse de lo que no le pertenece. Cuando Labán acepta, él confia a sus hijos los animales que, por su color, han resultado ser suyos: las cabras manchadas o pintas y las ovejas negras. Él se queda a apacentar el rebaño de Labán y pone una distancia de tres días de marcha entre ambos rebaños, el de Labán y el propio.

La manera de enriquecerse a partir de ese momento es otra cosa. El pasaje (vv. 37-43) también ofrece dificultades, pero hay algunos elementos seguros. Por la descripción anterior se comprenderá que el principio se refiere a las cabras: Jacob se procura unas varas verdes de álamo, almendro y plátano, les hace muescas blancas o quita la cáscara para que aparezca lo blanco. Pues bien, pone esas varas junto a las pilas o abrevaderos del ganado. El supuesto es que entraban en calor a la vista de aquellas varas y que eso las hacía parir crías manchadas o listadas. Menos evidente es que el v. 40 se refiera (así en NBJ) al apareamiento de las ovejas, y que si el apareamiento ocurría frente a las cabras negras habrían de parir crías que no fueran blancas. Es claro que Jacob separa del ganado de Labán todo lo que cumple las especificaciones de lo que se le atribuye como paga, y que él se las ingenia para que muchas crías engrosen su rebaño, no el de Labán. Por lo demás, parte de su astucia era hacer lo posible para que las reses vigorosas, de por sí o en razón de la época del año, tuvieran crías que le pertenecieran; al contrario, dejaba que las crías de las bestias débiles quedaran para Labán. Así Jacob medró muchísimo. Por su astucia en la reproducción de los ganados, sus rebaños llegaron a ser numerosos y se hizo con siervas y siervos, con camellos y asnos. Para que tal cosa ocurriera, el tiempo es importante, pero el narrador no precisa cuánto tiempo pudo transcurrir.

FUGA DE JACOB (31,1-21)

31 [1] **Oyó Jacob que los hijos de Labán decían: “Jacob se ha apoderado de todo lo de nuestro padre, y con lo de nuestro padre se ha hecho toda esa fortuna”.** [2] **Jacob observó el rostro de Labán y vio que ya no era para él como hasta entonces.** [3] **Entonces**

Yahvé dijo a Jacob: “Vuelve a la tierra de tus padres, a tu patria, y yo estaré contigo”. 4 Jacob envió a llamar a Raquel y a Lía al campo, donde estaba su rebaño, 5 y les dijo: “Vengo observando que vuestro padre ya no me mira como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo. 6 Vosotras sabéis que he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas; 7 pero vuestro padre ha trapaceado conmigo y ha cambiado mi retribución una docena de veces, si bien Dios no le ha dejado perjudicarme. 8 Si él decía: ‘Tu paga serán las reses pintas’, entonces todas las ovejas parían pintas. Y si decía: ‘Tu paga será lo listado’, todas las ovejas parían listado. 9 De esta suerte Dios ha quitado el ganado a vuestro padre y me lo hadado a mí. 10 Pues bien: en la época de calentarse el rebaño, alcé los ojos y vi en un sueño cómo los machos que montaban al rebaño eran listados, pintos y salpicados. 11 Y me dijo el Ángel de Dios en aquel sueño: ‘¡Jacob!’ Yo respondí: ‘Aquí estoy’. 12 Y añadió: ‘Alza la vista y verás que todos los machos que montan el rebaño son listados, pintos y salpicados. Es que he visto todo lo que Labán te ha hecho. 13 Yo soy el Dios que se te apareció* en Betel, donde ungiste una estela y donde me hiciste aquel voto. Ahora, levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu país natal’”.

14 Raquel y Lía le comentaron: “¿Es que que tenemos aún parte o herencia en la casa de nuestro padre? 15 ¿No hemos sido consideradas como extrañas para él, puesto que nos vendió y, por comerse, incluso se comió nuestra plata? 16 Así que toda la riqueza que ha quitado Dios a nuestro padre nuestra es y de nuestros hijos. Conque todo lo que te ha dicho Dios, hazlo”.

17 Levantóse Jacob, montó a sus hijos y a sus mujeres en los camellos, 18 y se llevó todo su ganado y toda la hacienda que había adquirido, el ganado de su propiedad, que había adquirido en Padán Aram, para irse a donde su padre Isaac a Canaán. 19 Como Labán había ido a esquilar sus ovejas, Raquel robó los ídolos familiares que tenía su padre, 20 y Jacob actuó a hurtadillas de Labán el arameo, no dándole ningún indicio de que se fugaba. 21 En efecto, se fugó con todo lo suyo; se levantó, pasó el Río y enderezó hacia la montaña de Galaad.

V. 13 «Que se te apareció»: añadido según la versión griega (el hebreo diría sólo: «Yo soy el Dios de Betel»).

El relato de base es de tradicion elohista: aunque el nombre de Yahvé aparece en el v. 3, es evidente la referencia a la parte elohista en 28,10-22, aparte del uso del nombre *'elohîm* en todos los demás casos. Pero los vv. 1-3 son yahvistas; el relato elohista comienza en el v. 4. La fuente (o una redacción) sacerdotal parece intervenir en el v. 18, pues habla de Padán Aram y utiliza una fraseología que se le reconoce, la usada en 12,4.

Por primera vez se dice que Labán tenía hijos, además de Lía y Raquel (vv. 1-3). Que Raquel (29,6.9-12), por no hablar luego de Jacob, se ocupara del rebaño –aunque el dato pueda tener algo de tópico: da lugar a la escena del encuentro junto al pozo; ver Ex 2,15b-21–, parecía sugerir lo contrario. Los hijos de Labán se quejan; achacan a Jacob haberse apoderado con astucia de los bienes de su padre Labán, lo cual se justifica más por el relato anterior que por lo que seguirá; la riqueza que tiene provendría de sus malas artes. El rumor llega a Jacob; él observa que Labán no lo ve con buenos ojos, como antes. Por otra parte, Yahvé le habla para ordenarle que vuelva al lugar de sus padres, a su "patria"; él lo acompañará con su protección mientras regresa a Canaán.

En vista de los rumores, de la cara de pocos amigos de su suegro y de la palabra escuchada, Jacob hace venir a sus mujeres al campo donde él estaba con los rebaños (vv. 4-9). Él les dice que ha contado con la asistencia de Dios, que lo ha favorecido, pero que viene observando un cambio en la actitud de Labán para con él: «ya no me mira como antes». Las toma como testigos de que él ha servido a su padre con todas sus fuerzas, aunque él no le ha pagado con la misma moneda. Lo acusa de trapacero y de haber cambiado su salario, siempre queriendo sacar provecho, una docena de veces, aunque reconoce que Dios no ha dejado que le hiciera el daño planeado. Las acusaciones no responden a lo que sabemos por el capítulo anterior, pero Jacob prosigue y ejemplifica: si le ofrecía como salario las ovejas pintas, todas las reses parían crías así; si se lo cambiaba por lo listado, ocurría lo mismo. No habría sido la propia trapacería, sino la acción de Dios, la que produce el cambio de dueño: «se lo ha quitado a vuestro padre y me lo ha dado a mí».

La visión que cuenta, acompañada de la palabra de Dios (vv. 10-13), es difícil en cuanto a los detalles, pero el resultado favorable a Jacob se debe a la intervención de Dios. Es indudable, por las pala-

bras y por la referencia a la estela, a los ritos y al voto, la relación con la parte elohista de la visión de Betel. Pues bien, la orden de Dios (comparable a la de Yahvé en el v. 3) es simple: debe volver a la tierra natal, al país que abandonara por miedo a su hermano.

Lía y Raquel lo confirman en su decisión (vv. 14-16). De su propio padre parecen tener sólo quejas, que se añaden a las de Jacob. Declaran roto todo vínculo de solidaridad con él. Si ellas no tienen parte o herencia que esperar de su padre, lo hecho por Labán en el pasado no habla en su favor. A ellas las ha tratado como extrañas, como mercancía: las vendió por años de trabajo de Jacob para comerse su dote. Notemos que la forma de hablar supone algo comparable a la costumbre de la Alta Mesopotamia: la suma puesta por el novio en manos del suegro no era algo de que pudiera disponer libremente; al contraer matrimonio, una parte es entregada a la esposa. En este caso, Labán fue el único beneficiario; por eso la acusación de las hijas: «incluso se comió nuestra plata». Por eso mismo, si Dios le ha quitado parte de su riqueza para dársela a Jacob, eso es justicia: les pertenece a ellas y a sus hijos. En suma, lo exhortan a obedecer la orden que Dios le ha dado.

Jacob no necesita que le rueguen (vv. 17-21). Hace montar a sus mujeres y a sus hijos en camellos y parte con todo su ganado en dirección de Canaán, por supuesto sin previo aviso a Labán. La ocasión no podía ser mejor: su suegro estaba en el trasquileo del rebaño; Jacob no tiene que dejarlo abandonado. Se pone, pues, en marcha con todo lo suyo, pasa el Éufrates (el "Río" a secas) y se encamina hacia Galaad. A todo esto, Raquel, sin que se nos diga cómo, tiene tiempo para hurtar y llevarse consigo los *terafîm*, los ídolos familiares de Labán; de ellos se ha dicho, aunque no es seguro, que eran un título de herencia. De ser así, ¿qué ventaja podía sacar Raquel viviendo lejos de Labán?

Labán da alcance a Jacob (31,22-42)

22 Al tercer día recibió Labán la noticia de que Jacob se había
fugado. 23 Entonces tomó a sus parientes consigo y, tras siete jorna-
das de persecución, le dio alcance en la montaña de Galaad. 24 Pero
aquella noche vino Dios en sueños a Labán el arameo y le dijo:

"Guárdate de hablar nada con Jacob, ni bueno ni malo". [25] Alcanzó, pues, Labán a Jacob. Éste había instalado su tienda en la montaña y Labán instaló la suya* con sus parientes en la misma montaña de Galaad.

[26] Dijo Labán a Jacob: "¿Qué has hecho? Has actuado a hurtadillas de mí y te has llevado a mis hijas como si fueran cautivas de guerra. [27] ¿Por qué te has fugado con disimulo y a hurtadillas de mí, en vez de advertírmelo? Yo te habría despedido con alegría y con cantares, con adufes y arpas. [28] Ni siquiera me has permitido besar a mis hijos e hijas. O sea, que has obrado como un necio. [29] Hay poder en mi mano para hacerte mal; pero el Dios de tu padre* me dijo ayer noche: 'Guárdate de hablar a Jacob absolutamente nada, ni bueno ni malo'. [30] Así pues, tú te has marchado porque añorabas la casa paterna, pero ¿por qué robaste mis dioses?"

[31] Respondió Jacob a Labán: "Es que tuve miedo, pensando que acaso ibas a quitarme a tus hijas. [32] Pero eso sí, que aquél a quien le encuentres tus dioses no quede con vida. Delante de nuestros parientes reconoce lo tuyo que esté en mi poder y llévatelo". En efecto, Jacob ignoraba que Raquel los había robado. [33] Entró Labán en la tienda de Jacob, en la de Lía y en las de las dos criadas, y no halló nada. Salió de la tienda de Lía, y entró en la de Raquel. [34] Pero Raquel había tomado los ídolos familiares y, poniéndolos en la albarda del camello, se había sentado encima. Labán registró toda la tienda sin hallar nada. [35] Ella dijo a su padre: "No le dé enojo a mi señor de que no pueda levantarme en tu presencia, porque estoy con la regla". Él siguió rebuscando por toda la tienda sin dar con los ídolos.

[36] Entonces Jacob montó en cólera, recriminó a Labán y, encarándose con él, le dijo: "¿Cuál es mi delito? ¿Cuál mi pecado, que me persigues con saña? [37] Al registrar todos mis enseres, ¿qué has hallado de todos los enseres de tu casa? Ponlo aquí, ante mis parientes y los tuyos, y juzguen entre nosotros dos. [38] En veinte años que llevo contigo, tus ovejas y tus cabras nunca han malparido, y los machos de tu rebaño nunca me los he comido. [39] Ganado destrozado por fieras nunca te llevé: yo pagaba el daño, de lo mío te cobrabas tanto si era yo robado de día como si lo era de noche. [40] Estaba yo que de día me devoraba el resistero y de noche la helada, mientras huía el sueño de mis ojos. [41] Éstos fueron mis veinte años en tu casa. Catorce años te serví por tus dos hijas, y seis por tus ovejas, y tú has

cambiado mi paga diez veces. [42] Si el Dios de mi padre, el Dios de Abrahán y el Padrino de Isaac no hubiese estado por mí, a fe que ahora me despacharías de vacío. Mi cuita y la fatiga de mis manos ha visto Dios y ha dado su fallo ayer noche".

V. 25 «la suya», leyendo conjeturalmente *'oholô*, pues el texto dice *'ejayw*, «con sus hermanos».

V. 29 En singular según texto samaritano y versión griega; en plural en hebreo.

Relato de tradición elohista, como el precedente; el nombre de Dios es *'elohîm*, y se aparece en sueños (vv. 24.43). Pero pudo haber algunas intervenciones redaccionales para adecuarlo a 30,25-43, en la medida en que allá intervenían las tradiciones yahvistas.

Labán se habría enterado de lo hecho por Jacob tres días después (vv. 22-25). Reúne a sus parientes –el narrador no ofrece ningún detalle al respecto, aunque sus palabras, luego, dan a entender que podría hacerle a Jacob lo que le viniera en gana– y se lanza en persecución de Jacob. Después de una semana, le da alcance en la montaña de Galaad. El narrador no se interroga sobre la verosimilitud (o tiene ideas muy imperfectas sobre la geografía): ¿pudo Jacob recorrer tanto camino, si debía venir al paso de rebaños de ovejas y cabras, que tenían que comer y ser abrevados? El presupuesto del relato, además de que Labán con su gente hubiera alcanzado a Jacob, está en la manifestación de Dios en sueños: él le exige no hacer nada a Jacob, ni para bien ni para mal (si su expedición era punitiva, lo primero era poco probable). Labán da alcance al fugitivo, y los campamentos quedan contiguos en la montaña de Galaad. (Se trata de la mitad sur de la región entre el Yarmuk y el Yaboc, territorio de Gad, según Nm 32,34s; Jos 13,24-28.)

Labán tiene quejas contra Jacob; habla primero y le dice de qué lo acusa (vv. 26-30). Aduce, primero, lo hecho por Jacob a sus hijas: partiendo a hurtadillas las estaría tomando como cautivas de guerra. –Él no sabe que estuvieron de acuerdo en la huida de Jacob–. Si Jacob, en vez de actuar a escondidas, le hubiera avisado de su partida, él habría podido despedirlos –a él y a sus hijas con toda su familia– en medio de gran alborozo, por más que toda despedida sea triste, acompañando el momento con cantares al son de instrumentos, como adufes y arpas. Sí, ha sido un necio al no permitir a Labán dar el beso de despedida a sus hijas y a sus nietos. Declarado culpable de

una falta imperdonable, podría castigarlo. Debe dar gracias al "Dios de tu padre" (o "de tus padres"), que, interviniendo en el asunto, le indicó que desistiera de decir nada a Jacob, ni bueno ni malo; ¡cuanto más de hacérselo! Comprende que añorara la casa paterna –hacia ella se encamina y podrá seguir su camino–, pero hay otra reclamación: ¿por qué le ha robado sus dioses, sus *terafîm*?

Jacob no cree necesario dar explicaciones: su modo de actuar obedece a una razón: tuvo miedo, y el miedo es mal consejero, vv. 31-35; pensó que Labán podía quitarle a sus hijas, despojarlo de sus esposas hasta con los hijos respectivos. De lo otro, que le ha robado sus dioses, él no sabe nada; puede hacer la inspección necesaria y, si encuentra lo que busca, el culpable está a su disposición: puede hasta disponer de su vida. Dicho y hecho, Labán inspecciona las tiendas de Jacob, de Lía, y de las criadas sin resultado. Cuando entra en la tienda de Raquel ella se queda sentada sobre la montura del camello, debajo de la cual ha escondido los ídolos, y le da como disculpa estar con su regla. Así Labán pudo buscar cuanto quiso sin encontrarlos.

Si Labán no encuentra nada, Jacob pasa de acusado a acusador (vv. 36-42). ¿Cuál ha podido ser su delito para que lo persiga con tanta saña? Lo acusa de robo, ¿pero ha encontrado algo que dé razón de su acusación? Si así fuera, podría ponerlo a la vista de todos los presentes, que juzgarían quién de los dos tiene razón. Menciona a continuación su trabajo como pastor de los rebaños de Labán; y, según él, tampoco allí puede encontrarse motivo alguno de acusación: no hubo malos partos por su desidia, no se comió los machos del rebaño, no se justificó de las pérdidas a causa de las fieras o de eventuales robos, sino que las repuso de su peculio. –Recordemos que un pastor de rebaños quedaba disculpado al llevar al dueño los despojos que deja la fiera cuando devora algún animal (Ex 22,12; Am 3,12)–. Por último, a causa de los rebaños de Labán, Jacob se sometió a las inclemencias del tiempo, a los extremos rigores de calor o de frío. Puede, en conciencia, afirmar que sirvió como debía durante veinte años: catorce por sus dos hijas y otros seis por una parte de sus rebaños. Supuestamente Labán le cambió el sueldo diez veces –lo que difícilmente se puede referir a los primeros catorce años (ver v. 7)–. Sólo porque Dios, el Dios de su Padre, cuya relación se precisa llamándolo también "Dios de Abrahán" y "Padrino de Isaac", estuvo de su parte, lo favoreció, no regresa con las manos vacías. Él dio su vere-

dicto la noche pasada al hablar a Labán y exigirle lo que sabemos. Para la traducción "Padrino de Isaac", título que se repite en el v. 53, la equivalencia se justifica por el árabe y el palmireno, pero otros prefieren "Terror de Isaac".

Tratado entre Labán y Jacob (31,43 – 32,3)

43 Labán respondió a así a Jacob: "Estas hijas son mías, estos hijos son mis hijos, y estas ovejas mis ovejas, todo cuanto ves, mío es. Y ¿qué voy a hacerles hoy a estas mis hijas?, ¿o a los hijos que me dieron? 44 Venga, hagamos un pacto entre los dos ...*, y sirva de testigo entre nosotros dos".

45 Jacob tomó una piedra y la erigió como estela. 46 Y dijo Jacob a sus parientes: "Recoged piedras". Tomaron piedras, hicieron un majano y comieron allí sobre el majano. 47 Labán lo llamó Yegar Sahdutá, y Jacob lo llamó Galed. 48 Labán dijo: "Este majano es hoy testigo entre nosotros dos". Por eso le llamó Galed, 49 y también Mispá, pues dijo: "Que Yahvé nos vigile a los dos, cuando nos alejemos el uno del otro. 50 Si tú humillas a mis hijas, si tomas otras mujeres, además de mis hijas, bien que nadie esté con nosotros que nos vea, sea Dios testigo entre los dos". 51 Dijo Labán a Jacob: "Aquí está este majano, y aquí esta estela que he erigido entre nosotros dos. 52 Testigo sea este majano y testigo sea esta estela de que yo no he de traspasar este majano hacia ti, ni tú has de traspasar este majano y esta estela hacia mí para nada malo. 53 El Dios de Abrahán y el Dios de Najor* juzguen entre nosotros". Y Jacob juró por el Padrino de su padre Isaac. 54 Jacob hizo un sacrificio en el monte e invitó a sus parientes a tomar parte. Ellos tomaron parte, e hicieron noche en el monte.

32 1 A la mañana siguiente, Labán besó a sus hijos e hijas, los bendijo y se volvió a su lugar. 2 Jacob se fue por su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. 3 Al verlos, dijo Jacob: "Éste es el campamento de Dios"; y llamó a aquel lugar Majanáin.

V. 44 Posiblemente faltan unas palabras en el texto.

V. 53 «El Dios de sus padres», añadido por el texto hebreo, es probablemente una glosa.

Se suele suponer (así en NBJ) que los problemas del pasaje, al menos en parte, se explican por estar formado con elementos de dos tradiciones, yahvista y elohista: el nombre divino es Yahvé en 31,49, *'elohîm* en 31,50 y 32,2-3 (los títulos de 31,53 son caso aparte). Algunas glosas pudieron oscurecer el sentido del texto. Pero los problemas también pueden ser debidos a la conservación defectuosa del texto, como en el v. 44, o a un orden indebidamente trastocado. Respecto a lo último, se puede mostrar que el diferente orden de la versión griega es más lógico.

Aunque acusado a su vez por Jacob, Labán responde (v. 43), y lo hace asistido por la verdad. Pero no se trata de hacer algo en contra de sus hijas o de sus hijos, sin duda los nietos que ellas le han dado. Él propone hacer las paces y que haya un pacto entre ambos; en relación con ese pacto también propone que algo sirva de testigo entre los dos. Lo que aquí se indica (v. 44), desgraciadamente no permite determinar en qué consiste tal testigo, de qué se habla, tal vez por lo que parece faltar en el texto. ¿Será posible corregir esta impresión con lo que viene a continuación?

Lo que sigue (vv. 45s) manifiesta una dualidad: Jacob erige una piedra como estela –es una especialidad (ver 28,18)–, pero, además, ordena a los suyos acarrear piedras para formar un majano. Pero estela y majano no siempre se deben a la iniciativa de Jacob. Y se habla ya de comida, cosa que uno esperaría como rito conclusivo; de hecho se vuelve a hablar de ella en el v. 54; la explicación del majano también parecería mejor como elemento conclusivo. Supuestamente, en los vv. 47-49 tendríamos un doble nombre y su explicación: Labán llama al majano *Yegar Sahdutá*, traducción aramea del otro nombre, el de *Gal'ed*, "majano del testimonio", dado por Jacob. Hasta aquí no hay dos nombres, sino un nombre en dos lenguas. La dualidad comienza cuando se intercambian *Gal'ed* y *Mispá*, la "atalaya", nombre que conviene bien a un majano de observación, a un puesto de frontera, como pudo serlo *Mispeh Galaad*, la "atalaya de Galaad". Con este nombre, y teniendo en cuenta que Labán es "el arameo" (vv. 21, 24 y 25,20; 28,5), se supondrá que el texto refleja algún intento entre israelitas (o como se llame a los habitantes de Galaad) y sus vecinos arameos por hacer la paz, a pesar de las frecuentes "guerras arameas" en torno a la época de Elías y Eliseo (ver 1 R 20 y 22, por ejemplo). El tratado parece un pacto de no agresión (v. 52), aunque otros

elementos del pasaje se explican en los términos familiares de las relaciones entre Jacob y Labán, no sólo por la problemática inicial (v. 43), sino también por exigencias como las del v. 50.

De cualquier modo, el majano es un "testigo" entre ambas partes; incluso si nadie está ahí para ver lo que una de las partes haga en contra de la otra, tendrán un testigo de cargo (vv. 51-53). Ambos hombres juran por el Dios respectivo: también ellos intervienen como testigos. Es verdad que hay una diferencia, pues primero son nombrados el Dios de Abrahán y el Dios de Najor como jueces entre Jacob y Labán; luego sólo se dice que Jacob jura por el Padrino de Isaac. El sacrificio en el monte probablemente ha de entenderse al modo de un "sacrificio pacífico". Por eso se comprende que los implicados tomen parte a continuación en una comida ritual (v. 54). Pasar la noche en el monte formaría parte del rito de alianza, aunque el sitio corresponde al elegido por ambos hombres para el respectivo campamento (ver v. 25).

La mañana siguiente es el momento de la despedida (32,1-3). Despedirse es lo que hace Labán; besa a sus hijas y todos los hijos que habían tenido. Cuando Labán regresa por donde había venido, Jacob también prosigue su camino. Que lo haga bajo los mejores auspicios es el presagio del encuentro con los ángeles de Dios, aunque su comentario, si da a entender que cuenta con la protección de Dios en su camino (ver 28,12), sirve también para explicar el nombre de *Majanáin*.

JACOB PREPARA EL ENCUENTRO CON ESAÚ (32,4-22)

4 Jacob envió mensajeros por delante hacia su hermano Esaú, al
país de Seír, la estepa de Edom, 5 encargándoles: "Digan a mi señor
Esaú: Así dice tu siervo Jacob: Fui a pasar una temporada con
Labán y me he demorado hasta hoy. 6 Me hice con bueyes, asnos,
ovejas, siervos y siervas; y ahora mando a avisar a mi señor, para
hallar gracia a sus ojos".

7 Los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: "Hemos ido donde
tu hermano Esaú, y él mismo viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres".

8 Jacob se asustó mucho y se llenó de angustia; dividió a sus gentes, las ovejas, vacas y camellos, en dos campamentos 9 y dijo: "Si
llega Esaú a uno de los campamentos y lo ataca, se salvará el otro".

**[10] Luego dijo Jacob: "¡Oh Dios de mi padre Abrahán y Dios de mi
padre Isaac, Yahvé, que me dijiste: 'Vuelve a tu tierra y a tu patria,
que yo seré bueno contigo', [11] ¡qué poco merecía yo todas las merce-
des y toda la confianza que has dado a tu siervo! Pues con solo mi
cayado pasé este Jordán y ahora he venido a formar dos campa-
mentos. [12] Líbrame de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú,
porque le temo, no sea que venga y nos ataque, a la madre junto con
los hijos. [13] Que fuiste tú quien dijiste: 'Yo seré bueno de veras con-
tigo y haré tu descendencia como la arena del mar, que no se puede
contar de tanta como hay'". [14] Y Jacob pasó allí aquella noche.**

**Tomó de lo que tenía a mano un regalo para su hermano Esaú,
[15] consistente en doscientas cabras y veinte machos cabríos, dos-
cientas ovejas y veinte carneros, [16] treinta camellas criando, junto
con sus crías, cuarenta vacas y diez toros, veinte asnas y diez gara-
ñones, [17] y, repartiéndolo en manadas independientes, los confió a
sus siervos y les dijo: "Pasad delante de mí, dejando espacio entre
manada y manada". [18] Y al primero le encargó: "Cuando te salga al
paso mi hermano Esaú y te pregunte 'de quién eres y adónde vas, y
para quién es eso que va delante de tí', [19] dices: 'De tu siervo Jacob;
es un regalo enviado para mi señor Esaú. Precisamente él viene
detrás de nosotros'". [20] El mismo encargo hizo también al segundo,
como asimismo al tercero y a todos los que iban tras las manadas
diciendo: "En estos términos hablaréis a Esaú cuando le encon-
tréis, [21] añadiendo: 'Precisamente tu siervo Jacob viene detrás de
nosotros'." Pues se decía: "Voy a ganármelo con el regalo que me
precede, tras de lo cual me entrevistaré con él; tal vez me ponga
buena cara". [22] Así, pues, mandó el regalo por delante, y él pasó
aquella noche en el campamento.**

La lectura seguida puede darnos la impresión de que nos encontramos ante un todo homogéneo, pero probablemente han sido unificadas una parte inicial de tradición yahvista (vv. 4-14a) con otra de tradición elohista (vv. 14b-22). La primera relata la embajada previa de Jacob y la separación del contingente en dos campamentos, al saber que Esaú viene a su encuentro; la segunda cuenta que, ante la inminencia del encuentro, Jacob trata de predisponer a su hermano en su favor mediante el envío de un regalo de rebaños, aunque envía los ganados por separado y sucesivamente.

Estando cerca de donde vive su hermano Esaú, Jacob envía unos mensajeros (vv. 4-8). La cercanía es relativa. Los enviados saben adónde ir: deben buscar a su hermano en el país de Seír, en la estepa de Edom. Más importante es el mensaje. Jacob dice haberse demorado con Labán, le informa de la riqueza que ha podido juntar y le avisa que llega para hallar gracia a sus ojos. Si el mensaje es transmitido, Esaú no parece responder, pero viene en camino. Es lo que le avisan los enviados; que precisen que viene con cuatrocientos hombres, si se tiene en cuenta la historia previa, parece mal presagio.

El anuncio provoca en Jacob susto, miedo y angustia (vv. 8-14a). Pero el miedo no lo paraliza: él piensa el modo en que el daño, si lo hubiera, sea menos considerable. Divide todo, sus gentes y los ganados, en dos campamentos. Así, si Esaú llega a uno de los campamentos y lo ataca, el otro podría salvarse. Si esa medida es lo primero, Jacob no olvida invocar a Yahvé, Dios de su padre Abrahán y Dios de su padre Isaac. Él le ordenó volver a su tierra; confiesa no merecer los bienes recibidos. Había pasado el Jordán –su mención delataría la cercanía, aunque todavía hay que pasar el Yaboc– con su cayado como toda posesión; ahora vuelve con familia numerosa, y con tantos bienes que forman dos campamentos. Del reconocimiento agradecido pasa a la súplica; confiesa sin rodeos que le tiene miedo a su hermano: teme que mate a la madre con los hijos, que haga daño a los inocentes sólo por ser la familia de su hermano. La razón de su confianza es la promesa divina, la promesa de la tierra (ver 28,14). A la espera de lo que suceda, Jacob pasa la noche donde se encontraba.

En la tradición elohista el gran regalo substituye a la embajada (vv. 14b-22). El regalo es generoso: 200 cabras con 20 machos cabríos, 200 ovejas y 20 carneros, 30 camellas criando con sus crías, 40 vacas con 10 toros, 20 asnas y 10 garañones. Dispone el regalo en manadas independientes y encomienda a los siervos cada manada. Reciben el encargo de ir por delante; cuando encuentren a Esaú y les pregunte por la manada que llevan, han de responderle que es un regalo de Jacob, su siervo, destinado a su señor Esaú. Deben añadir que Jacob viene tras ellos. Su idea, dice el narrador, era ganárselo con los regalos; pensaba que si lograba eso, le pondría buena cara al encontrarlo. Pero, aunque manda los regalos por delante, él todavía se queda en el campamento a pasar la noche.

JACOB LUCHA CONTRA DIOS (32,23-33)

23 Aquella noche se levantó, tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus onces hijos y cruzó el vado del Yaboc. 24 Los tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía. 25 Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien* con él hasta rayar el alba. 26 Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. 27 Éste le dijo: "Suéltame, que ha rayado el alba". Jacob le respondió: "No te suelto hasta que me hayas bendecido". 28 Dijo el otro: "¿Cuál es tu nombre?" – "Jacob". – 29 "En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque ha sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido". 30 Jacob le preguntó: "Dime por favor tu nombre". – "¿Para qué me preguntas por mi nombre?" Y le bendijo allí mismo.

31 Jacob llamó aquel lugar Penuel, pues (se dijo): "He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva". 32 El sol salió así que hubo pasado Penuel, pero él cojeaba del muslo. 33 Por eso los israelitas no comen, hasta la fecha, el nervio ciático, que está sobre la articulación del muslo, por haber sido tocado Jacob en la articulación femoral, en el nervio ciático.

V. 25 Lit. «un hombre».

Relato posiblemente yahvista, aunque el nombre divino es *'elohîm* en los vv. 29 y 31, y antes se evita cualquier nombre divino. Parece extraño lo que se relata –como en NBJ, se puede calificar el relato de "misterioso"–, pues sería una lucha inmediata, física, el cuerpo a cuerpo de un hombre con Dios. Jacob aparentemente no da ni pide cuartel; sólo al ver que no le vence, el ser misterioso toca a Jacob la articulación femoral y le disloca el fémur. El relato sirve para explicar dos cosas: el cambio de nombre del patriarca (Jacob tiene que llamarse Israel) y el nombre de Peniel/Penuel, un lugar junto al Yaboc.

Jacob hace pasar a su familia el vado del Yaboc durante la noche (vv. 23s); hace pasar también todos sus bienes, ante todo sus rebaños. La cautela se debe a la cercanía de su hermano Esaú. Aunque no se diga aquí nada, la cercanía de Esaú había dictado las medidas de Jacob, y el encuentro entre los hermanos seguirá.

El patriarca se queda hasta el final y solo: su aislamiento es necesario para lo que va a ocurrir (vv. 25-30). ¿Qué sucede? Sin que se nos explique cómo o por qué comienza una lucha de Jacob con un "hombre". La lucha sin cuartel dura hasta el alba. El adversario parece determinado a dominarlo, pero no lo consigue; entonces le toca la articulación femoral y le disloca el fémur. Pero ni por esas: el adversario le pide que lo suelte, pues ha rayado el alba. Por lo de su fémur, Jacob ya está al tanto del carácter sobrenatural de su adversario; por eso le responde que lo soltará si lo bendice. El otro le pregunta su nombre. Cerciorado de que se llama Jacob, le cambia su nombre en el de Israel, explicando la razón del nuevo nombre. Las palabras que dice suponen que se explica "Israel" por el verbo *sārâ*, ser fuerte (ver Os 12,5), aunque al nombre, que probablemente significa "muéstrese Dios fuerte", se atribuye el significado de "él ha sido fuerte contra Dios". El cambio de nombre se repetirá en 35,10; allí el significado no es el forzado de nuestro pasaje; por ello se considera más natural el cambio de nombre como ocurre entonces. –Que el doble nombre, Jacob e Israel, pudiera sugerir la fusión de dos grupos humanos distintos es una hipótesis, no un dato seguro–. Jacob pide a su vez al ser misterioso que le diga su nombre, pero él rehúsa tal información –como lo hará el Ángel de Yahvé a la petición de Manóaj (Jc 13,17s)–, aunque le concede su bendición. Sí, el patriarca se aferra a Dios, lucha con él hasta que consigue su bendición, una bendición por la que él queda obligado a mostrar su favor a quienes, reclamándose del patriarca, llevan el nombre de Israel. Así, la escena bíblica ha podido convertirse en la imagen del combate espiritual y de la eficacia de la oración perseverante (Orígenes, S. Jerónimo).

Se puede pensar que se ha utilizado una antigua historia para explicar el nombre de Penuel, que en realidad debiera ser Peniel, "cara de Dios" (vv. 31-33). El nombre está basado en la reflexión de Jacob: lo sucedido le persuade de que ha visto el rostro de Dios sin tener que pagar con la propia vida, según aquello que formulará lapidariamente Yahvé en su diálogo con Moisés: «nadie puede verme y seguir en vida» (Ex 33,20). Jacob sólo muestra una secuela, la cojera visible cuando, después de salir el sol, se encontraban ya más allá de Penuel. De la supuesta consecuencia alimenticia, no comer el nervio ciático que articula el muslo, no tenemos ninguna confirmación en la legislación bíblica.

Encuentro de Esaú y Jacob (33,1-11)

33 [1] **Jacob alzó la vista y, al ver que venía Esaú con cuatrocientos hombres, repartió los niños entre Lía y Raquel y las dos siervas.** [2] **Puso a las siervas y a sus niños al frente; después a Lía y a sus niños, y a Raquel y José en la zaga,** [3] **y él se les adelantó y se inclinó en tierra siete veces, hasta llegar donde su hermano.** [4] **Esaú, a su vez, corrió a su encuentro, lo abrazó, se le echó al cuello, lo besó y lloró.** [5] **Levantó luego los ojos y, al ver a las mujeres y a los niños, dijo: "¿Qué son de tí éstos?" – "Son los hijos que ha otorgado Dios a tu siervo".** [6] **Entonces se acercaron las siervas con sus niños y se inclinaron.** [7] **Después se acercó también Lía con sus niños y se inclinaron. Por último se acercaron José y Raquel y se inclinaron.**

[8] **Dijo Esaú: "¿Qué pretendes con toda esta caravana que acabo de encontrar?" – "Es para hallar gracia a los ojos de mi señor".** [9] **Dijo Esaú: "Tengo bastante, hermano mío; sea para ti lo tuyo".** [10] **Replicó Jacob: "De ninguna manera. Si he hallado gracia a tus ojos, toma mi regalo de mi mano, ya que he visto tu rostro como quien ve el rostro de Dios, y me has mostrado simpatía.** [11] **Acepta, pues, el obsequio que te he traído; pues Dios me ha favorecido y tengo de todo". Y le instó tanto que aceptó.**

Si el relato es de difícil atribución, la relación temática obvia con el relato anterior (32,4-14a) podría hacernos pensar que es de tradición yahvista, pero el nombre divino es *'elohîm* (vv. 5 y 10s).

Jacob ve a Esaú a corta distancia (vv. 1-4); lo acompañan los cuatrocientos hombres ya anunciados por los servidores de la embajada previa (32,7). Los preparativos para el encuentro tienen que ser rápidos: Jacob reparte los niños entre Lía, Raquel y las dos siervas. Pone a las siervas y a sus niños al frente, a Lía y a sus niños en medio y a Raquel con José atrás. Él, por su parte, se adelanta y se postra sietes veces hasta llegar junto a su hermano. Esaú también corre a su encuentro; sus acciones (abraza y besa a su hermano, se le echa al cuello y llora) no son las de quien intenta ejecutar la amenaza anterior contra su hermano.

Al saludo entre los hermanos sigue el de Esaú a la familia de Jacob (vv. 5-7). Esaú pregunta a Jacob por el parentesco de los circunstantes, mujeres y niños. Jacob limita su respuesta a los niños, a sus hijos, y se desentiende de las mujeres, tanto las esposas como las siervas, pero ellas se adelantan. Cada uno de los sub-grupos, las

siervas y sus hijos, Lía y sus niños, Raquel y José, se acerca por turno, y se inclina ante Esaú.

Esaú pregunta luego la razón de la caravana encontrada antes (32,8-11). No se trata de los regalos que, en la tradición elohista (vv. 14b-22), Jacob enviara a su hermano: eran precisas las instrucciones sobre lo que debían decir para esperar tal pregunta de Esaú. Se trata del primero de los dos campamentos en que Jacob, previendo lo peor, había dividido su personal y su hacienda (32,8-9); si Jacob lo daba por perdido, mejor regalarlo a su hermano, pues su acogida ha sido pacífica. Es un regalo, pues ya consiguió el improbable objetivo de "hallar gracia" a los ojos de Esaú; está agradecido porque lo que temía no ha ocurrido. De nada vale que Esaú le responda que tiene suficiente, que Jacob puede guardar su regalo; debe aceptarlo. Jacob afirma que ver el rostro de su hermano ha sido como ver el rostro de Dios, porque lo ha visto mostrándole simpatía. En la expresión "ver el rostro de Dios" hay una evidente alusión al episodio de la noche anterior (32,23-33). Sí, las cosas se corresponden claramente: pudo ver el rostro de Dios, pero sigue con vida; temía que el encuentro con su hermano le fuera fatídico, pero no ha sucedido lo que temía. Por eso insiste en que su hermano acepte el regalo.

JACOB SE APARTA DE ESAÚ (33,12-17)

**12 Dijo Esaú: "Vámonos de aquí, y yo te daré escolta". 13 Él le dijo:
"Mi señor sabe que los niños son tiernos y que tengo conmigo ovejas
y vacas criando; un día de ajetreo bastaría para que muriese todo el
rebaño. 14 Adelántese, pues, mi señor a su siervo, que yo avanzaré
despacito, al paso del ganado que llevo delante, y al paso de los
niños, hasta que llegue adonde mi señor, a Seír". 15 Dijo Esaú:
"Entonces voy a destacar contigo a parte de la gente que me acom-
paña". – "¿Para qué tal? Con que halle yo gracia a los ojos de mi
señor... 16 Rehizo, pues, Esaú aquel mismo día su camino rumbo a
Seír, 17 y Jacob partió para Sucot, donde edificó para sí una casa y
para su ganado hizo cabañas. Por donde se llamó aquel lugar Sucot.**

Este breve pasaje presupone (para entender que Jacob rechace lo que su hermano le propone) que, por muy favorable que haya sido

ese encuentro con él, sigue sin fiarse. Esaú propone, primero, servirle de escolta para lo que falta de camino (vv. 12-15); lo que falta de camino ¿adónde? Que haya alternativas distintas es evidente: Esaú reside ahora en Edom-Seír, pero puede ser que Jacob esté pensando en ir al lugar de donde había partido, aunque su madre no le hubiese enviado el recado prometido (ver 27,45). Suponiendo, con todo, que se pueda hacer camino juntos, lo que Jacob recalca en su respuesta es que el paso al que pueden ir es muy desigual. Esaú y sus hombres pueden desplazarse rápidamente; él no puede hacerlo: tiene hijos pequeños, e imponer a los ganados un paso indebido sería desastroso. Más vale que Esaú se vaya a su paso; él lo seguirá como pueda, aunque tarde más para llegar a Seír. Si no pueden ir juntos, otra cosa es factible: que Esaú deje una parte de sus hombres para que acompañen a Jacob con los suyos. Pero, ¿para qué? A Jacob le basta con haber caído bien a su hermano, pero de eso… ¡estará más seguro mientras mayor sea la distancia que lo separe de él!

Esaú considera agotadas las propuestas de ayuda a su hermano y emprende aquel mismo día el camino de regreso a Seír (vv. 16s). Jacob, por su parte, se encamina a Sucot; allí edifica una casa para sí y su familia, y cabañas para los ganados. Edificar una casa es indicio de la poca prisa en seguir caminando en dirección a Seír. Las cabañas o chozas edificadas por Jacob explican el nombre del lugar; el nombre hebreo coincide con el de las cabañas previstas para el festival de otoño, al término de la vendimia y de la recolección de los frutos tardíos (ver Ex 23,16; 34,22; Dt 16,13-15). El lugar bíblico de Sucot, situado en el valle del Jordán, pudiera corresponder al actual de Tell Akhsas.

LLEGADA A SIQUÉN (33,18-20)

**18 Jacob llegó sin novedad a la ciudad de Siquén, que está en
el territorio cananeo, viniendo de Padán Aram, y acampó frente
a la ciudad. 19 Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquén, por
cien agnos* la parcela de campo donde había desplegado su tienda,
20 erigió allí un altar y lo llamó de "El", Dios de Israel.**

V. 19 La *qesîtah* sería una moneda de valor desconocido. Dado que las versiones antiguas cambiaron por "corderos", se ha utilizado la denominación "agnos".

Se ve que Jacob parecía estar poco dispuesto a seguir a Esaú, pues prosigue su camino hacia Cisjordania central, hacia Siquén. Es al menos el dato de la escuela sacerdotal, si de ella es el v. 18; el indicio más evidente es el compuesto Padán Aram. Pero ese dato, presupuesto del relato del cap. 34 (y antes de 33,19s), parece tomar como punto de partida la tradición anterior. Si Jacob se desplaza de Sucot a Siquén, más importante es que establece relaciones con la población local y puede fijar allí su residencia. Para ello compra a los hijos de Jamor, padre de Siquén, la parcela donde despliega su tienda; el precio pagado es un misterio por un término de significación desconocida. La erección de un altar en nombre "de El, Dios de Israel" es muy significativa.

Rapto de Dina y venganza de Simeón y Leví (34,1-31)

**34 [1] Dina, la hija que Lía había dado a Jacob, salió una vez a ver
a las mujeres del país. [2] Siquén, hijo de Jamor el jivita, prín-
cipe de aquella tierra, la vio, se la llevó, se acostó con ella y la humi-
lló. [3] Su alma se aficionó a Dina, hija de Jacob, se enamoró de la
muchacha y trató de convencerla. [4] Siquén dijo a su padre Jamor:
"Tómame a esta chica por mujer". [5] Jacob oyó que Siquén había vio-
lado a su hija Dina, pero sus hijos estaban con el ganado en el
campo, y Jacob guardó silencio hasta su llegada.**

**[6] Jamor, padre de Siquén, salió adonde Jacob para hablar con él.
[7] Los hijos de Jacob volvieron del campo al oírlo, y se indignaron los
hombres y les dio mucha rabia la afrenta hecha por Siquén acos-
tándose con la hija de Jacob: "Eso no se hace". [8] Jamor habló con
ellos diciendo: "Mi hijo Siquén se ha prendado de vuestra hija, así
que dádsela por mujer. [9] Emparentad con nosotros: dadnos vues-
tras hijas y tomad para vosotros las nuestras. [10] Quedaos a vivir con
nosotros: tenéis la tierra franca. Instalaos, circulad libremente y
adquirid propiedades". [11] Siquén dijo al padre y a los hermanos de
la chica: "Ojalá me concedáis vuestro favor, y yo os daré lo que me
pidáis. [12] Pedidme cualquier dote, por grande que sea, que yo os
daré cuanto me digáis, pero dadme a la muchacha por mujer".**

**[13] Los hijos de Jacob respondieron a Siquén y a su padre Jamor
con disimulo y dirigiéndose a aquel que había violado a su herma-
na Dina, [14] dijeron: "No podemos hacer tal cosa: dar nuestra her-
mana a uno que es incircunciso, porque eso es una vergüenza para**

nosotros. [15] Tan sólo os la daremos a condición de que os hagáis como nosotros, circuncidándose todos vuestros varones. [16] Entonces os daremos nuestras hijas y tomaremos para nosotros las vuestras, nos quedaremos con vosotros y formaremos un solo pueblo. [17] Pero si no nos escucháis respecto a la circuncisión, entonces tomaremos a nuestra hija y nos iremos". [18] Sus palabras parecieron bien a Jamor y a Siquén, hijo de Jamor. [19] Y el muchacho no tardó en ponerlo en práctica, porque quería a la hija de Jacob. Él mismo era el más honorable de toda la casa de su padre.

[20] Jamor y su hijo Siquén vinieron a la puerta de su ciudad y hablaron de este modo a todos sus conciudadanos: [21] "Estos hombres vienen a nosotros en son de paz. Que se queden en el país y circulen libremente, pues ya veis que pueden disponer de tierra espaciosa. Tomemos a sus hijas por mujeres y démosles las nuestras. [22] Pero sólo con esta condición accederán estos hombres a quedarse con nosotros para formar un solo pueblo: que nos circuncidemos todos los varones, igual que ellos están circuncidados. [23] Sus ganados y hacienda y todas sus bestias, ¿no van a ser para nosotros? Así que lleguemos a un acuerdo con ellos y que se queden con nosotros". [24] Todos los que salían por la puerta de la ciudad escucharon a Jamor y a su hijo Siquén, y todos los varones se hicieron circuncidar*.

[25] Pues bien, al tercer día, mientras ellos estaban con los dolores de la circuncisión, dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, blandieron cada uno su espada y, entrando en la ciudad sin peligro, mataron a todo varón. [26] También mataron a Jamor y a Siquén a filo de espada, y tomando a Dina de la casa de Siquén, salieron. [27] Los hijos de Jacob pasaron sobre los muertos, pillaron la ciudad que había violado a su hermana, [28] se apoderaron de sus rebaños, vacadas y asnos, cuanto había en la ciudad y cuanto había en el campo, [29] saquearon toda su hacienda y sus pequeñuelos y sus mujeres, y pillaron todo lo que había dentro.

[30] Jacob dijo a Simeón y a Leví: "Me habéis puesto a malas haciéndome odioso entre los habitantes de este país, los cananeos y los perizitas, pues yo dispongo de unos pocos hombres, y ellos van a juntarse contra mí, me atacarán y seré aniquilado yo y mi casa". [31] Replicaron ellos: "¿Es que iban a tratar a nuestra hermana como a una prostituta?"

V. 24 El texto hebreo repite al final «todos los que salían por la puerta de la ciudad», omitido por el griego.

Los indicios no bastan para la repartición entre las fuentes yahvista y elohista, que son las que se detectan aquí, según los expertos. La complejidad del relato se debe a elementos de origen vario y a la forma en que se entremezclan cosas distintas, una historia de familia y una historia de las relaciones entre clanes (grupos humanos). Historia de familia es la de Siquén, que, después de violar a Dina, la pide en matrimonio y acepta para ello la condición que le imponen, la circuncisión; pero dos de los hijos de Jacob, Simeón y Leví, matan alevosamente a Siquén y a todos los varones del lugar. Pero hay también una historia en que intervienen clanes, grupos humanos más amplios: Jamor, padre de Siquén, propone a Jacob y a los suyos una alianza en materia de matrimonios; ha de tener validez siempre y en los dos sentidos. Jacob y los suyos aceptan la propuesta con la condición de que los habitantes del lugar se circunciden, lo que sería totalmente nuevo para ellos. Cuando todo se resuelve por las buenas, dos de los hijos de Jacob, Simeón y Leví, irrumpen en la ciudad, matan a los hombres que, por haberse circuncidado, no les podían oponer resistencia, saquean y pillan la ciudad. En el fondo del relato, se cree, habría el recuerdo de un intento fallido para apoderarse de Siquén por parte de algunos grupos que, con el tiempo, integrarían el "Israel" de las doce tribus.

La situación inicial nace de la curiosidad de Dina, la única hija de Jacob por lo que sabemos (vv. 1-5). Su propósito inmediato, ver a las mujeres del país, la lleva a encontrarse con Siquén, hijo de Jamor, del que se dice que era jivita (jiveo). Siquén la sorprende y abusa de ella. Si el jivita forma parte de los hijos de Cam/Canaán (10,17), eso indicaría que los jivitas pertenecen a los varios grupos que habitaban el país, aunque el nombre no aparecía en la lista de 15,19-21. Lo hecho por Siquén era tal vez un acto de prepotencia: su padre era el príncipe o jefe de aquella tierra, aunque no se precisa la extensión de ese "principado". Él se la lleva y, quieras que no, se acuesta con ella. Que hubiera violencia en el asunto se desprende del dato de que Siquén "la humilló". Aunque el hecho no tiene justificación alguna, el narrador observa que Siquén se aficionó a Dina; más aún, se enamora de ella y trata de convencerla. ¿Convencerla de qué o cómo? Aunque no se dice por ahora, lo que hace a continuación sería la respuesta a la pregunta: busca un acuerdo para casarse con ella. Lo cierto es que recurre a su padre para que la pida en matrimonio. Jacob se entera de lo sucedido

a su hija, pero no sus hijos, que estaban con los rebaños en el campo. Comoi él solo no puede hacer nada, tiene que esperar su regreso.

La continuación del relato pone ante nosotros acciones y sentimientos encontrados: Jamor sale buenamente a tratar el asunto de su hijo, pero lo que realmente juega un papel importante es la reacción de los hijos de Jacob ante la noticia de lo sucedido a Dina (vv. 6s). En efecto, tiene gran importancia porque condiciona el encuentro y sus aparentes resultados. A los hijos de Jacob lo ocurrido les disgusta: condenan lo hecho por Siquén («eso no se hace») y, en cuanto de ellos dependa, buscarán vengarse. Si la venganza es lo que tienen en mente los hijos de Jacob, ¿cómo influirá en el asunto que Jamor viene a tratar con Jacob? Jamor llega, por supuesto, a pedir que le den a Dina para que se case con su hijo, pero no se limita al asunto particular (vv. 8-12): propone una alianza matrimonial, pues Jacob y los suyos podrán dar sus hijas en matrimonio a los habitantes de la ciudad y tomar para sí a las hijas de esos habitantes. Si no hay impedimento para emparentar, formarán un solo pueblo, como se expresarán los hijos de Jacob. Jacob y los suyos tendrán, además, vía franca para adquirir propiedades o para instalarse donde les convenga. Pero el asunto general no hace olvidar el inmediato; Siquén insiste sobre el particular; espera encontrar la acogida favorable de Jacob y de sus hijos, declara estar dispuesto a dar por Dina lo que le pidan; sí, él dará la dote que le exijan, por grande que sea, pero insistiendo en que le concedan a la muchacha por mujer.

La respuesta a Jamor y a Siquén la dan los hijos de Jacob; en ella hay "disimulo" y malicia, pues se oculta una dimensión del asunto (vv. 13-19). La respuesta, dicen sus hermanos, es simple: no pueden dar su hermana a un incircunciso. Según eso, es de pensar que ellos practicarían la circuncisión, pero, salvo lo dicho por la tradición sacerdotal (P) sobre Abrahán (ver 17,10-14.23-26), nada sabemos. No estar circuncidado sería una vergüenza, algo indebido. En consecuencia, aprobarán que Dina sea la esposa de Siquén a condición de que se circuncidan. Sólo así aceptarán la alianza matrimonial propuesta. Su respuesta pareció bien a Jamor y a Siquén; éste no habría tardado en circuncidarse, de tanto que amaba a Dina. Que él lo haga es un paso importante para lograr que todos practiquen la circuncisión: era el hijo del "príncipe" de la ciudad y la persona más respetable de la casa paterna.

Pero su reacción es privada; la meta que hay que lograr implica ir más allá (vv. 20-24). Jamor y Siquén van a la puerta de la ciudad y tratan de convencer a sus conciudadanos con sus palabras. ¿Qué decir de esas gentes acampadas en las afueras de la ciudad? Son gente que viene en son de paz, o es lo que creen poder decir de Jacob y de sus hijos. Como a gente de paz, se les puede permitir asentarse donde quieran; aceptan, además, una alianza matrimonial, pero con una condición: que todos los varones se sometan a la circuncisión, como ellos la practican. De quedarse y formar así con ellos un solo pueblo, ¿no sería ventajoso para ellos, dado que Jacob y los suyos tienen numerosos ganados? Todos los que se encontraban a las puertas de la ciudad, como los que entraban o salían, se dejaron convencer por Jamor y Siquén. La resolución de circuncidarse todos es el resultado de su discurso.

En los días siguientes todos los varones sufren los dolores de la circuncisión (vv. 25-29). Al tercer día Simeón y Leví entran en la ciudad espada en mano y dan muerte a todos los varones; entre ellos están Jamor y Siquén. Dina es "rescatada", si es que ya estaba en casa de Siquén. La información de los vv. 27-29 provoca una duda: «Los hijos de Jacob pasaron…, pillaron…, se apoderaron…, saquearon…, pillaron…»: ¿Fueron los autores del desaguisado todos los hermanos o sólo los dos nombrados en los versículos precedentes? Por pequeño que fuera el lugar, parece demasiado lo que se atribuye a dos personas –incluso parece mucho si intervinieran todos, pues habrían pillado todo lo que pudieron en la ciudad, se habrían apoderado de todos los ganados de la ciudad y el campo y habrían cometido exacciones, no especificadas, contra de mujeres y niños–.

El reproche de Jacob a Simeón y Leví (v. 30) implica claramente que no aprobó lo que sus hijos hicieron: lo han puesto en mal lugar ante los habitantes del país, lo han vuelto odioso. Los habitantes del país serían los cananeos y perizitas. El temor de Jacob es que, contando con pocos hombres y sabiéndose lo ocurrido, pudieran juntarse todos los habitantes del país contra de Jacob y los suyos. Un ataque decidido bastaría para que los aniquilaran: «me atacarán y seré aniquilado, yo y mi casa». No es el Jacob que mostrara su fuerza «contra los hombres y contra Dios»; es el que tiene miedo por lo que le pudiera hacer su hermano. Los dos hijos replican (v. 31) que no podían dejar que se tratase a su hermana como a una prostituta.

Jacob va a Betel (35,1-15)

35 1 Dios dijo a Jacob: “Levántate, sube a Betel y te estableces
allí, haciendo un altar al Dios que se te apareció cuando huías
de tu hermano Esaú”.
2 Jacob dijo a su familia y a todos los que lo acompañaban:
“Retirad los dioses extraños que hay entre vosotros. Purificaos y
mudaos de vestido. 3 Luego, subiremos a Betel, y haré allí un altar
al Dios que me dio respuesta favorable el día de mi tribulación, y
que me asistió en mi viaje”. 4 Ellos entregaron a Jacob todos los
dioses extraños que había en su poder y los anillos de sus orejas,
y Jacob los escondió debajo de la encina que hay junto a Siquén.
5 Partieron, pues, y un pánico divino cayó sobre las ciudades de sus
contornos; así no persiguieron a los hijos de Jacob.
6 Jacob llegó a Luz, que está en el territorio cananeo –es Betel–
junto con toda la gente que lo acompañaba, 7 y edificó allí un altar,
llamando al lugar El Betel*, porque allí mismo se le había apareci-
do* Dios cuando huía de su hermano. 8 Débora, la nodriza de
Rebeca, murió y fue sepultada en las inmediaciones de Betel, deba-
jo de una encina; y él la llamó la Encina del Llanto.
9 Dios se apareció a Jacob una vez más a su llegada de Padán
Aram y lo bendijo. 10 Díjole Dios: “Tu nombre es Jacob, pero ya
no te llamarás Jacob, sino que tu nombre será Israel”. Y le llamó
Israel.
11 Díjole Dios: “Yo soy El Sadday. Sé fecundo y multiplícate. Un
pueblo, una multitud de pueblos tomará origen de ti y saldrán
reyes de tus entrañas. 12 La tierra que di a Abrahán y a Isaac, te la
doy a ti y a tu descendencia”. 13 Y Dios subió de su lado*.
14 Jacob erigió una estela en el lugar donde había hablado Dios
con él: una estela de piedra; derramó sobre ella una libación y ver-
tió sobre ella aceite. 15 Jacob llamó al lugar donde había hablado
Dios con él “Betel”.

V. 7a «El Betel» es lo mismo que «Dios Betel» o «Dios de Betel»; en las versiones el nombre es Betel a secas.

V. 7b El verbo, en hebreo, está en plural, tal vez por los seres celestes de 28,12.

V. 13 El texto añade «en el lugar donde había hablado», lo que probablemente es ditografía del v. siguiente.

El presente capítulo reúne tradiciones de origen diverso y sigue la ruta de Jacob de Siquén a Hebrón; hay alguna repetición, como el de dar el nombre de Betel al lugar de la manifestación divina cuando salía hacia Mesopotamia (vv. 7 y 15). Todo parece indicar el diverso origen de los elementos del capítulo, pero lo más fácilmente detectable es la aportación sacerdotal (vv. 9-13.15.22b-29). Menos evidente es que, fuera de esos pasajes, haya una preponderancia de las tradiciones elohistas, aunque el nombre divino es *'elohîm* en los vv. 1, 3 y 7. Como era de esperar, son abundantes las alusiones a la aparición de Betel (28,10-22).

La partida de Siquén para ir a Betel obedece a una orden de Dios (v. 1): no sólo le dice que vaya a Betel, sino que se establezca allí y que le construya un altar, pues es el Dios que se le apareció allí cuando tuvo que huir por miedo a que su hermano lo matara. La respuesta de Jacob es una orden a los suyos (vv. 2s): deben retirar todos los dioses extraños de en medio de ellos. Hasta ahora sólo teníamos noticia de los *terafîm*, los ídolos familiares robados por Raquel a su padre Labán. Jacob pretendía algo más: no sólo deshacerse de los ídolos, sino aceptar al Dios que se le había manifestado. Aunque no fuera la confesión de la unicidad de Dios, habría alguna exigencia de exclusividad en la adhesión al "Dios de Jacob". En preparación de la peregrinación a Betel, Jacob exige a los suyos lo que se pedirá a los israelitas acampados junto al "monte de Dios" o Sinaí: la purificación ritual incluye lavar los vestidos o ponerse ropa recién lavada (Ex 19,10). Si van a Betel, el objeto de la peregrinación es, además de construir el altar exigido, agradecer a Dios la respuesta favorable dada a Jacob en su tribulación y su asistencia permanente desde su partida.

La orden de Jacob era precisa, pero lo hecho (v. 4) corresponde a la orden en lo referente a la entrega de los "dioses". Pero extrañan dos cosas: junto con los ídolos, se entregan los aretes de las orejas y, además, Jacob esconde todo debajo de una encina junto a Siquén. Respecto a lo primero, uno se pregunta qué connotaciones idolátricas pudieran tener, aunque se ha podido suponer que se trataba de amuletos. Aunque no existe relación inmediata, podríamos pensar en los pendientes que servirán a Aarón para fabricar el becerro de oro, el "dios" al que se atribuye la liberación de Egipto (ver Ex 32,2-4); el despojo de los egipcios (Ex 3,21s; 11,2s; 12,35s) habría servido para fabricarse el ídolo y apostatar de Yahvé. En otro caso (Jc 8,24-27), el mal agüero de los anillos de oro es que sirven a Gedeón para fabricar

un objeto idolátrico. Todo se esconde al pie de la encina de Siquén, ¿pero no será la de Moré? Ésta fue mencionada en Gn 12,6, y parece haber una relación estrecha entre la encina/encinar y el lugar considerado como santo, pues en él se construye un altar (12,7). Se ha sugerido una relación local con el "memorial" que señala la exigencia de someterse a la ley del Señor (Jos 24,26). La partida tiene lugar entonces (v. 5). El narrador subraya el pánico que invade a los habitantes de las ciudades de los contornos; así no persiguen a Jacob y a los suyos, como temía Jacob.

Jacob y todos los suyos llegan a Betel (vv. 6-8). Se utiliza aún el antiguo nombre del lugar (Luz, 28,19), que había cambiado por el de Betel, pero dejando claro que se trata de Betel (aunque luego se afirma que Jacob le da el nombre de Betel o, más bien, de El Betel). Jacob edifica el altar pedido por Dios. La continuidad se afirma: es el lugar en que Dios se le había aparecido cuando huía de su hermano Esaú. La noticia de que allí y entonces muriera Débora, la nodriza de Rebeca, es problemática: ¿por qué tiene que andar la nodriza de su madre con Jacob? Además, es el único lugar en que se dice algo de la tal Débora. Es enterrada junto a Betel, bajo una encina; el nombre de Encina del Llanto corresponde al acontecimiento luctuoso.

En este momento interviene la tradición sacerdotal (vv. 9-13), que nos habla de una aparición divina. Al aparecerse, Dios bendice al patriarca y le cambia el nombre de Jacob en Israel, cambio que otro pasaje consideraba como ya ocurrido: el ser misterioso con el que lucha en Penuel le había cambiado el nombre (32,29). Pero, aunque hay cambio de nombre, no se ofrece ninguna explicación. Además, Dios se presenta como lo hiciera a Abrahán en 17,1: es El Sadday. Lo que añade está relacionado con la doble promesa, de descendencia y del don del país; la misma relación reconocía la tradición antigua, pero las cosas ocurrían antes de partir hacia Mesopotamia (28,13s). Se precisa algo la promesa de descendencia: una "multitud de pueblos" procederá de Jacob, y se predice que habrá reyes nacidos de sus entrañas. El único dato sacerdotal posterior (v. 15) se refiere al nombre dado al lugar, ya conocido. Y, si algo pertenece todavía a la tradicion antigua, que sería el v. 14, no contiene ningún dato nuevo: se menciona la estela de piedra –aunque no se trata de levantar como estela la piedra que le había servido de cabezal; no es la piedra del sueño– y su unción con aceite. Ya conocemos estos datos desde su primer paso por Betel (28,18.22).

Nacimiento de Benjamín (35,16-20)

**[16] Partieron de Betel y, cuando aún faltaba un trecho hasta Efratá,
Raquel tuvo un mal parto. [17] Sucedió que, en medio de los dolores
del parto, le dijo la comadrona: "¡Ánimo, que también éste es hijo!"
[18] Entonces ella, al exhalar el alma, cuando moría, le llamó Ben Oní;
pero su padre le llamó Benjamín. [19] Murió Raquel y fue sepultada en
el camino de Efratá, o sea Belén. [20] Jacob erigió una estela sobre su
sepulcro: es la estela del sepulcro de Raquel hasta hoy.**

Jacob y los suyos tampoco se quedan en Betel, sino que prosiguen su camino hacia el sur. No lejos de Betel, en Efratá, le llega a Raquel el momento de dar a luz. La expresión aproximada («en el camino de») indica que no estamos seguros de su localización: algunos textos sitúan el lugar junto a Belén (v. 19; ver 48,7; Mi 5,2; Rt 4,11), y de ello es eco la tradición que sitúa la tumba de Raquel a la entrada de Belén viniendo de Jerusalén; pero el calificativo "efrateo" está relacionado con la tribu de Efraín o con un lugar de la montaña de Efraín (ver Jc 12,5; 1 S 1,1; 1 R 11,26), lo que nos situaría más al norte. En Efratá le llega a Raquel la hora de un parto difícil. La partera la anima: está para dar a luz otro hijo varón; en ello, por supuesto, hay una comparación con el hijo previo, José. Pero ella está en las últimas y lo llama *Ben Oní* ("hijo de mi dolor"), aunque Jacob, por considerar el nombre de mal agüero, lo cambia en Benjamín, pues *benyamîn* ("hijo del sur/de la derecha") tiene alguna semejanza con el otro, y es de buen augurio. Raquel muere allí y se le da sepultura; Jacob erige una estela encima de su sepulcro.

Incesto de Rubén (35,21-22)

**[21] Israel partió y desplegó su tienda más allá de Migdal Éder.
[22] Sucedió por entonces, mientras Israel residía en aquel país, que
fue Rubén y se acostó con Bilhá, la concubina de su padre, e Israel
se enteró de ello.**

No tenemos la más remota idea de la ubicación de Migdal Éder, otro lugar en que Jacob instala su campamento. Esa localidad es mencionada sólo aquí. Teniendo en cuenta (v. 27) que la próxima etapa será Mambré (Hebrón/Quiriat Arbá), estaría situada en el cami-

no que, por la montaña central, conduce a Hebrón. Pero el lugar es mencionado sólo para dar cuenta del pecado de Rubén, el primogénito de Jacob: se une sexualmente con Bilhá, esclava de Raquel y concubina de su padre, que era madre de Dan y Neftalí. El narrador afirma que el asunto llegó a conocimiento de Jacob, pero no dice que tomara alguna medida al respecto, a pesar de la severidad con que habla del hecho en sus "bendiciones" (49,3s).

Hijos de Jacob (35,23-26)

Los hijos de Jacob fueron doce.
[23] **Hijos de Lía: el primogénito de Jacob, Rubén; después Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón.**
[24] **Hijos de Raquel: José y Benjamín.**
[25] **Hijos de Bilhá, la esclava de Raquel: Dan y Neftalí.**
[26] **Hijos del Zilpá, la esclava de Lía: Gad y Aser. Éstos fueron los hijos de Jacob, que le nacieron en Padán Aram.**

Simple lista de todos los hijos (varones) de Jacob. Pertenece a la tradición (o una redacción) sacerdotal, e incurre en una inexactitud, cuando da a entender que todos habrían nacido en Padán Aram. Su lugar se explica sin duda por el nacimiento de Benjamín, el último de los doce. La lista no hace otra cosa que recoger los nombres del relato de 29,31-30,42 y añadir el de Benjamín. Lo único que permitía distinguir entre esos doce era la madre respectiva. Se cambia el orden de nacimiento, pues se dan primero los hijos de las dos hermanas y esposas, Lía y Raquel (6 y 2 hijos respectivamente), y sólo después los hijos de las dos concubinas (2 cada una).

Muerte de Isaac (35,27-29)

[27] **Jacob llegó adonde su padre Isaac, a Mambré o Quiriat Arbá –o sea, Hebrón–, donde residieron Abrahán e Isaac.**
[28] **Isaac alcanzó la edad de ciento ochenta años.**
[29] **Entonces Isaac expiró y murió, fue a reunirse con su pueblo, anciano y lleno de días. Lo sepultaron sus hijos Esaú y Jacob.**

Noticia de la tradición sacerdotal, que contradice lo dicho anteriormente, pues la bendición al primogénito cuando se debilitaba la

vista de Isaac (27,1s) auguraba que no viviría mucho. Aquella bendición era tal vez su testamento. Jacob consigue llegar a Mambré para asistir a la muerte de su padre. Isaac, en sus últimos momentos, también está acompañado por Esaú, noticia que parece indicar que la escuela sacerdotal pasa por alto las diferencias entre los dos hermanos, a pesar de lo que otros narradores nos han dicho (27,46-28,2). Tan es así que sólo después (36,6-8) nos informa de la migración de Esaú y de su vida posterior en Edom-Seír.

Mujeres e hijos de Esaú en Canaán (36,1-5)

36 [1] Éste es el linaje de Esaú, o sea Edom. [2] Esaú tomó a sus
mujeres de entre las cananeas: a Adá, hija de Elón el hitita,
a Oholibamá, hija de Aná, hijo de Sibeón el jorita*, [3] y a Basmat,
hija de Ismael, la hermana de Nebayot. [4] Adá dio a luz para Esaú a
Elifaz, y Basmat le dio a Reuel. [5] Oholibamá le dio a Yeús, Yalán y
Coré. Éstos son los hijos que le nacieron a Esaú en Canaán.

V. 2 «Hijo de Sibeón el jorita», según versiones y v. 20; en el hebreo, «hija de Sibeón el jorita».

Este capítulo reúne tradiciones sobre Esaú, sean de origen israelita o edomita. La primera preocupación del recopilador no fue, desde luego, lograr que todos los datos concordaran entre sí o evitaran el escollo de la repetición.

El primer apartado habla de las mujeres e hijos de Esaú en Canaán. De tales matrimonios ya se había hablado más de una vez (26,34s; 27,46; 28,6-9). Ni los nombres de las esposas ni las indicaciones sobre el grupo humano al que habrían pertenecido son una constante. Aquí las dos primeras son Adá, hija de Elón el hitita, y Oholibamá, hija de Aná, hijo de Sibeón el jorita. Ni una ni otra corresponden a 26,34; pero la segunda, Basmat, se describe como hija de Elón el hitita. Una tercera esposa habría sido Basmat, hija de Ismael. Observemos que 27,9 hablaba de una esposa que tenía tal padre, y que llevaba el nombre de Majlat; Basmat era la segunda de las esposas, según 26,34. Estas tres esposas le habrían dado cierto número de hijos, un total de 5 (de ellos uno es de Adá, uno de Basmat y tres de Oholibamá).

Emigración de Esaú (36,6-8)

6 Esaú tomó a sus mujeres, hijos e hijas y a todas las personas de
su casa, su ganado, todas sus bestias y toda la hacienda que había
logrado en territorio cananeo, y se fue al país de Seír*, enfrente de
su hermano Jacob, 7 porque los bienes de entrambos eran demasia-
dos para poder vivir juntos, y el país donde residían no daba abas-
to para tanto ganado como tenían. 8 Esaú se estableció, pues, en la
tierra de Seír. Esaú es Edom.

V. 6 «De Seír» falta en el texto hebreo, pero lo da el texto siríaco y completa una información que quedaría imprecisa.

Pasaje de tradición sacerdotal. Del mismo modo que ésta silenciaba la discordia entre Esaú y Jacob, que juntos asisten a su padre cuando muere y lo entierran (35,27-29), nos ofrece una separación de los dos hermanos que se parece a la de Abrahán y Lot: son los grandes bienes, particularmente los abundantes ganados, los que les impiden vivir juntos (ver 13,5-9). Es que «el país donde residían no daba abasto para tanto ganado como tenían» (v. 7). A diferencia de lo que ocurriera con Abrahán y Lot, no se dice que uno tuviera la iniciativa o que se pusieran de acuerdo para escoger. Aquí es Esaú el que junta todo lo suyo y se traslada al oriente. Si ocupa el territorio de Seír/Edom, es especialmente verdad que habitara frente a su hermano, mientras Jacob permaneciera en torno a Mambré/Hebrón.

Descendencia de Esaú en Seír (36,9-14)

9 Éstos son los descendientes de Esaú, padre de Edom, en la
montaña de Seír, 10 y éstos los nombres de sus hijos: Elifaz, hijo de
Adá, mujer de Esaú, y Reuel, hijo de Basmat, mujer de Esaú.
11 Los hijos de Elifaz fueron: Temán, Omar, Sefó, Gatán y Quenaz.
12 Timná fue concubina de Elifaz, hijo de Esaú, y dio a luz a Amalec.
Éstos son los descendientes de Adá, mujer de Esaú.
13 Y éstos son los hijos de Reuel: Nájat, Zéraj, Samá y Mizá. Éstos
son los descendientes de Basmat, mujer de Esaú.
14 Los hijos de la mujer de Esaú, Oholibamá, hija de Aná, hijo* de
Sibeón, que ella dio a luz a Esaú, fueron éstos: Yeús, Yalán y Coré.

V. 14 Se cambia el «hija» del original en «hijo».

Sería parcialmente inexacto afirmar que estos versículos amplían la lista inicial de hijos (vv. 1-5), pues no se trata de enumerar nuevos hijos, sino de indicar la descendencia de los hijos nacidos antes en Canaán. Lo que contiene el pasaje, para ser precisos, es la lista de los hijos de Elifaz y Reuel, aunque se repita de qué mujer nacieron. Pues bien, habrían sido padres respectivamente de cinco y cuatro hijos. Pero eso no es todo: el primero habría tomado una concubina de nombre Timná, de la que procedería un hijo más, Amalec. Por lo que a Oholibamá se refiere, simplemente se repite el dato de que dio a Esaú tres hijos; en este caso no se pasa a la generación siguiente. La lista es comparable a la de 1 Cro 1,35-37.

Caudillos de Edom (36,15-19)

15 Éstos son los jeques de los hijos de Esaú.
De los hijos de Elifaz, primogénito de Esaú: el jeque Temán,
el jeque Omar, el jeque Sefó, el jeque Quenaz, 16 *el jeque Gatán, el
jeque Amalec. Éstos son los jeques de Elifaz, en el país de Edom, y
éstos los descendientes de Adá.
17 Los hijos de Reuel, hijo de Esaú, fueron: el jeque Najat, el
jeque Zéraj, el jeque Samá, el jeque Mizá. Éstos son los jeques de
Reuel, en el país de Edom; y éstos los descendientes de Basmat,
mujer de Esaú.
18 Los hijos de Oholibamá, mujer de Esaú, fueron: el jeque Yeús,
el jeque Yalán, el jeque Coré. Éstos son los jeques de Oholibamá,
hija de Aná, mujer de Esaú.
19 Éstos son los hijos de Esaú y éstos sus jeques, los de Edom.

V. 16 El hebreo añade aquí «el jeque Coré», que parece provenir del v. 18, omitido por el texto samaritano.

Lista similar a la anterior, aunque aquí no se indica la descendencia de Esaú o de qué esposa procede cada hijo; se indican los "jeques", literalmente los "jefes de mil". Tales jeques, trece en total, serían simplemente los antepasados de Edom, se enumeren los hijos de Esaú, en el caso de la descendencia de Oholibamá, o los hijos de sus hijos, tratándose de la descedencia de Adá y Basmat.

DESCENDENCIA DEL JORITA SEÍR (36,20-30)

**[20] Éstos son los hijos de Seír el jorita, que habitaban en aquella
tierra: Lotan, Sobal, Sibeón, Aná, [21] Disón, Éser y Disán. Éstos son
los jeques de los joritas, hijos de Seír, en el país de Edom. [22] Los
hijos de Lotán fueron: Jorí y Homán, y hermana de Lotán fue Timná.
[23] Los hijos de Sobal fueron: Alván, Manájat, Ebal, Sefó y Onán. [24] Los
hijos de Sibeón: Ayá y Aná. Éste es el mismo Aná que encontró las
aguas termales en el desierto, cuando apacentaba los asnos de su
padre Sibeón. [25] Los hijos de Aná: Disón y Oholibamá, hijo de Aná. [26]
Los hijos de Disón: Jamrán, Esbán, Yitrán y Querán. [27] Los hijos de
Éser: Bilán, Zaaván y Acán. [28] Los hijos de Disán: Us y Arán.**

**[29] Éstos son los jeques joritas: el jeque Lotán, el jeque Sobal, el
jeque Sibeón, el jeque Aná, [30] el jeque Disón, el jeque Éser, el jeque
Disán. Éstos son los jeques joritas según sus clanes* en el país de
Seír.**

V. 30 «Sus clanes», según griego; en hebreo «sus jeques».

La noticia de Dt 2,12.22 nos ayuda en parte a comprender este pasaje. Los joritas –aparentemente no se pueden identificar con los hurritas de los documentos cuneiformes, llegados a Palestina en torno a 1500 a.C. en pequeño número y pronto asimilados– eran la antigua población de Edom/Seír; al llegar al país, Esaú y los suyos los habrían aniquilado para ocupar su lugar. Aquí el antepasado Seír recibe ya el calificativo de jorita. El texto señala cuál habría sido su descendencia. Habría tenido siete hijos, luego jeques de aquel pueblo; su descendencia inmediata se señala luego. Si algo resulta inesperado en la lista, sería la noticia sobre Aná, uno que encontró un manantial de aguas termales en el desierto cuando apacentaba los asnos de su padre (v. 24). También es especial la mención de Timná (v. 22).

REYES EDOMITAS (36,31-39)

**[31] Éstos son los reyes que reinaron en Edom, antes de reinar rey
alguno de los israelitas*. [32] Reinó en Edom Belá, hijo de Beor; y el
nombre de su ciudad era Dinhabá. [33] Murió Belá, y reinó en su lugar
Yobab, hijo de Zéraj, de Bosrá. [34] Murió Yobab, y reinó en su lugar**

**Jusán, del país de los temanitas. [35] Murió Jusán, y reinó en su lugar
Hadad, hijo de Bedad, el que derrotó a Madián en el campo de
Moab; y el nombre de su ciudad era Avit. [36] Murió Hadad, y reinó en
su lugar Samlá de Masrecá. [37] Murió Samlá, y reinó en su lugar
Saúl, de Rejobot del Río. [38] Murió Saúl y reinó en su lugar Baal
Janán, hijo de Acbor. [39] Murió Baal Janán, hijo de Acbor, y reinó en
su lugar Hadad*; el nombre de su ciudad era Pau, y el nombre de
su mujer, Mehetabel, hija de Matred, hija de Mezahab.**

V. 31 Texto algo confuso; probablemente significa «antes de que un rey israelita reinase en Edom», mejor que «antes de que reinase un monarca en Israel», aunque así entendió el texto la versión griega.

V. 39 «Hadad» según 1 Cro 1,50 y versiones; en hebreo «Hadar».

El sentido del encabezado de la lista (ver 1 Cro 1,43-50) se presta a duda y discusión, aunque, entre las dos posibilidades de significación, parece que hay que preferir que se trate de reyes de Edom anteriores al momento en que, conquistados por David (ver 2 S 8,14), estarán sometidos por algún tiempo a él y a sus sucesores. Como quiera que sea, se enumeran ocho reyes, y para cada uno se ofrece el nombre del padre –pero de Jusán sólo se afirma que procede del país de los temanitas– y el de su ciudad (con alguna excepción en este caso). Sólo en dos casos una noticia rompe el molde esquemático: cuando se afirma de Hadad (I) que derrotó a Madián en el campo de Moab y cuando se ofrece el nombre y parentela de la esposa de Hadad (II), Mehetabel.

Otra lista de caudillos edomitas (36,40 – 37,1)

**[40] Éstos son los nombres de los jeques de Esaú, según sus fa-
milias y territorios, y por sus nombres. El jeque Timná, el jeque
Alvá, el jeque Yetet, [41] el jeque Oholibamá, el jeque Elá, el jeque
Pinón, [42] el jeque Quenaz, el jeque Temán, el jeque Mibsar, [43] el jeque
Magdiel, el jeque Irán. Éstos son los jeques de Edom, según sus
moradas, en las tierras que ocupan. Éste es Esaú padre de Edom.**

37 **1 Jacob, por su parte, se estableció en el que fue país resi-
dencial de su padre, el país de Canaán.**

Parece que este pasaje, que tiene su paralelo en 1 Cro 1,51-54, recoge una tradición diferente a la ofrecida en los vv. 15-19. Aquí el problema reside en que la lista ofrece menos de lo que debía, si hacemos caso de la promesa inicial (v. 40) o de la del v. 43. Que ambas resulten fallidas es claro: no se habla de la familia o del territorio de origen de estos jefes, como tampoco se ofrecen datos sobre el lugar de residencia y las tierras que ocupan. De 37,1 podemos decir que corresponde al dato de la migración de Esaú a Edom/Seír (36,6): si los ganados no les permitían vivir juntos, el problema queda resuelto cuando uno emigra; el otro puede quedarse donde está.

CAPÍTULO 3

HISTORIA DE JOSÉ (37,2 – 50,26)

JOSÉ Y SUS HERMANOS (37,2-11)

[2] Ésta es la historia de Jacob.
José tenía diecisiete años. *Era** pastor de ovejas con sus hermanos –él, muchacho todavía–, con los hijos de Bilhá y los de Zilpá, mujeres de su padre. Y José comunicó a su padre lo mal que se hablaba de ellos.
[3] Israel amaba a José más que a todos sus demás hijos, por ser para él el hijo de la ancianidad. Le había hecho una túnica de
manga larga. [4] Vieron sus hermanos cómo le prefería su padre a
todos sus otros hijos*, y le aborrecieron hasta el punto de no poder ni siquiera saludarle.
[5] José tuvo un sueño y lo manifestó a sus hermanos, quienes le
odiaron más aún. [6] Les dijo: "Oíd el sueño que he tenido. [7] Me pare-
cía que nosotros estábamos atando gavillas en el campo, y de pronto mi gavilla se levantaba y se tenía derecha, mientras que vuestras
gavillas le hacían rueda y se inclinaban hacía la mía". [8] Sus herma-
nos le dijeron: "¿Será que vas a reinar sobre nosotros o que vas a tenernos domeñados?" Y acumularon todavía más odio contra él por
causa de sus sueños y de sus palabras. [9] Volvió a tener otro sueño, y
se lo contó a sus hermanos. Díjoles: "He tenido otro sueño: Resulta
que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí". [10] Se lo
contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió y le dijo: "¿Qué sueño es ése que has tenido? ¿Es que yo, tu madre y tus her-

manos vamos a venir a inclinarnos ante ti hasta el suelo?” [11] **Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre reflexionaba.**

V. 2 «Estaba de» en NBJ.
V. 4 «Sus otros hijos», según texto griego y samaritano; «sus hermanos», en hebreo.

La última parte del Génesis, con la excepción de los caps. 38 y 49, gira en torno a José y describe las diferencias con sus hermanos, si bien los últimos capítulos complementan la historia de Jacob. En efecto, él y toda su familia acaban por establecerse en Egipto gracias a José: movidos por el hambre, buscan alimentos allí (42,1-5), como lo hiciera Abrahán (12,10). José, que los había precedido a Egipto, reconoce a sus hermanos cuando se presentan a buscar trigo, aunque se toma una “venganza” inocente, se da a conocer y los obliga a ir a Egipto con Jacob y toda su familia; él los instalará allí y los tomará a su cargo mientras dure el hambre.

En general, la unidad del relato es más grande aquí que en los relatos patriarcales (12,1-37,1), pero aun así se advierten indicios de dualidad, diferencias de tradiciones, no por el uso eventual de los nombres divinos, sino por los datos repetidos o en oposición. De esto son ejemplo el capítulo inicial y los finales.

En la sección inicial (vv. 2-11) se observa un contraste evidente entre la tradición sacerdotal (v. 2), que, aparte de su interés por la cronología, restringe el odio de los hermanos a los hijos de Bilhá y Zilpá, y el resto del pasaje, tal vez de tradición yahvista, donde el odio procede de la preferencia de Jacob, que le regala una túnica especial (vv. 3s), o de los sueños de José (vv. 5-11), prefiguración de su futura grandeza.

En la tradición sacerdotal (v. 2), la preferencia de Jacob no es tan decidida: José no es el señorito que está en casa mientras los demás hermanos cuidan los rebaños. También él es pastor de los rebaños. Que lo hiciera con los hijos de las concubinas, con los de Bilhá y de Zilpá, no quiere decir que formaran un grupo separado de los demás; el acento está en lo malo que se dice sobre los hijos de las concubinas, que José cuenta a su padre, por lo que el odio se limitaría a ellos, que luego se vengarán de él por andar de soplón.

José era el preferido entre sus hermanos por ser el hijo de Raquel, la esposa bienamada (vv. 3s). El pasaje se desentiende de Benjamín.

Al ser el más pequeño, no cuenta todavía con los demás, con los que cuidan los rebaños en el campo, aunque sí hace número en los sueños. Puede haber otra explicación: Benjamín no ha nacido aún. La muestra de la predilección paterna es una túnica especial, de manga larga. Los otros no se engañan: si su padre lo prefiere, ellos le aborrecen; su odio llega al extremo de no poder saludarlo.

Los sueños (vv. 5-11) ocupan un lugar importante en la historia de José: pronto vendrán los sueños de los cortesanos del faraón, el copero y el panadero (cap. 40), y los del faraón (cap. 41). En los tres casos hay un par de sueños, aunque con una diferencia: aquí y en el cap. 41 dos sueños distintos sugieren una misma realidad, son uno por su significado; los sueños de los cortesanos, en cambio, son independientes y tienen distinto significado. Pero los sueños son comunicaciones, anuncios anticipados; ya no estamos ante una aparición divina en que Dios habla a un beneficiario, como en 20,3-7; 28,12-15; 31,11-13.24; 1 R 3,5-14 –en Nm 12,6 la visión nocturna es el modo en que Yahvé comunica algo a los profetas, lo que difiere de la comunicación inmediata a Moisés (vv. 7s y Ex 33,11; Dt 34,10)–.

Los dos sueños de José tienen un significado similar: implican que está en el centro y los suyos lo “adoran” o reverencian, aunque hay una diferencia entre el primero, el de las gavillas, y el segundo, donde José, no identificado con ningún astro, es venerado por el sol, la luna y once estrellas. ¿Dónde está la diferencia? En el primer sueño, la gavilla de José se levanta y se mantiene erguida, mientras las de sus hermanos la rodean y se inclinan ante ella. No es de extrañar que José contara el sueño a sus hermanos y que la reacción venga de ellos. En el segundo sueño, si inicialmente José lo cuenta a los hermanos (v. 9), parece simple afán de repetición, pues el v. 10 dice que contó su sueño a su padre y a sus hermanos; aquí intervienen el sol, la luna y once estrellas. Jacob no se engaña, y su pregunta incluye un reproche: «¿Es que yo, tu madre y tus hermanos vamos a venir a inclinarnos ante ti hasta el suelo?». Tampoco se engañaban sus hermanos, si reaccionaban a su primer sueño: «¿Será que vas a reinar sobre nosotros o que vas a tenernos domeñados?» (v. 8) La mención de la “luna” no deja de plantear problemas, y a doble título: ya se ha contado la muerte de Raquel (35,19), pero tal mención podría significar que estamos ante una tradición que situaba más tarde la muerte de Raquel y el nacimiento de Benjamín. Por ello, habría que tomar a la

letra el v. 3: antes de que naciera Benjamín, José era el único «hijo de la ancianidad». El sueño falla por no tomar en cuenta a Lía y, menos aún, a las siervas-concubinas de su padre.

Los sueños tienen, de momento, el efecto contrario: sus hermanos, que ya le odiaban por la preferencia de su padre, ven en ellos una razón más para su rechazo. El odio de los hermanos, independientemente de las consecuencias, es la reacción que subraya el narrador (vv. 5.8). Pero, como hacer ver la conclusión, el odio no es todo: la envidia también juega su parte (v. 11). También se subraya la actitud reflexiva de su padre: como Daniel (Dn 7,28), quiere penetrar el sentido del sueño; será por excelencia la actitud de María en los relatos de la infancia de Lucas (Lc 2,19.51), aunque no sea la respuesta a un sueño.

José vendido por sus hermanos (37,12-36)

12 Fueron sus hermanos a apacentar las ovejas de su padre en
Siquén, 13 y dijo Israel a José: “Mira, tus hermanos están pasto-
reando en Siquén. Ve de mi parte adonde ellos”. Dijo: “Estoy listo”.
14 Díjole: “Anda, vete a ver si tus hermanos siguen sin novedad, y lo
mismo el ganado, y tráeme noticias”. Lo envió, pues, desde el valle
de Hebrón, y José fue a Siquén.

15 Se encontró con él un hombre mientras iba desorientado por
el campo. El hombre le preguntó: “¿Qué buscas?” 16 Contestó: “Estoy
buscando a mis hermanos. Indícame, por favor, dónde están pas-
toreando”. 17 El hombre le dijo: “Partieron de aquí, pues yo les oí
decir: ‘Vamos a Dotán’”. José fue detrás de sus hermanos y los en-
contró en Dotán.

18 Ellos lo vieron de lejos y, antes que se les acercara, conspiraron
contra él para matarlo, 19 y se decían mutuamente: “Por ahí viene el
soñador. 20 Vamos a matarlo y lo echaremos en un pozo cualquiera,
y diremos que algún animal feroz lo devoró. Veremos entonces en
qué paran sus sueños”.

21 Rubén lo oyó y pensó en librarle de sus manos. Dijo: “No aten-
temos contra su vida”. 22 Y añadió: “No derraméis sangre. Echadle
a ese pozo que hay en el páramo, pero no pongáis la mano sobre
él”. Su intención era salvarlo de sus hermanos para devolverlo a su

padre. [23] Entonces, cuando llegó José donde sus hermanos, éstos despojaron a José de su túnica –aquella túnica de manga larga que llevaba puesta–, [24] y echándole mano lo arrojaron al pozo. Aquel pozo estaba vacío, sin agua. [25] Luego se sentaron a comer.

Al alzar la vista, divisaron una caravana de ismaelitas que venían de Galaad, con camellos cargados de almáciga, sandáraca y ládano, que bajaban hacia Egipto. [26] Entonces dijo Judá a sus hermanos: "¿Qué aprovecha el que asesinemos a nuestro hermano y luego tapemos su sangre? [27] Vamos a venderlo a los ismaelitas, pero no pongamos la mano en él, porque es nuestro hermano, carne nuestra". Y sus hermanos asintieron.

[28] Pasaron unos madianitas mercaderes y, descubriéndolo, subieron a José del pozo. Vendieron a José por veinte piezas de plata a los ismaelitas, que se llevaron a José a Egipto. [29] Al volver Rubén al pozo resulta que José no estaba en él. Rasgó sus vestiduras [30] y, volviendo donde sus hermanos, les dijo: "El niño no aparece, y yo ¿qué hago ahora?"

[31] Entonces tomaron la túnica de José y, degollando un cabrito, tiñeron la túnica en sangre [32] y enviaron la túnica de manga larga, haciéndola llegar hasta su padre con este recado: "Esto hemos encontrado: examina si se trata de la túnica de tu hijo, o no". [33] Él la examinó y dijo: "¡Es la túnica de mi hijo! ¡Algún animal feroz lo ha devorado! ¡José ha sido despedazado!" [34] Jacob desgarró su vestido, se echó un sayal a la cintura e hizo duelo por su hijo durante muchos días. [35] Todos sus hijos e hijas acudieron a consolarle, pero él rehusaba consolarse y decía: "Voy a bajar en duelo al Seol, donde mi hijo". Y su padre lloraba.

[36] Por su parte, los madianitas, llegados a Egipto, lo vendieron a Putifar, eunuco del faraón y capitán de los guardias.

Si el comienzo del relato pudiera pasar por homogéneo (a pesar de los vv. 13s), a partir del v. 18 encontramos elementos de dos tradiciones, tal vez la yahvista y la elohista. Según el elohista, los hijos de "Jacob" quieren matar a José cuando llegue, pero Rubén consigue que se limiten a echarlo a una cisterna seca; su plan es sacarlo por su cuenta y devolverlo a su padre. Pasan por allí unos mercaderes "madianitas"; sin que los hermanos se percaten de ello, sacan a José de la cisterna y siguen su camino hacia Egipto. Más tarde Rubén lo

busca y se lamenta por no encontrarlo. Según el yahvista, los hijos de "Israel" quieren matar a José, pero estando por decidir lo que harían con el "soñador", Judá les propone venderlo a una caravana de mercaderes "ismaelitas" que pasa hacia Egipto. El resultado es el mismo, pues José va a parar a Egipto y es vendido a Putifar, eunuco del faraón (v. 36 y 39,1). Pero, dado que hay elementos irreconciliables entre sí, la división en fragmentos menores se impone, aunque no podemos atribuir sin problema cada versículo o cada fragmento.

Los hermanos andan lejos de casa apacentando el rebaño (vv. 12-14). Que estuvieran en torno a Siquén parece poco probable, por la distancia gran distancia entre Hebrón y Siquén y por lo que había pasado con los habitantes de la ciudad en la historia de Dina (cap. 34), aunque cabe suponer que intervienen tradiciones diferentes. Jacob envia a José donde sus hermanos para ver si no hay novedad y puede traerle noticias.

José va a Siquén (vv. 15-17). Alguien lo encuentra desorientado en el campo. Lo que la anotación del narrador implica es tal vez la búsqueda infructuosa. La pregunta del hombre se refiere a eso: ¿qué es lo que anda buscando? Como si fuera lo más evidente, como si el hombre supiera quiénes son sus hermanos, José le dice que ha venido a buscarlos, que le informe, si puede, dónde apacientan los rebaños. Lo curioso es que el hombre está al tanto: los oyó comentar que irían a Dotán, algo más al norte. José tendrá que ir allá.

Por fin los encuentra. Los ve desde lejos, y el descubrimiento es mutuo: sus hermanos lo ven venir y conspiran para matarlo (vv. 18-20). Si tanto les habían molestado sus sueños, porque presagiaban una posición de predominio sobre ellos, ¿de qué le servirán sus sueños, si matan al "soñador"? Hasta piensan cómo hacerlo para evitar sospechas: pueden quitarle la vida, esconder su cadáver en un pozo cualquiera y propalar el rumor de que algún animal feroz lo devoró. Así sus sueños quedarán en nada.

No todos aprueban el proyecto. El mayor, Rubén, con el designio de librarle de sus manos y devolverlo a su padre, les propone no atentar contra su vida (vv. 21-24). Sería mejor no derramar sangre inocente, aunque quede sobreentendido el calificativo. Lo que podrían hacer es echarle a un pozo en el páramo; les consta que lo hay. Y es un pozo del que nadie saldría por sí mismo: bajarlo es condenarlo a muerte. Lo que añade el narrador supone que aprueban el plan de Rubén. Apenas llega José, sus hermanos lo despojan de la famosa túnica de manga

larga, que llevaba puesta, y lo bajan al pozo del que Rubén había hablado. El narrador aclara que se trata de un pozo seco.

Se ponen a comer (vv. 25-30), pero algo echa por tierra sus planes. Pero, si seguimos los elementos del relato según su lógica propia, lo que ocurre nos llega en dos versiones. En una de ellas, los hermanos ven venir una caravana de ismaelitas que, procedente de Galaad, se encamina hacia Egipto con un cargamento de especias y productos vegetales, almáciga, sandáraca y ládano. Judá les propone que eviten asesinar a su hermano en la forma proyectada, dejándolo morir en el pozo. Aunque no le quiten la vida, si lo dejan morir en el pozo, su sangre clamará al cielo, como la de Abel (Gn 4,10). Por escondida que quedara, si su sangre clama, sería inútil querer taparla con tierra (ver Is 26,21; Ez 24,7; Jb 16,18). La gravedad está, además, en que es su propio hermano, su propia sangre. Sus palabras convencen a los demás, que consienten en que sea vendido a los ismaelitas. Lo venden a los ismaelitas por veinte piezas de plata. En 39,1 se dirá lo que sucede luego a José.

En la otra versión ya no intervienen los hermanos. Pasan unos mercaderes madianitas; descubren a José dentro del pozo –el narrador no dice cómo–, lo sacan y se lo llevan. Los hermanos ni supieron lo que pasaba ni pudieron impedirlo. Pero Rubén, de quien ya sabíamos que tenía su idea de sacar a José y devolverlo a su padre (v. 22), va a buscarlo y no lo encuentra; entonces rasga sus vestidos y hace saber a sus hermanos que el “niño” no aparece. Su plan se ha venido abajo, y lo que dice da a entender que tenía tal plan para contrarrestar el de sus hermanos. Los madianitas llegan con José a Egipto y lo venden a Putifar, eunuco del faraón; era el jefe de sus guardias (v. 36).

Lo que hacen los hermanos (vv. 31-35), que podría entenderse en cualquiera de las dos versiones, es simple. Puesto que habían quitado a José la famosa túnica, matan un cabrito y la mojan en su sangre antes de enviarla a Jacob. El recado es conciso, pero elocuente: «Mira lo que hemos encontrado: ¿será la túnica de tu hijo?». Jacob la reconoce: es la que él regaló a José; alguna fiera habrá devorado a su hijo. Lo que hace a continuación, desgarrar sus vestidos y ceñirse de sayal, son las acciones propias del duelo; el patriarca lo prolonga por muchos días. Todos («todos sus hijos y sus hijas», lo que implica que los hijos habrían vuelto con el rebaño; aunque, ¿por qué “hijas” en plural?) intentan consolarlo, pero para él ha sucedido lo irreparable: es un duelo que lo llevará al Seol; uno recuerda el duelo de Raquel,

que rehúsa el consuelo porque sus hijos ya no existen (ver Jr 31,15).

Dos textos posteriores hacen referencia al relato. En Sb 10,13s, la sabiduría acompaña al justo vendido lo mismo en la cisterna que en la prisión y se encarga de darle un destino glorioso. En el discurso de Esteban (Hch 7,9-16), José es el justo que sufre por la envidia de sus hermanos, pero que salva a su familia cuando llega el hambre. –El v. 16 ofrece una tradición sobre el entierro de Jacob y sus 12 hijos en Siquén que contradice otros datos del AT–.

HISTORIA DE JUDÁ Y TAMAR (38,1-30)

38 [1] **Por aquel entonces bajó Judá de donde sus hermanos para**
dirigirse a cierto individuo de Adulán llamado Jirá. [2] **Allí co-**
noció Judá a la hija de un cananeo llamado Súa y, tomándola por
esposa, se llegó a ella; [3] **la mujer concibió y dio a luz un hijo, al que**
llamó Er*. [4] **Volvió a concebir y dio a luz otro hijo, al que llamó**
Onán. [5] **Nuevamente dio a luz otro hijo, al que llamó Selá. Ella se**
encontraba en Aczib al darle a luz.
[6] **Judá tomó para su primogénito a una mujer llamada Tamar.**
[7] **Er, el primogénito de Judá, fue malo a los ojos de Yahvé, que le**
hizo morir. [8] **Entonces Judá dijo a Onán: "Cásate con la mujer de tu**
hermano y cumple como cuñado con ella, procurando descenden-
cia a tu hermano". [9] **Onán sabía que aquella descendencia no sería**
suya, y así, si bien tuvo relaciones con su cuñada, derramaba a tie-
rra, evitando así dar descendencia a su hermano. [10] **Pareció mal a**
Yahvé lo que hacía y le hizo morir también a él. [11] **Entonces dijo**
Judá a su nuera Tamar: "Quédate* como viuda en casa de tu padre
hasta que crezca mi hijo Selá". Pues se decía: "Por si acaso muere
también él, lo mismo que sus hermanos". Tamar se fue y se quedó
en casa de su padre.
[12] **Pasaron muchos días, y murió la hija de Súa, la mujer de Judá.**
Cuando Judá se hubo consolado, subió a Timná para el trasquileo
de su rebaño, junto con Jirá, su compañero adulanita. [13] **Se lo noti-**
ficaron a Tamar: "Oye, tu suegro sube a Timná para el trasquileo
de su rebaño". [14] **Entonces ella se quitó de encima sus ropas de**
viuda y se cubrió con el velo, y bien disfrazada se sentó en Pétaj
Enáin, que está a la vera del camino de Timná. Veía, en efecto, que
Selá había crecido, pero que ella no le era dada por mujer.

[15] Judá la vio y la tomó por una ramera, porque se había tapado
el rostro, 1[6] y desviándose hacia ella dijo: “Déjame ir contigo” –pues
no la reconoció como su nuera–. Dijo ella: “¿Y qué me vas a dar
por venir conmigo?” – [17] “Te mandaré un cabrito de mi rebaño”. – “Si
me das prenda hasta que me lo mandes…”– [18] “¿Qué prenda he de
darte?” – “Tu sello, tu cordón y el bastón que tienes en tu mano”. Él
se lo dio y se unió a ella, la cual quedó encinta de él. [19] Entonces se
marchó ella y, quitándose el velo, se vistió sus ropas de viuda.
[20] Judá, por su parte, envió el cabrito por mediación de su com-
pañero el adulanita, para rescatar la prenda de manos de la mujer,
pero éste no la encontró. [21] Preguntó a los del lugar: “¿Dónde está
la ramera* aquella que había en Enáin, a la vera del camino?” “Ahí
no ha habido ninguna ramera”, contestaron. [22] Entonces él se vol-
vió donde Judá y dijo: “No la he encontrado; y los mismos lugare-
ños me han dicho que allí no ha habido ninguna ramera”. [23] “Pues
que se quede con ello –dijo Judá–; que nadie se burle de nosotros.
Ya ves cómo he enviado ese cabrito, y tú no la has encontrado”.
[24] Ahora bien, tres meses después aproximadamente, Judá reci-
bió este aviso: “Tu nuera Tamar ha fornicado, y lo que es más, ha
quedado encinta a consecuencia de ello”. Dijo Judá: “Sacadla y que
sea quemada”. [25] Pero cuando ya la sacaban, envió ella un recado a
su suegro: “Del hombre a quien pertenece esto estoy encinta”, y
añadía: “Examina, por favor, de quién es este sello, este cordón y
este bastón”. [26] Judá lo reconoció y dijo: “Ella tiene más razón que
yo, porque la verdad es que no la he dado por mujer a mi hijo Selá”.
Y nunca más volvió a tener trato con ella.
[27] Al tiempo del parto resultó que tenía dos mellizos en el vien-
tre. [28] Y ocurrió que, durante el parto, uno de ellos sacó la mano, y
la partera lo agarró y le ató una cinta escarlata a la mano, dicien-
do: “Éste ha salido primero”. [29] Pero entonces retiró él la mano, y
fue su hermano el que salió. Ella dijo: “¡Cómo te has abierto bre-
cha!” Y le llamó Peres. [30] Detrás salió su hermano, que llevaba en la
mano la cinta escarlata, y le llamó Zéraj.

V. 3 Texto corregido según los dos vv. siguientes y samaritano; en el texto hebreo: «él le llamó».

V. 11 O bien «vuélvete», «volvió», conjetura. El hebreo «quédate», «se quedó» tiene las mismas consonantes.

V. 21 Lit. «santa», es decir, prostituta sagrada, hieródula, de un culto pagano. Estamos en el ambiente de los cultos cananeos.

Este relato es una tradición yahvista sobre los orígenes de la tribu de Judá. El antepasado, Judá, vive separado de los demás hermanos (como vivirá la tribu que llevó su nombre) y se ha aliado con los cananeos. De su improbable unión con su nuera saldrán los clanes de Peres y Zéraj (Nm 26,21; 1 Cro 2,4). De este modo se afirma la mezcla de la sangre de Judá con la los cananeos y el diferente destino respecto a las demás tribus: un destino ligado al de Simeón (ver Jc 1,2s). Dado que Judá vive separado, se pide a Yahvé que una a Judá con su pueblo (Dt 33,7). Con todo, Peres es antepasado del rey David (Rt 4,18-22) y de Jesús de Nazaret (Mt 1,3; Lc 3,33).

Judá se separa de sus hermanos y se relaciona con Jirá, de Adulán, ciudad de la Tierra Baja o Sefela, que formará parte del territorio de Judá (vv. 1-5; ver Jos 12,15; 15,35). –David buscará refugio en una cueva cercana (1 S 22,1)–. Allí conoce a una mujer cananea, hija de un hombre llamado Súa. De su unión con ella nacen tres hijos: Er, Onán y Selá. En relación con el nacimiento del tercero se menciona Aczib, otro lugar que formará parte del territorio de Judá, según Jos 15,44 (ambos lugares de la Sefela se mencionan en Mi 1,13s). –Después se hablará de una hija–.

El narrador salta del nacimiento del tercer hijo al matrimonio del mayor, que tiene consecuencias para los otros. Judá casa a su primogénito Er con Tamar (vv. 6-11). El narrador afirma que Yahvé hace morir a Er por su maldad, sin precisar la falta que merece tal castigo. No ha habido descendencia, por lo que Judá ordena a su segundo hijo, Onán, que se una a Tamar. –Tal orden está en relación con la “ley del levirato”, según la cual debe dar descendencia a su hermano, que ha muerto sin ella–. Onán se une a su cuñada, pero, dado que la descendencia sería de su hermano, evita que quede encinta. Yahvé lo hace morir por su egoísmo. Una vez muertos dos de sus tres hijos al unirse a Tamar, Judá busca un pretexto, su corta edad, para no darle a su tercer hijo, Selá. Le ordena que se quede como viuda en casa de su padre mientras crece su hijo. El narrador no oculta el motivo: no quiere que corra la misma suerte que sus hermanos.

El tiempo pasa –el narrador tampoco precisa ahora–. Muere su hija y Judá se “consuela”, cumpliendo con todos los ritos del duelo. Después va a Timná, otro lugar del rumbo, como Adulán y Aczib (Jos 15,10.57; ver Jc 14,1-2.5), para el trasquileo del rebaño; lo acompaña su socio de Adulán, Jirá. Tamar se entera de la venida de su suegro.

Se despoja de sus ropas de viuda, se disfraza para no ser reconocida y, cubriéndose con un velo, se pone al acecho de Judá en Pétaj Enáin, que está en el camino a Timná. Así, podía ser tomada por hieródula o prostituta sagrada de algún templo, como dice el nombre; no la mueve su gusto, sino el deseo de tener un hijo de la misma sangre que su difunto marido. El paso del tiempo es evidente: Selá había crecido, pero Judá no hacía nada para convertirla en su esposa. Judá reconocerá que la razón la asiste (v. 26), y será alabada por la descendencia que tendrá (Rt 4,12).

Judá la confunde con una prostituta y habla con ella sin reconocerla (vv. 15-19). Ella se dice dispuesta a complacerlo, pero tiene buen cuidado de pedirle, en espera del cabrito que será su paga, unas prendas inconfundibles: su sello, su cordón y su bastón. Que sean como piezas de identidad, se entiende especialmente del sello, que se fijaba mediante un cordón. Judá le deja las prendas pedidas; cuando se marcha, Tamar se quita la ropa ocasional y el velo y viste sus ropas de viuda.

Judá le envía el cabrito por medio de Jirá (vv. 20-23), que no encuentra a la supuesta prostituta, y los habitantes del lugar aseguran que nunca ha habido una prostituta en ese camino. Cuando comunica a Judá el resultado, éste declara que la mujer puede guardar las prendas: nadie se burlará de él si trata de averiguar el paradero de la mujer; él ha hecho lo que debía para hacerle llegar su paga.

Pasan unos tres meses y Judá recibe un mensaje –no parece importar de quién venga, y no se precisa–: su nuera Tamar ha fornicado; tan es así que ha quedado encinta (vv. 24-26). Judá no entra en averiguaciones y ordena que sea quemada. Según eso, la nuera, aunque viviera en casa de su padre, estaba bajo la responsabilidad de su suegro; había pasado a formar parte de su familia. La legistación del AT condena a muerte a la adúltera (Dt 22,22; Lv 20,10), pero no especifica el modo (ver Jn 8,5). La muerte por fuego se reservaba para la hija de un sacerdote que llegara a prostituirse (Lv 21,9). Ella, cuando la sacaban para ejecutar la sentencia, envia un recado a Judá. Es breve, “al buen entendedor, pocas palabras”: «estoy encinta del hombre a quien pertenece esto», dice, y ese recado acompaña las prendas que Judá le había dado; “averigua de quién son”. Judá comenta que la razón la asiste; hizo aquello porque él no le dio por esposa a su hijo Selá. Por supuesto, la sentencia no se ejecuta, pero Judá nunca volvió a unirse con Tamar.

Cuando va a dar a luz resulta que eran mellizos (vv. 27-30). Uno de ellos hasta llega a sacar la mano y la partera le ata una cinta escarlata: él es el primogénito. Pero no sale y retira su mano; su hermano viene al mundo primero. El comentario de la partera, «¡Cómo te has abierto brecha!», es la explicación de su nombre: *peres*, "brecha". El de su hermano, Zéraj, no está relacionado con la cinta; alude al resplandor de la salida del sol.

José en Egipto (39,1-6)

39 1 José fue bajado a Egipto, y lo compró un egipcio, Putifar,
eunuco del faraón y jefe de los guardias; lo compró a los
ismaelitas que lo habían bajado allá. 2 Yahvé asistió a José, que
llegó a ser un hombre afortunado. mientras estaba en casa de su
señor egipcio. 3 Éste echó de ver que Yahvé estaba con él y que
Yahvé hacía prosperar todas sus empresas. 4 José ganó su favor y
entró a su servicio, y su señor lo puso al frente de su casa y todo
cuanto tenía se lo confió. 5 Desde entonces le encargó de toda su
casa y de todo lo que tenía, y Yahvé bendijo la casa del egipcio en
atención a José, extendiéndose la bendición de Yahvé a todo
cuanto tenía en casa y en el campo. 6 Él mismo dejó todo lo suyo
en manos de José y, con él, ya no se ocupó personalmente de
nada más que del pan que comía. José era apuesto y de buena presencia.

Este relato sería la continuación del cap. 37 en la línea de la tradición yahvista. El nombre de Yahvé se repite varias veces (vv. 2-5.21.23), pero el nombre divino es *'elohîm* en el v. 9, aunque los vv. 2-6 son repetitivos; no parecen una unidad simple. Los retoques redaccionales incluirían, además, que también aquí el amo de José sea Putifar, capitán o jefe de los guardias (v. 1), como en 37,36 y 40,3 –el tenor del versículo pudo ser: «José fue bajado a Egipto y … un egipcio… lo compró a los ismaelitas que lo habían bajado allá»–. Si es verdad que no era necesario repetir los datos, los vv. 2-6 hablan de un egipcio: no lo nombran y sólo lo califican como señor (o amo) de José; no dicen que tuviera cargo alguno del faraón.

José, traído por los madianitas (37,36), o por los ismaelitas, es vendido en Egipto; actualmente se precisa que su dueño era Putifar, jefe de la guardia del faraón. La asistencia divina es patente y, como hombre afortunado, su amo observa que prospera en sus empresas. Por eso le confía sus bienes en la casa o en el campo. Por ser patente la bendición de Yahvé, el amo se desentiende de todo y no se ocupa de nada, como no sea su comida. La transición a lo que sigue se ofrece al señalar que José era apuesto; la expresión hebrea es reiterativa.

José y la seductora (39,7-20)

**[7] Tiempo más tarde sucedió que la mujer de su señor se fijó en
José y le dijo: “Acuéstate conmigo”. [8] Pero él rehusó y dijo a la
mujer de su señor: “Mira, mi señor no me controla nada de lo que
hay en su casa, y todo cuanto tiene me lo ha confiado. [9] ¿No es él
mayor que yo en esta casa? Y sin embargo, no me ha vedado abso-
lutamente nada más que a ti misma, pues eres su mujer. ¿Cómo
entonces voy a hacer este mal tan grande, pecando contra Dios?”
[10] Ella insistía en hablar a José día tras día, pero él no accedió a
acostarse y a estar con ella.**

**[11] Hasta que cierto día entró él en la casa para hacer su traba-
jo y coincidió que no había ninguno de casa allí dentro. [12] Enton-
ces ella le asió de la ropa diciéndole: “Acuéstate conmigo”. Pero
él, dejándole su ropa en la mano, salió huyendo afuera. [13] Enton-
ces ella, al ver que había dejado la ropa en su mano, huyó tam-
bién afuera y gritó a los de su casa diciéndoles: [14] “¡Mirad! Nos ha
traído un hebreo para que se burle de nosotros. Ha venido a mí
para acostarse conmigo, pero yo he gritado [15] y, al oírme levantar
la voz y gritar, ha dejado su vestido a mi lado y ha salido huyen-
do afuera”.**

**[16] Ella depositó junto a sí el vestido de él, hasta que vino su señor
a casa, [17] y le repitió esto mismo: “Ha entrado a mí este siervo
hebreo que tú nos trajiste, para abusar de mí; [18] pero yo he levanta-
do la voz y he gritado, y entonces ha dejado él su ropa junto a mí y
ha huido afuera”. [19] Al oír su señor las palabras que acababa de**

decirle su mujer: – “Esto ha hecho conmigo tu siervo”–, se encolerizó. [20] Y el señor de José mandó que lo prendieran y lo metió en la cárcel, en el sitio donde estaban los detenidos del rey.

La anotación final del v. 6 preparaba el relato sobre la seductora, la mujer del egipcio, su amo. Si se fija en José, y lo que siente por él no queda en un vago deseo: le pide sin ambajes que se acueste con ella (vv. 7-10). José rehúsa y da como razón de su negativa la confianza que su amo deposita en él. Verdad es que todos sus bienes están en sus manos, pero el amo se reserva una cosa: su mujer. Además, aceptar su propuesta sería un grave pecado contra Dios. –Por lo que a la ley de Israel se refiere, recordemos que es una de las prohibiciones absolutas del decálogo (Ex 20,14; Dt 5,18); se condena a muerte a los adúlteros, como observamos a propósito de 38,24–. A pesar de su negativa, ella no le deja un momento de descanso: trata de ganárselo a cualquier precio.

La fortuna parece sonreír a la mujer cuando José entra en casa del egipcio para hacer su trabajo y sólo ella se encuentra allí (vv. 11-15). Le ase por la ropa y le hace la consabida petición, pero él le deja en la mano la ropa que tiene asida, tal vez su manto, y escapa. Lo que pasa entonces, como tantas veces, es que la mujer pasa al otro extremo y busca vengarse de quien no ha accedido a sus deseos. Sale fuera de casa gritando para que todos se enteren de lo supuestamente ocurrido, aunque lo que afirma sea un mentira; su esposo ha buscado ese “hebreo” y le ha dado un puesto de confianza para que sucediera lo que acaba de pasar: que él se burle de ellos; ha querido acostarse con ella, por supuesto forzándola. De no ser porque ella se ha defendido gritando, otra cosa habría pasado. Pero ella gritó y José escapó, dejando la ropa (o parte de ella) que muestra.

Espera a su marido hasta que vuelve. Como prueba de su acusación, guarda la ropa de José. La acusación que presenta al marido es la misma: ha venido ese siervo “hebreo” y ha querido abusar de ella. Ella se ha defendido gritando, algo que él no esperaba; por eso ha huido de su presencia dejándole sus vestidos. El amo no duda un momento del relato de su esposa y se enoja contra José que, como esclavo, no tiene derecho a ninguna explicación. En castigo irá a la cárcel, donde eran encerrados los detenidos del faraón.

José encarcelado (39,21-23)

**Allí se quedó, en presidio. [21] Pero Yahvé asistió a José y lo cubrió
con su misericordia, haciendo que se ganase el favor del alcaide.
[22] El alcaide confió a José todos los detenidos que había en la cár-
cel; todo lo que se hacía allí, lo hacía él. [23] El alcaide no controlaba
absolutamente nada de cuanto administraba José, ya que Yahvé le
asistía y hacía prosperar todas sus empresas.**

José queda detenido como un presidiario cualquiera, pero también allí lo asiste el favor de Yahvé. Se gana la confianza del alcaide de la prisión y, a pesar de ser un detenido, se hace cargo de la administración. Como antes en relación con los bienes de su amo, Yahvé está con él y hace prosperar sus empresas. La expresión del v. 23 ya se encontraba en el v. 3, entonces explicada y desarrollada por los vv. 4s.

José interpreta los sueños de dos cortesanos (40,1-23)

**40 [1] Después de estas cosas sucedió que el escanciador y el
panadero del rey de Egipto ofendieron a su señor, el rey de
Egipto. [2] El faraón se enojó contra sus dos eunucos, contra el jefe
de los escanciadores y el jefe de los panaderos, [3] y los puso bajo la
custodia en casa del jefe de los guardias, en prisión, en el lugar
donde estaba detenido José. [4] El jefe de los guardias encargó de
ellos a José, para que les sirviese. Así pasaban los días en presidio.**

**[5] Aconteció que ambos tuvieron sendos sueños en una misma
noche, cada cual con su sentido propio: el escanciador y el pana-
dero del rey de Egipto que estaban detenidos en la prisión. [6] José
vino a ellos por la mañana y los encontró preocupados. [7] Preguntó,
pues, a los eunucos del faraón, que estaban con él en presidio en
casa de su señor: “¿Por qué tenéis hoy mala cara?” [8] “Hemos teni-
do un sueño –le dijeron– y no hay quien lo interprete”. José les dijo:
“¿No son de Dios los sentidos ocultos? Vamos, contádmelo a mí”.**

**[9] El jefe de los escanciadores contó su sueño a José y le dijo: “Voy
con mi sueño. Resulta que yo tenía delante una cepa, [10] y en la cepa
tres sarmientos que, nada más echar yemas, florecían enseguida y
maduraban las uvas en sus racimos. [11] Yo tenía en la mano la copa**

del faraón, y tomando aquellas uvas, las exprimía en la copa del faraón, y ponía la copa en la mano del faraón". [12] José dijo: "Ésta es la interpretación: los tres sarmientos son tres días. [13] Dentro de tres días levantará el faraón tu cabeza: te devolverá a tu cargo, y pondrás la copa del faraón en su mano, lo mismo que antes, cuando eras su escanciador. [14] A ver si te acuerdas de mí cuando te vaya bien, y me haces el favor de hablar de mí al faraón para que me saque de este lugar. [15] Pues fui raptado del país de los hebreos y, por lo demás, tampoco aquí hice nada para que me metieran en el calabozo".

[16] Vio el jefe de panaderos que era buena la interpretación y dijo a José: "Voy con mi sueño: Había tres cestas de pan candeal sobre mi cabeza. [17] En la cesta de arriba había de todo lo que come el faraón de panadería, pero los pájaros se lo comían de la cesta, de encima de mi cabeza". [18] Respondió José: "Ésta es su interpretación: Las tres cestas son tres días. [19] A la vuelta de tres días levantará el faraón tu cabeza* y te colgará en un madero, y las aves se comerán la carne que te cubre".

[20] Al tercer día, que era el natalicio del faraón, dio éste un banquete para todos sus servidores, y levantó la cabeza del jefe de escanciadores y la del jefe de panaderos en presencia de sus siervos. [21] Al jefe de escanciadores lo restituyó en su oficio, y volvió a poner la copa en manos del faraón. [22] En cuanto al jefe de panaderos, mandó que lo colgasen: tal y como les había interpretado José. [23] Pero el jefe de los escanciadores no se acordó de José, sino que le echó en olvido.

V. 19 «De encima de ti», probablemente una glosa; por eso se omite.

Relato de tradición elohista, aunqueo el texto actual contiene retoques o añadidos redaccionales. El escanciador y el panadero del faraón, o "rey de Egipto", llegan a la prisión donde está José por haber ofendido a su señor (vv. 1-4). El narrador no nos informa de la naturaleza de la falta, pero lo que ocurre después de los sueños daría a entender que la falta del segundo era grave, si es condenado a muerte. Como quiera que sea, el encargado de la prisión, supuestamente el jefe de los guardias, los entrega a José, pero, por la importancia del cargo ejercido, estará a su servicio.

Algún tiempo pasa desde que llegan, pero el narrador no dice cuánto. Una misma noche ambos tienen un sueño (vv. 5-8). La aclaración del narrador («cada uno con su sentido propio») es una anticipación. Una mañana José los encuentra preocupados. Les pregunta la causa y le responden haber tenido un sueño, cada uno el suyo. Están preocupados porque no hay en la prisión quién les interprete su sueño. Para que estuvieran preocupados y se expresen así, debemos suponer que los sueños eran concebidos como un presagio, una premonición; para saber cómo, es necesaria la interpretación. José les dice que sólo Dios manifiesta lo oculto. Al estar convencido de poder interpretarlos, les pide que se los cuenten.

El escanciador mayor (o jefe de los escanciadores) se decide a comenzar (vv. 9-13). Su sueño es simple: veía frente a él una cepa o vid con tres sarmientos que, apenas habían echado yemas, florecían y daban un fruto que maduraba rápidamente. Él tenía en la mano la copa del faraón y, tomando aquellas uvas, las exprimía en la copa que, a continuación, ofrecía al rey. José le responde que los tres sarmientos son tres días. ¿Qué ocurrirá? Dentro de tres días el faraón lo engrandecerá de nuevo y levantará su cabeza: le devolverá su cargo y, como antes, seguirá poniendo la copa en manos del faraón.

Tan seguro está José del cambio de situación que le pide que se acuerde de él cuando le vaya bien: debe interceder en su favor ante el faraón para que lo libre de la prisión (vv. 14s). José dice no merecerla: el principio de sus males fue haber sido "robado", o raptado, en el país de los hebreos, lo que alude a lo hecho por los madianitas (37,28a.28-30.36). Privar de la libertad a una persona, apoderarse de alguien para convertirlo en esclavo o para venderlo como tal, es una falta que la ley castigará con la pena de muerte (Ex 21,16; Dt 24,7), y es probable que a ella se refería la prohibición del decálogo en Ex 20,15; Dt 5,19 (de la defensa de los bienes se ocupa Ex 20,17, aunque en Dt 5,21 se cambia en parte el sentido). Y si no hubo razón para convertirlo en esclavo, tampoco en Egipto ha hecho nada para merecer la prisión en que se encuentra.

El jefe de los panaderos, viendo que era favorable la interpretación del sueño de su colega, propone también el suyo (vv. 16-19). Su sueño consistió en ver que tenía tres cestas de pan candeal sobre la cabeza. Pero la de arriba es la que tiene importancia: contenía todo lo que, en materia de panadería, solía comer el faraón, pero eran los

pájaros los que venían a comer el contenido de la cesta que portaba en su cabeza. José replica que las tres cestas prefiguran también tres días. En tres días el faraón levantará su cabeza, pero no en el sentido figurado explicado al escanciador, sino muy literalmente: será colgado en un madero y las aves devorarán su carne.

¿A todo esto, qué ocurrió? A los tres días se celebraba el natalicio del faraón (vv. 20-23), quien hace preparar un banquete para sus servidores. En el transcurso de la fiesta "levanta" la cabeza del escanciador y del panadero, pero de modo muy diferente: el jefe de escanciadores es librado de la prisión y restituido en su cargo; así pondrá de nuevo la copa en manos del faraón. El panadero es sentenciado a ser colgado. Se cumple lo que les había dicho José que significaban sus sueños. Pero, aunque su interpretación se cumple, el escanciador, que debía estarle agradecido, olvida por completo interceder ante el faraón por José.

Los sueños del faraón (41,1-36)

41 [1] Al cabo de dos años, el faraón soñó que se encontraba a la
vera del río. [2] De pronto subieron del río siete vacas hermo-
sas y lustrosas, que se pusieron a pacer en el carrizal. [3] Pero resul-
ta que detrás de aquéllas subieron del río otras siete vacas, de mal
aspecto y macilentas, las cuales se pararon cabe a las otras vacas
en la margen del río, [4] y las vacas de mal aspecto y macilentas se
comieron a las siete vacas hermosas y lustrosas. Entonces el fara-
ón se despertó.
[5] Y, dormido de nuevo, soño que siete espigas crecían en una
misma caña, lozanas y buenas. [6] Pero resulta que otras siete espigas
flacas y asolanadas brotaron después de aquellas, [7] y las espigas fla-
cas consumieron a las siete lozanas y llenas. Despertó el faraón, y
resulta que era un sueño.
[8] Aquella mañana estaba inquieto su espíritu y mandó llamar a
todos los magos y a todos los sabios de Egipto. El faraón les contó
su sueño, pero no hubo quien se lo interpretara al faraón. [9] Enton-
ces el jefe de escanciadores habló al faraón diciéndole: "Hoy me
acuerdo de mi yerro. [10] El faraón se había enojado contra sus sier-
vos y me había puesto bajo custodia en casa del jefe de los guardias

a mí y al jefe de los panaderos. [11] Entonces tuvimos sendos sueños
en una misma noche, tanto yo como él, cada uno con su sentido
propio. [12] Había allí con nosotros un muchacho hebreo, siervo del
jefe de los guardias. Le contamos nuestro sueño y él nos dio el sen-
tido propio de cada cual. [13] Y resultó que según nos lo había inter-
pretado, así fue: a mí me restituyó el faraón en mi puesto, y a él lo
colgó.

[14] El faraón mandó llamar a José y lo sacaron del calabozo con
premura, se afeitó y mudó de vestido y compareció ante el faraón.
[15] Dijo el faraón a José: "He tenido un sueño y no hay quien lo inter-
prete, pero he oído decir de ti que te basta oír un sueño para inter-
pretarlo". [16] Respondió José al faraón: "No hablemos de mí, que
Dios responda en buena hora al faraón".

[17] Y refirió el faraón a José su sueño: "Resulta que estaba yo a la
orilla del río, [18] cuando de pronto subieron del río siete vacas lustro-
sas y de hermoso aspecto, que pacían en el carrizal. [19] Pero resulta
que otras siete vacas subieron detrás de aquéllas, de muy ruin y
mala catadura, y macilentas, que jamás vi como aquellas en toda la
tierra de Egipto, de tan malas. [20] Y las siete vacas macilentas y malas
se comieron a las siete vacas primeras, las lustrosas. [21] Pero una vez
que las tuvieron dentro, ni se conocía que las tuviesen, pues su
aspecto seguía tan malo como al principio. Entonces me desperté,
[22] y volví a ver en sueños cómo siete espigas crecían en una misma
caña, henchidas y buenas. [23] Pero resulta que otras siete espigas
secas, flacas y asolanadas brotaban después de aquéllas, [24] y consu-
mieron las espigas flacas a las siete espigas hermosas. Se lo he dicho
a los magos, pero no hay quien me lo explique".

[25] José dijo al faraón: "El sueño del faraón es uno solo: Dios
anuncia al faraón lo que va a hacer. [26] Las siete vacas buenas son
siete años de abundancia, y las siete espigas buenas siete años son:
porque el sueño es uno solo. [27] Y las siete vacas macilentas y malas
que subían después de aquéllas son siete años; e igualmente las
siete espigas flacas* y asolanadas: es que habrá siete años de ham-
bre. [28] Esto es lo que yo he dicho al faraón. Lo que Dios va a hacer
lo ha mostrado al faraón. [29] Van a venir siete años de gran hartura
en todo Egipto. [30] Pero después sobrevendrán otros siete años de
hambre y se olvidará toda la hartura en Egipto, pues el hambre aso-
lará el país, [31] y no se conocerá hartura en el país, de tanta hambre

como habrá. [32] Y el que se haya repetido el sueño del faraón dos veces es porque la cosa es firme de parte de Dios, y Dios se apresura a realizarla.

[33] Ahora, pues, fíjese el faraón en algún hombre inteligente y sabio, y póngale al frente de Egipto. [34] Hágalo así el faraón: ponga encargados al frente del país y exija el quinto a Egipto durante los siete años de abundancia. [35] Ellos recogerán todo el comestible de estos años buenos que vienen, almacenarán el grano a disposición del faraón en las ciudades, y lo guardarán. 36 De esta forma quedarán registradas las reservas de alimento del país para los siete años de hambre que habrá en Egipto, y así no perecerá el país de hambre.

V. 27 «Flacas» según versiones; en hebreo, «vacías».

Este relato, que es continuación del de los sueños de los cortesanos, sería de tradición elohista, aunque la parte final, del v. 33 en adelante, tiene datos que pertenecen a una tradición paralela, la yahvista, pues nada recuerda aquí el estilo o las preocupaciones teológicas de la escuela sacerdotal. La alternativa sería que fueran complementos redaccionales. La situación de José pudo cambiar antes; el olvido del copero hace que pasen dos años: sólo por los sueños del faraón el copero lo recuerda y entona su "mea culpa".

El relato comienza con los sueños del faraón. La narración nos llega en doble formato, pues relata las cosas el narrador (vv. 1-7), y el faraón dará su versión a José (vv. 17-24). El primer sueño es que, estando el faraón junto al Nilo, ve salir del río siete vacas, gordas, lustrosas y hermosas a más no poder, que se pusieron a pacer entre los papiros o carrizales de la orilla del Nilo. Pero pronto suben otras siete vacas, éstas macilentas y de mala catadura. También se paran junto al río, pero éstas, las flacas y macilentas, se comen a las primeras siete, a las hermosas y gordas. Algo resultaba poco natural; el faraón se despierta preocupado, pero logra dormirse para tener un segundo sueño. Ahora, de una misma caña o planta de trigo brotaban siete espigas, lozanas y bien desarrolladas. Pero después de las primeras brotaban otras siete espigas, éstas asolanadas y flacas (o vacías). También ahora ocurre algo similar: las espigas flacas y asolanadas consumen a las lozanas y llenas.

El faraón se levanta preocupado (vv. 8-13). Para salir de la preocupación, importa encontrar quien interprete sus sueños. Está bien situado: Egipto es el país de los sabios y adivinos (cf. 1 R 5,10). Los relatos sacerdotales de las plagas de Egipto los hacen intervenir en paralelo a Moisés y Aarón, pero, si son capaces de reproducir el fenómeno maravilloso en las tres primeras ocasiones (Ex 7,12.22; 8,3), la cuarta vez se declaran incapaces y ven en lo realizado por orden de Yahvé el “dedo de Dios” (Ex 8,14s), y la quinta quedan vencidos (Ex 9,11). Cierto, aquí debe intervenir la sabiduría que interpreta los anuncios contenidos en unos sueños, no la que realiza cosas extraordinarias. Pero la sabiduría humana nada es comparada con la de Dios, aunque él puede comunicar su sabiduría a los suyos, sean José, Moisés o Daniel –José lo afirma aquí (40,8; 41,16), y es también el sentir de Isaías (Is 19,11-14)–. Pero al faraón le fallan los sabios y adivinos. Entonces el jefe de los escanciadores recuerda lo sucedido en prisión: él y el panadero mayor tuvieron unos sueños, cada uno el suyo, y un muchacho “hebreo”, esclavo del jefe de los guardias, interpretó sus sueños respectivos y les anunció lo que iba a sucederles tres días después por decisión del faraón.

El faraón manda buscar a José (vv. 14-16). Le dice que ha tenido un sueño que nadie ha podido interpretarle, pero que ha oído que él es capaz de interpretar sueños, que le basta escuchar el sueño para dar con la solución. José no se atribuye el mérito: cuando Dios quiere, da a conocer qué sentido tienen los avisos que hace a través de los sueños.

El faraón refiere entonces sus sueños a José (vv. 17-24); lo hace en términos similares a los empleados por el narrador en los vv. 1-7. José los interpreta sin problemas (vv. 25-32). Es un anuncio que Dios le comunica sobre lo que está por hacer, y los dos sueños significan lo mismo. Si son dos los sueños, como los de José (37,5-10), y significan lo mismo, la reiteración es la manera de hacer saber que lo anunciado es una decisión firme de parte de Dios; nada la cambiará o alterará. Las siete vacas gordas y hermosas y las siete espigas buenas y rebosantes son siete años de abundancia; las siete vacas macilentas y las siete espigas asolanadas y vacías son siete años de hambre. Dios va a hacer venir sobre Egipto en forma sucesiva siete años de gran abundancia y siete años en que la hambruna asolará al país.

Si la decisión es inalterable, ¿qué hacer ante lo que venidero? Hay que encontrar un hombre inteligente y sabio, y ponerle al frente de todo Egipto (vv. 33-36). Junto con ello, habrá que decretar que el quinto de las cosechas pertenece al faraón. En cada lugar del país tendrá que haber encargados que se ocupen del asunto: almacenarán todo el grano sobrante para tenerlo a disposición del faraón; lo disponible será registrado. Así se hará frente a los años de hambre.

José, primer ministro (41,37-49)

37 Pareció bien el discurso al faraón y a todos sus servidores,
38 y dijo el faraón a sus servidores: "¿Acaso se encontrará otro como
éste que tenga el espíritu de Dios?" 39 Y el faraón dijo a José: "Des-
pués de haberte dado a conocer Dios todo esto, no hay entendido
ni sabio como tú. 40 Tú estarás al frente de mi casa, y de tu boca
dependerá todo mi pueblo. Tan sólo el trono dejaré por encima de
ti". 41 Dijo el faraón a José: "Mira: te he puesto al frente de todo el
país de Egipto". 42 Y el faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso
en la mano de José, le hizo vestir ropas de lino fino y le puso el
collar de oro al cuello; 43 luego le hizo montar en su segunda carro-
za, e iban gritando delante de él: "¡Abrek!" Así lo puso al frente de
todo el país de Egipto.
44 Dijo el faraón a José: "Yo, el faraón: sin tu licencia no levantará
nadie mano ni pie en todo Egipto". 45 El faraón llamó a José Safnat
Panéaj y le dio por mujer a Asnat, hija de Poti Fera, sacerdote de On.
Y salió José investido de autoridad sobre el país de Egipto.
46 Tenía José treinta años cuando compareció ante el faraón, rey
de Egipto, y salió José de delante del faraón, y recorrió todo Egipto.
47 La tierra produjo con profusión durante los siete años de abun-
dancia, 48 y él hizo acopio de todos los víveres de los siete años en
que hubo hartura* en Egipto, poniendo en cada ciudad los víveres
de la campiña circundante. 49 José recolectó grano como la arena
del mar, una enormidad, hasta tener que desistir de contar, pues
era innumerable.

V. 48 «en que hubo hartura», según texto samaritano y griego; en hebreo «que tuvo».

Este pasaje es continuación de la interpretación de los sueños. Si era repetitiva la sección final, lo mismo sucede aquí; se repite la idea del alto puesto encomendado a José. La narración hace uso de la hipérbole: nadie podrá mover pie o mano sin permiso de José (v. 44); el grano almacenado sobrepasa todo cálculo (v. 49).

No es contestada la interpretación de José a los sueños del faraón. Él y sus cortesanos aprueban las medidas que José propone para hacer frente a los años de carestía (vv. 37-44). La pregunta del faraón supone que no se encontraría una persona que reuniese las cualidades que José señalaba (v. 33), como no fuera él mismo: se reconoce en él a alguien a quien guía el espíritu de Dios (ver Dn 4,5; 5,13.15; 13,42). El faraón pone todo en manos de José; será su segundo, aunque el trono del faraón quedará por encima de José, fuera de su alcance. Estará al frente del país. Su investidura, que el narrador imagina a través de lo que ha oído contar sobre la corte de Egipto en su tiempo, se hace mediante lo que el faraón le entrega o hace que le entreguen: pone en mano de José el propio anillo, hace que lo revistan con ropas de lino y le entrega un collar de oro. Por último, el faraón hace que José suba a su segunda carroza; se da a entender que José es paseado en ella por la ciudad; lo preceden heraldos que gritan: "¡Abrek!" La expresión pudiera explicarse por el egipcio *'b-r-k*, "¡eh, tu corazón", por tanto "¡cuidado!" Pero el término también se interpreta como si fuera el pregón del título: "visir".

El cargo confiado va acompañado de un nombre: el faraón da a José el nombre de Safnat Panéaj. Éste, como el de la esposa que recibe o el de su padre, son nombres egipcios con significado: Safnat Panéaj vale tanto como "Dios dice que está vivo"; el de la mujer, Asnat, es una proclamación de pertenencia: "propiedad de la diosa Neit"; el de Poti Fera, ya encontrado en la forma Putifar (37,36; 39,1), señala a la persona como "Regalo de Ra". Ra era el dios-sol. El nombre conviene bien a un sacerdote de On (Heliópolis), pues la ciudad era el centro del culto solar y su sacerdocio jugaba un papel político importante. José emparenta, por su matrimonio, con la más rancia nobleza de Egipto. Se ha notado que los nombres aparecen en fecha algo tardía, a partir de las dinastías XX-XXI (hacia los siglos XII-X a.C.). Aunque sean producto de la erudición del autor, no son pura invención, o se conoce bien la importancia de las castas sacerdotales (ver 47,22).

José supuestamente tenía treinta años cuando interpreta los sueños del faraón y recibe el cargo (vv. 46-49). Cuando llegan los años de abundancia, José hace acopio de víveres durante esos años: en cada ciudad se deposita el producto de la campiña circunvecina. Fue grande la abundancia y muchos víveres quedaron almacenados. Tantos eran, según el narrador, que hasta se desistió de llevar la cuenta exacta de lo que se almacenaba.

Hijos de José (41,50-57)

[50] Antes que sobreviniesen los años de hambre, le nacieron a José
dos hijos que le dio Asnat, la hija de Poti Fera, sacerdote de On.
[51] Llamó José al primogénito Manasés, porque –decía– "Dios me ha
hecho olvidar todo mi trabajo y la casa de mi padre", [52] y al segun-
do le llamó Efraín, porque –decía– "me ha hecho fructificar Dios en
el país de mi aflicción".
[53] Transcurrieron los siete años de hartura que hubo en Egipto [54]
y empezaron a llegar los siete años de hambre, como había predi-
cho José. Hubo hambre en todas las regiones; pero en todo Egipto
había pan. [55] Toda la tierra de Egipto sintió también hambre, y el
pueblo clamó al faraón pidiendo pan. Y dijo el faraón a todo
Egipto: "Id a José: haced lo que él os diga". – [56] El hambre cundió
por toda la faz de la tierra–. Entonces José sacó todas las existen-
cias* y abasteció* de grano a Egipto; [57] de todos los países venían
también a Egipto para proveerse comprando grano a José, porque
el hambre cundía por toda la tierra.

V. 56 (a) «todas la existencias», en hebreo; «todos los almacenes de trigo», en griego y siríaco.

V. 56 (b) «y abasteció» es conjetura, pues el hebreo dice «y compró».

Durante los años de abundancia nacieron los dos hijos de José y Asnat (vv. 50-52). Sus nombres aluden a circunstancias de la vida de José: el primero recibe el nombre de Manasés (*Menashsheh*), porque, dice José, Dios "me ha hecho olvidar" (*mashshanî*) mi trabajo, las pasadas situaciones de aflicción, y la casa de mi padre; el segundo se llama Efraín (*'Efrayîm*), porque, en palabras de José, Dios "me ha hecho fructificar" (*hifrahî*) en el país de mi aflicción.

Pasan los siete años de hartura y llegan los del hambre (vv. 53-57). Hay hambruna en Egipto, pero no se trata de un caso único: que el hambre se hiciera presente por igual entre sus vecinos, si no de modo más general, es el presupuesto de lo que sigue, de la historia de José y sus hermanos. Cuando el hambre se hace sentir, los egipcios claman a faraón; él se desentiende del asunto, diciendo a su pueblo que recurra a José. Éste echa mano de lo acumulado para proveer de grano a cuantos lo necesitan. No se limita a Egipto: si el hambre cunde en la tierra, de todas partes van a Egipto a comprar el trigo necesario por saber que allá lo había y se podía comprar por dinero.

PRIMER ENCUENTRO DE JOSÉ Y SUS HERMANOS (42,1-24)

42 **[1] Vio Jacob que se repartía grano en Egipto, y dijo Jacob a sus hijos: "¿Por qué os estáis ahí mirando? [2] Tengo oído que hay reparto de grano en Egipto. Bajad a comprarnos grano allí, para que vivamos y no muramos". [3] Bajaron, pues, los diez hermanos de José a proveerse de grano en Egipto; [4] pero a Benjamín, hermano de José, no lo envío Jacob con sus hermanos, pues se decía: "No vaya a sucederle alguna desgracia".**

[5] Fueron, pues, los hijos de Israel a comprar con otros que iban, pues había hambre en el país cananeo. [6] José era el que regía en todo el país, y él mismo en persona era el que distribuía grano a todo el mundo. Llegaron los hermanos de José y se inclinaron rostro en tierra. [7] Vio José a sus hermanos y los reconoció, pero él no se dio a conocer, y hablándoles con dureza les dijo: "¿De dónde venís?" Dijeron: "De Canaán, para comprar víveres".

[8] O sea, que José reconoció a sus hermanos, pero ellos no lo reconocieron. [9] José entonces se acordó de aquellos sueños que había soñado respecto a ellos, y les dijo: "Vosotros sois espías, que venís a ver los puntos desguarnecidos del país". [10] Contestaron: "No, señor, sino que tus siervos han venido a proveerse de víveres. [11] Todos nosotros somos hijos de un mismo padre, y somos gente de bien: tus siervos no son espías". [12] Replicó: "Nada de eso: a lo que venís es a ver los puntos desguarnecidos del país". [13] Dijéronle: "Tus sier-

vos somos doce hermanos, hijos de un mismo padre, en el país cananeo; sólo que el menor está actualmente con nuestro padre, y el otro no existe". [14] José replicó: "Lo que yo os dije: sois espías. [15] Con esto seréis probados, ¡por vida del faraón!; no saldréis de aquí mientras no venga vuestro hermano pequeño acá. [16] Enviad a cualquiera de vosotros y que traiga a vuestro hermano, mientras los demás quedáis presos. Así serán comprobadas vuestras afirmaciones, a ver si la verdad está con vosotros. Que si no, ¡por vida del faraón!, espías sois". [17] Y los puso bajo custodia durante tres días.

[18] Al tercer día les dijo José: "Haced esto –pues yo también temo a Dios– y viviréis. [19] Si sois gente de bien, uno de vuestros hermanos se quedará detenido en la prisión mientras los demás hermanos vais a llevar el grano que tanta falta hace en vuestras casas. [20] Luego me traéis a vuestro hermano menor; entonces se verá que son verídicas vuestras palabras y no moriréis". –Así lo hicieron ellos–. [21] Y se decían el uno al otro: "A fe que somos culpables contra nuestro hermano, cuya angustia veíamos cuando nos pedía que tuviésemos compasión y no le hicimos caso. Por eso nos hallamos en esta angustia". [22] Rubén les replicó: "¿No os decía yo que no pecarais contra el niño y no me hicisteis caso? ¡Ahora se nos reclama su sangre!" [23] Ignoraban ellos que José les entendía, porque mediaba un intérprete entre ellos. [24] Entonces José se apartó de su lado y lloró; y volviendo donde ellos tomó a Simeón y lo hizo amarrar a vista de todos.

El relato de base sería de tradición elohista: aunque parezca poco (si el v. 28 es yahvista), el nombre divino es *'elohîm* en los vv. 20 y 28. Además, el portavoz de los hermanos es Rubén (vv. 22.37), como en 37,22.26. Pero la tradición yahvista del cap. 43 también conoce un primer encuentro de José con sus hermanos. Quedarían breves pasajes al comienzo y al fin no pertenecientes a la tradición principal. Uno de ellos serían los vv. 27s, tal vez del yahvista, donde uno de los hermanos abre su talega y en su boca encuentra el dinero, pues según la tradición elohista lo encuentran cuando están de regreso y vacían los costales (v. 35).

El hambre ha llegado a Canaán, pero Jacob sabe que hay "reparto" de grano en Egipto (vv. 1-5). Para ser más exactos, allá se puede comprar grano. Con tal noticia, ¿a qué estar allí sin hacer nada? Es el momento de ir a Egipto y traer de allá el trigo necesario. Envía, pues, a los hermanos, salvo al Benjamín, no fuera a pasarle alguna desgracia. Los hermanos van con otros, pues no son los únicos acosados por el hambre en el país cananeo.

El narrador, como entre paréntesis, indica la manera de proceder de José (v. 6). Era el que regía, en nombre del faraón, todo el país y se encargaba personalmente de distribuir el grano a todos. El dato es inverosímil: guardar el trigo en cada lugar (ver 41,48) no habrá servido para nada, pues no ayudaba a distribuirlo donde se necesitaba, si había que acudir a José. Pero la dinámica del relato exige que los hermanos acudan a José.

Ellos llegan y José los reconoce, pero no ellos a él (vv. 7-17). Los trata con dureza y les interroga. Sabe que vienen de fuera, de Canaán; los acusa de ser espías, cuyo interés estaría en descubrir los puntos débiles en las defensas de Egipto. Para defenderse resumen los datos familiares: quién es su padre y cuántos hermanos son, quiénes faltan en relación con los presentes y por qué. José persiste en su acusación de que son espías; si le han hablado de un hermano menor que no los acompaña, deben traerlo para ver si dicen verdad o no. Entre tanto son puestos en prisión por tres días.

Al tercer día los hace comparecer de nuevo ante él (vv. 18-24). Aunque ya les dio un susto, confiesa ser temeroso de Dios y, por ello estar dispuesto a no pedirles algo excesivo o a probarlos en demasía: uno de ellos debe quedarse como rehén mientras los demás llevan a sus familias el trigo que necesitan. Para saber que dicen verdad en lo que le han contado, deben ir y traer a su hermano menor. Sólo así no morirán. Ellos entonces, hablando entre sí y no sabiendo que José, que usaba de un intérprete, los comprendía perfectamente, se preguntan si no estarán pagando lo que le hicieron a José, al no querer tener compasión de él. Rubén les reprocha no haberle hecho caso cuando debían, pero coincide con ellos: se les está pidiendo cuenta de su sangre. A José, que está presente, aquello lo conmueve; sale de su presencia para llorar. Pero se sobrepone, vuelve donde están y manda apresar a Simeón: será rehén mientras los demás van a Canaán y regresan con Benjamín.

Los hijos de Jacob regresan a Canaán (42,25-38)

**[25] Mandó José que les llenaran los envases de grano, que se
devolviera a cada uno su dinero en la talega y que se les pusieran
provisiones para el camino; así se hizo con ellos. [26] Ellos pusieron
su cargamento de grano sobre los burros y se fueron de allí. [27] Al ir
a hacer noche, uno de ellos abrió su talega para dar pienso a su
burro y vio que su dinero estaba en la boca de la talega de grano.
[28] Y dijo a sus hermanos: "¿Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros?"**

**[29] Llegaron donde su padre, a Canaán, y le manifestaron todas
sus aventuras, diciéndole: [30] "El hombre que es señor del país ha
hablado con nosotros duramente y nos ha tomado por espías del
país. [31] Nosotros le hemos dicho que éramos gente de bien y no
espías, [32] que éramos doce hermanos, hijos del mismo padre; que
uno de nosotros no existía, y que el otro se encontraba actualmente con nuestro padre en Canaán. [33] Entonces nos dijo el hombre que es señor del país: 'De este modo conoceré si sois gente de
bien; dejad conmigo a uno de vosotros, tomad lo que hace falta en
vuestras casas y marchaos [34] a buscarme a vuestro hermano pequeño. Así conoceré que no sois espías, sino gente de bien. Entonces
os entregaré a vuestro hermano y circularéis libremente por el
país'".**

**[35] Ahora bien, cuando estaban vaciando sus talegas, resulta que
cada uno tenía su dinero en la talega, y tanto ellos como su padre,
al ver las bolsas, sintieron miedo. [36] Su padre Jacob les dijo: "Me
dejáis sin hijos: Falta José, falta Simeón, y encima vais a quitarme
a Benjamín. Esto acabará conmigo".**

**[37] Dijo Rubén a su padre: "Que mueran mis dos hijos si no te lo
traemos. Confíamelo y yo te lo devolveré". [38] Replicó: "No bajará mi
hijo con vosotros, pues su hermano está muerto y sólo me queda
él. Si le ocurre cualquier desgracia en este viaje que vais a hacer,
entonces haríais bajar mi vejez angustiada al Seol".**

José manda que, antes de partir, les llenen de grano los envases o talegas; la prueba de un aprecio particular, aunque no lo comprendan los hermanos, es la orden de devolverles su dinero disimulado dentro

de los costales. El dinero devuelto provocará más de un quebradero de cabeza. Tampoco es normal la orden de ofrecerles provisiones de camino (vv. 25-28). Aunque pueden disponer de sí mismos, los hermanos no se hacen de rogar: cargan sus burros con el grano e inician el camino de regreso. Al término del día ocurre lo inimaginable: alguno de ellos abre su costal para tomar de allí el pienso para su burro y encuentra en la boca de su talega el dinero pagado por el grano. Es comprensible que quedaran sin aliento y pensando lo peor. Olvidemos la verosimilitud: ¡ir tan lejos por trigo y dárselo como pienso a un burro no parece lógico!

De regreso con Jacob, tienen mucho que contarle (vv. 29-34). Para ellos el poder de José es tal que, prescindiendo del faraón, lo declaran señor del país. Los ha tratado duramente tomándolos por espías. De nada les valió decir que eran gente de bien o contar su historia familiar. Quiere saber si le han dicho la verdad, si son gente de bien y no espías, y sólo lo podrán probar llevando a Benjamín. Si lo hacen, recuperarán a Simeón y podrán circular libremente por el país, sin que pese sobre ellos la sospecha de ser espías.

Por otra parte, si no antes (v. 28), descubren su dinero dentro de sus talegas al vaciar el grano (vv. 35-38). Que se descubriera en dos momentos se debería a la diferencia de tradiciones. También ahora la reacción es de temor. ¿No será equivocación? ¿O tratarán de atraparlos? Jacob parece desentenderse del asunto, pero dirá qué hacer; por ahora todo es quejarse de los hijos que faltan: José desapareció años atrás y ahora Simeón no ha regresado; a ello se añade la amenaza de quitarle a Benjamín… Están haciendo cuanto pueden para acabar con él. Rubén le responde que sus dos hijos son la garantía de que traerán a Benjamín de regreso. Uno se pregunta por qué "dos": el cap. 38 nos dice que son tres; dos son los mellizos que tiene de Tamar. –Cuando se trate de partir, intervendrá Judá, sin duda por la diferencia de tradiciones–. No es el momento de partir, pero Jacob no se deja convencer. Da a entender que para él sólo cuentan los hijos de Raquel: si uno, José, desapareció y le quieren quitar al otro, están haciendo lo posible para que baje al Seol lleno de tristeza y angustia.

Los hijos de Jacob vuelven llevando a Benjamín (43,1-14)

43 [1] El hambre seguía abrumando la tierra. [2] Así, pues, en cuanto acabaron de consumir el grano traído de Egipto, les dijo su padre: “Volved y compradnos algo de comer”. [3] Judá le dijo: “Bien claro nos dio a entender aquel hombre que no nos recibiría si no estaba con nosotros nuestro hermano. [4] Si mandas a nuestro hermano con nosotros, bajaremos y te compraremos víveres; [5] pero si no lo mandas, no bajamos, porque aquel hombre nos dijo: ‘No os presentéis a mí si no está vuestro hermano con vosotros’”. [6] Dijo Israel: “¿Por qué para desgracia mía hicisteis saber a ese hombre que teníais otro hermano?” [7] Dijeron: “Él empezó preguntándonos por nuestra familia, diciéndonos: ‘¿Tenéis aún padre? ¿Vive todavía vuestro padre? ¿Tenéis algún otro hermano?’ Y nosotros nos limitamos a responder a sus palabras. ¿Podíamos saber que iba a decirnos: Bajad a vuestro hermano?” [8] Dijo Judá a su padre Israel: Deja ir al chico conmigo: deja que vayamos para vivir y no morir ni nosotros, ni tú, ni nuestros pequeños. [9] Yo respondo de él, de mi mano lo exigirás si no lo trajere aquí y te lo presentare, y estaría yo en falta contigo a perpetuidad. [10] Que lo que es, si no nos hubiéramos entretenido, para estas horas ya estaríamos de vuelta”.

[11] Les dijo su padre Israel: “Siendo así, hacedlo; llevaos de lo más fino del país en vuestras cestas, y bajad a aquel hombre un regalo, un poco de sandáraca, un poco de miel, almáciga y ládano, pistachos y almendras. [12] Tomáis también con vosotros el doble de dinero y devolvéis personalmente el dinero devuelto en la boca de vuestras talegas, por si se trata de un error. [13] Tomad, pues, a vuestro hermano y volved inmediatamente donde ese hombre; [14] que El Sadday os haga hallar misericordia ante ese hombre, y que él os deje partir con vuestro otro hermano y con Benjamín. Por mi parte, si he de perder a mis hijos, qué le vamos a hacer”.

El relato de este capítulo y el siguiente es en lo fundamental de tradición yahvista. El indicio más claro es la intervención de Judá como portavoz de los hermanos (43,3-5.8-10; 44,16.18-34); la totalidad es incluso “Judá y sus hermanos” (44,14). El nombre del patriarca, ade-

más, es Israel en 43,6.8.11. Es verdad que el nombre divino Yahvé no aparece; en 43,14 Israel habla de El Sadday, lo que estaría de acuerdo con el uso sacerdotal (ver 17,1), pero no inventó el nombre la escuela sacerdotal; ya aparece en las bendiciones de Jacob (49,25). Que el nombre sea genérico en dos pasajes es comprensible: en 43,23 habla un egipcio; en 43,29 José habla como lo haría un egipcio, pues aún no se ha dado a conocer.

Si el hambre hace estragos, lo traído de Egipto por los hermanos no dura indefinidamente (vv. 1-10). Según el narrador, esperan hasta lo último, cuando han consumido cuanto trajeron. Jacob toma la iniciativa de enviarlos nuevamente a Egipto. Interviene Judá y recuerda que aquel hombre (José) les puso una condición: para presentarse ante él, deben llevar a Benjamín. Los términos de la alternativa son claros: o llevan a Benjamín o no pueden ir a buscar los víveres necesarios. Jacob se queja: ¿para qué dijeron a aquel hombre que tenían otro hermano? Los hermanos –todos son testigos de la serie de preguntas sobre la familia que les hizo– declaran que no podían adivinar las consecuencias de su respuesta. Judá trata de convencer a su padre. Él se hace responsable de Benjamín: estará por siempre en falta si no vuelve con él. Jacob debe comprender que ir a buscar víveres es necesario para todos, si quieren vivir; la discusión es pérdida de tiempo (aunque el rato de discusión no es de tales dimensiones que diese tiempo a ir a Egipto y volver).

Sea, dice finalmente Jacob; si no hay otra forma, hacedlo así (vv. 11-14). Pero sed previsores. Presentad a aquel hombre un regalo de los mejores productos del país, o los que se pueden obtener allí, pues la lista comprende los productos que los ismaelitas traían de Galaad para llevar a Egipto (37,25). También deben tomar el doble del dinero para devolver el encontrado en sus talegas, por si hubo error. Por lo demás, Jacob sólo tiene una recomendación, que vayan y vuelvan pronto, y un deseo, que la misericordia de El Sadday los acompañe. Así podrán volver con Benjamín, que le quitan, y con Simeón. Si las cosas no llegaran a suceder según sus deseos, Jacob dice estar dispuesto a lo peor, si el viaje significase perder a sus hijos, aunque no precisa si habla de los dos apenas mencionados o de todos.

Encuentro con José (43,15-34)

15 Ellos tomaron dicho regalo y el doble del dinero consigo, y
asimismo a Benjamín, y poniéndose en marcha bajaron a Egipto y
se presentaron a José. 16 José vio con ellos a Benjamín y dijo a su
mayordomo: "Lleva a esos hombres a casa, mata algún animal y lo
preparas, porque esos hombres van a comer conmigo a mediodía".
17 El hombre hizo como le había dicho José, y llevó a los hombres a
casa de José.
18 Ellos se asustaron porque se les llevaba a casa de José, y dije-
ron: "Es por lo del dinero devuelto en nuestros sacos la otra vez,
por lo que se nos trae acá, para ponernos alguna trampa, caer
sobre nosotros y reducirnos a esclavitud, junto con nuestros
asnos". 19 Y, acercándose al mayordomo de José, le dijeron a la
puerta de la casa: 20 "Mire, señor, nosotros bajamos anteriormente
a comprar víveres. 21 Pero resultó que cuando fuimos a hacer noche
y abrimos nuestras talegas de grano, nos encontramos con que el
dinero de cada uno estaba en la boca de su talega, nuestra plata
bien pesada, y la hemos devuelto con nosotros, 22 y además traemos
con nosotros más dinero para comprar víveres. Ignoramos quién
puso nuestro dinero en nuestras talegas". 23 Respondió: "La paz sea
con vosotros, no temáis. Vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os
puso ese tesoro en las talegas. Vuestro dinero ya me llegó". Y les
sacó a Simeón.
24 Luego los introdujo en casa de José, les dio agua y se lavaron
los pies, y les dio pienso para sus asnos. 25 Entonces ellos prepara-
ron el regalo, mientras llegaba José a mediodía, pues oyeron que
iban a comer allí.
26 Al entrar José en casa, le presentaron el regalo que llevaban
consigo y se inclinaron hasta el suelo. 27 Él les saludó y les preguntó:
"Vuestro anciano padre de quien me hablasteis, ¿vive aún?" 28 Y le
dijeron: "Está bien tu siervo, nuestro padre; todavía vive". Y pos-
trándose, se inclinaron. 29 Entonces José volvió los ojos y vio a
Benjamín, su hermano de madre, y dijo: "¿Éste es vuestro hermano
menor, de quien me hablasteis?" Y añadió: "Dios te guarde, hijo
mío". 30 José tuvo que darse prisa, porque le daban ganas de llorar
de emoción por su hermano, y entrando en el cuarto lloró allí.
31 Luego se lavó la cara, salió y conteniéndose dijo: "Servid la comi-

da". [32] Y le sirvieron a él aparte, aparte a ellos, y aparte a los egipcios que comían con él, porque los egipcios no soportan comer con los hebreos, cosa detestable para ellos. [33] Sentáronse, pues, delante de él por orden de antigüedad, de mayor a menor, y se miraban entre sí asombrados. [34] Él fue tomando de delante de sí raciones para ellos, y la ración de Benjamín era cinco veces mayor que la de todos los demás. Ellos bebieron y se alegraron en su compañía.

Se puede decir con brevedad lo que no interesa por sí mismo (vv. 15-17). Así sucede aquí: basta asegurarse que los hermanos no olvidan tomar consigo a Benjamín; también cuenta lo material, el doble dinero para el grano que han de traer y el regalo para José. Bajan a Egipto y se presentan a José, quien comprueba que han traído a Benjamín. A su mayordomo le ordena que los lleve a su casa, donde han de comer a mediodía, y que prepare una buena comida. El hombre ejecuta las órdenes de José.

Que se asustaran no es tan gratuito como parece (vv. 18-23). No los llevan a prisión, pero a lo mejor conducirlos a una casa es una trampa, probablemente por lo del dinero, si ellos no se explican la devolución. Es lo que dicen al mayordomo de José antes de entrar en la casa: antes vinieron a comprar víveres, pero encontraron el dinero pagado por el grano en sus costales (42,27-28.35); pero no hay problema: traen el dinero devuelto y el necesario para comprar nuevos víveres. La respuesta del mayordomo, si comprendieran el alcance de lo que dice, les aclaraba todo. No deben tener miedo por lo sucedido; la paz que les desea es lo que les espera. Sobre el dinero dos cosas se pueden decir: le llegó a él como administrador de los bienes de José y, si lo han recuperado en sus talegas, es que Dios, el Dios de su padre, les hace el regalo. Nosotros sabemos por qué el mayordomo habla como lo hace: estaba al tanto de lo hecho por José y hasta pudo haber sido el ejecutor de la orden de 42,25. Pero aquí sus palabras resultan sibilinas y los hermanos de José sólo comprenderán después su alcance. Un hecho positivo es que encuentren a Simeón.

Eso pasó a la puerta de la casa, y el mayordomo los hace entrar (vv. 24-30). La muestra de buena acogida y hospitalidad es patente: se les ofrece agua para lavarse los pies (ver 18,4; 19,2; 24,32); a sus asnos se les da el pienso necesario. En espera de que llegue José (pues han sabido que comerán con él), disponen el regalo que le han

traído. Cuando llega José le ofrecen su regalo, que entregan haciendo la zalema adecuada. Él les pregunta por su anciano padre; le responden que todavía vive. Después de ello, les pregunta si aquel que ve entre ellos es su hermano menor. Recordemos que supuestamente supo que existía por las respuestas a sus preguntas, por lo cual él exigió que se lo trajeran para saber si le decían la verdad. Por otra parte, había diferencia de edad entre ambos hermanos, si José nació en Jarán (30,22s) y Benjamín en Canaán (35,16), y hasta pudiera ser que el segundo dato fuera anticipación indebida, si 37,10 supone que todavía vivía Raquel y Benjamín no había nacido. José expresa a Benjamín un buen deseo, pero lo traiciona la emoción y tiene que salir de su presencia: llora afuera y sólo regresa cuando se ha lavado, para no delatarse.

Entonces ordena que sirvan la comida (vv. 31-34). Que comiera aparte de todos, tanto de sus hermanos (aunque comen en su presencia) como de los egipcios, tiene su explicación en lo que afirma el narrador: si comer con "hebreos" es cosa detestable a los egipcios, es natural que coman separados José y sus hermanos. No se explica por qué José come separado de los egipcios: ¿se considera a sí mismo como "hebreo", o los egipcios de que se habla son subordinados suyos, indignos de estar con él en un plano de igualdad? Los hermanos comen frente a él, sentados de mayor a menor. Su asombro queda inexplicado: no sabemos si es por comer en presencia de José o por la separación que se guarda, respecto a él y a los egipcios. Es llamativo que él distribuyera las porciones y que manifieste su preferencia por Benjamín, a quien ofrece una porción cinco veces mayor que la de sus hermanos. Que los hermanos bebieran y se alegraran en compañía de José es síntoma de que el espíritu de la fiesta los invadía, pero todavía habrá otro sobresalto.

La copa de José en la talega de Benjamín (44,1-17)

44 [1] Entonces él dio esta orden a su mayordomo: "Llena de víveres las talegas de estos hombres, cuanto quepa en ellas, y
pones el dinero de cada uno en la boca de la talega. [2] Y mi copa, la
copa de plata, la pones en la boca del saco del pequeño, además del dinero de su compra". Él hizo conforme a lo que había dicho José.

**[3] En cuanto alumbró el día, se les despachó con sus asnos.
[4] Salieron de la ciudad y, no bien se habían alejado, cuando José
dijo a su mayordomo: “Ponte en marcha y persigue a esos hombres,
les das alcance y les dices: ¿Por qué habéis pagado mal por bien?
[5] ¡Se trata nada menos que de lo que utiliza mi señor para beber, y
también para sus adivinaciones! ¡Qué mal habéis obrado!”**

**[6] Él los alcanzó y les habló a este tenor. [7] Ellos le dijeron: “¿Por
qué habla mi señor de ese modo? ¡Lejos de tus siervos hacer seme-
jante cosa! [8] De modo que te hemos devuelto desde Canaán el dine-
ro que encontramos en la boca de nuestras talegas, ¿e íbamos a
robar ahora de casa de nuestro señor plata u oro? [9] Aquél de tus
siervos a quien se le encuentre, que muera; y también los demás
nos haremos esclavos del señor”. [10] Respondió: “Sea como decís:
aquél a quien se le encuentre, será mi esclavo; pero los demás que-
daréis disculpados”. [11] Ellos se dieron prisa en bajar sus talegas y
fueron abriendo cada cual la suya; [12] él les registró empezando por
el grande y acabando por el chico, y apareció la copa en la talega
de Benjamín. [13] Entonces rasgaron ellos sus túnicas y, cargando
cada cual su burro, regresaron a la ciudad.**

**[14] Judá y sus hermanos entraron en casa de José, que todavía
estaba allí, y cayeron rostro en tierra. [15] José les dijo: “¿Qué habéis
hecho? Ignorabais que uno como yo tenía que adivinarlo sin falta?”
[16] Judá dijo: “¿Qué vamos a decir al señor, qué vamos a hablar, qué
excusa vamos a dar? Dios ha hallado culpables a sus siervos, y
henos aquí como esclavos de nuestro señor, tanto nosotros como
aquél en cuyo poder ha aparecido la copa”. [17] Replicó: “¡Lejos de mí
hacer eso! Aquél a quien se le ha hallado la copa, ése será mi escla-
vo, que los demás subiréis sin novedad donde vuestro padre”.**

El banquete invitaba a la alegría, pero lo bueno tiene su fin y ellos han venido por un motivo; no lo olvida José, que da instrucciones a su mayordomo (vv. 1-5). En cuanto amanezca los proveerá de víveres, del trigo que han venido a comprar; llenará la talega de cada uno, pero, como la vez anterior, pondrá el dinero a la boca del costal. Y una cosa más, también pondrá su copa de plata en el saco del pequeño. El mayordomo ejecuta las órdenes de José. Cuando llega el nuevo día, los hermanos son despachados y salen de la ciudad con sus asnos cargados. Pero apenas han salido de la ciudad y caminado un poco,

José ordena a su mayordomo ir tras ellos; cuando les dé alcance, los acusará de pagar mal por bien, por haber robado la copa de plata de su señor. Esa copa, si bien le sirve para beber, también es su copa de adivinar. ¿Cómo? Había un tipo de adivinación en Egipto y en el antiguo Oriente consistente en observar el movimiento o el sonido del agua al caer en la copa, o bien la forma que toman unas gotas de aceite: eran señales a las que se atribuía un sentido.

El mayordomo los alcanza y los acusa conforme a lo previsto (vv. 6-10). Los hermanos nunca dudan de que su comportamiento no hubiera sido el debido, aunque lo que les había pasado la otra vez con el dinero debía darles alguna sospecha: si encontraron el dinero, ¿no hallarán la copa? Responden de acuerdo con su conciencia, que no los acusa de nada; atribuirles el robo de la copa de plata de José les parece una acusación peregrina: ellos, los que han devuelto el dinero que encontraron en los sacos, ¿podían tener el atrevimiento de robar en casa de José la más mínima cosa, ya fuera oro o plata? Tan seguros están, que considerarían justo que muera aquel en cuyo saco se encuentre la copa; los demás serían esclavos de su señor. El mayordomo, que sabe lo que ha hecho, desdramatiza el asunto, pues el castigo baja de un grado en la escala: está de acuerdo en que el culpable reciba su merecido, pero basta que quede como esclavo suyo –no de su amo, sino de él mismo–; no hace falta condenarle a muerte. Y, si uno es culpable, los demás quedarán disculpados.

Como hay que descubrir al culpable, se disponen al cacheo; para eso bajan y abren sus talegas (vv. 11-13). El mayordomo las examina una a una, empezando por los mayores; así el culpable se descubre al final: la copa, como él bien sabía, está en el costal de Benjamín. ¿Qué hacer ante la evidencia? Decir algo no es lo apropiado, si "contra hechos no hay argumentos"; pero tampoco pueden dejar de hacer algo para manifestar que no son culpables. Lo que hacen, desgarrar sus vestidos, como cuando ocurre una desgracia, recalca que lo sucedido es eso, una desgracia llegada sin saber cómo; no forma parte de lo explicable por las propias acciones. Pero, quiéranlo o no, deben cargar sus asnos y volver a la ciudad con el mayordomo.

Judá y sus hermanos vuelven a la casa de José (vv. 14-17). Por supuesto, lo encuentran allí y los esperaba. Caen rostro a tierra y José los acusa de lo sucedido, como si fuera una acción premeditada. Que se atribuya adivinar lo que los hermanos supuestamente hicieron…

estamos mejor situados y tenemos los hilos ofrecidos por el narrador; no hay ningún misterio: José ha tramado todo, por dramática que parezca la situación a los hermanos, que no saben a dónde se encamina el asunto y qué pasos faltan para el final. La respuesta viene de Judá: confiesa que no hay nada que averiguar al respecto; si Dios los ha encontrado culpables, no les queda más que reconocer que son esclavos de su "señor", de José. La expresión de Judá no quiere decir que reconozca un hurto del que no son culpables; tampoco se debe suponer que lo atribuya a fatalismo y que habría relación con algo anterior, por ejemplo lo hecho a José, por lo que sería castigo de su culpa, de lo que un día hicieran a su hermano. Tal vez lo que da a entender es que Dios, por algo que ellos no serían capaces de precisar, está airado contra ellos y los castiga. Pero José no piensa, como antes su mayordomo, que deban ser tratados por igual: si uno es culpable, es aquél en cuyo poder se encontró la copa; los demás podrán partir y llevar a su padre y a los suyos los víveres necesarios. –Nótese que, según la terminología bíblica, ir de Egipto a Canaán es "subir", como ha sido "bajar" el venir a Egipto (43,15)–.

INTERVIENE JUDÁ (44,18-34)

**[18] Entonces se le acercó Judá y le dijo: "Con permiso, señor, tu
siervo va a pronunciar una palabra a mi señor, y que no se en-
cienda tu ira contra tu siervo, pues tú eres como el mismo faraón.
[19] Mi señor preguntó a sus siervos: '¿Tenéis padre o algún herma-
no?' [20] Y nosotros dijimos a mi señor: 'Sí, tenemos padre anciano, y
un hijo pequeño de su ancianidad. Otro hermano de éste murió;
sólo le ha quedado éste de su madre, y su padre le quiere'. [21] Enton-
ces tú dijiste a tus siervos: 'Bajádmelo, que ponga mis ojos sobre
él'. [22] Y dijimos a mi señor: 'Imposible que el muchacho deje a su
padre, pues si le dejara, éste moriría'. [23] Pero dijiste a tus siervos:
'Pues si no baja vuestro hermano menor con vosotros, no volveréis
a verme la cara'. [24] Así, pues, cuando subimos nosotros donde mi
padre, tu siervo, le expusimos las palabras de mi señor. [25] Nuestro
padre dijo: 'Volved y compradnos algo de comer'. [26] Dijimos: 'No
podemos bajar, a menos que nuestro hermano pequeño vaya con
nosotros. En este caso sí bajaríamos. Porque no podemos presen-**

tarnos a aquel hombre si no está con nosotros nuestro hermano el pequeño'. [27] Mi padre, tu siervo, nos dijo: 'Bien sabéis que mi mujer me dio a los dos: [28] el uno se me marchó, y dije que seguramente habría sido despedazado, y no lo he vuelto a ver más hasta ahora. [29] Y ahora os lleváis también a éste de mi presencia; si le ocurre alguna desgracia, haréis bajar mi ancianidad al Seol con amargura'. [30] Ahora, pues, cuando yo llegue a donde mi padre, tu siervo, y el muchacho no esté con nosotros, teniendo como tiene el alma tan apegada a la suya, [31] en cuanto vea que falta el muchacho morirá, y tus siervos habrán hecho bajar la ancianidad de nuestro padre, tu siervo, con tristeza al Seol. [32] La verdad es que tu siervo ha traído al muchacho de junto a su padre bajo palabra de que: 'Si no te lo traigo, quedaré en falta para con mi padre a perpetuidad'. [33] Ahora, pues, que se quede tu siervo en vez del muchacho como esclavo de mi señor, y suba el muchacho con sus hermanos. [34] Porque ¿cómo subo yo ahora a mi padre sin el muchacho conmigo? ¡No quiero ver la aflicción en que caerá mi padre!"

Si el diálogo como forma de desarrollar la acción es una constante, raramente encontramos en el Génesis grandes discursos de los personajes humanos: éste es apenas el segundo, pues en 24,34-49 el servidor de Abrahán resumía todo un desarrollo: la misión que su amo le había confiado y cómo se habían desarrollado las cosas hasta aquel momento. Algo similar sucede aquí: Judá toma la palabra para presentar en síntesis a qué obedece el haber traído a Benjamín, el hermano pequeño y ahora inculpado por encontrarse en su talega la copa de José.

Judá pide la venia para hablar, rogando a José que tenga paciencia para escuchar lo que quiere decir, en vez de tomarlo a mal (v. 18). En su discurso sintetiza lo ocurrido en su primer encuentro (vv. 19-23). José les preguntó por su padre y otros hermanos, y ellos no le encubrieron que tenían un padre anciano con un hijo todavía pequeño; es el hijo de su ancianidad. Es verdad que hubo antes otro hermano de su misma madre, pero de él afirman vagamente que murió. Si el momento no tuviera la gravedad que sabemos, encontraríamos un lado cómico: ¡el supuesto "muerto" es José! La relación de Jacob con su hijo más pequeño se resume en poco: ocupa el lugar de preferido que tuvo José. Ahora bien, José les exigió "bajarle" al hermano

menor, traerlo a Egipto. La respuesta dada ya la sabe él: quitárselo a su padre era un asunto serio, sería como matarlo. Eso lo hizo cambiar, porque José lo exigió para recibirlos otra vez.

De todo esto hablaron cuando fueron donde su padre, sobre todo cuando fue evidente que debían volver a Egipto (vv. 24-29). Su mismo padre, llegado el momento, les pidió volver a Egipto. Ellos le explicaron cómo están las cosas: o baja con ellos Benjamín o no podrán presentarse ante quien tendrían que hacerlo, si quieren obtener el trigo necesario. Jacob les replica que bien saben cómo Raquel le dio sólo dos hijos: José, del que tuvo que decir que tal vez una bestia feroz lo habría despedazado (ver 37,33) y al que no ha vuelto a ver. Ahora quieren quitarle al otro hijo de Raquel. Si algo le pasara, lo harían pasar por el amargo trago de morir de tristeza; bajar al Seol sería la consecuencia. –Queda sobreentendido que, a pesar de todo, Jacob consiente que se lleven a Benjamín; tan es así que está ante José como culpable de haber robado su copa de plata–.

Judá pasa a las consecuencias (vv. 30-34). Llegar de vuelta con su padre y presentarse ante él será para todos, para él en especial (pues tomó a Benjamín bajo su responsabilidad), darle muerte, hacerlo bajar al Seol lleno de tristeza, teniendo en cuenta su apego al muchacho. Porque es cierto, recalca Judá, que él se comprometió en particular. Debe haber alguna alternativa posible, y es lo que él propone: está dispuesto a reemplazar a Benjamín, a ser esclavo de José en lugar de él, para que Benjamín vuelva con sus hermanos. No le cabe en la cabeza, no ve cómo podría presentarse ante su padre sin el muchacho.

José se descubre a sus hermanos (45,1-15)

45 [1] Ya no pudo José contenerse delante de todos los que en pie le asistían y exclamó: "Echad a todo el mundo de mi lado. Y no quedó nadie con él mientras se daba a conocer José a sus hermanos. [2] (Y se echó a llorar a gritos, y lo oyeron los egipcios, y lo oyó hasta la casa del faraón.)*

[3] José dijo a sus hermanos: "Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?" Sus hermanos no podían contestarle, porque se habían quedado atónitos ante él. [4] José dijo a sus hermanos: "Vamos, acercaos a mí".

Se acercaron, y él continuó: "Yo soy vuestro hermano José, a quien
vendisteis a los egipcios. 5 Ahora bien, no os pese ni os dé enojo
haberme vendido acá, pues para salvar vidas me envió Dios delan-
te de vosotros. 6 Porque con éste van dos años de hambre en la tie-
rra, y aún quedan cinco en que no habrá arada ni siega. 7 Dios me
ha enviado delante de vosotros para que podáis sobrevivir en la tie-
rra y para salvaros la vida mediante una feliz liberación. 8 O sea, que
no fuisteis vosotros los que me enviasteis acá, sino Dios, y él me ha
convertido en padre del faraón, en dueño de toda su casa y amo de
todo Egipto.

9 Subid de prisa a donde mi padre, y decidle: 'Así dice tu hijo
José: Dios me ha hecho dueño de todo Egipto; baja a mí sin demo-
ra. 10 Vivirás en el país de Gosen, y estarás cerca de mí con tus hijos
y nietos, tus ovejas y tus vacadas y todo cuanto tienes. 11 Yo te sus-
tentaré allí, pues todavía faltan cinco años de hambre, no sea que
quedéis en la miseria tú y tu casa y todo lo tuyo. 12 Con vuestros pro-
pios ojos estáis viendo, y también mi hermano Benjamín con los
suyos, que soy yo en persona quien os habla. 13 Notificad, pues, a mi
padre toda mi autoridad en Egipto y todo lo que habéis visto, y en
seguida bajad a mi padre acá".

14 Y, echándose al cuello de su hermano Benjamín, lloró; tam-
bién Benjamín lloraba sobre el cuello de José. 15 Luego besó a todos
sus hermanos, llorando abrazado a ellos; después de lo cual sus
hermanos estuvieron conversando con él.

V. 2 El texto hebreo se considera corrompido; la versión griega precisa algo y su texto se prefiere en NBJ, pero el sentido no difiere esencialmente. El hebreo se puede traducir: «Y levantó la voz en su llanto, lo escucharon los egipcios y escuchó la casa del faraón».

José no aguanta más y se descubre a sus hermanos (vv. 1-3). Pide que todo su personal salga de su presencia y queda solo con sus hermanos. Que lo embargase la emoción y que llorase es comprensible, pero el v. 2 se entendería mejor más adelante, no antes de darse a conocer a sus hermanos. Sus primeras palabras, identificándose y preguntando si todavía vive su padre, suscitan la incredulidad de los hermanos, pero su reacción es comprensible por lo que ellos le habían hecho: podían temer que, teniéndolos a su merced, José tomara venganza; su temor se manifiesta todavía al morir su padre (50,15-21).

Como ellos siguen incrédulos, José les manda acercarse y reitera que es José, su hermano, el que un día ellos vendieron –mediatamente– a los egipcios (vv. 5-8). Deben desechar todo temor: "Dios escribe derecho con renglones torcidos"; ellos pensaron hacerle daño, pero Dios tuvo a bien enviarle allá antes que a ellos para así salvar vidas. ¿Cómo es eso? Apenas han pasado dos de los siete años de hambre. Quedan cinco en que de nada servirá arar o segar: no habrá cosecha. Y volviendo al tema de la salvación providencial, José afirma que Dios tuvo a bien enviarlo a Egipto antes que a sus hermanos para salvarles la vida, alcanzarles la alegre y feliz liberación en estos tiempos calamitosos. Sí, Dios tuvo a bien hacer que viniera a Egipto y hasta convertirlo en "padre" del faraón, lo que no es afán de vanagloria –a pesar de lo que añade, que también ha llegado a ser el amo de la casa del faraón y el dueño de todo el país de Egipto–, sino un título reconocido del visir (Is 9,5; 22,21; Est 3,13f = Vulg. 12,6; 8,12l = Vulg. 16,11), y eso ha sido en bien de toda la familia.

Queda una cosa por hacer: ir cuanto antes donde Jacob para hacerlo venir (vv. 9-13). Les confía la misión de heraldos con un mensaje preciso: puesto que él vive y tiene el cargo de visir en Egipto, debe "bajar" sin demora. Allá vivirá sin sobresalto con toda su familia. José se propone instalarlos, a él y a los suyos con sus ganados y pertenencias, en Gosen, en la parte oriental del delta del Nilo. Viviendo allí, José los sustentará durante los cinco años de hambre que quedan. Después del mensaje que habían de transmitir a su padre, José habla nuevamente a sus hermanos y a Benjamín para convencerlos: es él y no hay engaño en sus palabras. Lo que les toca hacer es claro: ir cuanto antes con su padre, convencerlo de la autoridad que José tiene en Egipto, según han podido comprobar, y traer, "bajar", a su padre para que puedan vivir cerca unos de otros.

Después de todo esto, José da rienda suelta a las expresiones afectivas del caso: se echa al cuello de Benjamín y llora, como lo hace también, acompañándolo, Benjamín –aquí se comprendería la anotación del v. 2 en el sentido de que su llanto es escuchado fuera y llega a oídos del faraón–. Por supuesto, no se limita a Benjamín: besa y abraza también a los demás hermanos y, después de ello, se queda conversando con ellos.

Invitación del faraón (45,16-20)

**[16] En el palacio del faraón corrió la voz: "Han venido los her-
manos de José". La cosa cayó bien al faraón y a sus siervos, [17] y
el faraón dijo a José: "Di a tus hermanos: Haced esto: Cargad vues-
tras acémilas y poneos inmediatamente en marcha hacia Canaán,
[18] tomad a vuestro padre y a vuestras familias, y venid a mí, que yo
os daré lo mejor de Egipto, y comeréis lo más pingüe del país. [19] Por
tu parte, ordénales*: Haced esto: Tomad de Egipto carretas para
vuestros pequeños y mujeres, y os traéis a vuestro padre. [20] Y voso-
tros mismos no tengáis pena de vuestras cosas, que lo mejor de
Egipto será para vosotros".**

V. 19 «ordénales», en griego y Vulgata; en el texto hebreo: «has recibido esta orden».

Más por lo que se escuchó fuera (v. 2) que por una comunicación de José, la noticia de la presencia de los hermanos de José llega al palacio del faraón. Su venida es de su agrado y del de la corte ("de sus siervos"). El faraón se pone al habla con José y le da instrucciones en el mismo sentido de lo que él dijo a sus hermanos. Sí, que vengan a Egipto el padre de José y las familias de todos y cada uno de ellos. Podrán instalarse en Egipto: recibirán lo mejor del país y comerán lo más valioso de sus productos. Piensa incluso en el traslado, pues le da instrucciones para que lleven desde Egipto las carretas en que puedan traer cómodamente a sus mujeres y sus niños.

Regreso a Canaán (45,21-28)

**[21] Así lo hicieron los hijos de Israel; José les proporcionó carretas
por orden del faraón; y les dio provisiones para el camino. [22] A todos
ellos dio sendas mudas, pero a Benjamín le dio trescientas piezas de
plata y cinco mudas. [23] A su padre le envió asimismo diez burros car-
gados de lo mejor de Egipto y diez asnas cargadas de trigo, pan y
víveres para el viaje de su padre. [24] Luego despidió a sus hermanos,
y cuando se iban les dijo: "No os excitéis en el camino*".**

**[25] Subieron, pues, de Egipto y llegaron a Canaán, a donde su padre
Jacob, [26] y le anunciaron: "Todavía vive José, y es el amo de todo**

Egipto". Pero él se quedó impasible, pues no les creía. [27] Entonces le repitieron todas las palabras que José les había dicho, vio las carretas que José había enviado para transportarle, y revivió el espíritu de su padre Jacob. [28] Y dijo Israel: "¡Esto me basta! Todavía vive mi hijo José; iré y lo veré antes de morirme".

V. 24 El sentido del v. no es seguro (tal vez el el texto está corrompido), pues no hay razón para la exhortación a no excitarse: ¿les recomienda evitar precipitaciones, disputas o inquietudes? Lo último es comprensible por lo que ellos habían hecho a José.

Aunque el del regreso momentáneo no parezca el mejor momento, se insiste en los regalos de José, mencionados junto con las previsiones para el viaje (vv. 21-24). En efecto, las carretas que José proporciona servirán para el viaje de Jacob y los suyos a Egipto. Lo enviado por José a su padre "Israel" se podría dividir entre provisiones para el camino y regalos, que corresponden a los que Jacob hizo que le llevaran sus hijos (43,11). Pero también hay regalos para los hermanos, pues cada uno recibe una muda y Benjamín cinco, amén de trescientas piezas de plata. La recomendación sobre el modo de conducirse no es clara, como se señala en la nota de crítica textual.

Ellos "suben" sin novedad a Canaán y llegan con su padre (vv. 25-28). El primer anuncio de que José vive y es el amo en Egipto no provoca ninguna reacción: no daba fe a sus palabras. Detallan o dan pormenores del asunto: le refieren las palabras que intercambió con ellos, le muestran las carretas que manda para que "baje" con toda su familia a Egipto. Entonces se convence y, literalmente, «revivió el espíritu de su padre Jacob», cosa que declaran muy bien sus palabras: si temía bajar en amargura al Seol porque le quitaban a Benjamín (42,36.38; 44,29), ahora se alegra porque verá de nuevo a José antes de morir.

JACOB SALE PARA EGIPTO (46,1-7)

**46 [1] Partió Israel con todas sus pertenencias y llegó a Berseba,
donde hizo sacrificios al Dios de su padre Isaac. [2] Y dijo Dios
a Israel en visión nocturna: "¡Jacob, Jacob!" – "Aquí estoy", respon-
dió. – [3] "Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas bajar a Egipto,**

porque allí te haré una gran nación. [4] Bajaré contigo a Egipto y yo mismo te subiré también. José te cerrará los ojos". [5] Jacob partió de Berseba y los hijos de Israel montaron a su padre Jacob, así como a sus pequeños y mujeres, en las carretas que había mandado el faraón para transportarle.

[6] También tomaron sus ganados y la hacienda lograda en Canaán, y fueron a Egipto, Jacob y toda su descendencia con él. [7] Sus hijos y nietos, sus hijas y nietas: a toda su descendencia se la llevó consigo a Egipto.

Este pasaje armoniza datos de diferentes tradiciones. El punto de partida no se explicita, pero antes la tradición yahvista hablaba de Mambré-Hebrón (37,14). La tradición elohista le hace venir de Berseba (v. 5; era una simple etapa en el v. 1), y a ella pertenecería la mayor parte del pasaje. También hay datos sacerdotales en los vv. 6s y, posiblemente, en 26s.

Jacob ("Israel") parte, tal vez de Mambré. De camino hacia el sur, pasa por Berseba. Puesto que con este lugar estuvo relacionado Isaac, se comprende que ofreciera sacrificios al Dios de su padre. Allí le habla Dios en visión nocturna; se presenta como el Dios de su padre y lo exhorta a no tener miedo de "bajar" a Egipto. Es allí donde su descendencia se convertirá en una gran nación. Allí morirá y José le cerrará los ojos. Pero si Dios "baja" con él a Egipto, él se encargará también de "subirlo" de allí, promesa relacionada con su entierro en Canaán (50,1-14) y con la vuelta a Canaán de su descendencia. La partida decisiva ocurre ahora; por eso se habla de la utilización de las carretas del faraón, pues gracias a ellas pueden ser transportados Jacob, las mujeres y los niños. Por supuesto, "bajan" a Egipto con sus ganados y con toda su hacienda, además de llevarse allá a la familia completa.

La familia de Jacob (46,8-27)

[8] Éstos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto: Jacob y sus hijos. El primogénito de Jacob: Rubén, [9] y los hijos de Rubén: Henoc, Palú, Jesrón y Carmí; [10] los hijos de Simeón: Yemuel, Yamín, Ohad, Yaquín, Sójar y Saúl, hijo de la cananea;

**[11] los hijos de Leví: Guersón, Queat y Merarí; [12] los hijos de Judá: Er,
Onán, Selá, Peres y Zéraj (pero Er y Onán ya habían muerto en
Canaán), y los hijos de Peres: Jesrón y Jamul; [13] los hijos de Isacar:
Tolá, Puá, Yasub y Simrón; [14] los hijos de Zabulón: Séred, Elón y
Yahleel. [15] Éstos fueron los hijos que Lía había dado a Jacob en
Padán Aram, y también su hija Dina. Sus hijos y sus hijas eran en
total treinta y tres personas.**

**[16] Los hijos de Gad: Sefón, Jaguí, Suní, Esbón, Erí, Arodí y Arelí.
[17] Los hijos de Aser: Yimná, Yisvá, Yisví, Beriá y Séraj, hermana de
ellos. Hijos de Beriá: Jéber y Malquiel. [18] Éstos son los hijos de
Zilpá, la que Labán diera a su hija Lía; ella engendró para Jacob
estas dieciséis personas.**

**[19] Los hijos de Raquel, mujer de Jacob: José y Benjamín. [20] A José
le nacieron en Egipto Manasés y Efraín, de Asnat, hija de Poti Fera,
sacerdote de On. [21] Los hijos de Benjamín: Belá, Béquer, Asbel,
Guerá, Naamán, Ejí, Ros, Mupín, Jupín y Ard. [22] Éstos son los hijos
que Raquel dio a Jacob. En total catorce personas.**

**[23] Los hijos de Dan: Jusín. [24] Los hijos de Neftalí: Yajseel, Guní,
Yeser y Salún. [25] Éstos son los hijos de Bilhá, la que Labán diera a
su hija Raquel, y que ella engendró para Jacob: en total siete personas.**

**[26] Todas las personas que entraron con Jacob en Egipto, nacidos
de sus entrañas –salvo las mujeres de los hijos de Jacob– hacían un
total de sesenta y seis personas. [27] Los hijos de José, que habían
nacido en Egipto, eran dos. Todas las personas de la casa de Jacob
que entraron en Egipto eran setenta*.**

V. 27 La versión griega añade cinco descendientes de Efraín y Manasés, lo que explica el total de setenta y cinco personas del discurso de Esteban en Hch 7,14.

Como ha de "bajar" a Egipto con todos los suyos, el relato se interrumpe para introducir la supuesta lista completa de la familia de Jacob en aquel momento. La lista de familia no parece tener una relación particular con la ida a Egipto, pero la introduce en el contexto la redacción sacerdotal; para ello se interrumpe el relato, que proseguirá en el v. 28. De esa lista podemos constatar la relación con los clanes a la salida de Egipto (Nm 26,5-50.57-61). Su inverificabilidad es evidente: sólo hemos tenido noticia de los hijos de Judá (38,1-3.27-

30), de los que dos han muerto (38,7.10), así como del matrimonio de José y de los dos hijos que le dio Asnat, Efraín y Manasés (41,45.50-52). De ambos se hablará en el cap. 48.

José recibe a los suyos (46,28-34)

[28] Israel mandó a Judá por delante adonde José, para que éste le precediera* a Gosen; y llegaron al país de Gosen. [29] José enganchó su carroza y subió a Gosen, al encuentro de su padre Israel. Cuando lo vio, se echó a su cuello y estuvo llorando sobre su cuello. [30] Dijo Israel a José: "Ahora ya puedo morir, después de haber visto tu rostro, pues que tú vives todavía".

[31] José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre: "Voy a subir a avisar al faraón y decirle: 'Han venido a mí mis hermanos y la casa de mi padre que estaban en Canaán. [32] Son pastores de ovejas, pues siempre fueron ganaderos, y han traído ovejas, vacadas y todo lo suyo'. [33] Así, cuando os llame el faraón y os diga: '¿Cuál es vuestro oficio?', [34] le decís: 'Ganaderos hemos sido tus siervos desde la mocedad hasta ahora, lo mismo que nuestros padres'. De esta suerte os quedaréis en el país de Gosen". Porque los egipcios detestan a todos los pastores de ovejas.

V. 28 O «se le presentara en», texto samaritano y versión siríaca: texto dudoso.

El final del cap. 46 y el comienzo del cap. 47, hasta vv. 5a.6b (probablemente con v. 12), son de tradición yahvista, pero 5a.6b pueden ser una presentación alternativa de la instalación en Egipto: todo se reduce a la orden del faraón de que residan en Gosen. Por otra parte, el final del v. 34 parece una adición. Sería extraño que los hermanos de José se presenten como ganaderos o pastores para llegar a este dato. De hecho se ha querido explicar la frase por el odio de los egipcios hacia los Hiksos, los reyes "Pastores", pero esa explicación del término "hiksos" no parece anterior a la época griega. Antes, en 43,32, se afirmó sólo que los egipcios detestan comer con los "hebreos".

Jacob (Israel) manda a Judá por delante par avisarle de su llegada y, aparentemente, decirle que llegará sólo hasta Gosen (vv. 28-30). Por eso José engancha su carroza y va a Gosen para encontrarlo.

Abrazarlo y llorar sobre su cuello es lo que antes había ocurrido con Benjamín (45,14). Jacob expresa su satisfacción por haber visto a José: verlo, y vivo, ha satisfecho su último deseo; ya no morirá con la tristeza de que algo en su vida pudo ser mejor.

José, por otra parte, prevé el momento en que hablará del asunto con el faraón, que los invitará a verlo (vv. 31-34). Avisa al faraón de la llegada de su familia y hermanos que habitaban en Canaán. Al hablarle de ellos, los presentará como ganaderos o pastores de rebaños de ovejas y vacas. Por eso, cuando él les pregunte por su oficio, le responderán que son pastores, igual que sus antepasados. Así podrán quedarse en la región de Gosen: en la zona oriental del delta del Nilo, los ganados no estorban los cultivos, a diferencia de lo que ocurriría en el valle del Nilo. Ya se ha observado al presentar el pasaje que la frase final del v. 34 podría tener algo que ver con la etimología de los Hiksos o reyes "Pastores".

AUDIENCIA DEL FARAÓN (47,1-6B)

**47 1 Vino, pues, José, a dar parte al faraón, diciendo: "Mi padre,
mis hermanos, sus ovejas y vacadas y todo lo suyo han veni-
do de Canaán, y ya están en el país de Gosen". 2 Luego, de entre
todos sus hermanos, tomó consigo a cinco varones y los presentó
al faraón. 3 Dijo el faraón a los hermanos: "¿Cuál es vuestro oficio?"
Respondieron al faraón: "Pastores de ovejas son tus siervos, lo
mismo que nuestros padres". 4 Y dijeron al faraón: "Hemos venido
a residir en esta tierra, porque no hay pastos para los rebaños que
tienen tus siervos, por ser terrible el hambre en Canaán. Así pues,
deja morar a tus siervos en el país de Gosen". 5a* Dijo el faraón
a José: 6b "Que residan en el país de Gosen. Y, si te consta que hay
entre ellos gente capacitada, ponles por rabadanes de lo mío.**

V. 5ª Para el mejor sentido del texto se separan 5a y 6b de 5b-6a; es el orden del griego, mejor que el del hebreo.

José informa al faraón de la llegada de su padre y de sus hermanos de Canaán; subraya que han venido con sus ovejas y vacas, y que ya están instalados en la región de Gosen. José no espera ningún

comentario por parte del faraón; su siguiente paso consiste en presentarle a cinco de sus hermanos, como representantes de la familia. El faraón les pregunta por su oficio y ellos, siguiendo el consejo de José (46,34a), se presentan como pastores de ovejas. Han "bajado" a Egipto, dicen, y esperan poder residir allí a causa del hambre que azota al país de Canaán; para ellos la triste realidad es que no hay pastos para sus ganados. Por eso terminan pidiéndole que les permita residir en Gosen. Es de suponer que el faraón les dio una respuesta positiva. En el texto actual, según el orden del griego, la orden escueta de que residan en Gosen, comunicada por José, no parece responder a una audiencia previa.

OTRO RELATO (47,5B-12)

**5b Jacob y sus hijos vinieron a Egipto donde José. El faraón, rey
de Egipto, se enteró y dijo a José: "Tu padre y tus hermanos han
venido a tí. 6a Tienes el territorio egipcio por delante: en lo mejor del
país instala a tu padre y a tus hermanos". 7 Jacob llevó a su padre
Jacob y lo presentó al faraón, y Jacob bendijo al faraón. 8 Dijo el
faraón a Jacob: "¿Cuántos años tienes?" 9 Respondió Jacob al fara-
ón: "Los años de mis andanzas hacen ciento treinta años; pocos y
malos han sido los años de mi vida, y no han llegado a igualar los
años de vida de mis padres, en el tiempo de sus andanzas". 10 Ben-
dijo, pues, Jacob al faraón, y salió de su presencia. 11 José instaló a
su padre y a sus hermanos, asignándoles predio en territorio egip-
cio, en lo mejor del país, en el país de Ramsés, según lo había man-
dado el faraón.**

12 Y José proveyó al sustento familiar de su padre y sus hermanos y toda la casa de su padre.

Ésta sería la versión sacerdotal del establecimiento de la familia de Jacob en Egipto. Como para que las cosas ocurran en la debida forma, el faraón se entera primero de la llegada de Jacob y de los suyos (vv. 5b-6a.7). A continuación informa a José de su decisión: puede instalarlos en lo mejor del país. José, por su parte, presenta a Jacob ante el faraón. Lo que hace el patriarca, tanto al ser presentado como al término de la breve audiencia, es "bendecir" al faraón. La

significación banal, inmediata, no se puede excluir: “bendecir” equivale tanto a “saludar” a una persona al encontrarla como a “despedirse” de ella; Jacob, presentado por José al faraón, lo saluda al llegar y al despedirse de él. Pero puede haber otras implicaciones: Jacob, como Abrahán e Isaac, ha recibido la bendición del Señor y, si de él se ha dicho que, por su medio, alcanzarán bendición todos los linajes de la tierra (28,14), es de suponer que el patriarca paga con el bien el que se le hace a él.

La audiencia es breve (vv. 8-10). El faraón pregunta a Jacob su edad. Jacob se queja de que, aunque cuenta ya ciento treinta, los años de sus andanzas han sido menos que los de sus antepasados; sí, se queja: han sido pocos y malos. Terminada la audiencia, en breves palabras se declara qué pasa con Jacob y su familia (vv. 11s). José los instala asignándoles predio en territorio egipcio. Por supuesto, conforme a la orden del faraón, se trata de lo mejor del país, pero, contrariamente a las otras tradiciones, no se habla de Gosen. De suyo, el nombre del lugar es Ramsés –el Ramsés bíblico, como en Ex 1,11, se identificaría con la antigua Tanis o con Cantir, pero aquí sería un anacronismo, si, por hipótesis, estamos antes de Ramsés II–, aunque se le da una connotación amplia al hablar del país (o la región) de Ramsés. José, por otra parte, provee al sustento de su padre, de sus hermanos y de toda su familia. No se precisa que esto valga por un tiempo, por ejemplo, mientras pasan los años de hambre.

Política agraria de José (47,13-26)

**[13] No había pan en todo el país, porque el hambre era gravísima,
y tanto Egipto como Canaán estaban muertos de hambre. [14] Enton-
ces José se hizo con toda la plata existente en Egipto y Canaán a
cambio del grano que ellos compraban, y llevó José aquella plata al
palacio del faraón.**

**[15] Agotada la plata de Egipto y de Canaán, acudió Egipto en masa
a José diciendo: “Danos pan. ¿Por qué hemos de morir en tu pre-
sencia ahora que se ha agotado la plata?” [16] Dijo José: “Entregad
vuestros ganados y os daré pan* por vuestros ganados, ya que se ha
agotado la plata”. [17] Trajeron sus ganados a José y José les dio pan
a cambio de caballos, ovejas, vacas y burros. Y les abasteció de pan
a trueque de todos sus ganados por aquel año.**

[18] Cumplido el año, acudieron al año siguiente y le dijeron: "No disimularemos a nuestro señor que se ha agotado la plata, y también los ganados pertenecen ya a nuestro señor; no nos queda a disposición de nuestro señor nada, salvo nuestros cuerpos y nuestras tierras. [19] ¿Por qué hemos de morir delante de tus ojos así nosotros como nuestras tierras? Aprópiate de nosotros y de nuestras tierras a cambio de pan, y nosotros con nuestras tierras pasaremos a ser esclavos del faraón. Pero danos simiente para que vivamos y no muramos, y el suelo no quede desolado".

[20] De este modo se apropió José de todo el suelo de Egipto para el faraón, pues los egipcios vendieron cada uno su campo porque el hambre les apretaba, y la tierra vino a ser del faraón. [21] En cuanto al pueblo, lo redujo a servidumbre*, de cabo a cabo de las fronteras de Egipto. [22] Tan sólo las tierras de los sacerdotes no se las apropió, porque los sacerdotes tuvieron tal privilegio del faraón, y comieron de dicho privilegio que les concedió el faraón. Por lo cual no vendieron sus tierras.

[23] Dijo entonces José al pueblo: "Veis que os he adquirido hoy para al faraón a vosotros y a vuestras tierras. Ahí tenéis simiente: sembrad la tierra, [24] y luego, cuando la cosecha, daréis el quinto al faraón y las otras cuatro partes serán para vosotros, para siembra del campo, y para alimento vuestro y de vuestros familiares, para alimento de vuestras criaturas". [25] Dijeron ellos: "Nos has salvado la vida. Hallemos gracia a los ojos de mi señor, y seremos siervos del faraón". [26] Y José les impuso por norma, vigente hasta la fecha respecto a todo el agro egipcio, dar el quinto al faraón. Tan sólo el territorio de los sacerdotes no pasó a ser del faraón.

V. 16 «pan» según versiones, pues no aparece en el texto hebreo.

V. 21 «lo redujo a servidumbre» según versiones; "lo confinó a las ciudades» en el texto hebreo.

Seción de tradición yahvista, que empalma con datos del cap. 41, sobre todo vv. 47-49 y 53-57. A los israelitas les llamaba la atención que, mientras entre ellos imperaba un sistema de propiedad individual, en Egipto la mayor parte del territorio pertenecía a la corona: hay un contraste entre dos sistemas de propiedad. Es posible, además, que en un momento dado –la NBJ se pronuncia por la época de Salomón, sin duda por algunos datos conocidos: todo el territorio,

dividido en doce regiones, provee a la manutención de la corte (1 R 4,7); una leva se encarga de la construcción del templo y del palacio real (1 R 5,27-32)–, cuando iban siendo cada vez más extensas las posesiones de la corona israelita y, por ello, se establecían prestaciones en especie o se exigía la prestación personal, por ejemplo para obras públicas, los sabios de la corte consideraran el modelo egipcio como ideal y hasta atribuyeran a José la gloria de ser su inventor en Egipto.

Siguen los años de carestía (vv. 13s). La situación, al no cosecharse nada, era tal que el narrador describe al conjunto de la población de Egipto y Canaán como "muerta de hambre". Para salir del atolladero se tuvo que comprar a José y a su administración el grano necesario por dinero. Pero llega el momento en que todo el dinero de Egipto y Canaán, según el narrador, había pasado a manos de José, que lo lleva ante el faraón. Una observación es importante: para el narrador todo ocurre por pasos contados: el dinero les alcanza a todos hasta cierto momento; del mismo modo, a continuación los animales o las tierras les permiten llegar hasta otro momento dado. Es como si el presupuesto fuera la igualdad absoluta, con excepción de los sacerdotes –ellos no pierden sus tierras (vv. 22.26)–, tanto en el punto de partida como en el de llegada. Tal presentación resulta de la simplificación y de la idealización; ni siquiera se supone que hubiera una población urbana que viviera de otra cosa en vez de poseer campos y ganados.

Si la plata se acabó, ¿qué hacer? No se puede comprar por dinero el pan, o el grano para elaborarlo (vv. 15-17). José pide que le entreguen los ganados: lo que daría a entender que todos los tienen y tal vez en igual proporción, dato que implica simplificación. Como quiera que sea, se entregan los ganados, los que fuesen, por el grano para subsistir durante un año.

El año se cumple, pero los años de hambre prosiguen (vv. 18-26). Para seguir recibiendo lo necesario, ellos mismos proponen a José que disponga de sus personas y de sus tierras, con tal que siga dándoles lo que les hace falta para subsistir. Las tierras pasarán a poder del faraón, y ellos serán siervos suyos. Lo único que piden es que el faraón, además de darles por ahora lo que necesitan, les dé, cuando venga el momento oportuno, la simiente necesaria para sembrar las tierras. José acepta la propuesta. Así, el suelo de Egipto en su totalidad, con la excepción de las tierras de los sacerdotes, pasa a ser del faraón. Lo mismo ocurre con las personas: todas las personas a lo

largo y ancho del país quedan como siervos del faraón. Nuevamente, sólo hay una excepción, la de los sacerdotes: ellos no se venden a sí mismos, como no vendieron sus tierras. A pesar de lo extrema que pudiera parecer la medida, pues implicaba un estado de servidumbre respecto al faraón, la reacción ante José consiste en verlo como un "salvador": «nos has salvado la vida». No les pesa esa servidumbre con tal que sigan hallando gracia a los ojos de José; obtener el alimento necesario es alcanzar la "salvación".

Eso tendrá una consecuencia. Al principio se les tendrá que proveer de la simiente necesaria, pero, si las tierras ya no les pertenecen, de cuanto siembren tendrán que dar la quinta parte al dueño de la tierra, al faraón; es lo que José había exigido durante los años de abundancia para juntar provisiones en previsión de los años de hambre (41,34). Las otras cuatro partes les pertenecen; las podrán utilizar como alimento propio y de sus familias, pero deben guardar la semilla de un año para otro.

TESTAMENTO DE JACOB (47,27-31)

27 Israel residió en Egipto, en el país de Gosen; se afincaron en él
y fueron fecundos y se multiplicaron sobremanera. 28 Jacob vivió en
Egipto diecisiete años, siendo los días de Jacob, los años de su vida,
ciento cuarenta y siete años. 29 Cuando los días de Israel tocaron a
su fin, llamó a su hijo José y le dijo: "Si he hallado gracia a tus ojos,
pon tu mano debajo de mi muslo y hazme este favor y lealtad: No
me sepultes en Egipto. 30 Cuando yo me acueste con mis padres, me
llevarás de Egipto, y me sepultarás en el sepulcro de ellos".
Respondió: "Yo haré según tu palabra". – 31 "Júramelo", dijo. Y José
se lo juró. Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de su lecho*.

V. 31 Una confusión entre dos palabras similares (mismas consonantes, pero diferente vocalización) en hebreo hace que en la versión griega Jacob termine sus días apoyado en su bastón, dato que retoma Hb 11,21.

Noticia de tradición yahvista, con una adición sacerdotal: multiplicación de los israelitas e informe del total de años que vivió Jacob (vv. 27b-28).

Sobre Jacob-Israel, todo se resume en que vivió sus últimos años en la región de Gosen. La fuente sacerdotal, como preparación de la situación al comienzo de Éxodo, insiste en la multiplicación de los israelitas, lo que es signo de que está en vías de realización la promesa de descendencia. Por lo demás, se hace la cuenta de los años vividos por Jacob: los diecisiete transcurridos en Egipto y los ciento treinta que tenía al llegar allí (v. 9) hacen un total de ciento cuarenta y siete años, algo menos que los 175 de Abrahán (25,7) y los 180 de Isaac (35,28).

Cuando Jacob siente que su vida llega a su fin, hace que José venga a su presencia. Mediante una fórmula de juramento que conocemos, la empleada por Abrahán cuando envía al servidor (24,2.9), lo hace comprometerse a enterrarlo, no en Egipto, sino en Canaán y en la tumba de sus antepasados. El compromiso tomado por José será una muestra de «favor y lealtad».

Jacob adopta y bendice a los hijos de José (48,1-22)

**48 [1] Sucedió tras esto que se le dijo a José: "Mira que tu padre
está malo". Entonces él tomó consigo a sus dos hijos, Mana-
sés y Efraín, [2] y se hizo anunciar a Jacob: "Tu hijo José ha venido a
verte". Entonces Israel, haciendo un esfuerzo, se sentó en su lecho.
[3] Dijo Jacob a José: "El Sadday se me apareció en Luz, en país cana-
neo; me bendijo [4] y me dijo: 'Mira, yo haré que seas fecundo y que
te multipliques; haré de ti una multitud de pueblos, y daré esta tie-
rra a tu posteridad en propiedad eterna'. [5] Pues bien, los dos hijos
tuyos que te nacieron en Egipto antes de venir yo a Egipto a reu-
nirme contigo, míos son: Efraín y Manasés, igual que Rubén y
Simeón, serán míos. [6] En cuanto a la prole que has engendrado des-
pués de ellos, tuya será y con el apellido de sus demás hermanos se
le citará en orden a la herencia.**

**[7] "Cuando yo venía de Padán se me murió en el camino Raquel,
tu madre, en el país de los cananeos, a poco trecho para llegar a
Efratá, y allí la sepulté, en el camino de Efratá, o sea Belén".**

**[8] Vio Israel a los hijos de José y preguntó: "¿Quiénes son éstos?"
[9] Dijo José: "Son mis hijos, los que me ha dado Dios aquí". Y él dijo:
"Tráemelos acá, que yo los bendiga". [10] Los ojos de Jacob se habían**

nublado por la vejez, y no podía ver. Acercóselos, pues, y él los besó y los abrazó. [11] Dijo Israel a José: “Yo no sospechaba ver más tu rostro, y ahora resulta que Dios me ha hecho ver también a tus hijos”. [12] José los sacó de entre las rodillas de su padre y se postró ante él rostro en tierra.

[13] José los tomó a los dos, a Efraín con la derecha, a la izquierda de Israel, y a Manasés con la izquierda, a la derecha de Israel, y los acercó a éste. [14] Israel extendió su diestra y la puso sobre la cabeza de Efraín, aunque era el menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés; es decir, que cruzó las manos, puesto que Manasés era el primogénito; [15] y bendijo a José diciendo:

“El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abrahán e Isaac,

el Dios que ha sido mi pastor desde que existo hasta el presente día,

[16] el Ángel que me ha rescatado de todo mal, bendiga a estos muchachos;

sean llamados con mi nombre y con el de mis padres Abrahán e Isaac,

y multiplíquense y crezcan en medio de la tierra”.

[17] Al ver José que su padre tenía la diestra puesta sobre la cabeza de Efraín, le pareció mal, y asió la mano de su padre para retirarla de sobre la cabeza de Efraín a la de Manasés. [18] Y dijo José a su padre: “Así no, padre mío, que éste es el primogénito; pon tu diestra sobre su cabeza”. [19] Pero rehusó su padre, y dijo: “Lo sé, hijo mío, lo sé; también él será grande. Sin embargo, su hermano será más grande que él, y su descendencia se hará una muchedumbre de gentes”.

[20] Y los bendijo aquel día, diciendo:

“Que con vuestro* nombre se bendiga en Israel, y se diga:

¡Hágate Dios como a Efraín y Manasés!”

–y puso a Efraín por delante de Manasés–.

[21] Dijo entonces Israel a José: “Yo muero; pero Dios estará con vosotros y os devolverá a la tierra de vuestros padres. [22] Yo, por mi parte, te doy Siquén a ti, mejorándote sobre tus hermanos: lo que tomé al amorreo con mi espada y con mi arco”.

V. 20 El pl. según griego y targum; en sing. en hebreo.

Este relato combina tradiciones: si el fondo pertenece al yahvista y al elohista, los vv. 3-7 son sacerdotales. El relato explica por qué Efraín y Manasés se enumeran entre las tribus, a la par con los hijos de Jacob: cuentan en el número de las tribus por haber sido adoptados por Jacob en su lecho de muerte, pero sus palabras dejan abierta la posibilidad de que hubiera una tribu de José, de tener una descedencia posterior a ellos. No sucede así. Las palabras de Jacob, además, explican que ambas tribus fueran importantes y que la de Efraín aventajara a la de Manasés.

José recibe el aviso de que su padre se encuentra enfermo y lo visita en compañía de Efraín y Manasés (vv. 1-7). Se hace anunciar y su padre, con dificultad, se sienta en el lecho. Refiere la visión de Betel. Considerando los detalles, como el nombre divino (El Sadday), la referencia es a 35,6.11-12. Jacob recuerda las palabras de Dios relacionadas con la doble promesa, de descendencia numerosa y de don del país de Canaán, que será la posesión perpetua de su descendencia. Para que estén más directamente implicados en la promesa, Jacob adopta como suyos a los hijos de José nacidos en Egipto antes de que él viniera; ambos contarán tanto como los primeros de la lista, Rubén y Simeón. De tener José otros hijos, llevarán su nombre, contarán como suyos en el orden de herencia. No habrá una tribu de José: lo supuesto por Jacob responde a la futura historia de las tribus. Otra cosa es la referencia a la muerte de Raquel al regresar de Padán Aram, que resume 35,16-20: no sabemos a qué viene aquí.

El v. 5 habla de la adopción de Efraín y Manasés; que se vuelva sobre el tema es indicio de que tenemos otro punto de vista. Aquí, todo indica que es ahora cuando Jacob percibe la presencia de los hijos de José, de ahí su pregunta (vv. 8-12). José responde que son sus hijos, lo que nos deja con la duda: ¿no había tenido tiempo hasta ahora José de presentarlos a su padre?, ¿o le falla a Jacob la memoria, como le falla la vista? Jacob le pide que se los acerque. José lo hace, y él los abraza y los besa. Cuando lo ha hecho, comenta que vivió un tiempo en que nunca sospechó que volvería a verlo, por lo que es don de Dios volver a verlo a él y ver también a sus hijos. José los retira un poco para que se postren ante su abuelo. La forma en que se expresa el texto supone que le fueron acercados para que pudiera abrazarlos y besarlos; que los tuviera entre las piernas se explicaría como un rito de adopción. NBJ cita 16,2 y 30,3, pero en ambos

casos se trata de algo diferente: la esposa (estéril) adopta los hijos del esposo y de la esclava que ha dado al esposo; lo hace recibiéndolos en sus rodillas al nacer.

José los toma de modo que el mayor esté a la derecha de Jacob y el menor a su izquierda (vv. 13-16), pero él extiende sus manos sobre ellos de modo equivocado: pone la derecha sobre la cabeza de Efraín, el menor, y la izquierda sobre la de Manasés, el primogénito. Los bendice con palabras en que desea que el Dios de sus antepasados, Abrahán e Isaac, el Dios que ha sido su pastor toda su vida y el Ángel que lo acompañó para librarlo de todo mal, sea la bendición de ambos muchachos; que, llamados por su nombre, considerados como hijos propios, se multipliquen, crezcan en medio de la tierra, el país al que se refiere la promesa divina.

A José no le parece correcta la forma en que las manos de su padre están sobre la cabeza de ambos; por ello trata de retirar la derecha que estaba sobre el menor para ponerla sobre el mayor (vv. 17-19). Acompaña el gesto con unas palabras, casi un reproche: de hacer todo debidamente, la derecha del anciano debe estar sobre la cabeza del primogénito. ¿Por qué tanto empeño? Porque la bendición es palabra eficaz, pero lo son tanto los gestos que la acompañan como la palabra dicha. Pues bien, la derecha es la mano que derrama más copiosa bendición; por eso debe estar sobre el primogénito, el que tiene derecho a la bendición más abundante. Jacob replica que sabe lo que hace: el primogénito también será grande, pero el otro lo sobrepasará; será más numeroso o importante.

Jacob los bendice y les concede la bendición más copiosa a su alcance: la mejor bendición que se pudiera desear a alguien sería que alcance una bendición como la de Efraín y Manasés, que Dios le conceda multiplicarse como a ellos (vv. 20-22). Adoptados por Jacob, que los bendice como hijos propios, él pone antes al menor que al mayor. Más general es el deseo de que su descendencia vuelva a la tierra de sus antepasados según la promesa divina (46,3-4).

Jacob concede Siquén a José: no será su parte en la tierra prometida, sino algo añadido a su parte. Puede hacerlo por haberla tomado al amorreo con la propia espada. Sobre qué base dice tales palabras no es evidente; 33,19 sólo habla de la compra de un campo, y difícilmente se justificaría su aseveración mediante el cap. 34. Hay un juego de palabras en la concesión de Siquén a José: *shekem* es una

ciudad, pero también significa "hombro"; lo que Jacob da como herencia a José incluye Siquén; con Siquén sobrepasa, como con el hombro, la herencia de sus hermanos; es como si en un banquete, sacrificial o no –como el de la familia de Samuel, donde cada miembro de la familia recibe de quien es cabeza de familia la propia parte (1 S 1,4-5)–, le tocara a uno recibir el trozo selecto que es la "espaldilla" (1 S 9,23-24). La relación posterior de Siquén con la "casa de José" es evidente; allá serán enterrados los huesos de José (Jos 24,32), pues él pedirá a sus hermanos que, cuando Dios tenga a bien hacerlos subir de Egipto, lleven sus huesos y los entierren en el país de sus antepasados (ver 50,25).

Bendiciones de Jacob (49,1-28)

49 [1] **Llamó Jacob a sus hijos y dijo: "Reuníos, que yo os muestre lo que os sucederá al cabo de los días.**

[2] Apiñaos y oíd, hijos de Jacob,
oíd a Israel vuestro padre.
[3] Rubén, mi primogénito, tú,
mi vigor, la primicia de mi virilidad,
exceso de pasión, exceso de ímpetu:
[4] hierves como agua, ¡no te desbordes!,
porque subiste al lecho de tu padre,
violando mi tálamo indignamente*.
[5] Simeón y Leví, hermanos,
instrumento de violencia sus espadas*.
[6] En su concejo no entres, alma mía,
a su asamblea no te unas, honra mía,
porque enojados mataban hombres,
y por gusto desjarretaban toros.
[7] ¡Maldito su enojo, tan violento,
y su cólera, tan dura!
Los repartiré por Jacob
y los dispersaré por Israel.
[8] A ti, Judá, te alaben* tus hermanos;
tu mano en la cerviz de tus enemigos:
¡inclínense ante ti los hijos de tu padre!

9 Cachorro de león, Judá;
de la caza, hijo mío, vuelves;
se agacha, se echa cual león
o cual leona, ¿quién le va a desafiar?
10 No se irá cetro de mano de Judá,
bastón de mando de entre sus piernas,
hasta que venga el que le pertenece*,
y al que harán homenaje los pueblos*.
11 El que ata a la vid su borrico
y a la cepa el pollino de su asna;
el que lava en vino su túnica
y en sangre de uvas su sayo;
12 el de ojos rubicundos por el vino,
y blanquean sus dientes más que leche.
13 Zabulón a la ribera del mar habita,
a la ribera de barcos,
a horcajadas sobre Sidón*.
14 Isacar, asno robusto
echado entre las angarillas.
15 Aunque ve que el reposo es bueno
y que la tierra es grata,
apresta su lomo a la carga
y acaba sometiéndose al trabajo.
16 Dan juzgará a su pueblo
como una de las tribus de Israel.
17 Será Dan culebra en el camino,
víbora en el sendero,
que pica al caballo en los pulpejos
y cae su jinete de espaldas.
18 Por tu salvación aguardo, Yahvé.
19 A Gad atracadores le atracan,
pero él les atraca por la retaguardia.
20 Aser tiene pingüe su pan
y da manjares de rey.
21 Neftalí, una cierva suelta
que da cervatillos hermosos*.
22 Un retoño, José, retoño cabe la fuente,
sus vástagos trepan por el muro*.

23 Le molestan y acribillan,
hostíganle flecheros,
24 mientras sigue firme su arco
y sueltos los músculos de sus manos,
por las manos del Fuerte de Jacob,
por el nombre del Pastor, la Piedra de Israel*,
25 por el Dios de tu padre, y él te ayude,
el Dios Sadday*, y él te bendiga
con bendiciones del cielo por arriba,
bendiciones del abismo que yace abajo,
bendiciones de ubres y vientre,
26 bendiciones de espigas y frutos*,
amén de las bendiciones de los montes* antiguos,
lo apetecible de los collados eternos:
¡Vengan sobre la cabeza de José,
sobre el vértice del consagrado* de sus hermanos!
27 Benjamín, lobo rapaz:
de mañana devora su presa
y a la tarde reparte el despojo”.

28 Todas éstas son las tribus de Israel, doce en total, y esto es lo que les dijo su padre, bendiciéndolos a cada uno* con su bendición correspondiente.

V. 4 «indignamente», *'awlah*, conjetura; texto hebreo corrompido.

V. 5 Otros, basándose en el sentido de la raíz *krt*, “cortar/pactar» (una alianza), traducen “sus tratados».

V. 8 En hebreo *yôdû*, es como un juego de palabras con el nombre de Judá, como en 29,35.

V. 10 (a) «el que le pertenece», leyendo *shel.lô*, como mss griegos, targum, etc. (comp. Ez 21,32); *shiloh* en texto recibido. Texto y sentido muy discutidos.

V. 10 (b) Lit. «a él la obediencia de los pueblos»; las versiones han leído «la esperanza», que hace explícito el sentido mesiánico del pasaje.

V. 13 Texto dudoso. Quizá «él tiene barcos en la ribera». Zabulón se establecerá en la costa, cerca de Sidón.

V. 21 «cervatillos», *'immerê*, conjetura, por «palabras», *'imrê*. Texto inseguro.

V. 22 Texto corrompido. Otra posible traducción, también conjetural: «Un novillo, José, un novillo (ver Os 10,11) junto a la fuente; en los prados (*benawot*), su multitud está junto a un toro» (*shôr*, ver v. 6, y *'abîr*, «toro», en 24b; Dt 32,15; Is 1,24). El texto habría sido retocado para eliminar la alusión al culto del toro (ver Os 8,3).

V. 24 «Piedra» como equivalente de «Roca», apelación frecuente de Yahvé (Dt 32,4; Sal 18,3). El texto hebreo es oscuro y fue traducido de modo diferente por el griego.

V. 25 «Dios Sadday» según versiones; en texto hebreo «con Sadday».

V. 26 (a) Se propone como sentido de 26a «bendiciones de espigas y flores» (*'abîb wegib'ol*, ver Ex 9,31).
V. 26 (b) Leemos «montes» (*hararê*) según Dt 33,15 y griego, en lugar de *hôrî*.
V. 26 (c) «consagrado», en hebreo *nazîr*; ver Nm 6.
V. 28 «a cada uno», según algunos mss y griego; «el hombre que» en hebreo.

"Bendiciones de Jacob" es el título tradicional. Deriva del comentario final del narrador (v. 28), pero las palabras iniciales de Jacob (v. 1) hacen pensar en una serie de oráculos: el patriarca revela lo que será cada uno de sus hijos, o, al ser una palabra eficaz, decide su suerte futura. Así, caben dos vertientes: se habla del hijo de Jacob o de la tribu que lleva su nombre. Las alusiones a sucesos de los hijos de Jacob son evidentes para Rubén, Simeón y Leví, pero no por ello se eliminan las resonancias ulteriores.

Es neta la preeminencia de la tribu de Judá, y las expresiones indican que se hace en función de la dinastía davídica, pues es la tribu que tendrá en su mano el cetro real. También tiene gran importancia la descendencia de José, Efraín y Manasés, lo que es comprensible en una época en que ambas tribus fueron preponderantes en Israel. El origen del poema es discutido, pero sería de la época monárquica, aunque pueden reflejarse situaciones previas a la monarquía. No se puede atribuir a ninguna de las tradiciones antiguas, y pudo ser introducido tardíamente en el contexto. Como cuadro de las tribus israelitas y de sus relaciones, es comparable al cántico de Débora (Jc 5) y a las bendiciones de Moisés (Dt 33): sería la etapa intermedia entre uno y otro texto. Como eco de la vida de las tribus, los "oráculos" de Jacob serían "dichos tribales". El texto se halla en mal estado: prueba de ello son las notas textuales.

Jacob reúne a sus hijos para manifestarles cuál será su futuro; la invitación a escuchar subraya la importancia de lo que les va a decir (vv. 1-2).

Rubén (vv. 3s) es el primogénito (ver 29,32), pero no por ello el más importante de su descendencia. Es aquel de sus hijos que, de modo diferente a Simeón y Leví, se deja llevar por la pasión, desbordada como el agua de un torrente que nadie para. Hay en ello una evidente alusión a la unión con Bilhá, concubina de Jacob (ver 35,22).

Simeón y Leví (vv. 5-7) aparecen juntos por su venganza desmedida contra los siquemitas después del rapto de Dina (ver 34,25-31). Las palabras de Jacob son más una maldición que una bendición; se

maldice su ira desbordada, el enojo no encauzado por la razón, pues fue irracional lo que hicieron con hombres y animales. Si se dejaron llevar por su cólera, bien hace el que no entra en su concejo ni sigue sus caminos. La consecuencia será la dispersión y la escasa importancia de ambas tribus. De hecho la tribu de Simeón prácticamente desaparece y es absorbida por Judá (ver Jc 1,3.17). Leví no cuenta como tribu profana con territorio propio, pero tendrá un papel religioso (ver Dt 33,8-11), aquí no mencionado.

Lo dicho sobre Judá es amplio. La mayor parte describe a la tribu (vv. 8s.11s), pero no se olvida su papel futuro (v. 10). Si se inicia invitando a alabar a Juda es porque en ello hay un eco de su nombre (como en 27,29). Pero hay otra razón: el poder manifestado en contra de sus enemigos. Ese poder se visualiza con la imagen de un animal cazador, el león: el paralelismo sinonímico hace nombrar a toda la familia, león, leona y cachorro. Otra comparación ve en Judá al que cultiva la viña; la cepa es tan común y su producción tan abundante, que los habitantes de Judá se dan el lujo de amarrar el burro a la vid, a sabiendas de que destruye lo que esté a su alcance; por supuesto, el vino tiene gran importancia en la vida diaria de la tribu.

Es significativo que el poder de Judá, como el del león, parece no conocer límites, no tener adversario de talla. Tales ideas proceden de la ideología real, aunque tenga un carácter especial en Israel, sobre todo tratándose de la dinastía davídica en Jerusalén. No hay duda (aunque son ideas supuestas o sugeridas, no desarrolladas) del importante papel de Judá en el "mapa" de las tribus. Judá es la tribu real, aquella en que una familia tiene en su mano el cetro real y que lo cuida celosamente para que no se lo arrebaten.

¿Quién es "el que ha de venir"? Si estamos en el momento en que Jacob pronuncia unas "últimas" palabras, el gran personaje del futuro puede ser el iniciador de la dinastía: David, aunque sea problemático hablar de permanencia del cetro real, como si hubiera una línea contínua de Jacob a David. ¿No será un texto mesiánico en sentido estricto, donde "el que ha de venir" es el Mesías futuro, un rey ideal? Esto sería pensable cuando ha desaparecido la dinastía davídica (y no es seguro que sea la perspectiva inicial del texto), aunque esa dimensión, si no estaba presente desde el comienzo, se añade al texto en el post-exilio. Hasta hay alguna variante –ya sabemos que el texto

es problemático–, que se explica en función de ese sentido mesiánico tardío. Esto ocurre sobre todo si el Mesías es objeto de la “esperanza”, no ya de Israel, sino de todas naciones, dato que se prestaba a la reutilización del universalismo cristiano.

De Zabulón (v. 13) se dice poco, y hasta es insegura alguna de las expresiones, pero se habla de la región en que habita. Si vive junto al mar y en el extremo norte, es vecino de los fenicios, de Sidón, la gran ciudad fenicia del sur. La mención del mar y de los barcos querría decir que, como los fenicios, se interesa por la navegación o que gana su vida trabajando para los fenicios en sus barcos. Aunque no conquistó algunas ciudades y los cananeos siguieron viviendo en su medio, luego fueron sometidos a tributo, según Jc 1,30.

Isacar es un asno robusto (vv. 14-15). De suyo le da por no hacer nada, por estarse echado a la entrada del aprisco, entre las angarillas. Que la tierra sea grata se entiende de su fecundidad, pues le ha tocado la región de Yizreel. Pero es una región dominada por los cananeos –aunque el responsable de no conquistar las grandes ciudades hacia el sur fuera Manasés (Jc 1,27-28)–, por lo que no es de extrañar que viva sometido y tenga que aprestar su lomo para la carga. Trabajo y sujeción van de par.

En el dicho sobre Dan (vv. 16-17) nos encontramos con el consabido juego de palabras: “Dan juzga (a su pueblo)” (*dân yadîn*, ver 30,6), pero eso no supone nada especial, pues cada tribu tiene la encomienda de hacerlo con los suyos. A Dan se le compara con la víbora agazapada junto al camino: nadie la ve hasta que ha mordido al caballo que, encabritado, hace caer al que lo monta, lo que se aplica sobre todo a la víbora cerastas. No se precisa cuál es el camino donde Dan se esconde y ataca de improviso: lo mismo podría ser habitando en el suroeste, cerca de los filisteos (Jos 19,40-48), que estableciéndose más tarde en el extremo norte (Jc 18).

El v. 18, si bien no es la mitad exacta, consiste en una breve interrupción; la exclamación litúrgica es una expresión de confianza en Yahvé, en su salvación.

El dicho sobre Gad (v. 19) es un juego de palabras, una serie de aliteraciones: *gâd gedûd yegûdennû … yâgud*, traducidas al español, salvo el nombre, mediante atracadores-atracar. Por el lugar que habita en Transjordania, está expuesto al pillaje de los nómadas del desierto; puede vencerlos rivalizando con ellos en astucia.

Aser tiene su territorio en Galilea, del Carmelo hacia el norte, y convive, para bien y para mal, con los cananeos (Jc 1,31-32). Si algo se pondera es la feracidad de su tierra: en ella hay abundancia y produce manjares de reyes, como el aceite; hasta baña en él sus pies (Dt 33,24).

El dicho sobre Neftalí (v. 21) no es textualmente seguro. Por la feracidad del territorio, el sur de Galilea entre el Tabor y el Jordán, es comparado a una cierva que cría hermosos cervatillos.

Lo que se dice sobre José es más amplio incluso que lo relativo a Judá (vv. 22-26). En este caso hay gran cercanía con la bendición de Dt 33,13-17. La primera comparación no es tan simple (ver nota textual): ¿se le compara al retoño de una planta junto a una fuente, que por tener agua en abundancia, se desarrolla y trepa por el muro?, ¿o es un novillo, parte de un numeroso rebaño, que dispone de la fuente para beber y de los prados aledaños para pastar? Lo segundo se desarrolla en Dt 33,17, pero plantea problemas, porque daría a José el rango de primogénito. Puede pensarse también en Os 10,11, que compara a Efraín con una novilla domesticada que sirve en la siembra de un campo o en la trilla (ver 1 Cro 5,1-2).

El texto habla luego de sus cualidades guerreras: aunque hostigado por enemigos que lo acribillan con sus flechas, él no pierde pie y sigue firme: le robustece su Dios, el Fuerte de Jacob, el Pastor, la Roca de Israel. La significación genérica de los títulos divinos no plantea problema, pero son más conocidos los de Pastor (48,15; Sal 23,1; 80,1) y Roca (Sal 18,3; Dt 32,4.15.18.30-31), aunque el poder soberano es lo que apoya la confianza del creyente, que proclama que Yahvé es su Fuerza (Sal 18,3). Los tres títulos no agotan la "actividad" de Dios respecto a José; a ellos se añaden los de "Dios del padre" y El Sadday.

En el v. 25 las expresiones paralelas ("él te ayude, él te bendiga") revisten el carácter de una súplica, lo que permite pasar a la "letanía" de los bienes que se desean a José. Por lo que a la expresión se refiere, todo son "bendiciones" (responden al "te bendiga"); la totalidad engloba (pues se contiene entre dos extremos) lo que procede del cielo, el "arriba" –de allá procede la lluvia, principio de fecundidad de la tierra–, o del abismo, el "abajo" –porque también las aguas subterráneas son principio de la fecundidad del suelo (ver Dt 8,7)–.

Las características concretas son la fecundidad de hombres y ganados («bendición de ubres y de vientre»), y la de árboles y plantas que sustentan al hombre («bendición de espigas y de frutos»). Con una y otra está relacionada la expresión recapitulativa, pues se desea a José la bendición de los montes antiguos o lo apetecible de los collados eternos. Si la comparación se repite tal cual en Dt 33,13, también la bendición de Moisés a José le desea lo mejor de los frutos de la tierra, pero utiliza (en los vv. 13-16) comparaciones diferentes. Todo ello, finalmente, ha de venir sobre la cabeza de José, el "consagrado" entre sus hermanos, el que entre ellos tiene las cualidades propias del *nazîr* (ver Nm 6). Si es una comparación que no se ha de tomar a la letra, lo que se subraya es la cercanía a Dios, fuente de toda bendición.

La comparación de Benjamín con un lobo que desde la mañana se pone al acecho de su presa y por la tarde reparte los despojos (v. 27), subraya el carácter guerrero de la tribu, carácter que apoyan algunos datos (ver Jc 3,15-30; 5,14; y los relatos sobre Saúl, el primer rey de Israel en 1 S), aunque no siempre resultara todo a pedir de boca para la tribu, como pone de manifiesto el relato de Jc 19-20, donde las otras tribus intervienen para castigar un crimen nefando y casi acaban con los benjaminitas.

MUERTE DE JACOB (49,29-33)

**29 Luego les dio este encargo: "Yo voy a reunirme con los míos.
Sepultadme junto a mis padres en la cueva que está en el campo de
Efrón el hitita, 30 en la cueva que está en el campo de Macpelá,
enfrente de Mambré, en el país de Canaán, el campo que compró
Abrahán a Efrón el hitita, como propiedad sepulcral: 31 Allí sepulta-
ron a Abrahán y a su mujer Sara; allí sepultaron a Isaac y a su
mujer Rebeca, y allí sepulté yo a Lía. 32 Dicho campo y la cueva que
en él hay fueron adquiridos de los hititas*".**

**33 Y en habiendo acabado Jacob de hacer encargos a sus hijos,
encogió sus piernas en el lecho, expiró y se reunió con los suyos.**

V. 32 Todo el v. falta en la Vulgata.

Este breve relato es la conclusión de la vida de Jacob en la tradición sacerdotal. El patriarca dice que va a reunirse con los suyos, con su pueblo. Pide a sus hijos que lo sepulten en la gruta de Macpelá, en la propiedad mortuoria que adquirió Abrahán de Efrón el hitita para sepultar a Sara. Allí habrían sido sepultados, aunque no se hablara antes de cada uno de esos entierros, el mismo Abrahán, así como Isaac y Rebeca. Jacob afirma que él sepultó allí a Lía, lo que implica que murió también en Canaán (lo de 'también' es porque allí murió Raquel en el momento de dar a luz a Benjamín, 35,16-20). Hecho ese encargo, Jacob expira en su lecho.

Exequias de Jacob (50,1-14)

**50 [1] José cayó sobre el rostro de su padre, lloró sobre él y lo
besó. [2] Luego encargó José a sus servidores médicos que
embalsamaran a su padre y los médicos embalsamaron a Israel.
[3] Emplearon en ello cuarenta días, porque éste es el tiempo que se
emplea con los embalsamados.**

**Y los egipcios lo lloraron durante setenta días. [4] Transcurridos
los días de luto por él, habló José a la gente del faraón en estos términos: "Si he hallado gracia a vuestros ojos, por favor, haced llegar
a oídos del faraón esta palabra: [5] Mi padre me tomó juramento
diciendo: 'Yo me muero. En el sepulcro que yo me labré en el país
de Canaán, allí me has de sepultar. Ahora, pues, permíteme que
suba a sepultar a mi padre, y luego volveré". [6] Dijo faraón: Sube y
sepulta a tu padre como él te hizo jurar".**

**[7] Subió José a enterrar a su padre, y con él subieron todos los
servidores del faraón, los más viejos del palacio, y todos los ancianos de Egipto, [8] así como toda la familia de José, sus hermanos y la
familia de su padre. Tan sólo a sus pequeñuelos*, sus rebaños y vacadas, dejaron en el país de Gosen. [9] Subieron con él además carros
y aurigas; un cortejo muy considerable.**

**[10] Llegados a Goren Atad, que está allende el Jordán, hicieron allí
un duelo muy grande y solemne, y José lloró a su padre durante
siete días. [11] Los cananeos, habitantes del país, vieron el duelo en
Goren Atad y dijeron: "Duelo de importancia es ése de los egipcios".
Por eso se llamó el lugar Abel Misráin, que está allende el Jordán.**

[12] **Sus hijos, pues, hicieron por él como él se lo había mandado;**
[13] **lo llevaron sus hijos al país de Canaán, y lo sepultaron en la cueva del campo de Macpelá, el campo que había comprado Abrahán en propiedad sepulcral a Efrón el hitita, enfrente de Mambré.**
[14] **Regresó José a Egipto con sus hermanos y con todos cuantos habían subido con él a sepultar a su padre*.**

V. 8 Aunque traducido por «pequeñuelos» (o «criaturas») el término tendría aquí, y antes en 43,8; 47,12 o luego en el v. 21, un sentido amplio: personas que no pueden valerse por sí mismas, incluidos los ancianos.

V. 14 Al final del v. el hebreo añade una glosa evidente (por repetir una idea ya antes expresada): «después que hubo enterrado a su padre».

El capítulo se divide en dos partes: la primera, sobre las exequias de Jacob, es de tradición yahvista (vv. 1-11 y 14), aunque se añadieron elementos sacerdotales (vv. 12s); la segunda, el epílogo a la historia de Jacob (vv. 15-26), es de tradición elohista.

Una vez que Jacob ha muerto, se describe la reacción de José, que abraza y besa el cadáver de su padre, y sus precauciones en previsión del entierro en Canaán (vv. 1-6). José, en efecto, hace embalsamar el cadáver de su padre por profesionales en la materia, empleados suyos; tardan en ello cuarenta días, lo que sería el tiempo usual. A la vez hay duelo por Jacob, que habría durado setenta días. Además lo lloran, fuera de sus hijos con sus familias, los egipcios en general. Cuando ha pasado el tiempo del luto, José hace que los allegados de la corte pidan al faraón permiso para ir a sepultar a su padre en Canaán; lo hace, dice, conforme al juramento que su padre le hiciera prestar (ver 47,29-31). El faraón concede el permiso.

Sube, pues, José, a enterrar a su padre (vv. 7-9), acompañado de los servidores de faraón, la gente de palacio, comenzando por los viejos y respetables. Por supuesto, va con él su familia, y sus hermanos con las suyas respectivas. Sólo quedan en Gosen los niños (los que no se pueden valer por sí mismos) y los rebaños de ovejas y vacas. El considerable cortejo incluye carros y aurigas.

No hay indicación alguna sobre el camino seguido, pero que llegaran hasta Goren Atad (la "Era de la Espina") al otro lado del Jordán (vv. 10s) no corresponde a un entierro en Macpelá (en Mambré-Hebrón). Sería ir mucho más lejos de lo necesario. Allí se hace un nuevo duelo, grande y solemne, que dura siete días. Por sus caracte-

rísticas, los cananeos, habitantes del país, comentan que ese duelo tiene que ser muy especial. El duelo exige el nombre de Abel Misráin (*'abel mitsraim*) o "Prado de los egipcios": un juego de palabras entre *'abel*, "prado", y *'ebel*, "duelo". Los lugares mencionados son desconocidos, pero, si están "allende el Jordán", el entierro de Jacob habría tenido lugar en Transjordania, no en Macpelá. En la tradición sacerdotal se corrige en forma precisa (vv. 12-13): el lugar de entierro, obra de todos los hijos de Jacob, no compromiso exclusivo de José o del que él tiene la iniciativa, ocurre según las premisas de 49,29-33: se le entierra en la gruta de Macpelá.

Epílogo de la historia de José (50,15-26)

**[15] Vieron los hermanos de José que había muerto su padre y dije-
ron: "A ver si José nos guarda rencor y nos devuelve todo el daño
que le hicimos". [16] Por eso mandaron a José este recado: "Tu padre
encargó antes de su muerte: [17] 'Así diréis a José: Por favor, perdona
el crimen de tus hermanos y su pecado. Cierto que te hicieron
daño, pero ahora tú perdona el crimen de los siervos del Dios de tu
padre'". Y José lloró mientras le hablaban.**

**[18] Fueron entonces sus hermanos personalmente y, cayendo de-
lante de él, dijeron: "Aquí nos tienes, somos tus esclavos". [19] Les
contestó José: "No temáis, ¿ocupo yo acaso el puesto de Dios? [20]
Aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para
bien, para hacer sobrevivir, como hoy ocurre, a un pueblo numero-
so. [21] Así que no temáis; yo os mantendré a vosotros y a vuestros
pequeñuelos". Y los consoló y les habló con afecto.**

**[22] José permaneció en Egipto junto con la familia de su padre, y
alcanzó José la edad de ciento diez años. [23] José vio a los biznietos
de Efraín; asimismo los hijos de Maquir, hijo de Manasés, nacieron
sobre las rodillas de José. [24] Por último José dijo a sus hermanos:
"Yo muero, pero Dios se ocupará sin falta de vosotros y os hará
subir de este país al país que juró a Abrahán, Isaac y Jacob". [25] José
hizo jurar a los hijos de Israel, diciendo: "Dios os visitará sin falta,
y entonces os llevaréis mis huesos de aquí".**

**[26] Y José murió a la edad de ciento diez años; lo embalsamaron
y se le puso en un sarcófago en Egipto.**

El epílogo es una vuelta a la rivalidad entre José y sus hermanos. El temor de sus hermanos, una vez que ha muerto su padre, es que recurra a la venganza (vv. 15-21). Apelan a una "última voluntad" de Jacob en su lecho de muerte, de la que José no estaría al tanto, y le envían intermediarios que se la transmitan: que perdone a sus hermanos lo que le hicieron. José llora al recibir la embajada, pero no da respuesta. Sus hermanos van luego personalmente, se postran ante él y se declaran sus esclavos. Él ya les había dicho (cuando se dio a conocer) que no debían tener ningún temor, que su ida a Egipto precediéndolos fue providencial (45,5-8). Lo mismo, en síntesis, les dice ahora; en todo caso, es nuevo que se afirme que él los consuela y trata con afecto para que olviden sus negras ideas. Piensan que sería capaz de una venganza cuando él la ha dejado en manos de Dios (ver Rm 12,19). El mejor comentario que se pudiera hacer a propósito de este pasaje (y de 45,5-8) es el de Pablo en Rm 8,28.

A todo esto se añaden breves datos sobre la vida de José (vv. 22-26). Él, como toda la familia de su padre, sigue viviendo en Egipto. Habría alcanzado la edad de ciento diez años, por lo que llegó a conocer a los biznietos de Efraín; de forma semejante, los hijos de Maquir, hijo de Manasés, habrían nacido sobre sus rodillas. El significado es sin duda similar al de 48,12. José, cuando siente que llega su fin, habla a sus hermanos; expresa la plena confianza de que Dios se ocupará de ellos para hacerlos "subir" a la tierra prometida a sus antepasados, Abrahán, Isaac y Jacob, y les pide que entonces lleven sus huesos para enterrarlos en aquella tierra. A su muerte lo embalsaman y guardan en un sarcófago. La continuación vendrá en Ex 13,19 –Moisés hace tomar consigo los huesos de José al salir de Egipto– y Jos 24,32 –los huesos de José se depositan junto a Siquén en el campo comprado a los hijos de Jamor (Gn 33,18-20), que formaba parte de la heredad prometida a José (48,22)–.

Muerto José, habrá que esperar el momento oportuno para volver a la tierra prometida: es el objeto del libro del Exodo[2].

2. Para una bibliografía básica sobre el libro del Génesis, consultar la primera parte: *Génesis 1-11* (Desclée De Brouwer, Bilbao 2005).

COLECCIÓN
COMENTARIOS A LA BIBLIA DE JERUSALÉN

CONSEJO ASESOR:
Víctor Morla y Santiago García

ANTIGUO TESTAMENTO

1A. Génesis 1-11, *por José Loza*
1B. Génesis 12-50, *por José Loza*
2. Éxodo, *por Félix García López*
3. Levítico, *por Juan Luis de León Azcárate*
13A. Salmos 1-41, *por Ángel Aparicio*
13B. Salmos 42-72, *por Ángel Aparicio*
19A. Isaías 1-39, *por Francesc Ramis Darder*
22. Daniel, *por Gonzalo Aranda*

NUEVO TESTAMENTO

1A. Evangelio de Mateo, *por Antonio Rodríguez Carmona*
1B. Evangelio de Marcos, *por Antonio Rodríguez Carmona*
5. Corpus Paulino II. Efesios, Filipenses, Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, Filemón y Cartas Pastorales: 1-2 Timoteo, Tito, *por Federico Pastor*
6. Carta a los Hebreos, *por Franco Manzi*
8. Apocalipsis, *por Domingo Muñoz León*

Este libro se terminó
de imprimir
en los talleres de
RGM, S.A., en Bilbao,
el 9 de octubre de 2007.



El Génesis es el libro de los orígenes del mundo y de la humanidad; a partir del capítulo 12 los relatos sobre los antepasados exponen los comienzos del pueblo de Dios. Tras contrastar las bondades del Creador con la infidelidad e ingratitud del hombre pecador, vemos en los patriarcas la recompensa, siempre portadora de un futuro mejor como promesa aún no realizada, que Dios otorga a quienes se comprometen con él mediante la fe.

La editorial Desclée De Brouwer presenta esta serie de comentarios a la *Nueva Biblia de Jerusalén*, con la pretensión de que ocupe el espacio abierto en el mercado de la lengua castellana entre la divulgación y la crítica científica.

José Loza Dominico mexicano (1942). Realizó estudios teológicos y bíblicos en Canadá y en la Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén, donde es profesor desde 1983 después de serlo en varias instituciones de la ciudad de México (1971-1983). Interesado principalmente por el Pentateuco, es especialista en los libros del Génesis y del Éxodo. Entre sus publicaciones están *Las Palabras de Yahvé. Estudio del decálogo* (México, 1989); *Pentateuco I-II* (México, 1999); *Profetas I* (México, 1996), contribuciones a comentarios colectivos, como "Éxodo" en *Comentario Bíblico Latinoamericano AT I* (Estella, 2005) así como numerosos artículos especializados y de divulgación.



